

LA FORMACIÓN DE JESÚS EN NOSOTROS

APROXIMACIÓN BÍBLICA Y TEOLÓGICA, ESPIRITUAL Y PASTORAL



EUDISTAS

Nº 25

2017

Cahiers 25

LA FORMACIÓN DE JESÚS EN NOSOTROS

Aproximación bíblica y teológica, espiritual y pastoral.

Editor: Congregación de Jesús y María (Padres Eudistas)

Edición No. 25.

Periodicidad: anual

Junio 2018

Bogotá, Colombia

Preprensa e Impresión: DGP Editores, SAS

LA FORMACIÓN DE JESÚS EN NOSOTROS

APROXIMACIÓN BÍBLICA Y TEOLÓGICA, ESPIRITUAL Y PASTORAL

TABLA DE CONTENIDO

Editorial	7
P. Jean-Michel AMOURIAUX, cjm, Superior General	
El logo de la 66 ^a Asamblea General	10
I. Acercamiento bíblico	13
La formación de Jesús en el Evangelio	14
P. Alvaro TORRES FAJARDO, cjm	
La formación de Jesús en nosotros en la enseñanza de Pablo	23
P. Ovidio MUÑOZ, cjm	
La formación de Jesús en nosotros, perspectivas bíblicas	30
P. Guillermo de Jesus ACERO ALVARÍN cjm	
Resonancia a la ponencia del P. Guillermo ACERO.....	47
P. José Mario BACCI, cjm	
II. Acercamiento de teología espiritual eudista	53
La formación de Jesús, una propuesta evangelizadora de san Juan Eudes	54
P. Higinio A. LOPERA E., cjm	
Formar a Jesús en La perspectiva de San Juan Eudes	78
P. Jean-Michel AMOURIAUX, cjm	
Resonancia a la ponencia del P. Jean-Michel AMOURIAUX	95
P. Alvaro DUARTE, cjm	

María formadora de Jesús. El proceso de la formación
de Jesús en María y en nosotros..... 113
P. Higinio A. LOPERA E. cjm

III. Acercamiento de teología espiritual y pastoral..... 165

La Formación de Jesús en nosotros, a la luz de la teología
espiritual contemporánea..... 166
P. Gilles OUELLET, cjm

Resonancia a la exposición de P. Gilles OUELLET 187
P. Carlos ALVAREZ, cjm

Formar a Jesús en nosotros - Perspectivas pastorales 191
P. Carlos TRIANA, cjm

Resonancia a la ponencia del P. Carlos TRIANA 235
P. Franck Marrel AGBOWAI, cjm

Contrapunto 239

Carta de san Juan Eudes a sus hermanos de hoy 240
P. Alvaro TORRES cjm

EDITORIAL

P. Jean-Michel AMOURIAUX, cjm, Superior General

“El misterio por excelencia y la tarea suprema es la formación de Jesús que nos señala las siguientes palabras de san Pablo: Hijitos míos por quienes sufro de nuevo dolores de parto hasta que Cristo sea formado en ustedes (Ga 4, 19). Es el más grande misterio y la más grande obra que se hace en el cielo y en la tierra por las personas más excelsas de la tierra y del cielo, es decir por el Padre eterno, por el Hijo y por el Espíritu Santo, por la santísima Virgen y por la santa Iglesia” (OC I, 271).

Estas palabras de san Juan Eudes resonaron fuertemente durante la 66ª Asamblea General de la Congregación que tuvo lugar en México, en enero de 2017. Estas mismas palabras siguen resonando y produciendo frutos en la vida y la misión de toda la familia eudista.

El Consejo General tuvo esta intuición –inspirada desde lo alto– de proponer el tema “Formar a Jesús” para preparar y guiar el andar de la Asamblea General. El tema fue presentado en los primeros días en una atmósfera de retiro. Dichas intervenciones están reunidas en la presente Revista Eudistas N° 25. Después de cada intervención, otro hermano proponía una resonancia para armonizar el tema. Las resonancias están también en este número, consagrado totalmente a lo que es el corazón de la experiencia cristiana según san Juan Eudes. Otros eudistas han aportado su contribución, particularmente para subrayar el puesto especial de la Virgen

María en la formación interior de Cristo en la vida de los creyentes. Les agradecemos a todos su contribución, también a los traductores. Ciertamente, hay que agregar un acercamiento eclesiológico para no olvidar que nuestro camino personal y nuestras misiones se enriquecen por ser vividos con los hermanos de comunidad y con los asociados, con los cuales formamos el Cuerpo de la Congregación. Una próxima Revista Eudistas podría profundizar este aspecto nodal de nuestra vida.

Uno de los más bellos frutos de la temática de la formación de Jesús en nosotros es el principio de unificación que nos ofrece: unificación de nuestra vida y de nuestra misión. Siguiendo a san Juan Eudes (¡y a san Pablo!), entendemos que la acogida del Evangelio se realiza cuando Cristo se forma en nuestro corazón y en el corazón de quienes nos escuchan. No es una simple adhesión moral o mental que produce la escucha del Evangelio, sino más bien la acogida de la persona de Cristo resucitado en lo que constituye el centro de la persona, o sea su corazón, en este lugar de la vida, del amor, de la decisión. Así comprendemos que la evangelización es la formación de Cristo en nosotros y en el otro.

San Pablo, en la carta a los Gálatas, en el contexto del alumbramiento, nos remite a la idea de la gestación dando fuerza a la palabra “formación”, pues ella se inscribe en una dinámica de procesos sucesivos, que incluyen nuevas etapas y transformaciones. La vida cristiana se concibe por lo tanto como un proceso de crecimiento, lo que da una base esencial a todo lo que entendemos normalmente como formación “inicial” y “permanente”. Ya no pensamos en formaciones aisladas y puntuales, sino que las incluimos en el dinamismo de la vida y de la fe que lleva a la realización del ser.

En fin, no olvidemos el contexto eclesial de la carta a los Gálatas, recordando que nos convertimos en lo que recibimos, el Cuerpo de Cristo. La formación es también aquella del cuerpo que fue engendrado en el mundo por el poder del Espíritu de Jesús Resucitado, un solo cuerpo que une los miembros con la cabeza. He aquí, entonces, el triple aspecto de esta formación de Cristo en nosotros, y esto enriquece cada dimensión que se inscribe en sintonía con las otras.

Invito a todos los lectores de estas páginas a dejarse interrogar y, más todavía, a renovarse para entrar en nuestra bella herencia eudista. Herencia que deseamos compartir con el mayor número posible, para permitir a muchos tomar conciencia de la nobleza de su vocación y del caminar vital que le es consecuente. Es también, por esta razón, que seguimos con confianza la gestión para la proclamación de san Juan Eudes como Doctor de la Iglesia, porque su doctrina atañe a todos los bautizados, discípulos-misioneros, enviados para formar a Cristo en el corazón de aquellos y aquellas que encuentran.

El logo de la 66^a Asamblea General

El lado derecho del corazón representa a Jesús y también el elemento misionero de nuestro carisma.

El lado izquierdo representa a María en su advocación de la Virgen de Guadalupe, Emperatriz de América; también representa la formación pues, así como Ella formó a Jesús en sus entrañas virginales, de igual forma nos pide San Juan Eudes que lo formemos en cada Corazón.

Las estrellas en su velo representan a cada una de las provincias y viceprovincia que integran la Congregación.

La Cruz representa uno de los fundamentos de la vida cristiana según San Juan Eudes, signo del sacrificio amoroso de Cristo, máximo acto de obediencia al Padre. La Luz en el centro de la cruz refiere a la luz del Espíritu Santo que nos ilumina, nos guía y único capaz de formar a Jesús.

El Corazón representa el legado espiritual de San Juan Eudes y la unión de las dos alas que integran nuestro carisma: Formador–Evangelizador.

La palabra EUDISTAS representa al conjunto de toda la CJM revestida del color rojo que refleja su espiritualidad Cristocéntrica.

Las tres líneas inferiores representan a la Santísima Trinidad.

La construcción del logo para la asamblea general fue una obra colectiva de los candidatos de la Casa de formación de Caracas (Venezuela)



EUDISTAS

66 Asamblea General

I. ACERCAMIENTO BÍBLICO

Por esta razón san Pablo dice que Jesucristo *se completa en su Iglesia* (Ef 1, 22-23) *y que todos nosotros concurrimos a su perfección y a la edad de su plenitud* (Ef 4, 13), es decir a la edad que tiene en su cuerpo místico que es la Iglesia, y que no será cabal sino en el día del juicio final. Y en otro lugar el mismo apóstol habla de la misma *plenitud de Dios que se realiza en nosotros y del crecimiento y aumento de Dios en nosotros* (Ef.3,19) (OC I, 311).

LA FORMACIÓN DE JESÚS EN EL EVANGELIO

P. Alvaro TORRES FAJARDO, cjm

Siguiendo el consejo de san Juan Eudes para leer la Palabra de Dios, metámonos en las escenas del Evangelio no solo como curiosos sino como destinatarios, percibir su frescura, para dejar a Jesús entrar en nuestras vidas y para configurarlas con él.

El primer y fundamental referente de la “formación de Jesús” está en los Evangelios: Jesús de Nazaret vinculó a sí una comunidad discipular “para que estuvieran con él y para enviarlos a predicar” (Mc 3,14). Al mismo tiempo que los evangelios narran a Jesús, también acompañan el proceso de formación de estos discípulos que, a partir de la Pascua, cumplirán la misión apostólica. En nuestras Constituciones, esta perspectiva de la formación de Jesús está puesta en el centro de nuestra identidad y de nuestra dinámica espiritual y nos invitan a no perderla de vista:

“Los Eudistas quieren continuar y completar en sí mismos la vida de Jesús”

(Const. 2).

“Jesús, el Hijo de Dios, ha querido compartir la condición humana para revelar al mundo la llegada del Reino de Dios. Reunió a su alrededor a los doce para hacer de ellos sus compañeros y enviarlos. Unidos a Cristo como miembros su Cabeza los Eudistas se reúnen en comunidad fraterna, a la manera de

los Apóstoles, y ponen su alegría en 'hacerlo vivir y reinar' en el corazón del mundo"

(Const. 12, y Cfr. Const. 65).

Con el fin de retomar este camino de formación, apreciando las líneas fuerzas y los matices tan sugerentes de este tema que tiene tanta riqueza, invitamos a hacer una inmersión serena y orante en el Evangelio. La escucha y encarnación de la Palabra del Evangelio está en el centro de nuestra espiritualidad.

Proponemos una lectura del evangelio de Marcos captando algunos hitos fundamentales de la acción formadora de Jesús en los discípulos.

Quién es Jesús, formador de discípulos

Los dos primeros capítulos nos presentan a Jesús. Una vez enunciado que es el Mesías y el Hijo de Dios (1, 1) la voz de un profeta, Juan Bautista, y la revelación del Padre nos dicen que es el enviado y el Mesías salvador, que ese enviado es el Hijo del Padre. El Espíritu lo acredita tal (1, 2-8). Pasada la experiencia orante con su Padre Dios en el desierto sale y pronuncia su pregón inicial. Llegó la hora de Dios, conviértanse y crean (1, 9-15).

Al iniciar su misión lo primero que hace es buscar y comprometer colaboradores. Su misión los necesita. Los encuentra en el lago. Son hombres adultos, trabajadores, ocupados, con nombres propios: Simón, Andrés, Santiago, Juan. De una vez les lanza el desafío que va a cambiar del todo sus vidas, su entorno, su faena. El lector del Evangelio tiene ya una primera información de Jesús. Los hombres del lago no la tenían. Están ante lo impensado. Lo no planeado. No es una invitación sino un mandato. El imperativo: Síganme es digno de ser urgido. Sin pedir explicaciones, sin adelantar condiciones, cautivados por su persona, se van con él. A partir de ese momento Jesús no está solo, ni sus primeros seguidores están solos: Jesús con ellos siempre, ellos con Jesús. Menos en dos momentos: cuando se van a la misión; en ese lapso el evangelista no cuenta

nada de Jesús, narra la suerte de Juan Bautista. Y durante la pasión y muerte. Debe enfrentarlas solo. Los discípulos lo harán después.

Los discípulos son luego testigos de la misión de Jesús en el día de Cafarnaúm. La palabra y la acción de Jesús invade todos los espacios de la vida del hombre: el sagrado en la sinagoga; su vida propia en la casa de Pedro; su vida social en la plaza pública. Pero el que los llama tiene una referencia propia: el Padre Dios. Se adentra en su misterio por la oración personal. Pero para los discípulos ya es imprescindible. Simón le dice: Todos te buscan (1, 21-39). Contemplar a Jesús que obra y llena su vida y la del hombre del proyecto divino es esencial en la formación. Vienen luego cinco episodios reveladores del misterio de Jesús. Crean interrogantes sobre Jesús. Palabras sugerentes que nos lo presentan como presencia personal de Dios en el mundo, algo totalmente nuevo (2, 1-3, 6).

La elección de los discípulos

Para Jesús es la hora de llamar y comprometer. Hasta ahora los cuatro discípulos iniciales, a los que se agregó Leví, han oído, han visto, han sido invitados a leer los acontecimientos y sacar sus conclusiones. El escenario es solemne, vívido. Siguiendo el consejo de san Juan Eudes para leer la palabra de Dios, metámonos en la escena no solo como curiosos sino como destinatarios.

Jesús sube a la montaña; es el encuentro con el Padre Dios que funda lo que sigue: llama en nombre del Padre, y se fueron con él. Los llamó apóstoles: enviados, es su nuevo ser. Y les fijó un objetivo en dos dimensiones inseparables: estar con él y enviarlos a predicar. Primero, experiencia personal, íntima de Jesús. Dejarlo entrar en la vida (rasgo muy eudista). Segundo, consiguientemente ir a la misión. No se puede hacer lo uno sin lo otro. Previo a la misión es ese penetrarse de Jesús, de su palabra, de su vida. No se puede ser verdadero apóstol si no hay ese primer paso. Pero el que ha hecho esa experiencia no puede no hablar de Jesús con amor y entusiasmo (“Corde magno...”)

Son doce: son una totalidad, encierran todo un pueblo, la gran nueva familia de Dios en Jesús. Y luego doce nombres: qué bueno ponderar esos llamados. No los llamó porque eran santos sino para que lo sean. Conoce sus defectos, van a incidir en su vida, pero no los descarta por eso (3, 13-19).

La obra formadora

Primero, saber a quién siguen. No se trata de un fanático desquiciado (3, 20-21) ni de un endemoniado (3, 22-30). Su obra es nueva. Forma una nueva familia, la de la voluntad divina, la del plan salvador, a la cual todos están llamados a entrar, primero María (3, 31-35). Jesús da inicio a su obra formadora. Usa dos medios: la Palabra y el acompañamiento misionero. La palabra: dice varias parábolas en las que revela el Reino. ¿Qué es el Reino?

Derivarlo de lo que Jesús dice. Benedicto XVI ha dicho: “Es Dios mismo que entra en nuestro mundo”. No es un organismo, no es una empresa, es la acción salvadora de Dios, histórica, en la persona de Jesús que culmina en su muerte y resurrección”. Sembrado por Dios en el corazón del discípulo, ese reino está llamado a dar fruto abundante; hace del discípulo una luz para el mundo; no es obra del discípulo sino de la semilla que lleva en sí su propio dinamismo, acción de Dios en el discípulo; semilla de mostaza llamada crecer y dar cobijo. El discípulo es trabajado por el Señor; semilla que crece y da fruto por acción divina en el hombre (4, 1-33). Pero aparte, a sus discípulos les explicaba todo: ¿Cómo estar hoy como discípulo en esa escuela de Jesús? El dinamismo de la palabra es medio formador.

Luego se lleva a los discípulos a un viaje misionero. Hay que ir con Jesús, llevados por él a la misión. En ese viaje inolvidable van a suceder cuatro acontecimientos: una tempestad, curación de un endemoniado, sanación de una mujer enferma, vida para una niña difunta. La misión necesariamente enfrenta máximos obstáculos. Pero Jesús va en la barca. Hay que despertarlo y experimentar el poder de la fe que vence toda cobardía. En el corazón del discípulo habrá

siempre lucha entre fe y cobardía. No desistir ante tempestad sino vencerla (4, 35-41).

Pasar el mar, ir a la otra orilla. “Iglesia en salida” dice el papa Francisco. Invitación del Señor. Encontrar allí al hombre, el de todos los nombres, sin Cristo, muerto en vida. Deshumanizado. Pero necesitado de Cristo. Diálogo, choque, acción de Cristo transformadora. Misión de Cristo, del discípulo es hacer de ese hombre un ser humano digno: sentado, vestido, en sano juicio, humanizado, Pero hacer de él también un testigo que va a su mundo con una palabra, no aprendida de memoria sino vivida: qué hizo Jesús en mí. Para ello hay que pensar como Jesús que a sus ojos un hombre vale más que dos mil cerdos (5, 1-20).

Y luego una mujer marginada. En su mundo nuevo esa palabra, no es digna de ningún ser humano, no puede existir. Es necesaria la experiencia de Jesús, “tocar su manto”, es necesario ser testigo no escondido sino valiente. Saber dar la cara por él y su acción ante todos. Y luego el camino de la muerte para unos pero para Cristo siempre el camino de la vida. Cristo en ese camino mantiene a todo precio, la esperanza. Una vez más la lucha entre el temor y la fe. En ese escenario de muerte Jesús entró, tomó de la mano y dijo levántate. Vida suya comunicada. Acciones hoy sacramentales en nosotros. A los doce años se abre el camino no de la muerte sino de la vida (5, 21-43). El discípulo ha visto y vivido el reino, la acción salvadora de Jesús, en sí mismos y en los demás. Es su formación ideal.

Contraste

Cristo con sus discípulos han hecho un viaje triunfal. Ningún mal les ha resistido. Llegan a Nazaret, conocido y familiar. ¿Cómo es recibido Jesús con sus discípulos, entre los suyos? Con reserva, con cierta desconfianza. Capaz de bajar los ánimos. Cristo hace lectura de este hecho. Hay que vivir también, como enviados de salvación, en un mundo desconfiado y reacio, que sigue pensando más en su propios valores que en la visita del profeta que abre a un mundo distinto, no el de los hombres sino el de Dios. El discípulo tiene

que aprender esa lección, a valorarla y a enfrentarla. La misión no se frustra allí. Después Jesús recorría los pueblos vecinos enseñando (6, 1-6). Siempre ir adelante, a un más allá.

El momento de ir solos a la misión

Solos es un decir. El discípulo nunca está solo. La palabra viva que lo habita es la del Señor que le habla y habla en él. “Predicar es hacer hablar a Dios” dijo san Juan Eudes. El poder salvador de Jesús vive y actúa en él. Vivirán esa experiencia cuando al regreso cuenten la derrota del mal obrada por ellos. El envío implica la llamada personal. Acercarse a Jesús y escuchar al oído sus consignas. La misión es divina y está por encima de todo recurso humano. Privilegiar el papel de la casa como lugar de evangelización. “Ligeros de equipaje” pero portadores de la riqueza invaluable de la salvación (6, 7-13). Para el discípulo que parte gozoso el sacrificio martirial de Juan Bautista es el aviso de que corre el riesgo del profeta y del enviado: el martirio (6, 14-29).

Las tareas del apóstol

En una larga parte del evangelio de Marcos (6, 30-8, 27) se trazan las tareas del apóstol de Jesús. Regresan de la misión, donde Jesús que los espera y acoge. Los invita al descanso, y el evangelio en un pasaje no carente de humor, les muestra que para el apóstol no hay descanso. Cuando llegan al lugar escogido por Jesús lo encuentran lleno de gente. El descanso queda para la vida eterna. Jesús enseña cómo reaccionar: se pone a enseñar con calma, sin reproches. Es la primera narración de la multiplicación de panes. Tarea del apóstol alimentar a la multitud: Denles ustedes de comer (6,30-45). Y luego nunca ir sin Jesús. No dejarlo en la orilla; no enfrentar la oscuridad y el viento sin él. Recogerlo en la barca (6, 46-52). Conciencia de la novedad de la misión. No es mera continuación del pasado sino la irrupción nueva de Dios en el mundo. El pasado tiene su razón de ser pero el mundo nuevo se construye (6, 1-23). Ir a donde está la humanidad que espera sentarse en la

mesa con Jesús: la cananea y su hija son el prototipo de una humanidad que necesita y espera; de cómo romper barreras y dar dimensión nueva a la salvación (7, 24-30). Termina la sección con la curación emblemática de un ciego (8, 22-26). El discípulo debe ser siempre un camintante-vidente.

Camino de Jerusalem con Jesús hacia la muerte y resurrección

En los evangelios sinópticos Jesús culmina su ministerio con un viaje mesiánico a Jerusalén. Allí se va a vivir la pasión, muerte y resurrección. El discípulo debe seguir con Jesús por ese camino corriendo el mismo riesgo. Debe empezar con una decisión clara y personal sobre Jesús: a quién voy siguiendo; no nos pregunta solo qué dice la gente sino qué dices tú. (8, 27,30). Jesús hará tres anuncios detallados de su pasión, muerte y resurrección a lo largo de ese camino. El discípulo no puede ir con él sin saber lo que va a pasar (8, 31-32; 9, 30-32; 10, 32-34). En ese camino Jesús va a exponer las grandes exigencias de la vida cristiana (10, 1-45). Termina el relato con la curación de un ciego. Ver y creer van de la mano en el evangelio. Todo discípulo para aceptar la palabra de Jesús debe ser sanado de sus cegueras (10, 46-52).

Lectura de Jesús del tiempo futuro

El discípulo de todos los tiempos debe saber cómo va a ser la vida del discípulo en el marco del tiempo y de la historia (13, 1-36). Jesús ha hablado de su pasión, muerte y resurrección. ¿Es un final? ¿O es el comienzo de una etapa duradera, sin la presencia física de Jesús, pero llena de él en una manera nueva de encontrarlo? El Señor parte pero quedan los discípulos y en ellos queda él. El discípulo vive en un mundo conflictivo. Un mundo que pasa como todo lo meramente humano. Donde incluso los mayores poderes se desmoronan y pierden. El mismo Templo, frente al que están, está llamado a desaparecer. Pero con él no desaparece ni Dios ni su acción. Los poderes humanos se derrumbarán, se apagarán como el sol, la luna y las estrellas. Un mundo inseguro lleno de injusticia y

violencia. Pero hay algo que no va a desaparecer, la esperanza, que es un caminar incesante y seguro en medio de luchas y oscuridades, hacia un final. Se le pide al discípulo vivir en ese mundo, perseguido, quizás burlado, pero triunfador, como quien lleva la cabeza en alto, como el que llega a la meta que es Dios mismo. Todo se derrumba en esa larga historia menos Dios y su acción salvadora. En la debilidad del discípulo se hace presente la estabilidad y fuerza del evangelio de Jesús.

Con Jesús en la última semana (11, 1-12, 44)

Es preciso acompañar a Jesús en su entrada triunfal de ramos; luego leer los signos con que él presenta su misión, escuchar los interrogantes de los adversarios de Jesús; las palabras radicales de Jesús respecto de su misterio y su misión. Terminar esa semana llena de sentido, de interrogantes y respuestas de Jesús, de preguntas que él nos hace, con la ofrenda de la viuda que lo entrega todo. Abandono total pedido al discípulo para entrar en la pasión y muerte. Todo ese contenido precisa la imagen del verdadero discípulo de Jesús.

Padecer, morir y resucitar con Jesús, Hijo de Dios Salvador (Mc 14,15.16)

Es el punto culminante de la vida y misión de Jesús y de la formación del discípulo. No es una película para ver sino un drama divino para vivir. Acompañemos a Jesús, no como curiosos, sino como actores de ese drama, como María en la unción de Betania. Ese drama se vuelve sacramento en la Eucaristía. No es un acto más sino la luz que ilumina todo lo que va a pasar en la vida de Jesús y del discípulo. Acompañémoslo en el huerto, en el momento de la gran decisión de abrazar la pasión como voluntad del Padre. Jesús es hecho prisionero no de los judíos y los romanos sino del amor del Padre. Los discípulos quedan libres y se dispersan, pero siguen atados a él como el joven que escapa. Acompañémoslo en el doble juicio de Jesús, judío y romano, para descubrir en él al Hijo

del Bendito y al Hijo de Dios “Nazareno Rey de los judíos”, que muere para pasar a la vida. Nos lleva en su pasión y su muerte. Nos lleva en su resurrección, Vivamos como resucitados con él en el triunfo de la tumba vacía. Y luego llevemos esa resurrección bautismal en nosotros y vamos por el mundo proclamando la vida y la salvación. La puerta del misterio de Dios que Jesús abre y donde entra con nosotros.

Conclusión

1. Es la formación que Jesús da a todos sus discípulos. Los sacerdotes estamos incluidos en esa obra formadora, se diría a fortiori. Un buen sacerdote debe ser un buen cristiano, un buen discípulo.
2. Asumir la totalidad del evangelio como espacio formador. No hay secciones exclusivas de unos. Todos están incluidos. Nunca decir: esto no es para mí.
3. Decir como Dolores Aleixandre, frente a cada página, a cada palabra, a cada acontecimiento: Esta historia es mi historia.
4. San Juan Eudes nos aconseja al leer el evangelio, hacer de cuenta que estamos haciendo parte de la escena. El gran desafío de la espiritualidad eudista es hacer que el Cristo del Evangelio viva y reine en cada uno, con su pensar, su amar, su querer, su decidir, su obrar. Y abrazar ese compromiso bautismal *Corde magno et animo volenti*.

LA FORMACIÓN DE JESÚS EN NOSOTROS EN LA ENSEÑANZA DE PABLO

P. Ovidio MUÑOZ, cjm

El Consejo General ha decidido proponer un tema de fondo para la próxima Asamblea General: la formación de Jesús en nosotros. La propuesta nos alerta acerca de un aspecto esencial de la comprensión de la vida cristiana tal como la enseña el apóstol Pablo: ser cristiano, vivir “en Cristo”, supone un proceso de continua configuración con Él de modo que el creyente “se vaya transformando en su imagen” (Cf. 2 Co 3,18) y su vida sea prolongación de la vida de Jesús. Esta lectura paulina de la identidad cristiana, lo sabemos, tiene también eco importante en la enseñanza de San Juan Eudes. Nuestro Fundador se apoya en Ga 4, 19 para invitarnos a realizar “el más grande los misterios y la más grande de las obras”: La formación de Jesús en nosotros. Nuestra vida sacerdotal, que es –en últimas– un modo particular de ser cristiano, sólo se entiende a partir de esta configuración con Cristo. Cuando el Vaticano II afirmó que “por el sacramento del Orden –los presbíteros– se configuran con Cristo Sacerdote, como ministros de la Cabeza para construir y edificar todo su Cuerpo, que es la Iglesia” (PO 12), estaba recuperando un término puramente paulino y aplicándolo a los presbíteros. Por tanto, guiados por la mano de Juan Eudes, entremos en la enseñanza paulina y descubramos la sugestiva y dinámica perspectiva que el Apóstol nos ofrece acerca de su comprensión de la vida cristiana.

La vida cristiana según Pablo

Pablo, para expresar la relación estrecha y profunda que establece el creyente con Cristo al unirse a Él por el bautismo, hace uso de palabras precisas que corresponden a un mismo campo semántico: la formación. Los principales textos paulinos al respecto son ⁵¹:

1. Ga 4,19: Hijos míos, por quienes de nuevo sufro dolores de parto hasta que Cristo sea formado (*morphothe*) en ustedes.
2. 2 Co 3,18: En cambio, todos nosotros con el rostro descubierto reflejamos como en un espejo la gloria del Señor y nos vamos transformando (*metamorphoumetha*) en su imagen, cada vez más gloriosa, de acuerdo a la obra del Espíritu del Señor.
3. Fil 3, 10: Así podré conocer a Cristo y la fuerza de su resurrección y compartir sus sufrimientos mientras me conformo (*symmorphizomenos*) a él en su muerte.
4. Fil 3, 21: quien transformará nuestro cuerpo frágil en un cuerpo glorioso conforme (*symmorfon*) al suyo en virtud del poder que tiene de someterlo todo a sí mismo.
5. Rom 12, 2: Y no se acomoden a este mundo, al contrario, transfórmense (*metamorphousthe*) mediante la renovación de la mente, para que puedan discernir cuál es la voluntad de Dios, lo que es bueno, lo agradable y perfecto.

¿Cuáles son las palabras-clave en estos 5 versículos? Son 3: los verbos *morphoo* (Ga 4,19) y *metamorphoo* (2 Co 3,18; Rom 12,2); y el sustantivo *symmorphos* (Fil 3,10.21). Estas palabras, algunas de ellas de uso exclusivamente paulino en el Nuevo Testamento, sugieren un profundo modo de comprensión de la identidad cristiana y, en cierta medida, determinan nuestro itinerario a seguir en

¹ Se ha organizado la secuencia de textos según el aproximado orden cronológico de elaboración de las Cartas auténticamente paulinas.

esta reflexión para comprender en todo su alcance la síntesis eudista de origen paulino sobre la formación de Jesús en nosotros.

Ga 4, 19: la vida cristiana, una nueva modalidad de existencia centrada en Cristo.

En el contexto polémico de la carta a los gálatas, Pablo no deja dudas sobre su posición a favor de “la verdad del Evangelio” (Cf 2,5.14). Por el evangelio, Pablo se la juega toda; lo hace convencido de su absoluta novedad y consciente de la obra que Dios operó en él al revelarle su Hijo para que lo anuncie a los gentiles (Cf 1,15-16). Pablo define en esta carta el origen divino del Evangelio que anuncia —por eso reacciona con vehemencia ante la insensatez de los gálatas (cf. 1,6s)— y aduce como prueba fundamental, su encuentro decisivo con el Resucitado descrito en términos de una llamada y una revelación (Cf 1,15-16), con la finalidad del anuncio de Cristo a los gentiles. En la elaboración de su argumento de defensa, Pablo habla de sí mismo, presentando datos autobiográficos con una precisa finalidad argumentativa: convencer a sus oyentes de que se están distanciando del evangelio que él había anunciado con anterioridad en Galicia (cf Ga 1,6).

Por eso, al concluir su argumentación en 4, 19-20, el Apóstol presenta su deseo de realizar en los gálatas un segundo parto hasta que puedan decir: “Vivo, pero no yo, sino Cristo en mí” (Ga 2,20). Pablo comprende la vida cristiana como una nueva modalidad de existencia descentrada de sí mismo y centrada en Cristo. El encuentro con Cristo es, para Pablo, un hecho fundamental, de modo que a partir de él se inicia un proceso de repensamiento total de su identidad precedente para abrazar el don de una vida nueva en Cristo. Desde entonces Pablo puede hablar de sí mismo como uno distinto-de-sí porque de hecho su “yo” ha sido privado de su propia identidad y trasplantado en Cristo... Cristo ha sido formado en él. Este es el deseo de Pablo hacia los Gálatas...

Pablo ya les había dado a luz una primera vez pero entonces fue un parto sin dolor, ya que los gálatas fueron receptivos al primer

anuncio del Evangelio. Ahora Pablo habla de un segundo parto, doloroso, de modo que la vida nueva en Cristo se desarrolle plenamente en el corazón de los gálatas. Entonces, Cristo será formado en ellos. En este largo y continuo proceso consiste la vida cristiana.

2 Co 3, 18: La vida cristiana, un proceso de transformación interior

2 Co es una carta particular. En su forma actual es, en realidad, fruto de la fusión de varias de las cartas, reunidas por un compilador final, seleccionadas del intenso intercambio epistolar que Pablo desarrolló con la comunidad de Corinto. La situación de Corinto exigía esta continua intervención del Apóstol. Habiendo sido objeto de muchas críticas entre los corintios, Pablo responde con una hermosa y profunda reflexión acerca del ministro y del ministerio de la Nueva Alianza: 2 Co 2,14-7,4. Esta reflexión recibe el nombre de “carta del ministerio”. En este amplio contexto, centramos la meditación en 3, 7-18. Pablo muestra allí en qué consiste el ministerio de la Nueva Alianza y lo contrapone a otra forma de comprender el ministerio (la de los “súper-apóstoles”). Los ministros de la Nueva Alianza –concluye Pablo– no reflejan su propia gloria, nacida de sus propias experiencias, sino la de Dios. Ellos son como un espejo. Pero, al mismo tiempo, esta exposición constante a la gloria de Dios hace que se vayan transformado en imagen suya, “de gloria en gloria”, es decir, como resultado de un proceso. Los ministros de la Nueva Alianza no lo son por una acreditación externa que los constituye en tales, sino por una transformación interior, que se va dando poco a poco cuando, con la cara descubierta, se exponen a la gloria de Dios. Sólo así pueden convertirse en imagen suya y configurarse con Él. Y este proceso define en modo particular la vida cristiana: no es una realidad ya concluida, sino fruto de un itinerario interior, de una asimilación continua de la forma de Cristo: nos vamos transformando en su imagen, dice Pablo.

Fil 3,10.21: la vida cristiana, tener una forma con Cristo (con-formarse a él).

Fil 3,1-4,1 es un texto auto-biográfico de Pablo que figura entre los más importantes del Apóstol. Abunda el uso del “yo” del autor en el contexto de una precisa narración sobre su itinerario “en Cristo”. Entre 4b-14, Pablo teje un impresionante auto-elogio invertido. El objeto del elogio no es a secas su “yo”, sino su nuevo ser en Cristo, el nuevo “yo” en Cristo que ha tenido lugar en el Apóstol por su encuentro con Él. ¿Cómo explicar el cambio de una personalidad granítica tal si no es por una intervención divina, la única fuerza capaz de conmover la vida de aquel fariseo, así como viene presentado en 7-11? Pablo propone aquí, en síntesis y apoyado en su propia biografía, su postulado acerca de la vida cristiana: conformado a Cristo, Pablo encuentra su motivo de orgullo solamente en Él y, así, motivado no en sus éxitos, sino en aquella que ha dejado y en la obra que en él ha realizado el Señor, Pablo se presenta a sí mismo como ejemplo de la vida “en Cristo” para que los filipenses lo imiten. La motivación de conformación a Cristo está en el encuentro y en el conocimiento del Resucitado. Los vv. 9-11 muestran las consecuencias que se derivan de este cambio: estar unido a Cristo –con una condición de justicia delante de Dios que no se basa en la obediencia de la Ley, sino en la fe, y en un conocimiento de amor de Cristo, marcado por el progresivo conformarse a su muerte, unido a la esperanza de alcanzar la resurrección final.

Rom 12,2: la vida cristiana o la adhesión a Cristo que se expresa en una vida según Él.

Al término de Romanos, la última carta de Pablo, el Apóstol reconoce que tiene motivos para sentirse orgulloso ante Dios en nombre de Cristo Jesús, “pues no me atreveré a hablar de cosa alguna que Cristo no haya realizado por medio de mí (y en mí) para conseguir que los no judíos reconozcan a Dios” (Rom 15, 18). Esta Carta, que representa la síntesis espiritual y apostólica de Pablo,

cierra con una amplia parte exhortativa, introducida justamente a partir de 12,1s. A partir de aquí, Pablo exhorta a vivir la conducta cristiana que debe caracterizar la existencia de quien se ha abierto, por la fe y el bautismo, al don de Dios que lo justifica. Este acontecimiento salvífico opera una transformación radical en el creyente, en su ser, en sus relaciones y acciones, en su vinculación con el mundo que lo circunda y en su modo particular de ser en el mundo. Aquí se pone en evidencia la dimensión ética del existir cristiano, del creyente que ahora vive “una nueva vida en Cristo”. La vida cristiana consiste, entonces, en unirse a Cristo, conformarse a Cristo, a su vida. Y la forma, la vida de Cristo es el amor; por tanto, ser cristiano es conformarse a Cristo y entrar en su amor. Por eso, Pablo en la Carta a los Gálatas habla de la fe que obra por medio de la caridad (cf. Ga 5,14).

Conclusión

Si el Consejo General pidió considerar este tema (la formación de Jesús en nosotros) seguramente ha ponderado situaciones intra-comunitarias y/o personales que nos exigen revisar, evaluar, reconsiderar la calidad de nuestra vida cristiana y, por consiguiente, eudista y presbiteral. Probablemente nuestras opciones misioneras, nuestra fragilidad interior, nuestro desánimo ya han alcanzado niveles tales que son inocultables serias inconsistencias que debilitan la eficacia de nuestra presencia misionera en el mundo. ¡Y esto es muy grave! Esta situación, sin embargo, es mucho más amplia que solamente eudista. El Papa Francisco no se ha cansado de repetir que la Iglesia toda debe vivir una auténtica transformación misionera (EG 25-33), desde el corazón del Evangelio (EG 34-39). Por eso, nos propone un interesante programa de acción en EG 262-283: el capítulo cuyo título es evangélicamente provocador: Evangelizadores con Espíritu. Que nuestra respuesta a las exigencias de este nuevo ambiente eclesial y misionero surja del reencuentro con nuestro modo eudista de vivir el evangelio: vivir la vida cristiana al modo de Pablo en la escuela de san Juan Eudes.

Leyendo al Apóstol hemos descubierto el itinerario... Ahora corresponde vivirlo en modo auténtico, asumiendo que el desafío de esta hora es formar el corazón, tal como lo ha pedido el mismo Papa Francisco en el Mensaje de Cuaresma del año 2014. Una cosa es entender algo como bueno y, otra cosa muy distinta, es empezar a vivirlo. Es un problema cuando alguien cree que ya sabe vivir algo porque ha logrado entenderlo. Si nuestro empeño de formar a Cristo en nosotros (o de permitir que Él sea formado en nosotros) no alcanza y compromete nuestro ser interior, no llegará al núcleo de nuestra vida, esto es, al corazón, al lugar donde se generan las convicciones. Si no nos involucramos integralmente en la formación de Cristo en nosotros, permaneceremos sin forma. Habrá apariencia pero se carecerá de raíces. Sin convicción, no hay integridad. Ni plena entrega. Ni disponibilidad para un compromiso definitivo que viene de la decisión de no guardarse nada, de poner todo en juego, de apostar todo lo que uno tiene sin retener nada para sí. El itinerario está planteado: tomar conciencia del don de la nueva modalidad de existencia centrada en Cristo (Ga 4,19), fruto de un continuo proceso de transformación interior (2 Co 3,18), hasta tener la misma forma de Cristo (Fil 3,10.21), de modo que esta “vida en Cristo” se exprese en una vida cristiana, presbiteral, según Él (Rom 12,2). “La primera motivación para evangelizar es el amor de Jesús que hemos recibido, esa experiencia de ser salvado por Él que nos mueve a amarlo siempre más” (EG 264).

“LA FORMACIÓN DE JESÚS EN NOSOTROS”
PERSPECTIVAS BÍBLICAS

P. Guillermo de Jesus ACERO ALVARÍN cjm

Escuchar la Palabra de Dios en la Sagrada Escritura y dejar que ella fundamente la vida y misión de cada discípulo misionero de Jesús es lo que pide vehementemente la Iglesia en los tiempos modernos².

La Congregación de Jesús y María, ha acogido con fidelidad y creatividad este llamado de la Iglesia e inspirada en San Juan Eudes sigue el testimonio de los profetas: *“Cada mañana, él despierta mi oído para que yo escuche como un discípulo”* (Is, 50,4) y se deja interpelar por la actitud de los discípulos y discípulas de Jesús: *“María, sentada a los pies del Señor, escuchaba su Palabra”* (Lc 10,39).

La 66^a Asamblea General asumió “la formación de Jesús en nosotros” como la hoja de ruta espiritual que renueve la vida de cada eudista y lo lleve a dar frutos de conversión pastoral, a partir de una experiencia comunitaria intensamente arraigada en el Evangelio.

Desde la fuente de la Palabra de Dios, esta reflexión quiere aportar elementos sencillos, claros e inspiradores que ayuden a

² BENEDICTO XVI, Exhortación Apostólica Post Sinodal “Verbum Domini”, Roma, 2010, nn. 3 y 5. FRANCISCO, Exhortación Apostólica “Evangelii Gaudium”, Roma, 2013, n. 174.

comprender y asumir los fundamentos bíblicos de la tradición espiritual eudista y estimulen a actualizar esta escuela de santidad frente a los desafíos que nos propone la evangelización.

1. Cuatro raíces anticotestamentarias del “formar a Jesús en nosotros”

La expresión “formar a Jesús” es propia del apóstol Pablo (Ga 4,19), y aunque es el único en utilizarla³, no se puede concluir apresuradamente que sea una idea aislada. Todo lo contrario, su comprensión depende del contexto en el que Pablo ha vivido su fe judía, el proceso interior de identificarse con Jesucristo y la comunicación del Evangelio como testigo, predicador, maestro y pastor.

El uso del verbo “formar” es metafórico, se refiere al proceso de formación del ser humano en el vientre materno y, aunque este proceso hoy día está muy documentado y estudiado, no ha dejado de ser sorprendente y misterioso. Es el origen mismo de la vida, pero en una perspectiva dinámica implica cambios profundos en la persona que acoge esa vida y colabora radicalmente en su gestación. También implica cambios en la persona gestada hasta una madurez necesaria para poder salir del vientre materno y desarrollar una vida propia.

La tradición bíblica propone, entre otros, cuatro ejes teológicos que podrían ayudar a comprender mejor la dinámica de crecimiento y transformación interior que está simbólicamente relacionada con la metáfora de la gravidez pastoral paulina: la acción performante de la Palabra de Dios, la escuela formativa de la Sabiduría, la misericordia que modela las entrañas y la liturgia que favorece la comunión.

³ Además del pasaje de la carta a los gálatas (4,19), el apóstol Pablo utilizará expresiones relacionadas con la misma raíz verbal (morfoo) en 2 Co 3,18 (metamorphoumetha); Filipenses 3,10 (symmorphizomenos); Filipenses 3,21 (symmorfon); Romanos 12,2 (metamorphousthe).

1.1. La Palabra de Dios, creadora y transformadora de la vida humana

Pablo hace parte de una larga trayectoria de personas transformadas por la voz de Dios. El origen mismo del universo hace parte de ese acto verbal que es capaz de dar vida y sentido a todo cuanto existe⁴. La fe de Israel depende de eso: la Alianza de Dios son palabras sagradas, promesas renovadas por la fuerza de los prodigios y cumplidas por la fidelidad de un Señor misericordioso. La Ley o Pentateuco recoge esas palabras para las generaciones y quiere grabarlas en el interior de todo ser humano, ofreciéndose como un camino de felicidad (Cf. Sal 1,1-2).

Esa misma Palabra de Dios llama al corazón de hombres y mujeres que son capaces de escucharla y acogerla, convirtiéndola en un estilo de vida. Profetas y profetisas se convierten en auténticos servidores de esa Palabra divina y son reconocidos como tales por el pueblo de Dios.

El profeta Ezequiel enseña que la escucha de la Palabra divina es un acto vital, como lo es el alimento, su digestión transforma las entrañas y su anuncio tiene el poder espiritual de dar vida donde antes reinaba la muerte (Cf. Ez 3,1-4; 37,1-10).

La teología juánica asume esta categoría “verbal” para referirse a Jesucristo, proponiendo el nacimiento de Jesús como la encarnación de la Palabra creadora (Cf. Jn 1,1-3.10). Así mismo, su descendencia se expresa en las mismas categorías del culmen del Éxodo en el que la gloria terrible de Dios en el Sinaí se aloja en una tienda del campamento de Israel para vivir cercano a su pueblo (Cf. Jn 1,14). Estos aspectos teológicos profundos los asumieron, a su tiempo, Mateo y Lucas para transmitir la experiencia de la maternidad de María.

⁴ Sínodo de los Obispos, Mensaje al Pueblo de Dios de la XII Asamblea General Ordinaria del Sínodo de los Obispos, Roma, 2008, n. 1. BENEDICTO XVI, *Verbum Domini*, nn. 8 a 10.

Pablo, por su parte, también describe su encuentro con Jesús resucitado en los mismos términos de la vocación profética: “*Dios me eligió desde antes de nacer y me llamó por su gracia*” (Ga 1,15; Cf. Is 49,1; Jr 1,5; Is 6,1-13).

1.2. La Sabiduría divina, principio de vida y comunión en Dios

La sabiduría se expresa en categorías similares a aquella de la carta a los gálatas. Ella es engendrada antes de todo lo visible y ella crece como una niña, jugando y disfrutando la compañía de los seres humanos (Prov 8,22-31). Los padres educan a sus hijos en la sabiduría y quieren que ella sea formado en sus corazones, que sea tan familiar como una hermana (Prov 7,1-4). El sabio la ama como una esposa, como una compañera de vida que en la convivencia cotidiana lo va haciendo más sabio (Sab 8,1-21). La sabiduría debe crecer simultáneamente con la persona, de modo que iniciando desde muy tierna edad pueda aprender a vivir plenamente (Prov 3,18).

Por tanto, el ámbito sapiencial permite comprender más profundamente el carácter pedagógico de la “gestación”, porque aun conservando la relación interpersonal, también se percibe el crecimiento interior de una experiencia que termina por afectar positivamente toda la vida de quien está en relación con la sabiduría. En otras palabras, la sabiduría nos permite entender cómo desde la interioridad el ser humano puede aprender a vivir más plenamente a partir de categorías relacionales.

Este sería el campo neotestamentario del discipulado. El Reino de Dios, anunciado por Jesús (Mc 1,14-15), es acogido con actitudes de conversión (“inmediatamente dejaron las redes” – Mc 1,18) y de fe (“lo siguieron” – Mc 1,18). Los que escuchan la Palabra de Dios a través de Jesús Maestro, la meditan y la acogen, son como un terreno fértil que recibe la semilla y favorece su crecimiento (Mc 4,8,20; Lc 8,21; 11,28), sin que se sepa cómo (Mc 4,26-29).

Pablo, por su parte, distingue entre la sabiduría humana que conduce a la necesidad (Rom 1,21s), y la sabiduría de Dios, que es el mismo Jesús crucificado (1 Co 1,18-29). Así, cuando el apóstol

describe su relación personal con Jesús dirá que su vida no es propia, le pertenece a Cristo (Ga 2,20; Filp 1,21) y esto ocurre especialmente a partir del bautismo, cuando todos mueren con Cristo y resucitan con Él (Rom 6,8). En el interior del hombre, donde habita Cristo, se va vigorizando la vida mientras el hombre exterior se desgasta poco a poco (2 Co 4,16).

1.3. La Misericordia, gestos que revelan las entrañas de Dios

Desde esa dimensión interior del ser humano se comprende mejor la palabra “misericordia”, que en hebreo (rajam-rajamim) está relacionada con las entrañas, con la matriz, con el útero (Gen 20,18; Jer 20,17) y pretende expresar antropomórficamente los sentimientos de Dios, lo que Él lleva en lo más profundo de su ser (Jer 31,20; Is 66,4-9). La metáfora, igualmente cercana a aquella paulina, permite comprender que el interior de Dios es parecido a las entrañas de una madre donde se gesta la vida humana y donde se sienten sus dolores, aquellos propios del dar a luz, pero también aquellos relacionados con las experiencias de sus hijos (Os 13,13).

La misericordia no es sólo la expresión más clara de la naturaleza divina, sino una experiencia que compromete al creyente a asumir los mismos sentimientos de Dios. Si Dios es misericordioso con Israel es para que su pueblo aprenda a ser misericordioso con los más pobres (Deut 15,1-11). Israel tiene que aprender a tener las mismas entrañas de Dios.

Esa es la senda que asume la escuela de Jesús de Nazareth: “sean misericordiosos como el Padre de ustedes es misericordioso” (Lc 6,36); “¿No debías tú también compadecerte de tu compañero, como yo me compadecí de ti?” (Mt 18,33); “vayan y aprendan qué significa: Yo quiero misericordia y no sacrificios. Porque yo no he venido a llamar a los justos, sino a los pecadores” (Mt 9,13).

Pablo da testimonio de esa escuela de misericordia que forma las entrañas a la medida de Dios: “Doy gracias a aquel que me fortaleció, a Cristo Jesús, nuestro Señor, porque me consideró digno de confianza al ponerme en este ministerio, a pesar de que antes fui

blasfemo, perseguidor e insolente. Pero Dios tuvo misericordia de mí porque, al no creer, no sabía lo que hacía. Pero la gracia de nuestro Señor sobreabundó junto con la fe y el amor que están en Cristo Jesús. La afirmación segura y digna de total aceptación es esta: que Cristo Jesús vino al mundo para salvar a los pecadores, de los cuales yo soy el primero. Si encontré misericordia fue precisamente para que Cristo Jesús mostrara –¡primero en mí!– toda su paciencia, como ejemplo para los que, creyendo en él, obtendrán la vida eterna. Al rey de los siglos, inmortal, invisible y único Dios, honor y gloria por los siglos de los siglos. ¡Amén!” (1Tim 1,12-17). De allí brotan las invitaciones retiradas a las comunidades fundadas por él: *“Que nadie se preocupe por su propio interés, sino por el de los otros. Tengan, pues, la misma actitud de Cristo Jesús”* (Filp 2,4-5).

1.4. La Liturgia, servicio que da una identidad propia

Aparentemente, la misericordia se opone al culto, al menos desde la línea profética: *“misericordia y no sacrificios”* (Os 6,6); sin embargo, la denuncia profética está lejos de anular el culto, por el contrario, pretende renovarlo haciéndolo volver a su significación más profunda: el servicio a la Palabra de Dios. En efecto, las expresiones “abodah”, en hebreo, y “leitourgía”, en griego, significan “servicio” y están profundamente ligadas a la alianza de Dios con el pueblo de Israel (Ex 7,16; 8,1; 9,1.13; Cf. 5,1). Así pues, esta dimensión de la relación entre Dios y su pueblo reafirma la identidad de Israel y le hace vivir a plenitud la Palabra de Dios, porque en ella ofrece los frutos de la justicia y la misericordia.

La perspectiva identitaria del culto está también relacionada con el principio de la tradición sacerdotal: *“sean santos como yo soy santo”* (Lev 11,44; 19,2; 20,7.26; 21,8). La santidad de los israelitas depende de la comunión con Dios a través del culto. El gesto ritual se convierte en Palabra celebrada, performada y performante, que realiza a plenitud la alianza y devuelve a cada israelita la pureza propia del hombre justificado (Sal 15,1-5).

Los discípulos de Jesús, aunque participaban de la práctica cultural judía (Hch 2,46a), progresivamente se fueron concentrando en la celebración doméstica propia de las pequeñas comunidades. Resonaban en esas cenas las palabras y los gestos de Jesús, de modo que lo vivido con Jesús fuera recordado y actualizado permanentemente (Hch 2,46b).

En los cuatro evangelios es constante la transmisión de la costumbre recibida de Jesús de convertir las cenas judías (Mc 14,12-25), las comidas propias de la vida familiar (Lc 10,38-42) o aquellas de las circunstancias sociales (Mt 14,13-21; 9,9-17) en espacios de profundo simbolismo. Es precisamente por el reconocimiento de la presencia y acción salvífica de Jesús muerto y resucitado en el Bautismo y la Fracción del Pan eucarístico que toda otra acción cultural judía quedará superada.

Jesús, en el evangelio de Juan, recuerda: *“el que come mi carne y bebe mi sangre, permanece en mí y yo en él. Así como yo vivo por el Padre que tiene vida y me ha enviado, también el que me coma vivirá por mí”* (Jn 6,46). Algo similar dice respecto a su Palabra: *“Si alguien me ama, cumplirá mis palabras, y el Padre lo amará y vendremos a él y pondremos nuestra morada en él”* (Jn 14,23). Para la teología juánica la comunión eucarística con el cuerpo y la sangre de Jesús, así como con sus palabras crean un vínculo profundo de comunión que hace que la vida del discípulo y la de Jesús, así como la de su Padre, sean una sola realidad.

Pablo, precedentemente, ha reforzado el carácter comunal de la Cena del Señor: *“cada vez que comen de este pan y beben de esta copa, anuncian la muerte del Señor hasta que Él vuelva”* (1 Co 11,26). La liturgia eucarística produce la comunión cristológica que funda, a su vez, la comunión eclesiológica. La unión del creyente con Cristo conduce a la auténtica comunión fraterna de la Iglesia.

2. “La formación de Jesús en nosotros”: la experiencia que reflejan los escritos del nuevo testamento

2.1. Tres consideraciones previas:

- La gradualidad genética de los escritos bíblicos

La exégesis moderna permite ser más conscientes de cómo se fue formando el conjunto de libros que los cristianos llaman “Biblia”. Incluso es posible rastrear, gracias al método histórico crítico, el proceso de formación de dichos libros.

El Nuevo Testamento comienza a formarse a partir las primeras cartas paulinas: 1 Tesalonicenses, 1 y 2 Corintios, Gálatas, Filipenses, Romanos y Filemón. Ya en la época de la segunda carta de Pedro (3,15-16) se reconocía su valor canónico.

A estos escritos paulinos se fueron agregando otros de la misma escuela que se han llamado “deuteropaulinos y tritopaulinos”, indicando generaciones sucesivas que mantenían vivo el legado pastoral y teológico del apóstol y escribían y acogían esas cartas con la misma autoridad que derivaba de Pablo.

A este cuerpo epistolar se fueron agregando otras obras literarias que evidencian una cierta influencia de la génesis teológica paulina: el evangelio de Marcos, primero en su género y sus continuadores, Mateo (más cercano a la propuesta literaria de Marcos y más judeocristiano en su pensamiento), y Lucas (más cercano a la herencia paulina y al entorno helenista).

El evangelio de Juan, refleja varios estratos literarios, algunos de ellos muy antiguos y más precisos geográfica e históricamente que los sinópticos. En este punto concreto de la relación entre el creyente y Jesús, se aproxima más a la propuesta teológica paulina que a la sinóptica.

Si bien, los llamados escritos apostólicos –Hebreos, Santiago, 1 y 2 Pedro, 1-3 Juan, Judas, así como el Apocalipsis– requerirían un estudio propio, no es el interés de esta contribución hacerlo.

- La gradualidad teológica de las afirmaciones

Así como se ha descrito el proceso genético de los escritos neotestamentarios, igualmente se podría hacer con los contenidos teológicos que se derivan de sus formas literarias. En lo que respecta a “la formación de Jesús en nosotros” se irá haciendo esta sutil distinción: formar, vivir, creer y seguir a Jesús. En primer lugar, como una tarea propia de cada uno, pero en continuidad con un proceso simultáneo de formarlo en la vida de los interlocutores del anuncio evangélico.

- La gradualidad espiritual y pastoral de su repercusión

El interés de este artículo va en línea directa con la preocupación espiritual y pastoral del lector, por eso también se privilegian el lenguaje y las propuestas argumentativas que vayan en sintonía con esta búsqueda personal y evangelizadora.

2.2. Formar a Jesús⁵

El verbo “morfoo” (formar) es un “hápx legómena” del NT⁶. Sólo aparece en la carta a los Gálatas (4,19) y está en relación con la metáfora usada por Pablo para identificar sus relaciones “maternales-pastorales” con esa comunidad. Jesús se va formando en el corazón de cada cristiano como un bebé se forma en el vientre materno y ese vientre es la caridad que acompaña el proceso evangelizador de los pastores.

El uso compuesto del verbo “morfoo” con las preposiciones “meta” y “syn” sugiere variantes muy interesantes que permiten explorar otros matices del “formar” en clave pascual: todos nos vamos transformando en la imagen gloriosa de Jesús (meta-morfoo: 2 Co 3,18); debemos transformarnos mediante la renovación

⁵ BEHM, J. “morfe” en KITTEL, G. FRIEDRICH, G. y BROMILEY, G. Compendio del Diccionario Teológico del Nuevo Testamento, Grand Rapids, 2002, 595-597. MUÑOZ, Ovidio. “La formación de Jesús en nosotros en la enseñanza de Pablo”, Manuscrito no publicado, 2016.

⁶ Solo aparece una vez en los escritos del Nuevo Testamento.

de la mente para discernir la voluntad de Dios (meta-morfoo: Rom 12,2)⁷; configurarse con la muerte de Cristo para conocer la fuerza de su resurrección (syn-morfoo: Filp 3,10); nuestro cuerpo se configurará de acuerdo al cuerpo glorioso de Cristo (syn-morfoo: Filp 3,21).

Las acciones que expresan estos verbos están revelando la experiencia personal de Pablo, su relación con la comunidad y la dinámica de la vida cristiana.

Sin embargo, esto no es suficiente para percibir el alcance total de la “formación de Jesús”, por eso, el análisis lexicográfico tiene que ampliarse al ámbito de los campos semánticos para percibir toda su hondura.

2.3. **Vivir en Cristo**

En ese campo de significados compartidos se encuentra el verbo “zoo” (vivir), que refleja la misma realidad interior de Pablo respecto a su relación con Cristo (Fil 1,21; Ga 2,20). Esta, a su vez, se relaciona con la experiencia de cada hombre y mujer participa en la pascua de Cristo por el Bautismo (Rom 6,10-11; 14,7-8).

Los dos verbos “formar” y “vivir” reflejan la vida cristiana de modo progresivo y dinámico.

Cristo se fue formando en la vida de Saulo-Pablo desde el vientre materno (Ga 1,15). Esa presencia se hizo explícita a causa del celo fariseo que lo llevó a perseguir a Jesús sin saberlo (Filp 3,5-8). Su encuentro con el Resucitado desató en él una búsqueda que le llevó a la plenitud de la fe judía desde la comprensión de la muerte en cruz de Jesús en la perspectiva expiatoria del siervo de YHWH (Filp 2,3-11). De ese cambio de mentalidad surge el llamado de Jesús a ser su enviado hacia los paganos (Rom 15,15-21). La misión en el mundo judío y pagano suscitó comunidades a las que tenía que acompañar como un pastor con rasgos paternos-maternos

⁷ Cf. PENNA, R. Carta a los Romanos, Estella, 2013, 887-894.

(1 Co 4,15). El acompañamiento pastoral de esas comunidades lo lleva a poner por escrito el Evangelio que predica para explicarlo y defenderlo como lo haría un exégeta teólogo de nuestro tiempo (Ga 1,1). La fidelidad a la vocación misionera y pastoral en la adversidad lo lleva a identificarse física y espiritualmente con la cruz de Cristo (pasión-muerte-resurrección) (2 Co 11,23-28; Ga 6,11).

2.4. Creer en Cristo

La teología paulina en torno a la formación de Jesús, encuentra en el evangelio de Juan el perfecto complemento.

Hay una clara preferencia del evangelio de Juan por la acción y que se percibe particularmente en el ámbito de la fe. El sustantivo “fe” (*pistis*) está ausente, mientras que el verbo “creer” (*pisteuo*) en sus diversas conjugaciones llega a sumar un total de 98 veces. Se confirma que para Juan “creer” es ante todo una experiencia relacional con Jesús.

El discípulo es identificado en Juan como “el que cree” (Jn 3,15.16.18), el que cree “en” (*eis*) alguien, el que cree en Jesús (36 veces, Cf. 15,1). Creer en Jesús implica aceptar su persona, su palabra y ser capaces de confiar la propia vida a Él. Se trata de una adhesión a la persona total de Jesús, no sólo un acto interior de afirmación de su divinidad, por eso no existe conflicto en la teología juánica entre la fe y las obras. Creer en Jesús significa realizar la obra del Padre (6,29), permanecer en su palabra y obedecer sus mandatos (8,31)⁸.

Sin embargo, en la obra juánica no hay términos aislados. Hay una compleja red de sentido que crea profundas relaciones entre el alcance teológico de los diferentes vocablos: creer está en estrecha relación con amar (3,16), amar con habitar (14,23), permanecer (15,9-10), ser uno (17,21). En definitiva, el encuentro personal con Jesús y su acogida inician un proceso de comunión radical que

⁸ Cf. BROWN, R. *El Evangelio según Juan XIII-XXI*, 2ª edición, Cristiandad, Madrid, 2000, 1624-1628.

transforma la esencia misma de quien se encuentra con Él (Cf. 1,12; 3,3; 4,14).

Por otra parte, Juan advierte que la transformación que supone el creer en Jesús es progresiva, implica un proceso pedagógico conducido por el Maestro que sana, que se revela y que termina siendo el centro de la vida. Así lo plantea el milagro “didáctico” del ciego de nacimiento: la sanación (9,7) conduce a un testimonio gradual (9, 8-34) que concluye con la revelación plena de Jesús (9,35-37) y la confesión/adhesión plena del que cree (9,38).

2.5. Seguir a Jesús⁹

El seguimiento, escuela o discipulado de Jesús de Nazareth se ha convertido hoy en un referente universal que describe la identidad cristiana¹⁰. Este seguimiento emana de las páginas del Nuevo Testamento, en particular de los evangelios, y se inspira en un itinerario que trata de convertir el misterio profundo descrito anteriormente en un proyecto de vida que ilumina la cotidianidad de la existencia y la motiva para que reproduzca, creativamente, las páginas evangélicas.

La expresión “seguimiento de Jesús” no se encuentra en los escritos bíblicos, ella es la síntesis del proceso pedagógico de Jesús, caracterizado por ciertos verbos (seguir, ir detrás de, servir, etc) y sustantivos (discípulo, maestro, enseñanza, mandamientos, etc). Esta pedagogía inicia con un encuentro personal (Mc 1,16), en el marco del cual, Jesús, el maestro, llama a sus discípulos a cambiar su estilo de vida habitual (Lc 5,8-11), los invita a convivir con él en espacios familiares resignificados (Mc 3,31-35), y los lleva con él a misiones itinerantes que refuerzan con palabras y gestos la propuesta del Reino de Dios (Mc 1,38-39; Lc 8,1-3).

⁹ Para profundizar: TORRES, Álvaro. “La formación de Jesús en el Evangelio”, Manuscrito no publicado, 2016.

¹⁰ CELAM, Conclusiones de la V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano y Caribeño, Aparecida, 2007, nn. 1 y 240-285. FRANCISCO, *Evangelii Gaudium*, nn. 119-121.

La enorme riqueza de la teología paulina concentrada en el “formar a Jesús” y “vivir en Cristo” se traducen en categorías de teología narrativa. ¿Cómo se forma a Jesús en nosotros? ¡Siguiéndolo!

3. Conclusiones: San Juan Eudes

Al tiempo de Juan Eudes no se podría diferenciar claramente entre las ciencias teológicas y exegéticas. La base de cualquier exégeta, más allá del conocimiento de las lenguas bíblicas, correspondía al conocimiento de la Biblia misma y su capacidad de interpretación de acuerdo al “sensus ecclesiae”, al menos para el siglo XVII.

El amplio conocimiento que Juan Eudes tiene de la Sagrada Escritura y su interpretación en armonía con los Padres de la Iglesia y otros teólogos de la época no deja dudas acerca de su autoridad bíblica. Como asevera Pierre Drouin: “*la primera fuente de la experiencia espiritual eudista es la Sagrada Escritura*”¹¹.

Es de considerar como un dato importante el hecho que en los doce tomos de las obras completas hay 891 citas del corpus paulino y unas 319 del evangelio de Juan¹².

3.1. La fuente paulina del “formar a Jesús” en San Juan Eudes

Juan Eudes cita Gálatas 4,19 en ocho ocasiones:

- Tres veces en su obra más conocida: “La Vida y el Reino de Jesús en las almas cristianas”.

¹¹ DROUIN, Pierre. “Juan Eudes y la Sagrada Escritura”, manuscrito no publicado, 1995. Es altamente recomendable leer una versión reciente del Padre Pierre Drouin sobre el mismo tema: DROUIN, Pierre. “Comment saint Jean Eudes lit la Parole et comment il recommande de faire la lecture priante de la Bible”, manuscrito no publicado, 2017.

¹² Tomado de las Tablas Analíticas elaboradas por el padre Louis Frinault (1882-1914) y recogidas en EUDES, Jean. *Oeuvres Complètes* (OC), Tome XII, Paris, 1911, 292-318.

En el prefacio: *“la ocupación más importante de un cristiano es esforzarse para que Jesús tome forma y asiento dentro de él, según la consigna apostólica: que Cristo tome forma en vosotros. Lo cual significa hacer vivir en su espíritu y en su corazón y en todo su ser la santidad de su vida y de sus costumbres. Es lo que san Pablo llama llevar y glorificar a Dios en nuestro cuerpo...”*¹³.

Dos veces más en la segunda parte (La vida cristiana y sus fundamentos): *“Si actúas de esta manera vivirás en la devoción verdadera y formarás a Jesús en ti como lo desea el apóstol: que Cristo tome forma en vosotros, y te transformarás en su imagen, es decir, harás vivir y reinar a Jesús en ti, serás una sola cosa con él, y Jesús será todo en ti, según la santa Palabra: para que queden realizados en la unidad y Dios sea todo para todos. Esa, en efecto, es la meta de la vida, de la piedad y devoción cristianas. Por eso es importante que tomes conciencia de la necesidad de formar a Jesús en nosotros y de los medios para lograrlo”*¹⁴. *“El misterio por excelencia y la tarea suprema es la formación de Jesús que nos señala las siguientes palabras de*

¹³ EUDES, Juan. Obras Escogidas, Bogotá, 1990, 117. En el texto original se lee: “la principale occupation d’un chrétien doit être de travailler à former et établir Jésus dedans soi, selon ce souhait apostolique: Formetur Christus in vobis, c’est-à-dire [de travailler] à la faire vivre dans son esprit et dans son coeur, et à établir la sainteté de sa vie et de ses moeurs en son âme et en son corps: qui est ce que S. Paul appelle porter et glorifier Dieu dans nos corps...”. EUDES, Jean. OC I, 91.

¹⁴ “Faisant ainsi, vous vivrez dans la vraie et parfaite dévotion, par le moyen de laquelle vous formerez Jésus en vous, selon le souhait de son Apôtre: Donec formetur Christus in vobis 1; et vous serez transformés en Jésus, selon la parole de ce même Apôtre: In eadem imaginem transformamur 2; c’est-à-dire, vous ferez vivre et régner Jésus en vous, vous ne ferez qu’un avec Jésus, et Jésus sera tout en vous, selon la parole sacrée: Consummati in unum, et omnia in omnibus 3; qui est le but et la fin à laquelle tend la vie, la piété et dévotion chrétienne. C’est pourquoi il est nécessaire de vous faire voir de quelle importance est ce grand oeuvre de la formation de Jésus dans nos âmes, et ce qu’il faut faire pour l’y former.” EUDES, Jean. OC I, 271.

*san Pablo: Hijitos míos por quienes sufro de nuevos dolores de parto hasta que Cristo tome forma en vosotros*¹⁵.

- Une fois en “El Buen Confesor”, en perspective apostólica¹⁶. Autre en “La Infancia admirable de la Santísima Madre de Dios”, al explicar la maternidad espiritual de María¹⁷. Tres más en “El Corazón admirable de la Santísima Madre de Dios”, al explicar cómo el Corazón de María refleja a la Santísima Trinidad, especialmente al Padre Dios¹⁸ y es una viva

¹⁵ “Le mystère des mystères et l’oeuvre des oeuvres, c’est la formation de Jésus, qui nous est marquée en ces paroles de saint Paul: Filioli, quos iterum parturio, donec formetur Christus in vobis. C’est le plus grand mystère, et le plus grand oeuvre qui se fasse au ciel et en la terre, par les personnes les plus excellentes de la terre et du ciel, c’est-à-dire, par le Père éternel, par le Fils et par le Saint-Esprit, par le très sainte Vierge et par la sainte Église...”. EUDES, Jean. OC I, 271.

¹⁶ “...cette même vertu, dis-je, vous a été communiquée, lorsque vous êtes entrés dans le sacerdoce, pour vous donner le pouvoir de produire dans la sainte Eucharistie le Fils unique de Dieu et le Fils unique de la Vierge, comme aussi pour le former et pour le faire naître dans le âmes chrétiennes: Formetur Christus in vobis”. EUDES, Jean. OC IV, 152.

¹⁷ “Quelle est la Maternité spirituelle? C’est celle dont le Fils de Dieu fait mention en ces paroles: Quiconque fait la volonté de mon Père qui est aux cieux, celui-là est mon frère, ma soeur et ma mère; c’est-à-dire, je le regarde et l’aime comme mon frère, ma soeur et ma mère. Pourquoi est-ce que le Fils de Dieu donne cette glorieuse qualité de mère aux personnes qui font la volonté de son Père? C’est parce que toute âme chrétienne qui aime son Dieu et qui accomplit sa divine volonté, forme et fait naître le même Fils de Dieu dans son sein, selon ces paroles de saint Paul: Formetur Christus in vobis; à raison de quoi elle est appelée, par saint Ambroise et par saint Jérôme, Verbigena, “la mère du Verbe éternel”; et elle est tellement sa mère, que, selon le très docte et pieux Gerson, elle lui peut dire ce que le Père éternel lui dit de toute éternité: Filius meus es tu, ego hodie genui te: “Vous êtes mon fils, aujourd’hui je vous ai engendré.” EUDES, Jean. OC V, 399-400.

¹⁸ “Le docte et pieux Gerson dit qu’une âme fidèle à la grâce de Dieu, forme et fait naître en soi le Fils de Dieu, suivant ces divines paroles: Formetur Christus in vobis; et qu’elle devient mère de Dieu, conformément à ce que dit notre Sauveur, qui nous assure que celui qui fait la volonté de son Père est son frère, et sa soeur, et sa mère...” EUDES, Jean. OC VII, 88.

imagen del Corazón adorable del Padre Eterno¹⁹; así como la acción de Jesús que pone su sello de amor en nuestros corazones²⁰.

Sus citas responden a una clara intuición: la vida cristiana se sintetiza en “formar a Jesús”. Esa es la tarea de cada uno de nosotros, esa es la tarea de los pastores y esa es la acción más loable de Dios en nosotros. María continua esa maravillosa tarea divina como madre a través de su Admirable Corazón.

3.2. La fuente joánica del “formar a Jesús” en San Juan Eudes

Como se ha afirmado directa e indirectamente, la teología paulina está intrínsecamente unida a la juánica en la propuesta espiritual eudista.

El texto juánico que concentra esa fuerza comunional de “formar a Jesús” quizás sea aquel más citado por San Juan Eudes en sus obras, el capítulo 17: *“Yo les di la gloria que tú me diste para que sean uno como lo somos nosotros. Yo en ellos y tú en mí, para que sean plenamente uno; para que el mundo conozca que tú me enviaste y los amaste como me amaste a mí. Padre, quiero que los que me confiaste estén conmigo, donde yo estoy; para que contemplan mi gloria; la que me diste, porque me amaste antes de la creación del mundo... Les di a conocer tu nombre y se lo daré a conocer, para que el amor con que tú me amaste esté en ellos, y yo en ellos”* (vv.22-24.26).

¹⁹ “Ce Verbe adorable veut que sa sainte Mère le produise par une génération spirituelle, avant que de le produire par une génération corporelle, et qu’elle le forme dans son Coeur, conformément à ces divines paroles: Formetur Christus in vobis”. EUDES, Jean. OC VII, 130-131.

²⁰ “...notre très bon Rédempteur non seulement veut effacer en nous cette horrible image, mais il veut se transformer en nous: Cum in forma Dei esset, exinanivit semetipsum, formam servi accipiens, et nous transformer en lui: In eandem imaginem transformamur. Formetur Christus in vobis. Et sa bonté passant encore plus outre, il veut nous associer avec lui et nous rendre ses coopérateurs dans le grand oeuvre de cette merveilleuse transformation.” EUDES, Jean. OC VII, 228.

La formación de Jesús es ante todo una obra de la Trinidad, es la participación en la comunión divina por el Bautismo y conduce a la expresión más plena de la comunión eclesial de los discípulos.²¹

Juan Eudes ha sabido combinar perfectamente las perspectivas paulina y juánica en una dinámica progresiva de configuración cotidiana del cristiano con Jesús, de tal manera que la propuesta del discipulado que hoy hace el Papa Francisco, encuentra en él y en nuestra escuela de santidad aliados inigualables para operar los desafíos de una revolución de la ternura²² que renueve en nuestra espiritualidad y en nuestra pedagogía evangelizadora el acercamiento entrañable propio de la misericordia. En esa misma línea, la cultura del encuentro recibe un considerable impulso si se logra traducir la fuerza interior del apóstol en expresiones concretas de una comunión que conecte las periferias existenciales con el único centro posible: Jesucristo.²³

Los eudistas viven, en el pontificado del Papa Francisco, un kairós acuciante que exige su renovación personal, comunitaria y apostólica. Es un ardiente deseo que nos encuentre “Corde Magno et animo volenti”.

²¹ 76 veces es citado el capítulo 17 de Juan. De estas, el versículo 23, 19 veces. Vida y Reino es la obra que más refleja la fuente juánica, en particular el capítulo 17: 26 veces.

²² FRANCISCO, *Evangelii Gaudium*, 88.

²³ FRANCISCO, *Evangelii Gaudium*, 24 y 220.

RESONANCIA A LA PONENCIA DEL P. GUILLERMO ACERO

P. José Mario BACCI, cjm

Al texto proclamado y apropiado por cada miembro de la Asamblea (gracias a la ponencia-*lectio* del P. Guillermo), le sigue ahora *la meditatio* (P. José Mario).

La meditación, en la lectura orante de la Biblia, supone darle espacio a la Palabra para que ella se encarne en la vida del orante. Nos guía, en esta parte de la Lectio, la pregunta –que en su formulación clásica– ya conocemos: *¿qué me dice la Palabra?* Yo fijaría la pregunta de modo más explícito e incisivo con un añadido: *¿qué me dice esta Palabra en mi contexto particular?* De modo que, en sintonía con los miembros de la Asamblea y el contexto propio de la Asamblea General, la pregunta definitiva sería: *¿A mí, diputado elegido en representación de los hermanos de mi Provincia y reunido en Asamblea con hermanos de otras Provincias, qué me dice este texto del Apóstol Pablo Ga 4,12-20?*

Les propongo algunas preguntas-guía para la meditación. Procederemos a partir de un esquema triple que nos permitirá vivir este momento de *interpelación de la Palabra*:

1. Se presentan unas orientaciones sencillas que sintetizan la ponencia del P. Guillermo a partir de una perspectiva orante.

2. Se presentan algunas preguntas que pueden provocar la introspección.
3. Se deja un breve espacio de silencio meditativo para favorecer la reflexión y el discernimiento personales.

Pablo, persona y misión

Pablo nunca separa persona y misión; por eso, en Ga 4, 12-20 impresionan las tantas referencias personales y cotidianas de Pablo referidas, metafóricamente, al trabajo evangelizador del Apóstol en Galacia. Todo su ser está puesto en juego en el ejercicio de la misión. El Pablo fogoso y maduro –que ha descrito P. Guillermo– aparece ante nosotros como una personalidad sólida y unificada en Cristo. Ha logrado ya en sí mismo una admirable síntesis vital (persona-misión) y el elemento articulador de tal personalidad es *la formación de Cristo en Él*. Parfraseando al Papa Francisco, Pablo sabe que su vida es misión (Cf EG 273²⁴).

¿Y nosotros? ¿Qué tan arraigada está en nosotros la nueva identidad de nuestro ser en Cristo, elemento unificador de la personalidad del discípulo, la cual se explicita en una vida que se hace misión?; ¿la misión nos define; y a su vez, nuestra vida es misión?; y ¿al mismo tiempo, nuestro ser en Cristo es el contenido de la misión? Por esta razón, Pablo en muchas ocasiones –y en Ga también– apela a datos autobiográficos... A él no le interesa hacer recuento de su vida; pretende poner en evidencia la profunda unidad de su personalidad en Cristo.

²⁴ EG 273: “*La misión en el corazón del pueblo no es una parte de mi vida, o un adorno que me puedo quitar; no es un apéndice o un momento más de la existencia. Es algo que yo no puedo arrancar de mi ser si no quiero destruirme. Yo soy una misión en esta tierra, yo para eso estoy en el mundo (...). Si uno separa la tarea por una parte y la propia privacidad por otra, todo se vuelve gris y estará permanentemente buscando reconocimientos o defendiendo sus propias necesidades. Dejará de ser pueblo*”.

“La perícopa de la ternura”

En Ga 4, 12-20, Pablo se expone personalmente; habla en primera persona y trata a sus destinatarios con un repetido “ustedes” que sugiere contacto personal y abierto entre el evangelizador y la comunidad evangelizada. Si en el contexto inmediato (en lo que precede y en lo que sigue a nuestro texto), Pablo sigue una cierta rigurosidad lógica y racional (discute, razona, argumenta, elabora pensamiento), ahora, sorprendentemente sólo en esta perícopa, aparece espontáneamente a nosotros lectores, un “yo” muy personal, transparente, que ratifica lo dicho: Pablo ha establecido una relación personal y tierna con su comunidad.

Dado que ahora Pablo aborda un tema de tipo existencial, cambia el lenguaje, sin apartarse del ejercicio de argumentación. Estamos en plena sección argumentativa en la Carta a los Gálatas. Ahora el que habla es el Pablo de la ternura y de la afectividad! Pero *afectividad* entendida no como apelo a un sentimentalismo vacío! ¿Qué es la afectividad en Pablo? Hace referencia al mundo interior, a la interioridad de la persona. Él sabe que para mover a la acción a los oyentes (que estaban en serio riesgo de extraviarse por aceptar en su seno pseudoevangelizadores que los estaban apartando del evangelio predicado por Pablo, Cfr. Ga 1) es necesario conectar con su mundo interior. Pablo no busca comunicar una doctrina, sino más bien suscitar una experiencia interior.

¿Queremos vivir esta experiencia de Asamblea implicando todo nuestro ser en lo que hacemos? No se trata de sólo de razonar ni de confiar solo en nuestra capacidad racional de comprensión de la realidad; aquí se trata de sentir (a la manera de Ignacio, *gustar las cosas internamente*²⁵), de experimentar desde dentro nuestro ser en Cristo y permitir que toda nuestra existencia esté implicada en lo que viviremos estos días; se trata de hacer de nuestra participación

²⁵ Es clásica el modo como Ignacio advierte a los ejecutantes en Ejercicios Espirituales 2 acerca de la actitud adecuada para vivir con provecho los Ejercicios mismos: *no el mucho saber harta y satisface el ánimo, sino el sentir, gustar las cosas internamente.*

en la Asamblea un acto de amor a Cristo y de adhesión plena a Él para mejor servir a la Iglesia, a nuestros hermanos, a todo hombre y mujer... ¿Asumimos el reto de vivir de esta forma estos días al servicio de la Congregación?

Pablo, un nuevo discurso evangelizador: la ternura.

Insistamos en el cambio de lenguaje de Pablo en esta perícopa! Pablo deja a un lado las duras reprensiones y el lenguaje hostil (Cf. En 3,1 trata a los gálatas como *insensatos, locos, estúpidos*)²⁶ y asume ahora un lenguaje amoroso. Así quiere recrear el eslabón de ternura y confianza que había antes de que llegaran a Galacia los misioneros que se oponían él. Había mucho en juego y Pablo sabe que el lenguaje amoroso podría generar una recepción mejor de su trabajo evangelizador. Utiliza un lenguaje materno (tal como lo destacó el P. Guillermo al comentar el v. 19: Pablo se arriesga a compararse con una mujer con dolores de parturienta. Pablo sufre con la posibilidad de que los gálatas se vuelvan infieles! Su preocupación humana y su preocupación apostólica explican su lenguaje materno. Sabe que sólo así podrá mover a los gálatas a la conversión al verdadero evangelio (Cf Ga 1,7).

¿Qué espacio debería tener entre nosotros el llamado del Papa a vivir la revolución de la ternura? No se trata de caer en sentimentalismos baratos sino de responder a la invitación que nos hace el Señor de construir la comunidad misionera²⁷ desde el amor de Dios y desde el amor recíproco. Lo que no logra el lenguaje

²⁶ Un dato del contexto de la Carta. En algunos momentos de su epístola, Pablo desahoga toda la rabia y la frustración por ver a los Gálatas a punto de abandonar el evangelio que él les había predicado (Cf 1,7). Un dato: esta es la única carta auténticamente paulina en la que el Apóstol no incluye, en el comienzo, una acción de gracias. En su lugar se encuentran dos amenazas de maldición! (Cf. 1,8.9)

²⁷ Esta comunidad misionera somos nosotros; y, según lo dicho por P. Guillermo, esta comunidad debe tener rasgos proféticos (porque permite que en ella acontezca la Palabra); sapienciales (porque ha asimilado de tal modo la fe que la hace vida cotidiana, comportamiento familiar); misericordiosos (formada según las entrañas del Padre); y litúrgica (porque sirve a su Señor en los hermanos)

hostil, lo obtiene la presencia cercana, tierna, amorosa... ¿hay disposición en mí para crecer en esta dirección?

Pablo-comunidad de los gálatas: una relación materno-filial.

En 4, 12, Pablo llama a los gálatas *hermanos*. Pero el afecto se torna más fuerte, y hacia el final de la pericopa, en v. 19a, los llama *mis hijos*. La palabra griega *tekna* (hijos) quiere decir “hijos engendrados”, no hijos adoptivos. El amor de Pablo por los gálatas es como el de la madre que sufre para dar a luz. De esta manera, Pablo puso en movimiento todos los afectos en su relación con los gálatas de modo que logró construir un nivel de intensa intimidad y cercanía (afectividad) con la comunidad. Aquí *afectividad* corresponde a motivación amorosa que hunde raíces en la interioridad del Apóstol y que lo mueve a actuar, a “salir fuera de sí”, para darse todo por el otro!

¿Esta Asamblea será oportunidad para intuir que sin el cultivo de mi vida interior no puedo hacer nada que tenga el sello de Cristo? ¿Comprendo que la formación de Cristo en mí supone que en mí no haya más espacio que para Él? ¿Qué consecuencias en mi vida percibo en este modo de asumir y vivir el seguimiento de Cristo?

Los “dolores de parto”: el cristiano es una nueva creación.

“*Tengo dolores de parto hasta que Jesús sea formado en Uds*”. La expresión metafórica de los “dolores de parto” alude a dos elementos importantes: i) de un lado, indica que Pablo habla a partir de un sentimiento entrañable— no es un intelectual o un ideólogo y ii) de otro lado, le es útil para plantear, en modo gráfico, las bases para presentar su sugestivo modo de comprensión del discipulado, la adhesión a Cristo, la vida en Cristo. Desde esta perspectiva, la vida cristiana se puede definir como la gestación en mí de un nuevo ser en Cristo: “*El que vive en Cristo es una nueva creación, lo antiguo ha desaparecido, un ser nuevo se ha hecho presente*” (2 Co 15, 17). Cristo es aquel que genera la vida que debe formarse en

el creyente. Cristo lleva a la comunidad a nacer como una nueva creación! Ahora, en esta bella metáfora materna, la madre (Pablo) está con el bebé (comunidad gálata) en el útero, esperando que la formación de la criatura llegue a su plenitud vital (*que Cristo sea formado en ustedes*).

El cristiano, entonces, es el que ha nacido de nuevo en Cristo y, por tanto, vive “en Cristo”. En esto consiste la nueva creación anunciada por los profetas. En Ga 3, 26-28, corazón de esta carta paulina, se lee: “*Pues todos son hijos de Dios por la fe en Cristo Jesús. Los que se han bautizado en Cristo se han revestido de Cristo; ya no hay judío ni griego; ni esclavo ni libre; ni hombre ni mujer; ya que todos ustedes son uno en Cristo Jesús*”. El ser en Cristo es el término del proceso de configuración de una personalidad nueva en Él, es el culmen de la formación de Cristo en nosotros.

¿Sentimos nosotros una necesidad entrañable de desarrollar una vida interior que deje espacio solo a Jesús para que nos *dé su forma*, es decir, *su estructura esencial*, de modo que seamos sólo en Cristo y que vivamos sólo en Él?

II. ACERCAMIENTO DE TEOLOGÍA ESPIRITUAL EUDISTA

Porque esta gran obra de la formación de Jesús en nosotros sobrepasa sin comparación nuestras fuerzas, el cuarto y principal modo es recurrir al poder de la gracia divina, y a las oraciones de la santísima Virgen y de los santos (OC I, 275)

LA FORMACIÓN DE JESÚS, UNA PROPUESTA EVANGELIZADORA DE SAN JUAN EUDES

P. Higinio A. LOPERA E., cjm

El objetivo de este dossier es poner a disposición lo más significativo del material eudista sobre la formación de Jesús en nosotros. La prioridad está dada a las palabras mismas de san Juan Eudes. Acompañando los textos, y a modo de sugerencia, se proponen algunas pistas para reflexionar sobre el tema. El material está presentado de modo que se pueda leer desde diversas perspectivas.

Introducción

La “formación de Jesús” es el método original que san Juan Eudes propuso para sí mismo y para todos los cristianos, y especialmente para los miembros de la Congregación de Jesús y María, llamados a ser misioneros de la divina Misericordia y evangelizadores-formadores.

Juan Eudes busca con este método la calidad de la vida cristiana y sacerdotal yendo, más allá de la necesaria imitación de Jesucristo, a la unión e intimidad, de tal manera, que vamos a tener los mismos sentimientos y actitudes de un Señor que se ha formado en nosotros y vive y reina dentro de nosotros mismos. Ya el modelo a imitar no está fuera, está muy dentro de nosotros, “grabado, impreso en nosotros”. Fue tan eficaz este método, propuesto desde

1635, que lo practicará durante toda su vida y continuamente lo estará recomendando.

Es por lo tanto un tema central de nuestra espiritualidad y de nuestra identidad de misioneros de la divina Misericordia y evangelizadores formadores. Es un excelente proyecto de vida que se puede sugerir a todo el mundo. Es un tema que cuestiona nuestra vida personal, comunitaria y evangelizadora: si estamos formando a Jesús en nosotros mismos y en nuestras comunidades y si es una prioridad en nuestra actividad evangelizadora.

1. La formación de Jesús como objetivo teórico, práctico y experiencial del Reino de Jesús

El planteamiento teológico y programático de la formación de Jesús se enuncia y desarrolla no solo en El Reino de Jesús, también en los escritos posteriores a 1635.

El tema va madurando desde las bases establecidas (1, 90-92; 271-276). Desde el subtítulo de El Reino de Jesús, el propósito eudista aparece englobado con mucha claridad: “*Formar, santificar, hacer vivir y reinar a Jesús*”. Es decir, la formación de Jesús implica hacerlo vivir y reinar en nosotros; hacer vivir y reinar en nosotros su espíritu, su devoción, sus virtudes, sus sentimientos, sus inclinaciones y disposiciones. (1, 172).

El planteamiento teológico y programático de la formación de Jesús parte de los elementos fundamentales, paulinos, de la cristología eudista y del ejercicio de la vida cristiana expresado en el dicho subtítulo de *La Vida y el Reino de Jesús*. (1, 89-95; 97-99).

2. El vocabulario eudista de la formación de Jesús

En casi todos los escritos encontramos una terminología muy precisa y constante: *formación, formar, grabar, imprimir*. Los cuatro términos aparecen con frecuencia, pero el más empleado es el de imprimir en el corazón y en el alma, la imagen, las virtudes, las

actitudes de Jesús y de María, los estados y misterios, las verdades *de la fe, etc.* También se encuentran en muchísimos textos eudistas los términos: imitar, establecer, transformar, que, con los términos indicados, están siempre en relación con *formar, santificar, hacer vivir y reinar a Jesús*. Llama mucho la atención el tema de la imagen que se graba e imprime en nosotros: imagen de la Santísima Trinidad, de la Virgen santísima, de los sagrados Corazones.

Hay centenares de ejemplos en sus escritos. Uno fundamental, propio de la identidad eudista: Alcanzaremos a ser misioneros de la divina Misericordia desde la imagen, del Corazón de la Santísima Trinidad y del Corazón misericordioso de María, grabada, impresa en nuestro interior (8, 336-337).

La imitación como tal hizo crisis en Juan Eudes y cambia el tema de la imitación por la formación de Jesús en nosotros. Pasa de lo exterior a lo interior: παρά-δειγμα del “junto” al modelo, al ejemplo, a tenerlo dentro. Hoy en día los paradigmas son exteriores a nosotros. Lo perfecto será el paradigma dentro de nosotros, impreso, grabado, formado en nosotros. Esta formación e impresión de la imagen del Corazón misericordioso, es objetivo preferido de su oración y es como la meta de la pedagogía eudista. La “imagen viviente” en Juan Eudes no es una copia exterior, sino el fruto del prototipo (lo dice varias veces del Padre, de Jesús y de María) que se ha formado en nosotros con la semejanza de sí mismo como ejemplar único.

3. La inspiración bíblica y paulina de la formación de Jesús

Juan Eudes se inspiró para este proyecto en los siguientes textos bíblicos:

- “Hijitos míos, por vosotros sufro de nuevo dolores de parto, hasta que Cristo sea formado en vosotros” (Ga 4, 19). Todo el proceso que implica en el cristiano y en el evangelizadorformador. (1, 271; 4, 152; 7, 130).

- “*Seremos transformados en su misma imagen*” (2 Co 3, 18). Esa transformación será perfecta si Jesús se ha formado dentro. (1, 271).
- “*Para que seamos consumados en la unidad*” (Jn 17, 23). Seremos uno con un Jesús formado en nosotros. (1, 271).
- “*Que Dios sea todo en todos*” (1 Co 15, 28). Es lo que el Padre Dios quiere, desde su Hijo formado en nosotros. (1, 273).
- “*Para que Dios sea glorificado en todos por Jesucristo*” (1 Pe 4, 11). Por Jesucristo formado en nosotros se podrá dar la alabanza perfecta. (1, 273).
- “*Se anonadó a sí mismo*”. (Fil 2, 7). Es necesario el anonadamiento para dar cabida en nosotros a la formación de Jesús. (1, 275).
- “*Obra según el ejemplar que se te ha mostrado en la montaña*” Ex 25. 40. Tenemos ante los ojos el modelo, el paradigma, el prototipo divino para la formación. (2, 157).
- “*Se ofreció a sí mismo por el Espíritu Santo*” (Hb 9, 14). El Espíritu Santo enviado para formar el cuerpo ofrecido e inmolado de Jesucristo. (2, 177).
- “*No podemos pronunciar como conviene el santo Nombre de Jesús, ni somos capaces de tener un buen pensamiento, sino por el Espíritu Santo*” (1 Co 12, 3; 2 Co 3, 5). La acción fundamental del Espíritu Santo en la formación de Jesús. (2, 177).
- “*El que no renazca del agua y del Espíritu Santo no puede entrar en el Reino de Dios*” (Jn 3, 5).
- En el Bautismo el Espíritu Santo forma a Jesús en nosotros. (2, 181).
- “*Hemos nacido de Dios*” (Jn 1, 13); “*Creados en Cristo*” (Ef 2, 10); “*Lo nacido es del Espíritu Santo*” (Jn 3, 6), la obra del Espíritu Santo en la formación de Jesús. (2, 182).

- *“El poder del altísimo te cubrirá con su sombra”* (Lc 1, 35). Ese mismo Espíritu se da al Sacerdote para formar a Jesús. (4, 152).
- *“Ya no nos pertenecemos”* (1 Co 3, 9. 23). Una vez formado Jesús, marcados por él, somos su pertenencia. (2, 226).
- *“Cristo murió por todos, para que los que viven ya no vivan para sí sino para el que por ellos murió y resucitó”* (2 Co 5, 15). Con un Jesús que se ha formado en nosotros y marcado con su sello bautismal, será posible vivir de Él y para Él. (2, 226).
- *“Cada uno agrade a su prójimo en lo bueno para edificación”* (Rm 15, 2). Así grabamos en nosotros la imagen del Corazón de María. (6, 434-435).
- *“Pasó haciendo el bien”* (Hch 10, 38), Con Jesús y María, grabados, formados en nosotros manifestando su bondad para con todos. (6, 434-435).
- *“Como hemos llevado la imagen del hombre terreno, llevemos ahora la imagen del hombre celeste”* (1 Co 15, 49). Al formarse Jesús en nuestro corazón, será su mismo Corazón el que se grave en nosotros. (8. 109.424; 7, 100).
- *“Ponme como un sello sobre tu corazón, ponme como un sello en tu brazo”* (Ct 8. 6). Se lo pedimos a Jesús para que sus actitudes se graben en nosotros. (8. 109. 424).
- *“Sed misericordiosos como vuestro Padre celestial es misericordioso”* (Lc 6, 36). El Corazón de Jesús imprime en nosotros su misericordia. (8, 336-337).
- *“Ponme como un sello sobre tu corazón, ponme como un sello en tu brazo”* (Ct 8. 6). María, paradigma grabó en su alma la imagen de su Hijo. (8, 430).
- *“Todos estamos muertos en Adán y vivos en Jesucristo”* (1 Co 15, 22); *“Jesucristo es nuestra vida”*. (Col 3, 4). El Jesús que se forma en nosotros es nuestro prototipo. (1, 417).

- “*Bienaventurados los mueren en el Señor*” (Ap 14, 13), Jesús se forma en nosotros con sus estados y misterios. (1, 543).
- “*Sed santos como Yo soy santo*” (Lv 11, 44); “*Sed perfectos como vuestro Padre celestial es perfecto*” (Mt 5, 48); “*Sed misericordiosos como vuestro Padre celestial es misericordioso*” (Lc 6, 36); “*Sed imitadores de Dios como hijos queridísimos*”. (Ef 5, 1). El mismo Dios Padre es nuestro prototipo cuya imagen se graba en nosotros. (2, 153; 7, 108).
- “*Dejen que los niños vengan a mí, porque de ellos es el reino de los cielos*” (Mt 19, 14); “*Grábame como un sello sobre tu corazón, como un sello sobre tu brazo*”. (Ct 8, 6). La Niña María paradigma de las actitudes y virtudes que hay que imprimir en nosotros. (5,50, 99-100).
- “*Ponme como un sello en tu corazón*” (Ct 8, 6). María nuestro paradigma: el Padre divino imprime Él mismo de su propia mano una semejanza perfecta de las divinas cualidades de su Corazón en el Corazón de la Virgen. (8, 127.498).
- “*Santificado sea tu nombre*” (Mt 6.9). El Padre es santificado, desde el Jesús que formamos y santificamos en nuestros corazones. (1, 90; 8,50).
- “*Le sirvamos con santidad y justicia todos nuestros días*” (Lc 1, 74-74). Es el mismo Jesús formado en nosotros quien nos permite el ejercicio perfecto de la santidad y de la justicia, muy especialmente dentro de la Congregación (1, 90; 2, 143-144; 2, 328ss; 6, 388;9, 144).
- “*El Reino de Dios está dentro de vosotros*” (Lc 17, 21). Jesús, formado en nosotros hace realidad esta palabra, con la que prácticamente se inicia y culmina *La Vida y el Reino de Jesús*. (1, 92, 559)
- “*Glorificad y llevad a Dios en vuestro cuerpo*”. Ese es el fruto de la formación de Jesús en nosotros. (1, 91; 5, 362; 6, 46-47, 114, 279).

- “*Sometió todo bajo sus pies y le constituyó Cabeza suprema de la Iglesia, que es su cuerpo, la plenitud del que lo colma todo en todos*” (Ef 1.22-23). El proyecto del Padre con su Hijo, con la Iglesia y con nosotros tiene esa meta, con Jesús ya formado en nosotros. (1, 89, 114, 166, 311, 346, 433, 435; 3, 219).
- “*Para presentarnos santos e inmaculados e irreprehensibles ante Él*” (Col 1. 22). El proyecto de la reconciliación del Padre, se cumple en ese Cuerpo de Cristo formado en nosotros. (1, 90; 6, 388).
- “*Cristo es todo y está en todos*” (Col 3, 11). El panenteísmo cristológico es también consecuencia de la formación de Jesús en nosotros. (1, 89, 114, 566).
- “*La voluntad del Padre es vuestra santificación*” (1 Tes 4, 3). Hay una relación íntima entre la santificación y la formación de Jesús. (1, 90; 2, 223; 3, 45; 6, 386).
- “*Sed santos porque yo soy santo*” (1 Pe 1.15). La formación de Jesús tendrá así su efecto en la vida diaria de relación de todo cristiano, de todo sacerdote (1, 90; 2, 223-224; 3, 8, 45-46; 6, 392-393).
- “*Santificad al Señor, el Cristo, en vuestros corazones*” (1 Pe 3, 15). La formación de Jesús hará perfecta esta santificación desde dentro. (1, 90-93; 3, 74).
- “*Tengamos los ojos fijos en Jesús, que inicia y lleva a la perfección la fe*”. (Hb 12, 2). Esta es la cita que constituye el corazón del *Contrato* y enfoca nuestro bautismo que culminará en la formación de Jesús, en grabarlo e imprimirlo en nuestro corazón. (2, 195; 5,64).
- “*Yo soy el Alfa y la Omega, el Primero y el Último, el Principio y el Fin*” (Ap 22, 13). Desde esta contemplación se fundamentará todo el proceso de la formación de Jesús para santificarlo, y hacerlo vivir y reinar en nosotros. (1, 97s). (Ex. 25, 40; Lv 11, 44; Ct 8, 6; Mt 5, 48; 6, 9; 19, 14; Lc 1, 35.

74-75; 6, 36; 17, 21; Jn 1, 13; 3, 5-6; 17, 19.23; Hch 10, 38; Rm 15, 2; 1 Co 3, 19. 23; 6, 20; 12, 3; 15, 22. 28. 49; 2 Co 3. 5. 18; Ga 4, 19; Ef 1, 22-23; 2, 10; 5, 1; Col 1, 22; 3, 4. 11; 1 Tes 4, 3; 1 Pe 1, 15; 3, 15; Hb 9, 14; 12, 2; Ap 14, 13; 22, 13).

4. La formación de Jesús es el proyecto y la gran obra de la Santísima Trinidad

La formación de Jesús es el misterio de los misterios y la obra de las obras de la Santísima Trinidad, que actúa en plenitud desde nuestro Bautismo, que realiza en nosotros una verdadera Encarnación. (1, 271-276; 2, 181-182; 2, 396-397).

4.1. Es la obra del Padre Dios.

El proyecto del Padre Dios es formar a Jesús en nosotros como lo ha formado en el seno de la Virgen. (1, 272. 273).

Al formar a Jesús estamos haciendo que se cumpla el proyecto y el deseo grandísimo del Padre de ver a su Hijo viviendo y reinando en nosotros, en recompensa porque se ha anonadado por su gloria y por amor nuestro. (1. 272).

Al formar a Jesús contemplamos al Padre que ama tanto a su Hijo amabilísimo que solo quiere verlo en todas las cosas y solo quiere tenerlo como único objeto de su mirada, de su complacencia y de su amor y que Jesús sea todo en todas las cosas. (1. 272. 273).

Al formar y establecer a Jesús en nosotros, alcanzamos que Él ame y glorifique dignamente al Padre y a sí mismo. (1. 273).

El Padre Dios me ha formado a su imagen y semejanza, (2. 139) y es, así, nuestro prototipo y ejemplar, para que, con los ojos fijos en Él, formemos nuestra vida (2. 156), y formemos en nosotros una viva imagen de este adorable ejemplar. (2, 157).

El modelo que tiene el Padre es el mismo de su Hijo en la Encarnación, *El Corazón del Padre*, dice Ricardo de san Lorenzo, *produjo*

una buena Palabra, que, saliendo del seno del Padre, ha sido recibida en el seno de la Virgen Madre. 7. 130-131.

Dios Padre que nos manda imitarlo como paradigma (Lv 11, 44; Mt 5, 48; Lc 6, 36; Ef 5, 1), imprime Él mismo su imagen en las almas que se dan perfectamente a Él (2. 140. 153), para imitarlo en su santidad, en su pureza, en su caridad, en su misericordia, en su paciencia, en su vigilancia, en su mansedumbre y en sus otras perfecciones (2. 168) y así, asociándonos a su obra y poniendo de nuestra parte, seamos semejantes a Él. (7. 108).

4.2. Es la obra de Jesucristo, Verbo encarnado

El proyecto de Jesús es de imprimir en mí una imagen del misterio de su Encarnación y de encarnarse, en cierto modo, en mí, corporal y espiritualmente, por medio de su santa gracia y de sus divinos sacramentos y de una manera muy íntima y especial, y, en consecuencia, llenarme de Él mismo, formarse y establecerse en mí, para vivir y reinar perfectamente en mí. (1. 422).

Jesús, por el Bautismo, realiza el proyecto de formar en mí un vivo retrato de sí mismo, de su nacimiento y de su vida de hacerme por gracia lo que Él es por naturaleza, es decir, hijo de Dios, Dios y otro Jesucristo por participación y semejanza (1, 509), hasta convertirse “en el todo” formado en nosotros. (1. 566). Es nuestro prototipo y ha impreso en nuestro ser y en nuestra vida una imagen y una semejanza de su vida y de su ser. (1, 101).

¿Cómo hacer de Jesús nuestro prototipo para que sea formado en nosotros?

- Continuar su oración con sus divinas intenciones y disposiciones. (1, 195).
- Entreguémonos con frecuencia a Jesús con un gran deseo de practicar sus virtudes, de modo que se impriman y establezcan en nosotros para la pura gloria de la Santísima Trinidad. (1, 210; 6, 143; 7, 100).

- Pidamos a nuestro Señor particularmente que imprima en nuestro corazón una caridad y un afecto tierno para con los pobres, los extranjeros, las viudas y los huérfanos”. (1, 263-264).
- Trabajar solo en destruir en nosotros la vida maligna y pecadora del viejo Adán y establecer la vida santa y divina de Jesús”, (1, 417); sus estados y misterios (2, 320), lo mismo que su Pasión, santa muerte y resurrección (1, 543; 7, 394).

4.3. Es la obra del Espíritu Santo

El proyecto del Espíritu Santo es doble: formar a Jesús en las sagradas entrañas de la Virgen; es su acción más noble, y formarlo en nuestro corazón. (1, 272).

El Espíritu Santo ha tenido el proyecto de formar al Hijo de Dios en las sagradas entrañas de la Virgen por amor a mí y de venir Él mismo a este mundo para ser mi luz, mi santificación, el espíritu de mi espíritu y el corazón de mi corazón. (2, 135). “El Espíritu Santo ha venido a ese mundo a establecer el Reino de Dios en la tierra, para formar y hacer vivir y reinar a Jesucristo en el corazón de los fieles”. (4, 153; 9, 61).

El Espíritu Santo ha tomado parte en hacernos cristianos. Porque ha formado en las sagradas entrañas de la Santísima Virgen a nuestro Redentor, Reparador y Cabeza. Él lo ha animado y conducido en todo lo que ha pensado, dicho, sufrido y en el sacrificio que ha hecho de sí mismo en la cruz, para hacernos cristianos: *Se ofreció a sí mismo por el Espíritu Santo*. (Hb 9, 14). Y después de que nuestro Señor ha subido al cielo, el Espíritu Santo ha venido al mundo, para formar y establecer el cuerpo de Jesucristo que es la Iglesia y para aplicarle los frutos de su vida, de su sangre, de su pasión y de su muerte. Sin ellos hubiera sido en vano que nuestro Señor sufriera y muriera. Además, el Espíritu Santo vino en nuestro Bautismo para formar a Jesucristo en nosotros y para incorporarnos, hacernos nacer y vivir en Él, para aplicarnos los efectos de su sangre y de su muerte, y para

animarnos, en todo lo que vamos a pensar, a decir, a hacer y a sufrir cristianamente y por Dios. Hasta tal punto que *no podemos pronunciar como conviene el santo Nombre de Jesús, ni somos capaces de tener un buen pensamiento, sino por el Espíritu Santo.* (1 Co 12, 3; 2 Co 3, 5). (2, 177, 181).

Hems nacido de Dios (Jn 1, 13), hemos nacido en Jesucristo: *Creados en Cristo* (Ef 2, 10); hemos nacido y formados por obra del Espíritu Santo: *lo nacido es del Espíritu Santo* (Jn 3, 6). (2, 182).

4.4. En la acción de la santísima Trinidad, la Encarnación es el paradigma de la formación de Jesús en nosotros

Lo más admirable que realiza fuera de sí mismo el Padre eterno es formar a Jesús en el seno purísimo de la Virgen en el momento de la Encarnación. Jesús mismo se forma en su santa Madre y en su Eucaristía; es su más excelente acción en la tierra. (1, 272). Y ha dado poder a los Sacerdotes de producir y de formar a Jesucristo en la santa Eucaristía, “lo que vale más que una infinidad de mundos”. (3, 185).

Gran contenido teológico de esta oración: “Oh Dios que quisiste unir a tu Unigénito con la naturaleza humana en la unidad de la persona y en él nos hiciste para Ti, nueva creatura: cuida las obras de tu misericordia y limpia las manchas del pasado: para que con el auxilio de tu gracia seamos formados en él, en quien contigo está nuestra substancia. Amén. (Trad. del Latín). (11, 604).

5. María unida a la Santísima Trinidad; el misterio de la Encarnación y la ejemplaridad de María en la formación de Jesús.

La obra y el protagonismo de María como paradigma de la formación de Jesús.

Partimos del hecho de que lo más admirable que realiza fuera de sí mismo el Padre eterno es formar a Jesús en el seno purísimo de

la Virgen en el momento de la Encarnación y por su parte, María, cooperando al Espíritu Santo en la divina y maravillosa formación de Jesús en ella, ha hecho lo máximo. (1, 118, 272; 2, 395; 5, 141; 6, 74, 154; 7, 330; 8, 331).

“El poder del Altísimo la revistió de su poder para formar y hacer nacer en su Corazón al que debía luego formar y hacer nacer en sus benditas entrañas”. (5, 75; 6, 137).

“Como el Padre Dios, al “cubriarla con su poder” (Lc 1, 35) le dio el poder de hacer nacer a su Hijo; así también le dio el poder al mismo tiempo de formarlo y de hacerlo nacer en los corazones de los hijos de Adán y de hacerlos por este medio miembros de Jesucristo e hijos de Dios”. (6, 148, 154).

Así, María será el ejemplar de la formación de Jesús para todo cristiano llamado a imitarla en sus virtudes, actitudes, sentimientos, perfecciones, grabando e imprimiendo en nosotros una imagen perfecta de su Corazón (5, 50, 64, 99s, 156, 282, 403, 416; 6, 311, 356, 424, 434s; 7, 100, 102, 476; 8, 109, 112, 127, 152, 160, 336s, 424, 441, 457, 460, 491, 498; 10, 108, 511) y especialmente para los presbíteros:

“Los Sacerdotes tienen una alianza especial con la santísima Madre de Dios, porque, así como el Padre eterno la ha hecho partícipe de su divina paternidad y le ha dado el poder de formar en su seno al mismo Hijo que Él ha hecho nacer en su seno; así también ha comunicado a los Sacerdotes esta misma paternidad y les ha dado poder de formar a este mismo Jesús en la Eucaristía y en los corazones de los fieles. Como el Espíritu Santo ha asociado a María de modo inefable en la más divina de sus obras y en su obra maestra que es el misterio de la Encarnación del Hijo de Dios; así también ha asociado a los Sacerdotes para hacer una extensión y una continuación de ese misterio en cada cristiano, en quien el Hijo de Dios se encarna de algún modo por el bautismo y el santo sacramento del altar”. (3, 216).

Grabar en nosotros la imagen del Corazón de María. “En lugar de grabar en el corazón la imagen del corazón de Lucifer, grabe-

mos, como hijos de la Madre de Dios, la imagen de su Corazón en nosotros". (6. 280).

6. El Corazón de Jesús y de María nuestro paradigma de la formación de Jesús

El amabilísimo Corazón de Jesús y de María, es el ejemplar y la regla, para que tengamos los sentimientos mutuos que hay entre Jesús y María y sus virtudes se graben, se impriman en nosotros (1, 297; 2, 267, 365; 3, 215; 6. 424; 8, 129, 491).

7. La formación de Jesús es la gran obra de la Iglesia

La formación de Jesús es la obra más santa y más grande de la santa Iglesia y su más relevante empleo.

De modo admirable la Iglesia forma a Jesús, por boca de sus sacerdotes, en la Eucaristía.

La Iglesia forma a Jesús en el corazón de sus hijos. El único objetivo de la Iglesia en todas sus funciones es formar a Jesús en las almas de todos los cristianos. (1, 272).

8. La formación de Jesús debe ser objetivo de nuestro proyecto personal, comunitario y apostólico

Es, en primer lugar, el objetivo de toda existencia cristiana, (1. 90-2) y por lo tanto de nuestros proyectos personales y evangelizadores. Nuestro principal proyecto, solicitud y ocupación es formar a Jesús en nosotros. Es la obra que el Padre ha puesto en nuestras manos, para que continuamente trabajemos en ella. Todos nuestros ejercicios de piedad deben tender a la formación de Jesús en nosotros. (1, 272).

Formemos a Jesús para ser sus padres y sus madres.

“Aprovechemos nuestro ejemplo, nuestras oraciones e instrucciones para formar y hacer nacer al Hijo de Dios en los corazones de nuestros prójimos y Él nos tratará en la tierra y en el cielo como a sus padres y madres: y todos los Ángeles con todos los Santos nos estimarán y respetarán eternamente como a los padres y a las madres de su Salvador”. (5, 406).

9. Es un proceso con unos pasos definidos

La formación de Jesús en nosotros y en las personas es todo un proceso con una metodología sencilla y constante (1, 273-275):

- A) La contemplación mística de Jesús, en y desde sus misterios.
- B) El ejercicio continuo del divino amor.
- C) El anonadamiento místico.
- D) La gracia divina y la intercesión de María y de los Santos.

El proceso culmina con “formar en nosotros una imagen viva de su santa vida y de sus divinas virtudes”. (7. 281-282), más aún con una transformación: “Que yo sea de tal modo revestido de ti y de tus cualidades, perfecciones, virtudes y disposiciones y de tal manera transformado en ti, que solo se vea a Jesús en mí, su vida, su humildad, su dulzura, su caridad, su amor, su espíritu y demás virtudes y cualidades, pues tú quieres que yo sea otro tú mismo en la tierra”. (1. 510).

A) La contemplación mística de Jesús, en y desde sus misterios.

La contemplación nos hace descubrir las actitudes concretas para formar a Jesús: la humildad, la abnegación, la mortificación (1. 125, 275; 2. 94, 108, 112); la verdadera y perfecta devoción (1. 272); la unión íntima con Jesús (1. 271); la entrega en sus manos como blanda cera (2, 192), Vale la pena, más adelante, detenernos en esta contemplación.

B) El ejercicio continuo del divino amor.

El amor y la gloria del Padre y de su Hijo deben animarnos a formar y a establecer a Jesús en nosotros y a buscar y servirnos de todos los medios posibles. (1, 273). Para formar a Jesús en nuestros corazones hay que vivir en el ejercicio continuo de su divino amor. (1, 274). Para formar a Jesús debemos acostumbrarnos a elevar a Él nuestro corazón y a hacer todas nuestras acciones por su puro amor y consagrarle todos los afectos de nuestro corazón. (1,274).

C) El anonadamiento místico.

Perderse a sí mismo, morir a sí mismo, perecer a sí mismo, renunciar a sí mismo.

Para formar a Jesús debemos practicar el anonadamiento de nosotros mismos y de cuanto hay en nosotros; necesitamos hacer morir y aniquilar todas las criaturas en nuestro espíritu y en nuestro corazón y no las miraremos y amaremos más en sí mismas, sino en Jesús y a Jesús en ellas.

Anonadarnos a nosotros mismos, es decir, nuestra manera de pensar, nuestra propia voluntad, nuestro amor propio, nuestro orgullo y vanidad, todas nuestras inclinaciones y hábitos perversos, todos los deseos e instintos de nuestra naturaleza corrompida y todo lo que es nuestro.

Que todo lo que se opone a Él, a su gloria y a su amor, sea destruido y consumido. (1, 274).

El amor irresistible del Padre, del Espíritu Santo y del mismo Jesús, realizará la gran gracia de anonadarnos y de establecerse en nosotros, en la medida de nuestra entrega y abandono. (1, 275).

La oración de anonadamiento, del vacío y de la nada mística, para dejar espacio a la formación de Jesús en nosotros:

“Oh buen Jesús, te adoro en tu divino anonadamiento señalado en estas palabras de tu Apóstol: “*Se despojó de Sí Mismo*” (*Exin-*

anivit semetipsum). (Fil 2.7). Adoro tu grandísimo y poderosísimo amor a tu Padre y a nosotros, que también te ha anonadado. Me doy y me abandono totalmente al poder de este divino amor para que me aniquile totalmente. Oh poderosísimo y bondadosísimo Jesús, emplea Tu Mismo tu poder y tu bondad infinita para aniquilarme, y para establecerte en mí, y para aniquilar en mí, mi amor propio, mi propia voluntad, mi propio espíritu, mi orgullo y todas mis pasiones, sentimientos e inclinaciones, con el fin de establecer y hacer reinar en ellos tu santo amor, tu sagrada voluntad, tu divino espíritu, tu profundísima humildad, y todas tus virtudes, sentimientos e inclinaciones.

Aniquila también en mí todas las criaturas, y aniquíame a mí mismo en el espíritu y en el corazón de todas las criaturas, y ponte en su lugar y en el mío, para que una vez establecido en todas las cosas, no se vea, no se estime, no se desee, ni se busque, ni se ame nada más que a Ti, no se hable más que de Ti, y todo se haga por Ti; y que por este medio Tú seas todo y hagas todo en todos y que Tú ames y glorifiques a tu Padre y a Ti Mismo en nosotros y por nosotros y con un amor y una gloria dignos de Él y de Ti". (1. 275-276). "Jesús, vacíame de mi mismo y de todas las cosas y anonádame enteramente para que me llenes de ti mismo y te formes y establezcas en mí. Haz que de ahora en adelante yo sea una imagen de ti mismo, como tú eres una imagen perfectísima de tu Padre". (1. 510).

D) La gracia divina y la intercesión de María y de los Santos.

Está, de una parte, nuestro esfuerzo, dedicarnos a la mortificación, a la oración, y poner toda nuestra colaboración posible para formar en nosotros una imagen viva de Jesús, de su santa vida y de sus divinas virtudes". (7. 281-282).

Pero no olvidar, de otra parte, que la obra de la formación de Jesús en nosotros está muy por encima de nuestras fuerzas y por eso, como un medio principal, debemos contar con el poder de la

gracia divina y las oraciones de la santísima Virgen y de los Santos. (1. 275).

Se trata de la gracia divina, como presencia viva y eficaz de la Santísima Trinidad en nosotros, por medio de los Sacramentos, sobre todo del Bautismo y de la Eucaristía, que son “medios prodigiosos e inventos admirables del poder, de la sabiduría y de la bondad infinita del Padre, de los que se sirve para formar, hacer nacer y hacer vivir a su Hijo en las almas cristianas”. (3. 73-74, 185).

En nuestro Bautismo está el origen y el prototipo de la formación de Jesús en nosotros: por él, “Jesús nos comunica el ser y la vida celeste y divina que ha recibido de su Padre, imprime en nosotros una imagen viva de sí mismo y nos hace hijos del mismo Padre de quien es el Hijo” (1. 508), “para hacerme por gracia lo que Él es por naturaleza, es decir, hijo de Dios, Dios y otro Jesucristo por participación y semejanza”. (1. 509).

“Oh Jesús, en tus misterios has tenido el proyecto de imprimir en mí, por el santo Bautismo, una imagen de tu muerte, de tu sepultura y de tu Resurrección, haciéndome morir a mí mismo y al mundo, ocultándome y sepultándome en Ti y contigo en el seno de tu Padre, y resucitándome y haciéndome vivir como Tú una nueva vida tan celeste y divina, por lo que te bendeciré siempre”. (1. 510).

En la Eucaristía, Jesús se forma como en el seno de su Madre y es su más excelente acción en la tierra y de modo admirable la Iglesia forma a Jesús, por boca de sus sacerdotes, en la Eucaristía. (1.272).

10. La formación de Jesús en y desde la contemplación de los misterios.

Esta dimensión mística de la formación de Jesús es muy rica y exuberante en Juan Eudes. Es la mística en su más pura esencia como experiencia del misterio. ¿Qué es lo que vamos a formar? “Un excelente artista que tiene el proyecto de una obra maestra,

encuentra un gran placer en pensar y formar en su espíritu las ideas de su obra”. (5. 344).

Se trata de contemplar a Jesús en todas las cosas y no tener otro objetivo en todos nuestros ejercicios y acciones que Él y todos sus estados y misterios, virtudes y acciones.

Contemplamos a Jesús como el ser de todo cuanto existe, la vida de todo viviente, la belleza de todas las cosas hermosas, el poder de los poderosos, la sabiduría de los sabios, la virtud de los virtuosos, la santidad de los santos.

Hacemos todas nuestras acciones contemplando e imitando las suyas, llenando nuestro entendimiento de Jesús pensando frecuentemente en Él y contemplándolo en todas las cosas. (1. 273).

Es un contemplar grabando e imprimiendo lo contemplado, “para pensar en Él, para amarlo, para hablar de Él, para actuar por Él y sacrificarme por su gloria. Él es mi principio, mi prototipo y mi fin”. (2. 140). Contemplarlo como el alfa y el omega, el principio y el fin, el autor y consumidor de la fe y de la piedad cristiana, el fundador, la cabeza y el santificador de la Religión cristiana”. (2. 206.209)

“*Como hemos llevado la imagen del hombre terreno, llevemos ahora la imagen del hombre celeste*” (1 Co 15, 49). Para esto, hagamos una seria y diligente revisión de nuestro interior y exterior, para identificar las cosas que pueden ser un obstáculo para destruirlas. Tomar la firme resolución de grabar en nuestro corazón los sentimientos, las inclinaciones y las virtudes que reinan en el Corazón adorable de Jesús, especialmente su humildad, su obediencia, su amor y su caridad; y grabar sobre nuestro brazo (cf. Ct 8, 6), es decir en nuestro exterior, su modestia, su mortificación, su dulzura y su afabilidad.

Pidámosle la gracia para esto y supliquemos a la Madre del amor que inflame de tal manera nuestro corazón del amor de Hijo que estemos listos para sufrir antes mil muertes y mil infiernos, antes que ofenderlo en lo que sea; y así, de ahora en adelante, sea nuestra

vida una lámpara de fuego y de llamas, una lámpara ardiente y luciente: ardiente delante de Dios, luciente delante de los hombres; ardiente interiormente, luciente exteriormente; ardiente en la oración, luciente en la acción; ardiente por el ejemplo de una vida santa, luciente por nuestras palabras y santas instrucciones”. (7. 232).

Oh benignísimo y misericordiosísimo Corazón de Jesús, imprime en nuestros corazones una imagen perfecta de tus grandes misericordias, a fin de que cumplamos el mandamiento que tú nos has dado: Sed misericordiosos como vuestro Padre celestial es misericordioso (Lc 6, 36). (8. 336-337).

Imprimir en el corazón. “Oh buen Jesús, este libro (*Le Royaume*) está lleno de muchos actos y ejercicios de alabanza, de amor, de contrición, de humildad y demás virtudes cristianas: imprímelos, por favor, en mi corazón y en el de quienes los leerán”. (1. 86).

En cada misterio contemplamos a Jesús como el prototipo, “cuando por imitación tratamos de imitar e imprimir en nosotros el misterio que queremos honrar en lo que es imitable en sus actitudes y virtudes” (1. 330).

Es una contemplación muy dinámica: entregarse a Jesús, suplicar el poder y la gracia del misterio, abandonarse a la creatividad de su Espíritu y de su amor para experimentar sus efectos (1. 334). Jesús es nuestro prototipo en los misterios. “Me doy a Ti, oh Jesús y te suplico con todo mi corazón venir a mí para imprimir una imagen perfecta de Ti mismo, de tu vida, de tus estados y misterios, de tus cualidades y virtudes”. (1. 439).

11. El sacerdote enviado por el Padre Dios y el poder de formar a Jesús

El sacerdote participa del divino poder de formar a Jesús y con ese objetivo ha sido enviado por el Padre (3. 12. 16), sobre todo en la Eucaristía (1, 272). “Habéis sido enviados por Dios para formar a su Hijo Jesús en los corazones. Y es claro que todas las funciones eclesíásticas no tienen otra finalidad que la formación y el naci-

miento de un Dios en las almas”. (3. 16). “Dios ha dado poderes a los Sacerdotes para que su trabajo ordinario sea formar el cuerpo personal y el cuerpo místico del Hijo de Dios”. (3. 187).

“El Padre eterno os asocia con Él en su obra más notable que es la generación inefable de su Hijo, al que hace nacer desde toda la eternidad en su seno paternal; y en su más excelente cualidad que es su divina paternidad, haciéndoos, en cierta y admirable manera, padres de este mismo Hijo, pues os da el poder de formarlo y de hacerlo nacer en las almas cristianas, y os ha escogido para ser los padres de sus miembros, que son los fieles y para tener el oficio de ser sus verdaderos padres. (3. 15).

“Dios ha creado el mundo y puede crear una infinidad de otros. Y ha dado poder a los Sacerdotes de producir y de formar a Jesucristo en la santa Eucaristía, lo que vale más que una infinidad de mundos”. (3. 185). “Os ha dado el poder de producir en la santa Eucaristía al Hijo único de Dios y al Hijo único de la Virgen, como también para formarlo y para hacerlo nacer en las almas cristianas: Que Cristo sea formado en vosotros. (Ga 4, 19). (4. 152).

“La finalidad y el propósito de la predicación, como función celestial, es hacer nacer y formar a Jesucristo en los corazones de los hombres y de hacerlo vivir y reinar en ellos”. (4. 14).

“Entreguémonos a Jesús y pidámosle, ya que nos ha puesto en su lugar, que grabe Él mismo en nosotros su imagen, que nos anime de su espíritu y que nos participe sus sanas virtudes y sus divinas disposiciones”. (3. 214).

12. Nuestra identidad eudista y la formación de Jesús, “en su espíritu”

Como Eudistas este tema de la formación de Jesús es una cualidad esencial de nuestra identidad, ya cultivada durante nuestra formación inicial y permanente, ya vivida en nuestro ministerio.

Juan Eudes ofrece todo un proyecto en la conocida carta al P. M. Manoury (1651), para “formar en el Espíritu de Jesús” (10. 394-395). Y da un paso más allá: la formación de Cristo Sacerdote: “Los seminaristas trabajarán de todo corazón en grabar en su interior y en su exterior una imagen perfecta de la vida, de las costumbres y de las virtudes del Soberano Sacerdote nuestro Señor Jesucristo, y especialmente de su divina modestia que es una de las principales virtudes que deben brillar en un eclesiástico”. (9. 359).

“Lo mejor que podemos hacer es imprimir en nosotros una imagen viva de su vida y de sus virtudes y continuar haciendo todas las funciones sacerdotales que hizo aquí en la tierra, con su espíritu y disposiciones, es decir, santamente, exterior e interiormente y de una manera digna de la santidad y de la majestad de aquel delante de quien y por cuya gloria se hacen”. (3. 213).

“Entreguémonos al Espíritu divino que ha dictado las santas Escrituras y supliquémosle que las grave en nuestros corazones y que haga de nuestra alma y de nuestro cuerpo un evangelio y un libro viviente, escrito por dentro y por fuera, en el que se imprima perfectamente la vida interior y exterior de Jesús, manifestada en las santas letras”. (3, 53).

“Entreguémonos a Jesús y pidámosle, ya que nos ha puesto en su lugar, que grave Él mismo en nosotros su imagen, que nos anime de su espíritu y que nos participe sus sanas virtudes y sus divinas disposiciones”. (3. 214).

13. La experiencia personal de san Juan Eudes desde su vida y sus escritos

Juan Eudes, “Formador de Jesús” y paradigma para los Eudistas. Dos inspiraciones fundamentales dieron calidad a la vida personal y a la acción evangelizadora de san Juan Eudes: la formación de Jesús y la misión de la misericordia y para nosotros constituyen nuestro perfil e identidad eudista como “formadores de Jesús y misioneros de la divina misericordia”. (10.394-5; 398-399).

Lo llamo “Formador”, desde su misma vida y escritos, porque cultiva, educa, enseña, instruye, ilumina, desarrolla, cría, adiestra, dirige, forma, inspira, alimenta, cuida, ejercita, entrena, orienta, plasma, asiste, acompaña, guía, indica, encamina, disciplina, moldea, ayuda, sigue a las personas y comunidades en su proceso de maduración humana, cristiana, espiritual, sacerdotal, pastoral, evangelizadora, mística, etc., esas dos inspiraciones fundamentales, que configuran su manera de ser, de pensar y de actuar.

Antes de proponer la formación de Jesús, la vivió en sí mismo: De tal manera vivió la Palabra de Dios, que el Espíritu Santo, “hizo de su alma y de su cuerpo un evangelio... un libro vivo, escrito por dentro y por fuera, en el cual iba perfectamente impresa, la vida interna y externa de Jesús que relatan las Sagradas Letras” (P. Pedro Hérambourg (1661-1720). *Virtudes*, p.18).

“Por dentro y por fuera reproducía al vivo el exterior y el interior del Hombre Dios” (*Virtudes*, p. 142). Él mismo se propuso como objetivo de su vida, de evangelizador y de escritor, la formación de Jesús: “Oh gran Jesús, solemnemente proclamo ante el cielo y la tierra que solo quiero vivir para trabajar continuamente en formarte, santificarte, hacerte vivir y reinar en mi alma y en todas las almas que me enviarás para esto; te suplico con todo mi corazón, actuar de tal manera, que todos mis cuidados, pensamientos, palabras, trabajos y obras sean empleadas y consagradas a este fin” (1.82).

Aquí está nuestro paradigma e inspiración fundamental para toda acción evangelizadora de los Eudistas. “Que el Señor dé a la Congregación un gran número de obreros evangélicos que se dediquen a formar e instruir muchos santos Sacerdotes y buenos Pastores, por los ejercicios de los Seminarios, y que trabajen eficazmente en la salvación de las almas por las Misiones” (8.358).

Se trata del mismo paradigma que es nuestro Señor: “El Gran Pastor de nuestras almas, el soberano Sacerdote Jesucristo Nuestro Señor, es el ejemplo y la regla de la vida de todos los pastores y de todos los sacerdotes” (3.33; 9, 41). Estamos llamados a identificarnos

de tal manera con el paradigma del Señor que podamos cumplir aquello de que: “Los sacerdotes son el modelo y el ejemplar de los fieles, pero nosotros (–los Eudistas–) debemos ser el modelo y la regla de los sacerdotes” (10.418).

Esto exigirá de nosotros una búsqueda continua de la perfección y de la santidad, como nos dice en la conclusión de las Constituciones:

“La Congregación ha sido establecida en la Iglesia para darles ministros dignos de los santos altares, dignos altares ministros; obreros evangélicos e irreprochables, operarios inconfesables; sacerdotes verdaderamente apostólicos, apostólicos sacerdotes; pastores según el corazón de Dios, Pastores *juxta cor meum*; eclesiásticos que sean imágenes vivas de su eminentísima santidad, y modelos cabales de la perfección cristiana; en una palabra, hombres no más hombres, sino Dioses y padres de Dioses: *Sacerdos est Deus efficiens*. Por lo tanto, los hijos de esta Congregación han sido escogidos por Dios, por bondad inconcebible, para emplearse en formar, perfeccionar y santificar estos dignos ministros de sus altares, estos obreros irreprochables, estos sacerdotes apostólicos, estos pastores según su corazón, estas vivas imágenes de su divina santidad, estos modelos de la perfección cristiana, estos Dioses y estos Padres de Dioses. Es evidente que no hay nadie en este mundo que esté más obligado a trabajar por adquirir la perfección y la santidad, que quienes están obligados a darla a los demás” (9.587)

Conclusión

Esto es lo que, con humildad y sin pretensión, podemos llamar la especificidad, calidad y originalidad del eudista: Formar a Jesús en las personas.

Especificidad porque es lo propio nuestro que podemos ofrecer a la Iglesia y a su acción evangelizadora.

Calidad porque hace que nuestro trabajo, modesto y humilde, sea el mejor entre los mejores.

Originalidad porque tiene el sello propio de san Juan Eudes y su creatividad.

P. Higinio A. Lopera E., cjm

FORMAR A JESÚS EN LA PERSPECTIVA DE SAN JUAN EUDES

P. Jean-Michel AMOURIAUX, cjm

“Formar a Jesús en nosotros” es expresión que nos impacta; forma parte de nuestro universo eudista, tanto por lo que conocemos de las Escrituras como por lo que hemos recibido a lo largo de nuestra formación. “Formar a Jesús” es una expresión de nuestro patrimonio familiar. Por eso sabemos que es uno de los ejes privilegiados del andar espiritual desarrollado por san Juan Eudes; él mismo lo presenta como la principal y más eminente actividad del cristiano. Sin embargo, parece que esta expresión, por su carácter fundamental de la experiencia espiritual que describe, tiene el riesgo de ser más emblemática que realmente práctica para la vida cristiana de hoy. Debemos buscar traducir en categorías más existenciales lo que esta formación de Jesús significa. Partiendo de allí podremos entender los llamados a una mayor fidelidad personal y a nuestras misiones vividas juntos.

1. El Santuario de la espiritualidad eudista: la formación de Cristo en nosotros

De manera global y constante en sus escritos, Juan Eudes define el fruto de la gracia de Dios como el don venido de lo alto que permite participar de lo que es Cristo: todo discípulo puede comulgar a la adoración de Jesucristo, compartir su relación con el Padre,

vivir de su vida, entrar en sus sentimientos. Las expresiones son diversas, pero todas hablan de una continuidad entre la vida del discípulo y la vida del Maestro. El acento está puesto sobre lo que se vive en nosotros por Él, como lo expresan los pasajes citados abundantemente por Juan Eudes en sus obras²⁸. La vida cristiana es comprendida como la continuación o la expresión, o mejor aún el cumplimiento de la vida de Jesucristo. Así se realiza el proyecto de Dios en su extensión hasta el final de los tiempos: hasta que Cristo sea todo en todos y que por él Dios sea todo en todos (cf. 1 Co 15, 28)²⁹

La meta de la vida cristiana, –su finalidad–, es la configuración a Cristo. Jesucristo es el centro vital del hombre, y el hombre se vuelve hacia su centro para acoger esta nueva identidad. Hay una notable alianza entre la andadura de interioridad y de alteridad: me convierto en mí mismo en el encuentro con este Otro que mora en mí, más íntimo a mí que yo mismo³⁰. La vida cristiana consiste en esta vida conformada a Cristo. Es sobre la base de una relación personal con Jesucristo como nos convertimos en cristianos. Se trata de vivir y morar en Él, de dejarse aprehender y penetrar por Él, de dejarse transformar desde el interior por Él. En la Escuela Francesa de espiritualidad, hay otras expresiones equivalentes, y la variedad expresa la riqueza de la experiencia: Pierre de Berulle utiliza las expresiones “subsistir en Cristo” o “ser capacidad de Cristo”; san Vicente de Paúl habla de “revestir de su espíritu”. Juan Eudes privilegia el lenguaje de la formación: “formar a Jesús en nosotros”, “darnos a

²⁸ “Ya no vivo yo, sino que Cristo vive en mí; y mientras vivo en esta carne mortal, vivo de la fe en el Hijo de Dios, que me amó y se entregó por mí” (Ga 2,20). “Tengan los mismos sentimientos que Cristo Jesús” (Fil.2,5). “Que él se digne según la riqueza de su gloria fortalecerlos internamente con su Espíritu, que Cristo habite en sus corazones por la fe, que estén arraigados y cimentados en el amor” (Ef 3, 16-17). “Dios ha demostrado el amor que nos tiene enviando al mundo a su Hijo único para que vivamos gracias a él” (1 Jn 4, 9).

²⁹ “Cuando el universo le quede sometido, también el Hijo de Dios se someterá al que lo sometió todo, y así Dios será todo para todos”

³⁰ San Agustín, *Confesiones*, III, 6,11

Él para que sea formado en nosotros”. Ciertos autores han hablado de “cristocentrismo místico” para definir este camino espiritual.

Con respecto a Juan Eudes, el texto más significativo acerca de la formación de Jesús en nosotros se encuentra en *Vida y Reino*, en la segunda parte “lo que hay que hacer en toda nuestra vida, para vivir cristiana y santamente, y para formar, santificar, hacer vivir y reinar a Jesús en nosotros”. Miremos cómo emerge este tema en el conjunto de la obra, siguiendo el razonamiento que conduce a hablar de la formación de Jesús como “la obra de las obras y el misterio de los misterios”.

El tema central es, en primer lugar, lo que Juan Eudes desarrolla en su idea maestra: la vida cristiana es la continuación de la vida de Cristo. Para esto considera cuatro aspectos de la vida de Cristo que nombra como fundamentos de la vida del cristiano: “hay cuatro cosas que debemos meditar a menudo y adorar en la vida que Jesús vivió en la tierra, y que debemos intentar, tanto como nos sea posible, y con la ayuda de la gracia, expresar y continuar en nuestra vida. Cuatro cosas que son los cuatro fundamentos de la vida, de la piedad y santidad cristiana, sin las cuales, por consiguiente, es imposible ser verdaderamente cristianos”³¹.

Luego Juan Eudes prosigue su exhortación pasando de los fundamentos de la vida cristiana a la continuación de las virtudes de Cristo: “es necesario además, si desean hacer vivir y reinar a Jesús en ustedes, ejercitarse cuidadosamente en la práctica de las virtudes cristianas que Nuestro Señor Jesucristo ejerció estando en el mundo”³². Luego dos párrafos (38 y . 39) buscan resumir los fundamentos y las virtudes recogiéndolos bajo un solo término, el de “la verdadera devoción de Cristo” que consiste precisamente en “cumplir muy perfectamente todas las voluntades de su Padre y poner en esto toda su alegría”³³. La meta de estos breves desarrollos sobre la devoción cristiana introduce los párrafos en los cuales

³¹ OC I, 167

³² OC I, 204

³³ OC I, 265

el tema de la formación de Jesús está tratado explícitamente: “haciendo esto, tal como lo desea su Apóstol: *Donec formetur Christus in vobis*³⁴; y serán transformados en Jesús, según la palabra del mismo Apóstol: *In eamdem imaginem transformamur*³⁵; es decir, ustedes harán vivir y reinar a Jesús en ustedes, no serán más que uno con Jesús, y Jesús será todo en ustedes, según la palabra sagrada: *Consummati in unum, et omnia in omnibus*³⁶; lo que es la meta hacia la cual tiende la vida, la piedad y devoción cristiana”³⁷.

Regresemos al desarrollo de *Vida y Reino*. En primer lugar, Juan Eudes arranca de lo que él llama los fundamentos de la vida cristiana, que son en realidad cuatro maneras de considerar las actitudes de Cristo: su mirada sobre la realidad a la luz de la fe, la renuncia a todo compromiso con el pecado y el desprendimiento de lazos de este mundo, para aferrarnos sólo a Dios, en lo que él llama de manera global la oración. En segundo lugar, Juan Eudes invita a la misma consideración con respecto a las distintas virtudes que Jesús desarrolló de manera eminente durante los años de su vida terrena. Luego retoma toda la vida y todas las virtudes de Cristo en una sola “devoción”: la entrega de su voluntad a su Padre. Hasta aquí no hay nada nuevo en la manera de presentar la vida espiritual; es un cristianismo que busca sinceramente imitar a su Maestro, aunque esta imitación está presentada como la continuación de la vida del Señor; en la lógica del Cuerpo místico, los miembros prolongan en su vida lo que proviene de la cabeza.

Pero lo que sigue cambia de estilo, es de otro orden, y toda la atención del lector se concentra para entrar en la comprensión de “la obra de las obras y del misterio de los misterios”. Es aquí que surge la genialidad de Juan Eudes: él nos indica que esta manera de vivir la vida cristiana en imitación de Cristo lleva en sí una fecundidad insospechada: la imitación del Maestro forma a

³⁴ Ga 4,19

³⁵ 2 Co 3,18

³⁶ Jn 17,23; 1 Co 15,26

³⁷ OC I, 271

Jesús en el discípulo. Se entiende que esta formulación necesita ser explicitada, pero en el primer párrafo se suceden las hipérbolas para introducirnos en el santuario de su espiritualidad, lo más cerca posible del “más grande misterio y la más grande obra que se realiza en el cielo y en la tierra por las personas más excelsas de la tierra y del cielo”³⁸. Juan Eudes lo recalca para dejar claro que esto es el meollo de lo que quiere decir a sus lectores. Efectivamente en verdad en este punto desarrolla una espiritualidad original; retomemos algunos elementos.

Juan Eudes se ubica en la comprensión del proyecto de Dios que consiste en la realización de una comunión entre Dios y el hombre y que se traduce en la participación de la naturaleza humana a la naturaleza divina, y desde esta perspectiva en una unión realizada entre el Creador y la criatura. Aquí hay que tener en cuenta dos aspectos: por una parte, esta unión entre el hombre y Dios se efectúa por Jesucristo, a menudo llamado por Juan Eudes el Hombre-Dios, y por otra parte, esta unión existe eternamente en la persona de Jesucristo. Por esta razón Juan Eudes desarrolla dos ideas que presenta siempre juntas³⁹:

- La formación de Jesús realiza el proyecto del Padre que es permitir al Hijo reinar sobre toda realidad, en el sentido de Col 1,17: “Todo subsiste en él”, y por lo tanto Cristo tiene

³⁸ OC I, 271

³⁹ OC I, 272-273, Leccionario eudista, texto 16.

1. Para que se realice el designio y ardiente deseo del Padre celestial de ver a su Hijo vivir y reinar en nosotros. Porque desde que su Hijo se anonadó por su gloria y por amor nuestro, el Padre quiere recompensar estableciéndolo como Rey en todas las cosas. El Padre ama de tal manera a su Hijo que no quiere ver sino a él en todo. Jesús es el objeto único de sus miradas, de su complacencia y de su amor. Por eso quiere que Cristo sea *todo en todo* (1 Co 15,28), para que Él no vea ni ame nada más que él en todas las cosas.

2. Para que Jesús, una vez formado y establecido en nosotros, ame y glorifique dignamente en nosotros a su Padre eterno, según la palabra de san Pedro: Que Dios sea glorificado en todo, por medio de Jesucristo (1 Pe 4,11), ya que sólo él es capaz de hacerlo dignamente.

como vocación convertirse en el Señor de todos, de convertirse de alguna manera en la vida misma de los hombres.

- La formación de Jesús se realiza cuando el Padre entrega a su Hijo a los hombres, Hijo por quien los hombres podrán rendir un culto verdadero y vivir en la justicia y la santidad delante de Dios.

Jesucristo está a la vez del lado de Dios que da y del hombre que responde. Los dos aspectos se encuentran en Jesucristo: él revela el camino y él es el camino. Por esto los escritos oscilan siempre entre “formar a Jesús en nosotros” y “el Padre forma a Jesús en nosotros”. Esta expresión de la formación de Jesús expresa a la vez la meta –ser a la imagen del Hijo– y la manera –por la gracia del Hijo–. Como lo dice sabiamente el p. Lebesconte: “no basta que una espiritualidad nos presente una meta que debemos alcanzar; tiene también que darnos los medios de lograrla”. Esta es la genialidad de Juan Eudes, contemplando el misterio del Hijo descubre que todo está dado en el Hijo, tanto la meta como el medio.

Así Juan Eudes nos lleva más lejos que una imitación de Cristo. No se trata de actuar como Cristo, ni de actuar por Cristo, sino de actuar en cuanto Cristo: *Christianus alter Christus* según la fórmula de san Cipriano citada muy a menudo por Juan Eudes. Es la explicación que da Dom J. Hulibén en una obra ya vieja: “Es por nuestra adhesión vital a Jesucristo que nos convertimos en participantes de ‘lo que ha sido en él’: sus acciones, sus misterios, sus disposiciones son las nuestras debido al lazo que une los miembros con la cabeza y en la medida misma de nuestra unión con él. Para progresar en la vida sobrenatural y adquirir virtudes, la manera más segura es entonces quedarnos estrechamente unidos a la fuente de la vida: es adherir a los estados del Verbo encarnado”⁴⁰.

Percibimos toda la coherencia del proyecto espiritual de Juan Eudes: su profundo deseo de hacer comprender que Cristo tiene

⁴⁰ Dom J. Hulibén, O.S.B. “A las fuentes de la espiritualidad francesa del s. XVII”, *La Vie Spirituelle*, Suplemento, diciembre 1930, pp. 113-139

la vocación de vivir y reinar en el corazón de los fieles y que esto se realiza por la gracia que construye el cuerpo de Cristo. Pero también hay que definir cual es la vida que circula entre los miembros y la cabeza, y Juan Eudes lleva progresivamente a sus lectores de la imitación de Cristo a la formación de Cristo. Y para lograr esta formación de Cristo en nosotros, Juan Eudes ofrece a la Iglesia dos pasos complementarios: la comunión a los estados y misterios de Jesús y la santificación de las acciones ordinarias.

2. La formación de Jesús mediante la comunión a sus estados y misterios

Ya que Cristo está unido a nosotros (consustancial) por su humanidad, él está a nuestro lado para acceder a Dios en su función de mediador de la nueva alianza (Hb.12,24). El caminar espiritual propuesto por Juan Eudes pasa por el conocimiento de los misterios, su contemplación y todavía más la comunión a los misterios contemplados. Pasamos de una exterioridad modeladora a una mayor apropiación interior.

La vida de Jesús está considerada en su realismo histórico y en su alcance eterno; esta mirada teológica se traduce en una manera de considerar lo que la tradición llamó la doctrina de la perpetuidad de los misterios. Es esencial comprender este punto para entrar en el caminar de Juan Eudes. Jesucristo es verdaderamente hombre y vivió en un tiempo y un lugar determinados, pero ya que aquel que vivió esto es uno de la Trinidad, entonces los misterios históricos revelan una realidad que trasciende la historia, es lo que podemos llamar los estados del Hijo de Dios. Esto es lo que nos hace cristianos: estos estados son la forma de la gracia de la que estamos revestidos.

Según Louis Cognet, citado por el p. Raymond Deville⁴¹, recordamos las siguientes definiciones: “Cada circunstancia de la vida del Hijo de Dios es un misterio y a cada misterio corresponde un estado

⁴¹ *La Escuela Francesa de Espiritualidad*, Desclée, Paris, 2008, p. 51

del Verbo encarnado, que toma su valor en la Encarnación (...). El estado es la actitud interior de Jesús en cada una de las circunstancias de su vida terrena o gloriosa, considerada como una realidad eterna en la medida que esta vida es asumida por una persona divina”. Pierre de Bérulle traduce este tesoro sublime con fórmulas de las cuales él tiene el secreto: “Los misterios de Jesucristo pasaron en algunas circunstancias, y duran y son presentes en cuanto a su virtud, y su virtud no pasa jamás, ni el amor con el cual han sido realizadas pasará jamás”⁴².

Es decir, la gracia de Dios nos asemeja a Cristo, no por la mera disposición interior que podríamos tener, sino que nos deja la libertad de intentar imitar lo que hayamos entendido de Cristo. Es mucho más: se trata de una transformación interior por la acción de la gracia que establece en nosotros la perfección del misterio vivido por Cristo. Entonces, la oración (perfecta) de Cristo da forma a nuestra oración con lo que somos, el amor (perfecto) de Cristo transforma nuestra capacidad de amar. El caminar de unión interior a Jesucristo culmina en el don del Corazón de Jesús cuando el amor se revela como el estado (permanente) del Verbo hecho carne.

Desde un punto de vista práctico, el conocimiento de los misterios se realiza mediante la meditación de las Escrituras. Juan Eudes propone varios métodos de meditación de los misterios de Jesús, inspirándose de los métodos ignacianos para el acercamiento a las escenas evangélicas. Juan Eudes hace pasar del “cuerpo y del exterior del misterio”⁴³ para llegar al “espíritu, el interior del misterio”⁴⁴; y agrega que es “lo que debe ser considerado y honrado en los misterios de Jesús”⁴⁵. Juan Eudes indica que encuentra allí “lo principal, el fondo, la sustancia, la vida y la verdad del misterio... la virtud interior y el espíritu de gracia”, con esta límpida conclusión: “de allí proviene los que decimos que los misterios de Jesús no han pasado

⁴² *Obras*, Migne, p. 921

⁴³ OC I, 322

⁴⁴ OC I, 324

⁴⁵ OC I, 325

sino que están siempre presentes”⁴⁶. Llegados a esta mirada sobre los misterios, he aquí que nuestro corazón acoge lo que percibe como verdad de la vida de Cristo. Es el proceso de transformación por la vida de Cristo que Juan Eudes explicita aquí, partiendo de la revelación de los misterios de Cristo relatados en las Escrituras.

La meditación y la contemplación de los misterios de Cristo nos hacen disponibles a lo que él vivió en la historia y que se da a nosotros hoy por la gracia, en nuestro interior. Como lo dice maravillado Dom. J. Huliben “Si por la fe y la caridad estamos estrechamente unidos a Nuestro Señor, las disposiciones, las virtudes, los misterios de Cristo se imprimirán ellos mismos en nuestra alma, y entonces nosotros las reviviremos porque –y aquí tocamos al fundamento dogmático de todo el sistema– Cristo y el alma creyente forman, como la cabeza y los miembros, *una sola persona mística*. Por su eficacia propia estas disposiciones se comunicarán con todos los que están unidos a Cristo como los miembros a la cabeza, y en la medida de su unión con Él”⁴⁷

Desde un punto de vista teológico, podemos comprender junto con Santo Tomás de Aquino este paso de Cristo a nosotros. Es por la resurrección de Cristo⁴⁸ que su vida –enteramente resucitada–

⁴⁶ Id.

⁴⁷ Dom J. Huliben, op. cit. p. 43

⁴⁸ Suma Teológica IIIa q56: La causalidad de la resurrección de Cristo. Artículo 1: ¿Es la resurrección de Cristo la causa de nuestra resurrección?

Soluciones: 3.3. Hablando con propiedad, la resurrección de Cristo no es causa meritoria de nuestra resurrección, pero es la causa eficiente y la causa ejemplar. Es primero la causa eficiente: la humanidad de Cristo, en la cual él resucitó, es de cierta manera el instrumento de su divinidad y actúa por su virtud, así como se demostró más arriba. He aquí porque todo lo que Cristo hizo o sufrió en su humanidad es salvación para nosotros en virtud de su divinidad, como se probó anteriormente, la resurrección de Cristo es también la causa eficiente de nuestra resurrección, por la virtud divina, cuyo específico es dar vida a los muertos. Esta virtud alcanza por su presencia todos los lugares y todos los tiempos, y su contacto es suficiente para que haya una verdadera eficacia. Luego, como acabamos de decir, la causa primordial de la resurrección de los hombres es la justicia divina, por la cual

puede comunicarse. La humanidad resucitada de Jesús está viva, es más se ha vuelto fuente de vida. Cuando la naturaleza humana está vivificada por el Espíritu Santo, éste la convierte en fuente de vida. Para hablar con el lenguaje de Sto. Tomás, podemos decir que la infusión de la gracia sólo puede venir de Dios, como causa principal, y de su humanidad como causa instrumental. Los misterios de Cristo son los vectores de la gracia; nuestra adhesión de fe es nuestro consentimiento a que la gracia venga a nosotros y actúe en nuestro interior. Es por esto que san Juan Eudes mira la gracia divina como el fundamento de nuestra Congregación, y a decir verdad el fundamento de toda vida. En el proceso de formación interior, es el poder de la gracia el agente principal, lo que Juan Eudes dice claramente: “Ya que esta gran obra de la formación de Jesús en nosotros sobrepasa sin comparación nuestras fuerzas, el cuarto y principal medio es recurrir al poder de la gracia divina”⁴⁹.

Por la unión de las dos naturalezas en la persona de Jesús, y por nuestra unidad con Cristo, estamos constituidos en unidad con él y su vida resucitada se desarrolla en la nuestra. Esta unidad con Cristo se realiza con el bautismo, una unidad que justamente Juan Eudes compara a la unión entre la naturaleza humana y la naturaleza divina

Cristo tiene el poder de realizar el juicio, en cuanto que Hijo de hombre; y la virtud eficiente de su resurrección se extiende no solamente a los buenos, sino también a los malos, que están sometidos a su juicio. Ya que el cuerpo de Cristo está unido personalmente al Verbo, su resurrección es la primera en el tiempo; es también, dice la glosa “la primera en dignidad y perfección”. Y lo que lo es más perfecto es siempre el modelo que imita a su manera lo menos perfecto. Así la resurrección de Cristo es la causa ejemplar de nuestra resurrección. Y esto es necesario, no del lado del que causa la resurrección ya que no tiene necesidad de modelo, sino del lado de los que resucitan, ya que los resucitados deben ser conformes a esta resurrección de Cristo, según San Pablo (Fil.3,21): “ El transformará nuestro cuerpo mortal, haciéndolo semejante a su cuerpo glorioso”. La causalidad eficiente de la resurrección de Cristo se extiende a la resurrección tanto de los buenos como de los malos; sin embargo, su causalidad ejemplar solamente alcanza a los buenos; estos son conformados a la filiación de Cristo, dice San Pablo (Rom.8,29).

⁴⁹ OC I, 275

en la persona de Jesús⁵⁰. Entendemos porque Juan Eudes meditó tanto sobre el bautismo, ya que este sacramento inaugura y sella una unión que es la condición de posibilidad de la transformación interior por la adhesión a los estados del Verbo Encarnado.

El don de la vida de Cristo resucitado se revela como la fuente del nacimiento de Cristo en nosotros: “Así nuestro Bautismo es una generación inefable: “nos quiso engendrar...” (St 1, 18), y un nacimiento admirable, que es una imagen viva de la generación y del nacimiento eterno y temporal del Hijo de Dios. Razón por la cual nuestra vida debe ser imagen perfecta de su vida. Hemos nacido de Dios (cf. Jn 1, 13); hemos nacido en Jesucristo, “creados en Cristo” (Ef 2, 10); hemos nacido y fuimos formados por obra del Espíritu Santo: “Aquel que nació del Espíritu...” (Jn 3, 6). Por esto solamente debemos vivir de Dios, en Dios y para Dios; y solamente debemos vivir de la vida de Jesucristo; y debemos ser conducidos solamente por su Espíritu que debe animarnos y poseernos enteramente”⁵¹.

Hay en Juan Eudes, discípulo de Pierre de Bérulle, una fuerza teológica que debe ser desarrollada.

- El fundamento necesario es la naturaleza y la importancia del bautismo en cuanto unión entre el hombre y Cristo e imagen de la unión entre la naturaleza humana y la naturaleza divina en Cristo.
- Esta unión es el comienzo de un proceso de transformación interior que es comparada a un nacimiento y a un crecimiento. Es lo que Juan Eudes llama la formación de Jesús en nosotros. Junto con el Concilio Vaticano II podríamos agregar que esta unión es dada totalmente por la gracia bautismal⁵².

⁵⁰ En el 12° Coloquio Interior: “Vemos que, por el Bautismo, somos uno con Jesucristo, y por Jesucristo con Dios, en la manera la más elevada y la más perfecta que pueda ser, según la unión hipostática de la naturaleza humana con el Verbo eterno” (OC II, 186)

⁵¹ 11° Coloquio Interior, OC II, 182

⁵² Cf. Lumen Gentium 40

- El proceso de crecimiento se realiza por el poder de la gracia del Resucitado al ritmo de nuestra libertad y por lo tanto de nuestra historia personal, y por la adhesión y la comunión a los estados y misterios de Cristo.
- Así el discípulo es transformado a la imagen de su Señor: Jesús establece su vida y su reino en nosotros. Así el Padre es glorificado en su Hijo y en su creación.

Esta formación que es esencialmente comunión con Cristo resucitado transforma nuestra manera de conducir nuestra vida, con el hombre interior que se unifica de acuerdo a su centro, Cristo. La oración nos permite unir el centro con todos los demás componentes del ser, la acción, los sentimientos, las relaciones, etc. Todo lo que constituye una persona humana está vivificado por esta formación interior de Cristo. Lo que está descrito vale para la vida presente y futura de aquel que quiere seguir a Cristo. Juan Eudes no duda en considerar también lo que pasó en la vida del discípulo: cuando la vida divina inviste a una persona, o sea cuando Cristo se forma en ella, entonces todo su ser y todo lo que le constituye se beneficia de la gracia divina. En consecuencia Juan Eudes puede proponer hacer un ejercicio interior hacia el pasado, por ejemplo hacia nuestro propio nacimiento contemplando a Jesús en el misterio de su nacimiento⁵³. Este misterio se inscribe entonces en nosotros con una poderosa lógica: si por mi nacimiento estoy en comunión con el nacimiento de Cristo, estoy llamado a consumir este nacimiento; él me da –formándose en mí– poder perfeccionar mi nacimiento como un acto de adoración de Dios como lo fue su propio nacimiento en Belén: “lo que me consuela infinitamente, oh amado Jesús, es que sé que suples a mi defecto por tu nacimiento temporal. Porque has rendido todos estos deberes a tu Padre, y tú has hecho muy santa y divinamente todos estos actos y ejercicios espirituales para ti y para mí, es decir que tú has adorado, agradecido, glorificado y amado a tu Padre por ti y por mí. Has referido y consagrado a su gloria todo tu ser y todo el estado de tu vida presente

⁵³ OC I, 496-504

y venidera, y esto con todo mi ser y todo el estado de mi vida y de todas las criaturas que han sido, son y serán, porque todo estado pasado, presente y futuro de las cosas creadas te eran presentes como lo son ahora, y tú miraste como cosa propia lo que te había sido dado por tu Padre”⁵⁴. Esta es la consecuencia más profunda de esta formación de Jesús en nosotros. Ya nada me es extraño, podemos apropiarnos de todos los méritos de Cristo. Juan Eudes, según su aguda visión del cuerpo de Cristo, nos invita a apropiarnos de todos los méritos de todos aquellos que están unidos a Cristo, de todos aquellos en quienes Cristo está formado, en particular en el puesto más eminente la Virgen María, Madre de Dios.

Dicho esto, avancemos un poco más. Para Juan Eudes, el acontecer espiritual de la formación de Jesús es doble. Parte de arriba, del don de Dios, a partir del bautismo y en la contemplación de los misterios cuya gracia se derrama en el corazón de los fieles para recibir el amor de Dios⁵⁵. Es un caminar creyente que toma en serio la encarnación del Verbo de Dios y su misterio pascual de los cuales somos beneficiarios recibiendo al Espíritu Santo. Es lo que acabamos de presentar. Y hay por otra parte, en Juan Eudes, un caminar que parte “de abajo”, es decir que parte de nuestra realidad la cual –según su expresión– se vive “en honor y unión” con Cristo. Es este aspecto que él desarrolla principalmente cuando habla de la formación de Jesús en nosotros, sin omitir aquel presentado arriba.

3. La formación de Jesús mediante la santificación de las acciones ordinarias

Nuestra vida en la historia, nuestra “encarnación” de alguna manera, es tomada en serio por el maestro espiritual que es Juan Eudes; esta vida de cada uno es la vida de los miembros en unión con su divina Cabeza. La unión con Cristo no es una visión idealista sino la revelación del don de Dios para así vivirlo mejor. Este

⁵⁴ OC I, 501

⁵⁵ Cf. Rom.5,5, texto escogido por san Juan Eudes para la fiesta del Corazón de Jesús.

proceso de formación y de crecimiento es el desarrollo histórico de nuestra vida –del nacimiento a la muerte– el tiempo favorable del encuentro con el Resucitado. Este doble movimiento de la cabeza hacia los miembros y recíprocamente, Juan Eudes lo describe por ejemplo de esta manera: “el trabajo del jefe (esto es: Cabeza) es de hacer todo lo que él hace, para sí y para sus miembros, ya que la Cabeza y los miembros no son sino uno, y luego que todo lo que está en los miembros pertenece al jefe, como recíprocamente todo lo que es del jefe pertenece a los miembros”⁵⁶.

Según su manera acostumbrada de proceder, Juan Eudes descompone en etapas el ejercicio que el propone “para formar a Jesús en nosotros”⁵⁷; he aquí “las cuatro cosas para formar a Jesús en nosotros”. Juan Eudes utiliza una pedagogía siguiendo las sencillas señales de cuál es la manera humana de encarar una realidad. Son ejercicios interiores que actúan como tomas de conciencia. Juan Eudes no se queda en indicaciones del caminar que deben seguirse de manera exhaustiva. Él utiliza fácilmente términos que dan flexibilidad (“casi” en lugar de “totalmente”, “a menudo” en lugar de “siempre”, etc.).

El primer paso se sitúa en la inteligencia humana. Juan Eudes reenvía a la experiencia de la mirada y precisamente la mirada de fe que permite discernir el lazo que existe entre todas las realidades y Cristo que es su principio interior: “Él es el ser de las cosas que existen, la vida de los vivientes, la belleza de las cosas bellas, el poder de los poderosos, la sabiduría de los sabios, la virtud de los virtuosos, la santidad de los santos”⁵⁸. Y Juan Eudes nos hace fijar esta misma mirada en nosotros mismos y en los actos que efectuamos, mirada de fe en nosotros. Esta formación de la inteligencia es indispensable pero no basta. La formación de Jesús en nosotros supone otro tipo de conocimiento, el del corazón, el del amor. Juan Eudes utiliza mucho este doble movimiento: conocer y amar, de

⁵⁶ OC I, 503, ver Leccionario eudista texto 22 “Santificación de las acciones ordinarias”

⁵⁷ OC I 273-275, Leccionario eudista, texto N° 17

⁵⁸ OC I, 273

acuerdo a una antropología equilibrada que se apoya en las facultades del corazón⁵⁹. Estos ejercicios son de fácil acceso, y pueden llevar a una relectura y a un acompañamiento.

Después de estos ejercicios de la consideración de lo real, otro paso se debe dar, presentado por Juan Eudes como el “fundamento principal, el primer principio y el primer paso de la vida cristiana”⁶⁰. Se trata del “aniquilamiento de nosotros mismos y de todas las cosas en nosotros”. Este término no es bien visto y sin embargo reviste un sentido profundo y fundador cuando se revela su significado. El anonadamiento corresponde a la gestión personal y libre para lograr una justa relación con Dios. No se trata de lamentarse de la propia debilidad o de nuestras incapacidades, sino de reconocerse en una receptividad fundamental: mi ser es un ser con mano abierta; yo recibo de lo que soy; yo recibo de uno más grande que yo. Con el P. Bernard Pitaut, pss, recordamos el sentido siguiente: “Decir que el hombre es nada es simplemente decir que no es nada sin Dios y nada comparado con Dios; es situar al hombre en su verdad frente a Dios. Aniquilarse es entonces reconocerse como nada, olvidarse de sí mismo para dejar el puesto a Dios. Cristo en su kenosis (Fp 2, 7) se aniquila perfectamente”⁶¹. Allí también Juan Eudes muestra un buen conocimiento del corazón humano, de su propensión a buscar el sentido fuera de Dios, a “mirar el dedo del sabio que le enseña la luna”. El aniquilamiento es un ejercicio interior que ofrece un espacio interior a Jesucristo que viene a formarse en nosotros para transformarnos en él. Juan Eudes insiste, en que este ejercicio de descentramiento de sí mismo es: “uno de los más poderosos medios que debemos utilizar para formar y establecer a Jesús en nosotros”⁶². ¡Esto también es válido para hacer sitio al otro!

⁵⁹ En este mismo texto se ve bien que las facultades interiores están unidas, entre la inteligencia y la voluntad en cuanto que principio de acción y de afectos.

⁶⁰ OC I, 274

⁶¹ Bernard Pitaut, *Une direction spirituelle au XVII^e siècle*, G. de Renty et E. de la Trinité, Paris, Cerf, 1994, p. 47

⁶² OC I, 275

Juan Eudes, heredero de la teología de la gracia, está entre los que no consideran la gracia como absolutamente necesaria para la salvación, y los que predicán que sólo la gracia basta para la salvación, independientemente de las obras. Juan Eudes sigue la escuela del jesuita Francisco Suárez, a quien cita en diversas ocasiones y lo considera, recordando sus cualidades, “un milagro de ciencia y de piedad”. Según su tratado sobre el tema “*De gratia*”⁶³, la gracia es la vida misma de Dios que se da gratuitamente a los hombres para que progresen y logren la salvación. La gracia no es una sustancia sobrenatural que se agrega a la realidad natural del hombre pero su recepción es una participación en vida misma de Dios. Es la vida misma de Dios que Jesucristo quiere dar a los hombres para su salvación. Para Juan Eudes, la gracia es el Espíritu Santo, la vida misma de Dios⁶⁴. Es la razón por la cual este “cuarto y principal medio” acaba con una entrega de sí mismo: “Ofrezcámonos al Espíritu Santo por la misma intención, y hagámosle la misma oración”⁶⁵.

Este imperativo: “Ofrezcámonos” permite subrayar un aspecto importante de los pasos de Juan Eudes. En su pedagogía que reconoce en la gracia su papel fundamental, Juan Eudes anima a hacer actos voluntarios. El discípulo busca darse al Espíritu Santo queriendo unirse a lo que vivió Jesús, hasta puede buscar consagrándose totalmente a él⁶⁶. Con un equilibrio llamativo, esta búsqueda voluntaria no causa tensión en aquel que la hace. En efecto, ¡el poder de la gracia es tal que no tenemos que recordarlo siempre! Igualmente podemos confiar a Dios nuestro deseo y nuestras intenciones. ¡Qué bella libertad en el Espíritu Santo nos permite esto! “Basta tener el deseo y la intención de realizar nuestras acciones en el espíritu de Jesucristo y con sus disposiciones e intenciones!

⁶³ Recordemos que la obra es de 1619

⁶⁴ Cf. Catecismo de la Iglesia Católica 2003: “La gracia es, ante todo y principalmente, el don del Espíritu que nos justifica y nos santifica”

⁶⁵ OC I, 275

⁶⁶ Este es el sentido de los pasos dados por Juan Eudes cuando pronuncia el voto de servidumbre y luego el voto del martirio. Notemos sin embargo que no propondrá ni lo uno ni lo otro a sus hijos o hijas.

Así es fácil, mediante la gracia de Nuestro Señor, hacer todas nuestras acciones santa y cristianamente”⁶⁷. El desarrollo de la vida del que se entrega y se abandona a su Señor le permite tomar su sitio en nosotros. Todos los componentes de una vida sencilla y ordinaria se vuelven oportunidades de recibir la vida de la gracia, y así Jesús se forma en nosotros.

Conclusión: ¡Un tesoro para repartir a manos llenas!

Es apasionante percibir la profundidad y la pertinencia del camino que Juan Eudes descubre y nos revela mediante este sencillo término “Formar a Jesús”. Lo debemos recibir a modo de una síntesis espiritual, con toda la originalidad de sus desarrollos prácticos. No solamente esta pedagogía espiritual no está desfasada con las expectativas contemporáneas (sitio del sujeto creyente, referencia a las Escrituras, acentos teológicos acerca de la gracia, acerca de la filiación divina, etc.), sino que más bien constituye una fuente que pide ser más compartida.

Finalmente, notemos un elemento sublime de esta espiritualidad: la formación de Jesús en nosotros es un caminar personal, íntimo e interior, que pone en juego la libertad personal. Este caminar se realiza por la relación entre la cabeza y los miembros, lo que significa que cada miembro adhiere no solamente a la cabeza sino también y necesariamente al cuerpo entero. La salvación no puede ser concebida sin los demás: la formación de Cristo en nosotros es siempre un “nosotros” del cuerpo, y más todavía, un “nosotros” de cada miembro con todos los otros miembros. La solidaridad de Dios con todo hombre por la Encarnación realiza una nueva solidaridad entre los hombres; es uno solo y él mismo⁶⁸ continúa y realiza su vida en sus miembros, hasta poder decir que toda la familia humana forma un solo cuerpo místico, que todos los hombres son los herederos de la Vida y del Reino de Jesús.

⁶⁷ OC I, 443

⁶⁸ Es la fórmula del concilio cristológico de Calcedonia (451)

RESONANCIA A LA PONENCIA DEL P. JEAN-MICHEL AMOURIAUX

P. Alvaro DUARTE, cjm

La interesante conferencia del Padre Jean Michel toca un punto central dentro de la espiritualidad eudista e invita a la frescura de una renovación a toda la Congregación en este magnífico de este proceso de la configuración con Jesús, especialmente a partir del bautismo. Abre igualmente anhelos y esperanzas, así como algunos interrogantes.

1. ¿Es un ideal místico?

Al hablar de la espiritualidad de san Juan Eudes, con frecuencia aparece el adjetivo “místico”, sin especificar el sentido que se le da, lo cual es necesario hacer, puesto que esta palabra tiene una amplísima polisemia, debido, tal vez, al hecho de que no aparece en la Sagrada Escritura. Se trata de un adjetivo relacionado directamente con el sustantivo misterio (*mysterion*), término que sí se encuentra en el Nuevo Testamento. Al respecto citamos unos ejemplos: *A ustedes les es dado conocer los misterios* (o: el misterio) *del Reino de los Cielos* (o: de Dios) (Mt 13,11; Mc 4,11; Lc 8,10); *Que nos tengan los hombres por servidores de Cristo y administradores de los misterios de Dios* (I Co 4,1); *Quiero que sepan qué dura lucha estoy sosteniendo por ustedes y por los de Laodicea, y por todos los que no me han visto personalmente, para que sus corazones reciban*

ánimo, y unidos íntimamente en el amor alcancen en toda su riqueza la plena inteligencia y perfecto conocimiento del Misterio de Dios, en el cual están ocultos todos los tesoros de la sabiduría y de la ciencia. (Col 2,2).

Independientemente de los textos anteriormente citados, vale la pena subrayar el verso completo de la afirmación paulina, que constituye el gran postulado de la formación de Jesús en nosotros: *Completo en mi carne lo que faltó a los sufrimientos de Cristo por su cuerpo que es la Iglesia, de la cual he sido hecho ministro, según la economía de Dios que me fue dada, para que se cumpla en ustedes la palabra de Dios: el misterio escondido por siglos y generaciones, y que ahora se ha manifestado a sus santos* (Col 1, 24-26). El texto estaría, dentro de nuestro contexto, respondiendo a la pregunta ¿para qué continuar la vida de Jesús? Y la respuesta viene en seguida: para que se manifieste ahora el misterio escondido por siglos y generaciones.

Además de este texto paulino, siguiendo el más genuino espíritu eudesiano, se puede iluminar el proceso de la formación, entre otros, con textos del Evangelio de san Juan: *Que todos sean uno, como tú, Padre, en mí y yo en ti, que ellos sean uno en nosotros* (Jn 17, 21), y un poco más adelante prosigue: *Yo en ellos y tú en mí para que lleguen a ser uno* (v. 23) Esta afirmación juanea se puede tomar como una particular expresión de la mística, esto es, de nuestra unión profunda, continua, amorosa con Jesús, con el Padre y, consecuentemente, con el Espíritu Santo, que impacta la vida con los hermanos. Otro texto que puede reflejar este aspecto místico y amoroso es la alegoría de la vid: en donde se percibe que la unión mística no es una opción más, sino una necesidad, *Permanezcan en mí y yo en ustedes... quien permanece en mí y yo en él da mucho fruto, porque sin mí no pueden hacer nada* (15,4.5). Se trata de la invitación a la vida mística entendida en el sentido de una unión permanente con Jesús, algo que la Iglesia oriental conoce como *theiosis* o *theosis*. Estos textos manifiestan precisamente el objetivo que Juan Eudes propone como la meta final del proceso de formación de Jesús en nosotros, colocando como escenario de tan mística unión

el propio corazón: *ut in ipso vivas et regnes et nunc*. Me detengo en la palabra *nunc*, puesto que nos coloca frente a la realidad presente, se trata de la formación de Jesús ahora.

Entendemos, entonces, como mística, el camino de profunda unión del bautizado con Jesús, como lo afirma san Pablo: *vivo, pero no yo. Es Cristo quien vive en mí* (Ga 2, 20). Es el camino que han seguido mucho místicos como Jan van Ruysbroeck (*Nuptiisvel de ornatunupciarumspiritualium*), que fundamenta la unión mística en el misterio de la Encarnación o Santa Teresa, que también toca el mismo tema, a partir de un proceso o itinerario espiritual: las bodas espirituales entre Cristo y el alma. Además, muchos otros autores espirituales, canonizados o no, han centrado su vida en la unión con Cristo, lo cual con frecuencia se denomina las bodas espirituales entre Cristo y el creyente.

En el pensamiento eudesiano esta unión se inicia explícitamente en el bautismo, a partir del contrato o alianza con Dios, unión que está llamada a ser fortalecida gradualmente, con vaciamiento de sí mismo, con disciplina y perseverancia, con amor y con fe, como respuesta humilde y confiada al amor y a la gracia sobreabundante de Dios sobre cada uno de nosotros. Se trata de una historia personal vivida con Jesús, de una historia con altibajos pero siempre creciente (anagógica), siempre ascendente, en la que poco a poco el Señor, si se lo permitimos, va haciendo su obra maravillosa. La meta que se busca es ciertamente mística: la unión de amor íntimo con Jesús como respuesta, limitada pero totalmente entregada al amor ardiente, profundo y constante de Jesús por nosotros, hasta llegar a tener “un solo corazón” con Jesús.

Se trata de una unión mística, esto es, con referencia al misterio del amor de Dios, no es una unidad ontológica, puesto que Jesús, si bien es perfecto en su humanidad, es también una persona divina (perfecto en su divinidad, engendrado, no creado), en tanto que nosotros somos creaturas invitados a transformarnos en una alianza viva, por su presencia en nuestra existencia, es una unión amorosa y totalizante con Dios. San Juan Eudes asume como postulados de su propuesta espiritual, dos afirmaciones de san Pablo

ampliamente conocidas por todos que, a su vez, se convierten en dos grandes postulados: *completo en mi carne lo que falta a los sufrimientos de Cristo* (Col 1,24), y: *vivo, pero no yo, es Cristo quien vive en mí* (Ga 2, 20).

2. ¿Cuál Jesús?

Aunque la respuesta a semejante pregunta parece obvia, no lo es tanto, puesto que existe una gran diversidad de Cristologías, esto es, diversas respuestas a esta pregunta, incluso dentro de los diferentes autores del Nuevo Testamento y, más aún, dentro de un mismo autor (cristologías ascendentes, cristologías descendentes, cristología angélica, profética, del personaje celestial, sin mencionar las Jesulogías, entre otras). En el tema de la formación de Jesús propuesto por san Juan Eudes la cuestión nos lleva a buscar una respuesta esencial: ¿formar a cuál Jesús? De antemano nos encontramos ante una situación ardua, puesto que a lo largo de los diversos tomos de las Obras Completas se puede encontrar muchos y diversos matices con relación a la figura del Señor: el maestro, el ser divinamente humano y humanamente divino y, fundamentalmente, el Verbo Encarnado.

3. ¿Cuáles son los escenarios de la formación de Cristo?

Desde el misterio de la encarnación se entiende la cosmología, propuesta por san Juan Eudes, con las tres dimensiones de Naturaleza, de Gracia y de Gloria, así como también, de manera muy especial, los estados y misterios de Jesús, a través de los cuales santifica a la humanidad y al cosmos.

La naturaleza

Se ha de formar, entonces, al Verbo Encarnado, esto es, a Jesús con una irrenunciable relación, en primer lugar, con la Naturaleza, con el mundo visible y tangible, con el cosmos en general, y con todas su realidades con las cuales tenemos necesariamente

un contacto diario, la formación de Jesús que se convierten en el escenario de Dios.

La gracia

En segundo lugar, con la Gracia, a saber con todo el proceso de santificación que el Señor ha dejado en su Iglesia y, por consiguiente, con los sacramentos, de modo especial el Bautismo y la Eucaristía, y, en general, con la vida espiritual de la Iglesia, con un énfasis especial en la oración y, de manera particular, con la oración por la acción, marco doctrinal desde el cual se comprende mejor el postulado de continuar y completar la vida de Jesús en nosotros. La tercera dimensión a la cual ha de lanzar el proceso de formación de Jesús es la Gloria, que viene a representar la teleología de todo este proceso: formar a Jesús glorioso en nuestra propia carne, como una hermenéutica práctica del verso 14 del capítulo 1 del Evangelio de san Juan: *La Palabra se hizo carne, plantó el Tabernáculo en medio de nosotros y hemos visto su gloria*; se trata, por tanto, de la formación de Jesús glorioso en nuestra carne. Desde el punto de vista del lenguaje normalmente empleado, esto resulta casi una contradicción: la gloria de Dios en la carne del hombre, pero es la gran realidad y el gran desafío planteado por la espiritualidad de san Juan Eudes. El tema de los estados y misterios de Jesús, dentro de este proceso se tratará más adelante.

La gloria

Esta tercera dimensión, dentro de la cosmografía eudesiana, la gloria, toca el punto clave del planteamiento de la cuestión de precisar cuál es el paradigma cristológico, sobre el cual vamos a formar a Jesús en nosotros. Aparece, entonces, Jesucristo glorioso, no sólo porque es el resucitado sino porque desde la Encarnación *hemos visto su gloria* (ethesámetha ten dóxanautoú, Jn 1, 14), lo cual deja claramente planteado un fundamento del misterio de la Encarnación, y despeja el horizonte para la formación de Jesús en

nosotros: se trata del Jesús que manifiesta la gloria de Dios en la carne humana.

Lo anterior, más que un punto de llegada es un punto de partida, un compromiso para la formación de Jesús en nosotros: se trata del Jesús que manifiesta la gloria de Dios en mi propia existencia, en mi propia carne, en mis propias circunstancias no sólo a nivel personal sino a nivel comunitario, más aún, a nivel social. La dimensión de la Gloria asume, en cierto modo, las anteriores, esto es, la Naturaleza y la Gracia, al mismo tiempo que las llena de un dinamismo muy especial.

Pero el paradigma cristológico no se detiene aquí como una gran realidad (pragma) sino como acción (praxis), como dinamismo que impulsa continuamente hacia la plenitud: dar gloria al Padre celestial. Esta gloria, que se da al Padre, se convierte en el estímulo, en la motivación (causa eficiente), en la búsqueda del objetivo final (causa final), en el gozo, en la energía, en la luz que viene a llenar toda la existencia de Jesús, sus estados, sus misterios, su vida terrena con todos sus aspectos y, consecuentemente también en uno de los objetivos de la formación de Cristo en nosotros.

Al respecto, como simple referencia, vale la pena ver algunas afirmaciones básicas de san Juan Eudes, sobre el tema: “has referido (al Padre) y has consagrado a su gloria todo tu ser” (O.C. I 505); “entrégate al celo y al amor grandísimo con el cual él alaba incesantemente a su Padre en el cielo, en la tierra y por todo el mundo: porque propiamente hablando, sólo Jesús lo alaba y lo glorifica y glorifica a su Padre en todo el universo” (O.C. I 475); “Tú has referido y consagrado a su gloria, todo tu ser” (O.C. I 501); “todas sus riquezas, su honor, su contento están en buscar la gloria de su Padre y en cumplir su santa voluntad” (O.C. III 190). La idea que, de aquí se desprende, es sumamente clara: la cristología robusta que se encuentra en los escritos de san Juan Eudes hace, de alguna manera, relación a esta característica única, que aparece en su espiritualidad: la gran función de Jesucristo es dar gloria al Padre.

4. ¿Qué camino seguir?

Sentimientos

Otra pregunta que se puede plantear aquí tiene que ver con la metodología, esto es, con el camino que hay que seguir para formar a Jesús (*nilvoliturquinprecognitur*). El primer paso consiste en tomar conciencia del gran amor que Jesús me tiene. En el otro gran postulado de la espiritualidad de formar a Jesús en nosotros, san Juan Eudes propone una afirmación, tomada del texto de Gálatas 2,20, que presenta igualmente un contexto muy especial: *Vivo, pero no yo. Es Cristo quien vive en mí, vivo en la carne, vivo en la fe del Hijo de Dios que me amó y se entregó por mí. Afirma tres veces vivo.* Sin embargo, el punto central de esa vida es la unión con Jesucristo, de quien subraya el amor hasta la entrega. La dinámica de la vida y de la unión es siempre el amor, inmenso, grande hasta la entrega total de Jesús por mí, pues habla en primera persona. El amor es el inicio, es el culmen y el final de este proceso de formación de Jesús en nosotros.

Una de las primeras recomendaciones para tomar conciencia del amor de Jesús es la contemplación de ese amor por nosotros o, más exactamente, en el lenguaje eudesiano, contemplar la misericordia de Jesús. En esta contemplación estimulante uno de los caminos es el centrarnos en el Corazón de Jesús, en la Hoguera de Amor, que lanza sus llamas de amor al Padre, a la Virgen Santísima, a la Iglesia, a cada uno de nosotros, Hoguera de Amor a la cual podemos arrojar nuestros pecados para que su amor ardiente nos purifique. Para san Juan Eudes el Corazón de Jesús está presente de manera especial en la Eucaristía.

En semejante contemplación se puede ir recorriendo cada una de las “virtudes”, tal como aparecen en la oración del Ave Cor, con una admiración grande y amorosa por cada una de ellas. Para ello el camino es sencillo de enunciar. Se trata de adorar a Jesús en diferentes virtudes, contemplarlo, pedirle perdón por no haberlas hecho nuestras concretamente, y pedirle que las coloque, que las imprima

él mismo en nuestra existencia. De esta manera se traza un camino para la formación de Jesús en nosotros, que no es para unos pocos años sino para toda la vida, puesto que a lo largo de la vida no podremos llegar a “completar” (*antanapleró*) plenamente tales virtudes nosotros, esto es, el ideal de continuar y contemplar la vida de Jesús, de asemejarnos al máximo a la persona amada, a Jesús, se convierte en una praxis continua de amor efectivo y, como tal, en un delicioso esfuerzo diario de manifestación, por parte nuestra, de este amor a Jesús. Se trata de *imprimir en nuestros corazones una imagen perfecta de sus virtudes* (Corazón de la Madre Admirable, Libro XII, c. 5).

La contemplación de las virtudes del corazón implica el hacer las oraciones o “elevaciones” de cada una de las virtudes, así como el tener la mirada sincera y humilde sobre nuestra situación personal, lo cual es ya un ejercicio saludable de formación de Jesús en nuestro corazón. No basta sólo con la contemplación intelectual (de “espíritu”) sino que se precisa la contemplación amorosa (de “corazón”). De esta manera estamos invitados a contemplar la santidad, la mansedumbre, la humildad, la pureza, la devoción (la entrega), la sabiduría, la paciencia, la obediencia, la vigilancia, la fidelidad, la felicidad (bienaventuranza), la misericordia, el amor. Todas las anteriores virtudes convergen precisamente en el amor.

5. ¿Y los estados y misterios de Jesús?

Dentro del dinamismo de la formación de Jesús, según san Juan Eudes, tocamos ahora sus Estados y Misterios. Sobre el concepto de estado en sus escritos no existe una precisión estricta de contenidos. En efecto, en algunos pasajes se percibe, en la práctica, una identificación entre estados y misterios, como cuando afirma que existen siete estados y misterios⁶⁹.

⁶⁹ Nous honorerons les sept états et empires de Jésus, à savoir:

1. L'état et l'empire de Jésus dans le monde naturel, composé des quatre éléments de la terre, de l'eau, de l'air et du feu, et de toutes les choses naturelles qui sont au monde.

En otros textos hace referencia a tres estados, asumiendo para ello una postura francamente teológica, pues se refiere a los tres estados que la cristología presenta con relación al Hijo único de Dios: la pre-existencia, la pro-existencia y el estado de gloria⁷⁰. Esta presentación cristológica es obviamente más para la contemplación que para contemplación del misterio de Cristo, que desemboca en el dinamismo de continuar y contemplar.

Por otra parte, el tema de la formación de Jesús en nosotros toca directamente con un tercer concepto de estado, que es más general y, por tanto, más aplicable a la vida práctica, se trata de la vida percibida en dos estados solamente:

La vida que el Hijo de Dios tuvo sobre la tierra está dividida en dos estados diferentes, a saber, el estado de consuelo y de alegría, y el estado de aflicción y sufrimiento (...) también la vida de sus servidores y de sus miembros, siendo, como ya lo hemos dicho

2. L'état et l'empire de Jésus dans le monde spirituel et mystique, c'est-à-dire dans l'Eglise militante.

3. L'état et l'empire de Jésus dans la mort, dans la quelle sa souveraineté, sa justice, son éternité, sa mort et sa vie immortelle sont honorées.

4. L'état et l'empire de Jésus dans le jugement particulier qu'il exerce tous les jours et à toute heure sur les âmes qui sortent de cette vie, et dans lequel sa justice, son équité, sa vérité, sa puissance et sa majesté divine sont aussi beaucoup honorées.

5. L'état et l'empire de Jésus dans l'Église souffrante, c'est-à-dire dans le purgatoire, là où sa divine volonté, sa justice, sa bonté et ses souffrances sont continuellement glorifiées.

6. L'état et l'empire de Jésus dans l'enfer, là où toutes ses perfections divines et toutes ses mystères sont honorés en une manière terrible et admirable.

7. L'état et l'empire de Jésus dans l'Église triomphante qui est au ciel (OC I 320-321).

⁷⁰ Combien il y a de sortes de vies en Notre-Seigneur Jésus Christ? Il y en a trois, qui pourtant ne sont qu'une seule, divisée en trois états. Quelle est la première? C'est la vie divine et éternelle. Quelle est la seconde? C'est la vie humaine et temporelle. Quelle est la troisième? C'est la vie glorieuse et immortelle. O.C. II 399.

unan continuación e imitación de la suya, está siempre mezclada de alegrías y tristezas, de consuelos y de aflicciones⁷¹.

De esta manera, las vivencias diarias de la persona, sean positivas o negativas, se convierten en una preciosa oportunidad de ir formando a Jesús en la vida práctica. Es algo que bien podría llamarse una mística encarnada, puesto que así nuestros estados personales asumen una dimensión de unión y de amor a Jesús y pueden ser transformados en alabanza y gloria para Dios.

6. Vaciamiento, Oración y Virtudes

Si bien en “Vida y Reino” presenta un buen plan de la santificación del tiempo y de las acciones, podemos identificar allí ciertos elementos fundamentales para la formación de Jesús en nosotros, que, en cierta manera podrían ser considerados como etapas en dicha formación.

Vaciamiento

El término que usa san Juan Eudes es el desprendimiento (*détachement*), anonadamiento o aniquilamiento (*anéantissement*) que ha sido inspirado en la actitud misma del Hijo de Dios quien, según el himno cristológico de la carta a los Filipenses (2, 6-11), existiendo en condición de Dios, no se aferró a ser igual a Dios sino que se vació de sí mismo (*ekénoseneautón*). Es el punto de inicio del proceso de la formación de Jesús en nosotros y, por tanto, del dinamismo de continuar y completar la vida de Jesús. El proceso

⁷¹ “la vie que le Fils de Dieu a eue sur la terre est partagée en deux états différents, à savoir état de consolation et de jouissance, et état d’affliction et de souffrance; ayant joui, en la partie supérieure de son âme, de toutes sortes de délices et de contentements divins; et ayant souffert, en la partie inférieure et en son corps, toutes sortes d’amertumes et de tourments: aussi la vie de ses serviteurs et de ses membres étant, comme nous avons dit, une continuation et imitation de la sienne, est toujours mêlée de joie et de tristesse, de consolations et d’afflictions” O.C. I 276.

de vaciamiento es fruto del amor grande a Jesús y también a María, cuanto más los amamos, más experimentamos la necesidad de vaciarnos de nosotros mismos para ser llenos del amor de Jesús

San Juan Eudes reconoce implícitamente que nuestro ser se va llenando de muchos elementos que “ocupan espacio”, esto es, que no dejan el lugar libre para que Dios pueda llenarnos. A manera de un recipiente dentro del cual se pueden colocar muchas cosas y que es preciso vaciar para llenarlo con algo muy preciado, nos encontramos frente a Dios que precisamente quiere llenar todos los aspectos de nuestro ser.

A lo largo de la vida podemos ir colocando en nuestro corazón sentimientos (sensaciones, afectos, apegos, nexos personales); disposiciones (nuestros propios métodos de enfrentar la vida, de resolver los problemas, de situarnos ante otras persona, de relacionarnos con otras personas, de la frecuente actitud de creer que somos más que los otros, que sabemos más que los demás, que todo lo que hacemos, está bien hecho que llenamos a plenitud los trascendentales –*esse, verum, bonum*– entre otros elementos); intenciones (nuestras metas se agotan en el éxito del trabajo, o del estudio, en la idolatría del poder, o del tener, en la búsqueda de la felicidad, según los cánones superficiales de la sociedad). El vaciamiento de estos elementos es otra tarea que se cumple a lo largo de la vida y que, como, en los elementos anteriores, puede tener sus altibajos. No ha faltado quien se comprometa con este vaciamiento por medio de votos voluntarios: “Vacíame de mí mismo y de todas la cosas, y aniquílamme totalmente, para que me llenes de ti mismo y te formes y te establezcas en mí” (O.C. I 510).

La oración

La oración es otro de los elementos estructurales para la formación de Jesús en nosotros. No se busca la oración solamente como disciplina espiritual sino como fruto del amor a Jesús. Porque amamos a Jesús, lo alabamos, lo adoramos, le decimos que lo amamos y, con todo esto, le damos gloria y lo complacemos. De esta manera,

se produce una dinámica curiosa: cuanto más se ama, más se ora; y cuanto más se ora más se ama a Jesús.

Existe una acertada afirmación de san Juan Eudes muy a propósito para el tema que estamos tratando:

El santo ejercicio de la oración debe colocarse en el rango de los principales fundamentos de la vida y de la santidad cristiana, porque toda la vida de Jesucristo fue una perpetua oración, que debemos continuar y expresar en nuestra vida (O.C. I, 191).

Hay dos puntos fundamentales para el tema tratado, que vale resaltar: la importancia de la oración como fundamento de la vida cristiana y, por otra parte, a Jesucristo como el gran modelo de oración, pues toda su vida fue una oración perpetua y, de esta manera, subraya el camino para la oración, de modo que la formación de Jesús en nosotros va a implicar el hecho de hacer igualmente de nuestra propia vida una oración perpetua. Ideal alto ciertamente pero que nos coloca en uno de los caminos más excelente para su formación dentro de nosotros.

Viene a continuación la frase ampliamente conocida, que no es sino la consecuencia del postulado que acabamos de mencionar:

(La oración) es tan importante y tan absolutamente necesaria, que la tierra que nos sostiene, el aire que respiramos, el pan que nos sustenta, el corazón que late en nuestro pecho no son tan necesarios al hombre para vivir físicamente, como necesaria es la oración a un cristiano para vivir cristianamente (Ibid.)

De hecho, san Juan Eudes, además del método de la oración desarrollada en cuatro tiempos: contemplación, petición de perdón, entrega personal, configuración con alguna virtud de Jesús⁷², insiste en tres tipos de oración, totalmente centrada en Jesús: la alabanza, la gloria (adoración) y el amor, con lo cual se tiene un camino y método certero para la formación de Jesús, puesto que se trata de hacer de la vida una oración perpetua, como la oración de Jesús.

⁷² Tema propuesto y ampliamente desarrollado por el P. Régnald Hébert.

Un punto ampliamente resaltado por san Juan Eudes es la oración de amor. En este campo son muchas las propuestas: el rosario de amor, el rosario del Padre, el ejercicio de amor divino, treinta y cuatro actos de amor, cuarenta llamas de amor, además de las diferentes elevaciones y oraciones que se encuentran a lo largo de sus escritos.

Dentro de una espiritualidad de amor es claro que la oración de afecto ocupa un lugar central. Esta vida de amor remite al amor eterno entre el Padre y el Hijo y, consecuentemente a la presencia del Corazón de la Trinidad que es el Espíritu Santo. Se trata, por tanto, de un ejercicio de amor con una estructura trinitaria. En esta obra de amor y de formación de Jesús en nosotros, que es el “misterio de los misterios y la obra de las obras” (O.C. I 271), existe un puesto muy especial para María quien lo formó por la fe y el amor en su corazón antes que en sus entrañas.

Virtudes

Es otro de los puntos clave en la formación de Jesús en nosotros. Es precisamente el amor el que nos lleva a continuar y a completar las virtudes de Jesús en nosotros. Desde esta perspectiva, las virtudes no se entienden como el esfuerzo propio para vivir cada una de ellas en la vida personal, sino el proceso de vaciamiento, del continuo ejercicio de amor divino, de modo que Jesús nos llene y él mismo pueda vivir sus virtudes en cada uno de nosotros.

Ya anteriormente se habló de la contemplación amorosa de las virtudes de Jesús. Pero no basta la sola contemplación, es necesario permitir a Jesús que las viva en nosotros. Con relación al Corazón de Jesús san Juan Eudes afirma:

Todas las perfecciones de la divina Esencia viven y reinan en el Corazón de Jesús, a saber, la Eternidad de Dios, la Inmensidad de Dios, el amor, la Caridad, la Justicia, la Misericordia, el Poder, la Fuerza, la Inmortalidad, la Sabiduría, la Bondad, la Gloria, la Felicidad, la Paciencia, la Santidad y las demás (O.C. VIII 335)

En el texto citado, san Juan Eudes menciona algunas virtudes de Jesús presentadas como perfecciones, dando algunos ejemplos de ellas, pero aclarando que en su corazón viven y reinan “todas” las perfecciones. Para nosotros este texto es todo un desafío, pues el Jesús que queremos formar en nosotros es precisamente el que tiene “todas” las perfecciones y, por consiguiente, estamos llamados a continuar y completar, no en el sentido de que llevemos en nosotros estas perfecciones a plenitud, sino en cuanto estamos invitados a continuarlas en la medida de nuestras posibilidades.

Cuando habla de la infancia de Jesús, también nos invita san Juan Eudes a imitar las virtudes del Niño Jesús, que concuerdan con las de la niña María: su inocencia, su sencillez, su humildad, su obediencia, su paciencia, su amor a Dios, su caridad hacia el prójimo, su desprendimiento de este mundo y de ellos mismos, su pureza divina, su silencio, su amabilidad, su mansedumbre y su modestia (O.C. V 430).

Anteriormente⁷³ hemos mencionado las virtudes expresadas en la oración del Ave Cor, a saber, la santidad, la mansedumbre, la humildad, la pureza, la devoción (entrega), la sabiduría, la paciencia, la obediencia, la vigilancia, la fidelidad, la felicidad (bienaventuranza), la misericordia, el amor.

Como bien puede verse, el horizonte se abre cuando se trata de la formación de las virtudes de Jesús en nosotros. Para ello la dinámica del amor es una vía sencilla, puesto que, si bien se puede ir tomando una por una para trabajarlas a lo largo de la vida, si continuamos en el camino de permanecer unidos a Jesús por un amor grande e intenso, en medio de la oración de alabanza, de gloria y de afecto, poco a poco la vida de Jesús nos va inundando, permeando, la gracia misericordiosa del Padre nos va fortaleciendo y, el poder del Espíritu Santo nos va iluminando y transformando. En realidad es lo que expresamos en la oración del Ave Cor cuando, al entregarle totalmente nuestro corazón, le pedimos: “ilumínalo, purifícalo, santifícalo”.

⁷³ Puede verse el numeral 3.

7. Otros Jesús sobre la tierra

Sentimientos

El proceso de la formación de Jesús en nosotros alcanza su máximo en el ideal del bautizado de llegar a ser otro Jesús sobre la tierra⁷⁴. Se trata igualmente del culmen de la mística eudesiana, esto es, la unión profunda, la armonía de sentimientos, de intenciones, y de disposiciones del creyente con las Jesús.

Lo anterior lleva necesariamente a interrogarnos sobre los sentimientos de Jesús, a lo cual san Juan Eudes responde que en Jesús existen con dos grandes sentimientos: odio y horror al pecado y un inmenso amor al Padre, a María, a la Iglesia, a todos nosotros⁷⁵.

Disposiciones

En cuanto a las disposiciones de Jesús nos adentramos en un terreno de amplios horizontes, puesto que éste término, en el pensamiento eudesiano, tiene que ver con los misterios de Jesús. En efecto, Jesús vive cada uno de sus misterios con unas disposiciones especiales: su infancia, su vida escondida, su predicación, sus milagros, su oración, su pasión, su muerte, su resurrección. La dinámica de la formación de Jesús en nosotros incluye el continuar y completar, en alguna forma, los misterios del Señor y consecuentemente sus disposiciones. O se podría pensar también en las disposiciones necesarias para vivir los dos estados de Jesús, esto es, “el estado de consuelo y de alegría, y el estado de aflicción y sufrimiento”.

A manera de ejemplo, sencillamente se podrían considerar las disposiciones necesarias para vivir ciertos misterios, tales como las disposiciones necesarias para compartir la cruz de Jesús, las

⁷⁴ Nous devons être comme autant de Jésus en la terre (O.C. I 166)

⁷⁵ Faites-moi participer de l'humiliation et contrition que vous en avez portée devant votre Père, comme aussi de l'amour avec lequel vous vous êtes offert à lui pour en faire pénitence, et de la haine et horreur que vous avez du péché (O.C. I 28).

disposiciones para la oración, disposiciones para la Eucaristía, para honrar la infancia de Jesús, para vivir el bautismo, para el momento de la muerte.

Las disposiciones, por su parte, remiten a virtudes concretas, indispensables para continuar las mismas disposiciones de Jesús. El campo es ciertamente amplio, pero bastaría remitirnos ante todo al amor y a las demás virtudes que lo acompañan⁷⁶, o sencillamente a la humildad, virtud altamente apreciada por san Juan Eudes⁷⁷: “Se puede decir, en cierta manera, que la humildad es la madre de Jesús, pues por ella la santa Virgen se hizo digna de llevarlo en sí misma” (O.C. I 215), esto es, la humildad es una de las mejores maneras de formar a Jesús dentro de nosotros

Intenciones.

Las intenciones de Jesús son muy claras en san Juan Eudes. Basta un par de citas para sacar a flote estas intenciones:

“¿no es verdad que, así como este Padre santo da el ser a su Hijo desde toda la eternidad, también desde toda la eternidad ha tenido el designio de darnoslo y de enviarlo a este mundo para efectuar nuestra salvación? ¿No es verdad que el Hijo de Dios al nacer en la eternidad tiene ya el designio de venir a la tierra, de hacerse hombre y de inmolarsse en la cruz por la salvación de los hombres?” (O.C. IV 67).

Una de las intenciones claras de las acciones, de los estados y misterios de Jesús está en la obra de la salvación en favor de nosotros. Se puede decir que sus palabras y sus acciones tienen siempre

⁷⁶ Se puede ver el llamado Himno a la Caridad (1Co 13, 4-8), que comienza con la *makrothymía* (persistencia esperanzada) y termina con la *hypomoné* (el aguante, la resistencia).

⁷⁷ Donnez-moi une âme qui soit vraiment humble, je dirai de cette âme qu'elle est vraiment sainte; si elle est grandement humble, qu'elle est grandement sainte; si elle est très humble, qu'elle est très sainte, qu'elle est ornée de toutes sortes de vertus, que Dieu est beaucoup glorifié en elle (O.C. I 214-215).

este sello de salvación de cada uno de nosotros y, consecuentemente, de la Iglesia, de la sociedad, del mundo, lo cual marca igualmente un rumbo en la obra de la formación de Jesús en el bautizado

La otra gran intención de Jesús es indudablemente la gloria de su Padre: es el gran objetivo del Hijo de Dios en cada uno de los tres estados cristológicos de su existencia, igualmente el objetivo marcado por todos los escritos de san Juan Eudes, el objetivo de cada una de nuestras acciones, el objetivo de nuestra Congregación, de ahí la insistencia en los tres tipos de oración: alabanza, glorificación y amor:

“...él es todo para su Padre y su Padre lo es todo para él. El sólo mira y ama a su Padre y su Padre ama y mira sólo a él. Toda su pretensión es hacer conocer, adorar de ellos. Él es la complacencia, la gloria, de su Padre; y todas sus riquezas, su honor y su contento consisten en buscar la gloria de su Padre” (O.C. III 190).

Esta afirmación es totalmente clara para el proceso de formar a Jesús en nosotros y lo convierte en un dinamismo de plenitud, no sólo para Jesús sino para cada uno de nosotros: “honor y contento”, satisfacción y felicidad, obviamente se trata de un nivel espiritual, de una realidad, de un gozo que nadie nos puede quitar (cfr. Jn 16, 20).

Conclusión

Con esta breve aproximación a la realidad de la formación de Jesús en nosotros se ha abierto un horizonte luminoso y alegre, tal vez insospechado por nuestra espiritualidad. Se han dejado muchos aspectos sin tratar, ciertamente, pero la base ha sido expuesta en modo claro y sencillo, básico tal vez, pero dinámico y estimulante.

Las consecuencias que de ahí brotan son muchas y muy buenas, tanto a nivel personal como a nivel comunitario. Pero igualmente se abren nuevos interrogantes y nuevos desafíos, a los cuales también habrá que darles viabilidad, según las diversas circunstancias, que puede ir presentando la sociedad actual, la etapa de la

tecnología y el conocimiento, de la innovación sustentable, de los avances en la administración, la economía y la política.

Tenemos un tesoro espiritual en las manos y unas exigencias por parte de la vida actual, a la que podemos participar de este tesoro en los ambientes en los cuales nos movemos, trabajamos y vivimos. No podemos encerrarnos a cuidar el tesoro, el Señor nos ha dado estos talentos para trabajar con ellos, para hacerlos fructificar, pues sabemos que él cosecha donde no siembra y recoge donde no desparrama (Mt 25, 26). Esta espiritualidad nos abre un horizonte, nos plantea desafíos a los cuales es urgente responder.

MARÍA FORMADORA DE JESÚS.
EL PROCESO DE LA FORMACIÓN DE JESÚS EN MARÍA
Y EN NOSOTROS.

P. Higinio A. LOPERA E. cjm

Me preguntaba un día qué podría haber sentido María cuando Jesús se formaba en su Corazón y luego en sus entrañas por obra del Espíritu Santo. Justo en ese momento el P. Fidel me pidió escribir sobre “María formadora de Jesús”. Seguramente unas cuantas líneas serían suficientes. Sin embargo, encontré tanto material en san Juan Eudes que dará para algunas páginas.

Juan Eudes nos ha hecho descubrir, y me refiero a la Iglesia, a la espiritualidad, a la Congregación, a nuestros espacios de evangelización, que lo fundamental es la “formación de Jesús”. Esa es la piedra angular que ha puesto a toda su doctrina espiritual. Es el único, me parece, en la historia de la espiritualidad, que lo ha hecho con tanta simplicidad y eficiencia, con tanta coherencia teológica, desde una cristología que incluye una mariología para ser contemplada y vivida.

Me gusta hacerme a mí mismo esta pregunta y compartirla: ¿Qué significa místicamente, allá en la hondura del alma y del corazón, que Jesús se está formando en nosotros? *Místicamente* significa desde los misterios de Jesús que vamos viviendo a través del año litúrgico y el andar de cada día.⁷⁸

⁷⁸ *Le Royaume*, 1, 310-344.

Cuando hablamos de la “formación de Jesús” encontramos en nuestra espiritualidad algo tan original, inédito, tan maravilloso, tan seductor, tan eficaz, que nuestra pregunta va siempre al “cómo” y cuál sería el modelo, el paradigma, el prototipo, para llevar adelante el proceso.

¿Cómo se vive el misterio de la formación de Jesús? ¿Cuál sería la experiencia mística de la formación de Jesús, es decir, la vivencia misma del misterio? ¿Es posible tener un paradigma bíblico de esa experiencia?

Usted, Eudista bendecido por el Señor, que desde hace muchos o menos años vive la espiritualidad eudista, ¿qué experiencia podría compartirnos sobre la formación de Jesús en su persona?

El tema de la formación de Jesús toca el corazón de las personas cuando predicamos, pero hay una pregunta que brota espontáneamente: ¿Cómo puedo sentirlo? ¿Qué pasa en uno cuando Jesús se va formando?

Me gustaría dar algunos elementos para responder a estas preguntas sobre la experiencia mística contemplando el misterio de María, siendo muy consciente de que todo es gracia de Dios y de que todo lo que podemos decir, es una simple sugerencia balbuciente que para nada quiere encasillar la obra multiforme y libérrima del Espíritu Santo.

1) El vocabulario empleado.

Un tema tan original exige un vocabulario apropiado con toda una terminología que encontramos en todos los escritos eudistas desde *Le Royaume* y que nos permiten entender el concepto mismo de la “formación de Jesús” y sus consecuencias en la vida de la Madre de Dios y en nuestra vida cristiana.

Me alargaría muchísimo si pretendiera dar todo el vocabulario, habida cuenta del esquema de *Le Royaume*: en las dos primeras

partes se habla expresamente de “formar a Jesús”⁷⁹ y en seis partes, del objetivo de “hacer vivir y reinar a Jesús en nosotros”.⁸⁰ En realidad, son unas 220 páginas dedicadas a la “formación de Jesús”. En la práctica, la formación de Jesús implica todo *Le Royaume*, es decir, todo el proceso de la vida cristiana desde el bautismo hasta su consumación en la vida eterna.

Veamos brevemente este vocabulario que nos hace ya entrar en el tema de la formación de Jesús aplicado a María y a nosotros desde el paradigma mariano, indicando algunos términos y unos pocos textos.

– *Formar*: El término acuñado por Juan Eudes a partir de Gálatas 4, 19, es “*former*”. En María se trata del Cuerpo de Jesús, formado en sus entrañas, por obra del Espíritu Santo.⁸¹ En nosotros se trata de la generación espiritual con todo el proceso místico que se da en María y en nosotros a partir del modelo mariano.⁸²

Para expresar la experiencia mística de María y de nosotros, que, como ella buscamos continuar y vivir los estados y misterios de Jesús (–eso es la mística–), Juan Eudes nos ofrece un rico vocabulario donde en torno al verbo “*former*” se constituye toda una constelación de términos que nos hablan de la vida cristiana en plenitud.

– *Establecer*: El término “*établir*” es muy empleado por Juan Eudes en todas sus obras. En francés la palabra puede significar: asentarse, construir, edificar, fijar, fundar, instalar, colocar, posarse, crear, implantar, disponer, habitar, hacerse, tomar nacimiento, instaurarse.⁸³

El Padre y el Espíritu Santo hacen que Jesús nazca y se arraigue en nosotros y se establezca con su vida y su reino. El ideal cristiano

⁷⁹ *Le Royaume*, 1, 97, 161.

⁸⁰ *Le Royaume*, 1, 97, 161, 305, 370, 416, 441.

⁸¹ *Le Royaume*, 1, 272; *Entretiens*, 2, 177; *Le Bon Confesseur*, 4, 152, etc.

⁸² *Le Royaume*, 1, 272s; *Entretiens*, 2, 177, 181; *Le Coeur Admirable*, 7, 130s; etc.

⁸³ *Le Petit Robert*, Ed. 2000, pp. 923s.

es un “Jesús formado y establecido”. Dos palabras inseparables: *Former y Establecer*. Jesús sea formado y se establece para vivir y reinar en nosotros.⁸⁴

Un buen modelo del proceso para dejar establecer en nosotros a Jesús es el camino que seguimos en la práctica de la humildad.⁸⁵

– *Transformar*: Es otro término, “*transformer*”, con acepciones muy apropiadas para hablar de los efectos de “la formación de Jesús en María y en nosotros”: cambiar, modificar, renovar, convertir, llegar a ser.⁸⁶ También en francés se emplea el término griego μεταμορφουστθε (cf. Rm 12, 2), para hablarnos de “transformarnos”, “metamorfosearnos” desde dentro, diríamos con Juan Eudes, desde el “Jesús formado y establecido en nosotros”. Juan Eudes une dos frases de Pablo (2 Co 3, 18 y Ga 4, 19): “*Transformados en su misma imagen*” y “*Sea formado Cristo en ustedes*”.⁸⁷

Para Juan Eudes “*transformer*” significa: “ser revestido, colmado y penetrado de todas las perfecciones de Jesús”⁸⁸; “tener un solo corazón, un solo espíritu, una sola voluntad, una sola alma y una sola vida con Jesús”.⁸⁹

– *Vivir y reinar*: la expresión “*vivre et régner*” es casi de exclusivo cuño eudista y es la gran consecuencia de la formación de Jesús, o mejor, el corazón de toda la cristología y espiritualidad de *Le Royaume*. Que “Jesús viva y reine en nosotros y en todo” es el designio del Padre, de toda la adorable Trinidad y nuestro principal trabajo.⁹⁰

– *Imagen, semejanza*: es muy empleado el término “*image*”, “*ressemblance*”, mucho menos. Casi siempre “*image*” aparece con el calificativo de “*vivante*” porque se da desde dentro. A veces aparecen

⁸⁴ *Le Royaume*, 1, 211, 272-276, 422, 510; *Entretiens*, 2, 177.

⁸⁵ *Le Royaume*, 1, 227-233.

⁸⁶ *Le Petit Robert*, Ed. 2000, pp. 2566s.

⁸⁷ *Le Coeur Admirable*, 7, 228.

⁸⁸ *Le Coeur Admirable*, 8, 249.

⁸⁹ *Le Royaume*, 1, 467; cf. 112, 510.

⁹⁰ *Le Royaume*, 1, 82, 272, 274, 422.

unidos los dos términos, pero, no son a modo de sinónimos. La “*ressemblance*” tiene también el sentido de relación, de afinidad, de conformidad.⁹¹ La formación de Jesús nos convierte en “imagen del misterio de la Encarnación”⁹², en “imagen de Jesús como es imagen del Padre”.⁹³

– *Imitación e imitar*: en la originalidad del pensamiento eudista, la formación de Jesús es más creativa que una simple y exterior imitación. Cuando Juan Eudes emplea los dos términos, “*imiter, imitation*” consecuente con el “Jesús que se está formando o ha sido formado en nosotros”, la imitación de Jesús se hace desde dentro, desde el mismo Jesús, no fuera, sino dentro de nosotros, teniendo como Él sus sentimientos y actitudes. ¡Maravilloso! No se trata de imitar “poses” o “parodiar”, sino de tener las actitudes y sentimientos íntimos de Jesús que se está formando en nosotros. Esto casi que sería una síntesis de *Le Royaume*. Más adelante se darán muchos textos.

– *Pintar, imprimir, grabar*: estos términos “*peintre, imprimer, graver*” entran con su sentido concreto y metafórico en el proceso de la formación de Jesús: es tan “encarnada” la formación que se ha de pintar en nosotros la imagen divina⁹⁴, imprimirse la divina semejanza⁹⁵ y grabarse las actitudes de Jesús.⁹⁶ Jesús pinta e imprime en nosotros sus estados, sus misterios, su vida, sus costumbres y virtudes.⁹⁷

Este *pintar, imprimir y grabar*, como es natural, son posibles “pensando frecuentemente en Jesús y mirándolo en todas las cosas”.⁹⁸

⁹¹ *Le Coeur Admirable*, 7, 100; 6, 434.

⁹² *Le Royaume*, 1, 422.

⁹³ *Le Royaume*, 1, 510.

⁹⁴ *Le Coeur Admirable*, 6, 143.

⁹⁵ *Le Royaume*, 1, 297; *Le Coeur Admirable*, 7, 100ss; 8, 127; *La Dévotion au très Saint Coeur*, 8, 498.

⁹⁶ *Le Coeur Admirable*, 6, 434; 8, 109; *La Dévotion au très Saint Coeur*, 8, 424.

⁹⁷ *Le Royaume*, 1, 422; *L'Enfance Admirable*, 5, 156.

⁹⁸ *Le Royaume*, 1, 273.

– *Ejemplo, ejemplar, modelo, prototipo*: cuatro términos más del vocabulario eudista: “*exemple, exemplaire, modèle, prototipe*”. Para imitar, pintar, imprimir y grabar, necesitamos ejemplos, ejemplares, modelos y prototipos. Para no multiplicar citas, me detengo sólo en la palabra prototipo con el sentido de primer modelo original y principal. Jesús es el prototipo al interior del Dios creador y restaurador. Hay dos páginas geniales, seguidas de una preciosa elevación de Juan Eudes, cuando nos presenta a Jesús como el prototipo de los misterios que se encarnan para nosotros en el Bautismo: el misterio del nacimiento eterno del Hijo de Dios en el seno del Padre; el misterio del nacimiento temporal en el seno de la Virgen; el misterio de su muerte y sepultura y el misterio de su Resurrección.⁹⁹ Otro texto profundo, y casi único en la historia de la espiritualidad, nos permite identificar la relación íntima que hay entre la formación de Jesús y el “*exemplaire et prototype*” que tiene en cuenta el Espíritu Santo, toda la adorable Trinidad, en nuestra regeneración por el Bautismo.¹⁰⁰

Se nos ofrece el *prototipo* “para estudiar su vida y perfecciones y, luego, imitarlas y formar en nosotros una imagen perfecta del divino ejemplar” (cf. Ex 25, 40).¹⁰¹

No olvidemos que para Juan Eudes, en *Les Entretiens*, el prototipo por antonomasia (–nuestro modelo y ejemplar–), es nuestro Padre Dios.¹⁰²

– *Sello*: “*Sceau*”, unas 15 veces cita Juan Eudes *Cantares* 8, 6 donde aparece el término en relación con *imprimir* y *grabar*. Se trata de un *sello* tanto interior como exterior, para hablar de las virtudes como gracias divinas.¹⁰³ Nos dicen el Padre Dios y Jesús: “Imprime, por una perfecta imitación, la imagen de mi vida interior y exterior en tu interior y en tu exterior, en tu alma y en tu

⁹⁹ *Le Royaume*, 1, 507-509.

¹⁰⁰ *Entretiens*, 2, 181-184.

¹⁰¹ *Entretiens*, 2, 157.

¹⁰² *Entretiens*, 2, 151ss.

¹⁰³ *L'Enfance Admirable*, 5, 99s.

cuerpo”.¹⁰⁴ También el *sello* lo pone Jesús para formarse en María y en nosotros.¹⁰⁵ Jesús “formado” nos deja “marcados”. Una bella reflexión sobre el *sello* en María y en nosotros a partir de *Cantares* 8, 6s, la encontramos en los así llamados “oráculos del Espíritu Santo” sobre el Corazón de María.¹⁰⁶

– *Espejo*: “*glace*”. Es muy apropiada la metáfora del espejo para contemplar a Jesús como un Sol, que se pinta e imprime en nosotros.¹⁰⁷ Me gustaría llevar más allá la contemplación de un Jesús, Sol divino, que nos convierte en vitrales, como aquellos de tan maravillosa evocación mística, que conocía bien Juan Eudes, de las catedrales e iglesias de Autun, de Caen, etc.

– *Retrato*: “*Portrait*”. La formación de Jesús en nosotros culmina en llegar a ser un “vivo retrato de Él mismo”, de su nacimiento eterno y temporal, de toda su vida.¹⁰⁸

– *Participación*: “*Participation*”. Este es un término muy apropiado para expresar la manera, como en el caso del “retrato”, se forma Jesús. Al formarse en nosotros, nos participa su ser, su semejanza para que seamos como “hijo de Dios, Dios y otro Jesucristo”.¹⁰⁹ “Imprime en nuestro corazón una participación e imagen viva de sus cualidades y virtudes”.¹¹⁰

– *Revestir*: “*Revêtir*”. En el proceso de la formación de Jesús, Él nos va “revistiendo de Sí mismo y de sus cualidades, perfecciones, virtudes y disposiciones”.¹¹¹

Este “ser revestido de las virtudes de Jesús” nos va a convertir en “lámparas”; terminamos así con parte de este vocabulario.

¹⁰⁴ *Le Coeur Admirable*, 6, 35s; 7, 228; *La Dévotion au très Saint Coeur*, 8, 427.

¹⁰⁵ *Le Coeur Admirable*, 6, 77.

¹⁰⁶ *Le Coeur Admirable*, 7, 225-233.

¹⁰⁷ *Le Coeur Admirable*, 6, 143; cf. 8, 129.

¹⁰⁸ *Le Royaume*, 1, 509.

¹⁰⁹ *Le Royaume*, 1, 509s.

¹¹⁰ *Exercice de Piété*, 2, 365; *La Dévotion au très Saint Coeur*, 8, 491.

¹¹¹ *Le Royaume*, 1, 510.

– *Lámpara*: “*Lampe* “. En la formación de Jesús todo apunta a ser la “imagen celeste” (1 Co 15, 49), a “grabar en nuestro corazón (cf. Ct 8, 6) los sentimientos, inclinaciones y virtudes del Corazón adorable de Jesús... para ser lámparas ardientes y lucientes”.¹¹² Jesús es la luz (Jn 8, 12), al formarse en nosotros, nos convierte en lámparas. Así de simple y hermoso.

2. María “formadora de Jesús”

Mi objetivo es presentar a María como formadora de Jesús, penetrando con Juan Eudes en el abismo de su Corazón y al mismo tiempo identificar a la Madre Admirable, como nuestro modelo para formar a Jesús en nosotros. El mensaje eudista es muy claro: lo que la divina Misericordia realiza en María, al formar a Jesús, lo puede hacer también en nosotros.

2.1. Algunos elementos de mariología eudista.

La formación de Jesús en nosotros, “el misterio de los misterios y la obra de las obras” de Dios y del bautizado, tiene siete protagonistas¹¹³: el Padre Dios, Jesucristo, el Espíritu Santo, María, la Iglesia, el sacerdote y el mismo bautizado.

San Juan Eudes se detiene en cada uno de los protagonistas. En el proceso de la formación de Jesús, indica el puesto y la obra del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Esto es lo más perfecto, pues, lo más apropiado y eficaz, en esa formación, es la contemplación de lo que hace dentro de nosotros la Santísima Trinidad y abandonarnos a su acción.

Pero siendo María, carne de nuestra carne, nos ofrece una escala, una dimensión humana preciosa, bajo la acción del Espíritu Santo, de la formación de Jesús en nosotros.

¹¹² *Le Coeur Admirable*, 7, 232s.

¹¹³ *Le Royaume*, 1, 271-276.

Aquí vamos a contemplar a María en su condición de “asociada por la Santísima Trinidad” a la obra de la salvación y como “paradigma” de la formación de Jesús para la Iglesia, el sacerdote y el bautizado.

En la mariología eudista hay que tener presente en todo momento el gran criterio de san Juan Eudes, aplicable a toda mariología: “María desde sí misma y por sí misma es nada, pero Jesús es todo en ella: su ser, su vida, su santidad, su gloria, su poder y su grandeza”.¹¹⁴

Y hay otra verdad fundamental para la mariología que Juan Eudes intuyó y que a cada paso está marcando en *Le Coeur Admirable*: todos los misterios cumplidos en María, se cumplen también en el Cuerpo místico de Cristo, en la Iglesia y en cada cristiano. Así se convierte para nosotros en ejemplo, modelo, paradigma y por eso la mejor devoción a María es entregarnos a Jesús por medio de Ella e imitarla.

Al hablar de la “formación de Jesús” por parte de María, nos referimos, básicamente, a su participación en la Encarnación.

Por eso, aquí no se trata de formación en el sentido de educación intelectual, moral, de aprendizaje, de crianza, lo que hace toda madre, sino del misterio de la Concepción virginal.

“María forma a Jesús” es la expresión eudista, aunque en el lenguaje corriente no suele decirse que la mujer “forma al bebé”, sino que el bebé se forma en ella. Sin embargo, en un contemporáneo de Juan Eudes, Jean Racine (1639-1699), “former” tiene, también, el sentido de concebir, de engendrar.¹¹⁵

Meditando en algunos textos de la Palabra de Dios (La Vulgata), Juan Eudes, a su manera, contempla a María como “la formadora de Jesús”.

¹¹⁴ *Le Royaume*, 1, 338.

¹¹⁵ *Le Petit Robert*, 1066.

2.2. La inspiración de Juan Eudes en la Palabra de Dios.

Juan Eudes hace la lectura de la Palabra de Dios, desde el misterio ya cumplido y realizado en Jesucristo nuestro Señor. Estos son algunos de los textos de la Biblia Vulgata en que se inspira para hablarnos de María como formadora de Jesús y como modelo de nuestra experiencia cristiana. Estos y otros más, los veremos luego en el su contexto.

– “*Se ofreció a sí mismo por el Espíritu Santo* “. (Hb 9, 14). El Espíritu Santo actúa en María como “instrumento” del misterio. Al aceptar el plan divino de la Encarnación, Jesucristo se ofrece al Padre por medio del Espíritu Santo, quien ha sido enviado para formar en las entrañas de María el cuerpo ofrecido e inmolado de nuestro Salvador.¹¹⁶

– “*El poder del Altísimo te cubrirá con su sombra* “ (Lc 1, 35). El poder del Espíritu Santo realiza en María el proyecto divino de formar a Jesús en sus entrañas. Juan Eudes explica de qué manera ese mismo Espíritu se da al Sacerdote para formar a Jesús.¹¹⁷

– “*Cada uno agrade a su prójimo en lo bueno para edificación* “(Rm 15, 2). Para Juan Eudes este agradar será edificante, si en nosotros se ha grabado la imagen del Corazón de María, en el que primero se formó Jesús.¹¹⁸

– “*Pasó haciendo el bien* (Hch 10, 38). Estamos llamados a pasar la vida haciendo el bien, el bien de Jesús y eso será posible cuando Jesús y María, grabados, formados en nosotros, nos permitan manifestar su bondad para con todos.¹¹⁹

– “*Dejen que los niños vengan a mí, porque de ellos es el reino de los cielos*”. (Mt 19, 14). Desde su infancia admirable, la Santísima Trinidad está preparando a María para formar a Jesús. Juan Eudes

¹¹⁶ *Entretiens*, 2, 176.

¹¹⁷ *Le Bon Confesseur*, 4, 152.

¹¹⁸ *Le Coeur Admirable*, 6, 434-435.

¹¹⁹ *Le Coeur Admirable*, 6, 434-435.

ve ya en la Niña María un paradigma de nuestras actitudes para formar a Jesús.¹²⁰

Al siguiente versículo, Ct 8, 6, le escruta todo su contenido místico:

– “*Ponme como un sello sobre tu corazón, ponme como un sello en tu brazo*” (Ct 8, 6). Este hermoso texto se convierte, para Juan Eudes, en una oración para que Jesús formado en nuestro corazón grabe en nosotros sus actitudes.¹²¹

– “*Ponme como un sello sobre tu corazón, ponme como un sello en tu brazo*” (Ct 8, 6). Con este texto se interpreta la experiencia de María como paradigma: al formar a Jesús en sus entrañas, grabó en su alma la imagen de su Hijo.¹²²

– “*Ponme como un sello sobre tu corazón, ponme como un sello sobre tu brazo*”. (Ct 8, 6). Juan Eudes toma de nuevo el texto para presentarnos a la Niña María como modelo de las actitudes y virtudes que hay que imprimir en nosotros, exactamente para lo que se está preparando María: el misterio de la formación de Jesús en Ella: el misterio de la Encarnación.¹²³

– “*Ponme como un sello en tu corazón*”. (Ct 8, 6). De nuevo el mismo texto para introducirnos en la experiencia mística del Corazón de María, donde se formó primero Jesús. También aquí María es paradigma de nuestro proceso místico de formar a Jesús. ¿Se podrá dar en nosotros lo que el Padre hizo en María? El Padre divino imprime Él mismo con su propia mano una semejanza perfecta de las divinas cualidades de su Corazón en el Corazón de la Virgen.¹²⁴

¹²⁰ *L'Enfance Admirable*, 5, 50.

¹²¹ *Le Coeur Admirable*, 8, 127; *La Dévotion au très saint Coeur*, 8, 427.

¹²² *La Dévotion au très saint Coeur*, 8, 428ss.

¹²³ *L'Enfance Admirable*, 5, 99s.

¹²⁴ *Le Coeur Admirable*, 8, 127; *La Dévotion au très saint Coeur*, 8, 498.

3. María formadora en el proyecto salvífico de la santísima Trinidad.

El proyecto salvífico de la Santísima Trinidad es que Jesús por mediación del Espíritu Santo sea formado en las entrañas de la Virgen María y en nuestro corazón.

“El proyecto del Espíritu Santo es doble: formar a Jesús en las sagradas entrañas de la Virgen; es su acción más noble, y formarlo en nuestro corazón”.¹²⁵

Para esto, ¡qué increíble! “Las tres Personas eternas han impreso su imagen y semejanza de manera muy excelente en el Corazón de la bienaventurada Virgen, quien está estrechamente unida a Ellas”.¹²⁶

Estrechamente unida a la Santísima Trinidad para la formación de Jesús, María será como el arquetipo de lo que es dejar actuar en nosotros al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo.

4. La obra del Padre en María formadora de Jesús.

“Lo más admirable que realiza fuera de sí mismo el Padre eterno es formar a Jesús en el seno purísimo de la Virgen en el momento de la Encarnación.”¹²⁷

El Padre la eligió para una doble formación: “Dios la escogió para formar a su Hijo en ella, y por ella, en el corazón de los fieles... y le ha comunicado todas las gracias y cualidades que ella posee, en bien de las almas pecadoras; sin ellas María no sería lo que es;”¹²⁸

¹²⁵ *Le Royaume*, 1, 272; *Entretiens*, 2. 135, 181.

¹²⁶ *Le Coeur Admirable*, 7, 102.

¹²⁷ *Le Royaume*, 1, 272.

¹²⁸ *Lettres*, 10, 511; *Le Coeur Admirable*, 6, 148.

“Colmó su Corazón de maravillosas claridades cuando la revisió con su divino poder para formar en sus entrañas al que es la luz eterna”.¹²⁹

“El poder del Altísimo la revisió de su poder (cf. Lc 1, 35) para formar y hacer nacer en su Corazón al que debía luego formar y hacer nacer en sus benditas entrañas”.¹³⁰

El Padre Dios, al “cubrirla con su poder” (Lc 1, 35), le dio el poder de hacer nacer a su Hijo.¹³¹

María tiene semejanza con el Padre, al concebir a Jesús primero en su Corazón. Es “una imagen viviente y un santo eco del Corazón del Padre. *El Corazón del Padre*, dice Ricardo de san Lorenzo, *produjo una buena Palabra que, saliendo del seno del Padre, ha sido recibida en el seno de la Virgen Madre*.”¹³²

El Padre le comunica “sus divinas inclinaciones”, cualidades y “claridades”.¹³³ “Por lo cual, el Corazón virginal es una imagen acabada de la santidad, de la sabiduría, de la fuerza, de la bondad, de la misericordia, de la benignidad, del amor, de la caridad y de todas las demás perfecciones del Corazón adorable de este Padre celeste”.¹³⁴ Juan Eudes emplea el término “claridad” para expresar la obra del Padre en María, a la que colma de “claridades y reviste de poder”, para formar en sus entrañas a la Luz eterna.¹³⁵

Así María fue asociada por Dios a su divina paternidad para formar a Jesús en su seno virginal.¹³⁶

La actitud de María será la entrega oblativa y Juan Eudes, él también formador de Jesús, encontrará en María un modelo por

¹²⁹ *Le Coeur Admirable*, 6, 137.

¹³⁰ *L'Enfance Admirable*, 5, 75.

¹³¹ *Le Coeur Admirable*, 6, 148.

¹³² *Le Coeur Admirable*, 7, 130-131.

¹³³ *Le Coeur Admirable*, 6, 434.

¹³⁴ *Le Coeur Admirable*, 8, 127, *La Dévotion au très Saint Coeur*, 8, 498.

¹³⁵ *Le Coeur Admirable*, 6, 137.

¹³⁶ *Le Bon Confesseur*, 4, 152.

su entrega al Padre y al Hijo y por su colaboración con el Espíritu Santo para formar a Jesús.¹³⁷

Es el modelo perfecto: “el ejemplar y la regla de todos los corazones que desean amar y agradecer al Padre”.¹³⁸

Para Juan Eudes el puesto de María en el proyecto del Padre es fundamental para nosotros: Lo que el Padre hace en María lo hace en nosotros. Su proyecto es formar a Jesús en nosotros como lo ha formado en el seno de la Virgen.¹³⁹

Y el modelo o ejemplar que tiene el Padre es el mismo de su Hijo en la Encarnación.¹⁴⁰

5. La obra del Espíritu Santo en María formadora de Jesús.

“El proyecto del Espíritu Santo es doble: formar a Jesús en las sagradas entrañas de la Virgen; es su acción más noble, y formarlo en nuestro corazón”.¹⁴¹

El Espíritu Santo ha tenido el proyecto de formar al Hijo de Dios en las sagradas entrañas de la Virgen por amor a mí y de venir Él mismo a este mundo para ser mi luz, mi santificación, el espíritu de mi espíritu y el corazón de mi corazón.¹⁴²

Y de esta manera, “el Espíritu Santo ha tomado parte en hacernos cristianos. Porque ha formado en las sagradas entrañas de la Santísima Virgen a nuestro Redentor, Reparador y Cabeza”.¹⁴³

¹³⁷ *Le Royaume*, 1,272; *Le Coeur Admirable*, 7.430.

¹³⁸ *Le Coeur Admirable*, 6.424.

¹³⁹ *Le Royaume*, 1, 272. 273.

¹⁴⁰ *Le Coeur Admirable*, 7. 130-131; *La Dévotion au très Saint Coeur*. 8, 428ss.

¹⁴¹ *Le Royaume*, 1, 272.

¹⁴² *Entretiens*, 2. 135.

¹⁴³ *Entretiens*, 2, 176.

Juan Eudes contempla ampliamente esta obra del Espíritu Santo en María, de la que hace un mar de gracia¹⁴⁴; se sumerge en el abismo de una Madre de Dios “que forma al Hijo de Dios en sus entrañas, de su propia substancia, lo lleva, lo conserva y lo hace vivir de sangre virginal”.¹⁴⁵

Todo es fruto del Espíritu Santo que la ha revestido de su poder¹⁴⁶, y es su obra más noble¹⁴⁷ y más grande, juntamente con la formación del cuerpo místico de Jesús.¹⁴⁸

Esta acción del Espíritu Santo en María, como ya lo indicó en *Le Royaume*¹⁴⁹, es inseparable de la formación de Jesús en nosotros. Más aún, citando a Juan 3, 5, encuentra como una realización o continuación de la Concepción virginal, en el Jesús que se forma y vive en nosotros por el Bautismo.¹⁵⁰

Aquí aparece la dimensión eclesiológica del misterio: “Después de la Ascensión del Señor, vino el Espíritu Santo, para formar y establecer en el mundo el cuerpo de Jesucristo, que es su Iglesia y para aplicarle los frutos de su vida, de su sangre, de su pasión y de su muerte”.¹⁵¹

En una idílica meditación, Juan Eudes, contempla al Espíritu Santo, como el Esposo, que hace del amable Corazón de la Madre de Dios, un jardín (Ct 4,12), donde imprime todos sus frutos.¹⁵²

¹⁴⁴ *Le Coeur Admirable*, 7.428-440.

¹⁴⁵ *Le Coeur Admirable*, 7.430.

¹⁴⁶ *L'Enfance Admirable*, 5, 75.

¹⁴⁷ *Le Royaume*, 1, 272.

¹⁴⁸ *Le Mémorial*, 3, 186-187.

¹⁴⁹ *Le Royaume*, 1,272.

¹⁵⁰ *Entretiens*, 2. 176, 181.

¹⁵¹ *Entretiens*, 2.176; cf. *Le Coeur Admirable*, 7.430.

¹⁵² *Le Coeur Admirable*, 8, 160.

Más adelante veremos como todo el misterio de María formadora de Jesús¹⁵³, es obra del Espíritu Santo. María es total capacidad de recibir y de experimentar al Espíritu Santo.¹⁵⁴

6. La obra del Hijo de Dios en María formadora de Jesús.

“Jesús mismo se forma en su santa Madre y en su Eucaristía; es su más excelente acción en la tierra”.¹⁵⁵

Esta verdad tan simple es, para Juan Eudes, el misterio total de la Encarnación.

La formación de Jesús en María, es hermoso contemplarla desde la experiencia misma de la Madre de Dios, nuestro modelo y ejemplar para formar a Jesús como veremos más adelante.

Siguiendo la mentalidad de Juan Eudes, necesitamos volver al horizonte mariológico esencial: la vida de Jesús en María y la vida de María en Jesús.¹⁵⁶ Así vamos a entender la acción del Hijo de Dios y de toda la Trinidad adorable en María. Contemplando a María vamos a ver concretamente la acción de Jesús en ella.

Quiero hacer experiencia en esta reflexión de lo que dice Juan Eudes: “Quien ve a Jesús, ve a María y quien ve a María, ve a Jesús”¹⁵⁷ (80), por eso abismémonos en el misterio de María para contemplar la obra de la santísima Trinidad y de Jesús en su madre.

7. El misterio de María formadora de Jesús.

La palabra misterio la emplea Juan Eudes para expresar, en este caso, toda la obra de la salvación cumplida en María, celebrada de una manera especial en el santo Rosario y centrada “en la más gran-

¹⁵³ *Entretiens*, 2, 176; *Le Bon Confesseur*, 4, 152.

¹⁵⁴ *Le Royaume*, 1, 337ss.

¹⁵⁵ *Le Royaume*, 1, 272.

¹⁵⁶ *Le Royaume*, 1, 337ss; *L'Enfance Admirable*, 5, *passim*; *Le Coeur Admirable*. 6, 7, 8, *passim*.

¹⁵⁷ *Le Royaume*, 1, 337.

de maravilla que jamás Dios haya hecho en el cielo y en la tierra: el misterio de la Encarnación”.¹⁵⁸

Para Juan Eudes este misterio, hemos visto, es obra de toda la Trinidad y cada Persona tiene su parte en el misterio, en todo lo que tiene que ver con nuestra salvación. Es un método eudista contemplar todo misterio desde la teología del Único Dios y tres Personas distintas, identificando las acciones concretas del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.¹⁵⁹ Un ejemplo perfecto, entre otros, de esta metodología, lo encontramos en el *Contrat* con cada una de las divinas Personas comprometidas, “en un exceso de amor incomparable”, en nuestro Bautismo.¹⁶⁰

María formadora de Jesús vive en una relación íntima con el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo.

La relación con el Padre la expresa Juan Eudes con mucha originalidad: “El Padre divino hace Él mismo, en el Corazón sagrado de su amadísima Hija la gloriosa Virgen, lo que manda hacer, a todas a las almas fieles, en estas palabras: *Ponme como un sello en tu corazón*. (Ct 8, 6). Porque imprime Él mismo con su propia mano una semejanza perfecta de las divinas cualidades de su Corazón en el Corazón de esta misma Virgen”.¹⁶¹

Sin ese “*sello*” y la entrega total al Padre, María no podría ser formadora de Jesús.¹⁶²

La relación con el Espíritu Santo la expresa en términos de predestinación (–en la predestinación del Hijo estaba la Madre–)¹⁶³,

¹⁵⁸ *Le Royaume*, 1, 337-344; 487-493.

¹⁵⁹ *Le Royaume*, 1, 310ss. *L'Enfance Admirable*, 5, 74ss.

¹⁶⁰ *Contrat*, 2, 210-219.

¹⁶¹ *Le Coeur Admirable*, 8, 127; *La Dévotion au très Saint Coeur* 8, 498.

¹⁶² *Le Royaume*, 1, 272; *Le Coeur Admirable*, 7, 430.

¹⁶³ *L'Enfance Admirable*, 5, 75.

de abandono a su acción¹⁶⁴, de dejarlo actuar¹⁶⁵, de colaboración y de asociación inefables.¹⁶⁶

La relación con Jesús, al formarlo en sus extrañas con el poder del Espíritu, es lo máximo que una creatura puede experimentar.¹⁶⁷

Juan Eudes parte en esta relación, para ser verdaderamente asociada por el Padre Dios y ser nuestro paradigma, de una sus principales afirmaciones mariológicas: María primero formó a Jesús en su Corazón¹⁶⁸, como dicen san León Magno y san Agustín.¹⁶⁹

“María se hizo digna de formar al Hijo de Dios y de llevarlo en su vientre, porque primero lo formó y llevó en su Corazón, por la excelencia de la humildad, la pureza y el amor de ese mismo Corazón”.¹⁷⁰

María dejó que todo su ser fuera total propiedad de Jesús “quien hizo a su Madre solo para Él”¹⁷¹ y Ella a su vez dejó que “Él fuera todo en Ella: su ser, su vida, su santidad, su gloria, su poder y su grandeza”.¹⁷²

De esta manera, cooperó y sigue cooperando en la obra de la salvación: “El sagrado Corazón de María cooperó en la obra de la salvación, empleando con un amor increíble el poder que había recibido de formar, de hacer nacer y de hacer vivir a su Hijo Jesús en los corazones de los fieles: formación, nacimiento y vida que es el fruto principal de su pasión y de su muerte, la realización de sus proyectos y la consumación de su obra”.¹⁷³

¹⁶⁴ *Le Royaume*, 1, 172.

¹⁶⁵ *Entretiens*, 2, 177, 181.

¹⁶⁶ *Le Mémorial*, 3, 216.

¹⁶⁷ *Le Royaume*, 487s. *L'Enfance Admirable*, 5, 74; *Le Coeur Admirable*, passim.

¹⁶⁸ *L'Enfance Admirable*, 5, 75; *Le Coeur Admirable*, 6, 434s.

¹⁶⁹ Respectivamente, *Serm. de Nat. Dom. y Sancta Virginitate*. c. 30.

¹⁷⁰ *Le Coeur Admirable*, 6, 356.

¹⁷¹ *Le Coeur Admirable*, 6, 143.

¹⁷² *Le Royaume*, 1, 338.

¹⁷³ *Le Coeur Admirable*, 6, 154.

Quiero insistir en este formar primero en el Corazón, porque así puede ser nuestro paradigma y con la gracia de Dios ser también nosotros formadores de Jesús, como veremos más adelante, con las mismas actitudes de la Madre admirable.

Contemplemos algunas actitudes de María:

- Vivir en la contemplación de su Hijo guardando su vida en su Corazón: “María conservaba en su Corazón, es decir, en su alma y en su interior, esforzándose sin cesar en cumplir estas divinas palabras: “*Ponme como un sello sobre tu Corazón*” (Ct 8, 6); es decir, esforzándose en grabar en su alma y en su vida interior, una imagen perfecta de la vida santa y de las virtudes eminentísimas de su Hijo. Y así, ella conservaba todas estas cosas en su Corazón del modo más excelente posible, a saber, por una perfecta imitación”.¹⁷⁴
- Vivir totalmente de Jesús de tal modo que se pueda decir: “Jesús vive su vida en María y María vive su vida en Jesús”.¹⁷⁵
- Ser total capacidad de recibir y de dar a Jesús.¹⁷⁶
- La unión y la entrega totales a Jesús para que se formara en Ella.¹⁷⁷
- Todo culmina en dejar que Jesús se grave en su santísima Madre, como el Sol se pinta y se imprime en un espejo límpido.¹⁷⁸
- Más aún, y ésta es una de las primeras afirmaciones mariológicas de Juan Eudes, el santísimo Corazón de María no es otro que el Corazón de Jesús. Ya desde 1636, tiene la expresión “*Le très aimable Coeur de Jésus et de Marie*”. Maravilloso este singular.¹⁷⁹

¹⁷⁴ *La Dévotion au très Saint Coeur*, 8, 430.

¹⁷⁵ *Le Royaume*, 1, 483.

¹⁷⁶ *Le Royaume*, 1, 337ss; *Le Coeur Admirable*, passim.

¹⁷⁷ *Le Royaume*, 1, 272; *Le Coeur Admirable*, 7, 430.

¹⁷⁸ *Le Coeur Admirable*, 6, 143.

¹⁷⁹ *Exercice de Piété*, 2, 365.

Me gustaría ahondar la reflexión sobre el proceso místico, con miras a encontrar en María un paradigma para la formación de Jesús en nosotros. Hago el intento.

8. El proceso místico de la formación de Jesús en María.

Ya se han dado los elementos que se pueden enfocar desde el misterio central de la Encarnación.

Ciertamente María en su proceso de fe, con la guía del Espíritu Santo y la presencia viva de su Hijo, tuvo su proceso místico de la formación de Jesús.

El proceso místico es ese itinerario apasionado hacia lo más profundo del misterio que para Juan Eudes culmina cuando el misterio se queda, se graba, se imprime en nosotros de tal manera “como una extensión y continuación de la Encarnación”. Esta temática eudista, rica, intensa, es muy original en la historia de la espiritualidad.¹⁸⁰

El proceso místico de María es vivir e imprimir en su Corazón los misterios de Jesús. Esa es toda la dinámica del Espíritu Santo en el Corazón de la Madre, mil veces “admirable”.¹⁸¹ “El Sol de justicia, que es su Hijo, pinta e imprime perfectamente en su Madre todos sus estados, todos sus misterios, su vida, sus costumbres y virtudes”.¹⁸²

En su proceso de fe, María se preparó desde niña, por la práctica de las actitudes de inocencia, humildad, simplicidad, obediencia, amor, dulzura, modestia, pureza de cuerpo y de espíritu, paciencia, mansedumbre, devoción, sabiduría, prudencia, vigilancia, fidelidad, santidad, sumisión a la divina Voluntad, y, sobre todo, de “caridad verdadera, sincera, franca y cordial”.¹⁸³

¹⁸⁰ *Le Royaume*, 1, 310-336; 337-344.

¹⁸¹ *Le Coeur Admirable*, 6, 17-33.

¹⁸² *L'Enfance Admirable*, 5, 156.

¹⁸³ *L'Enfance Admirable*, 5, 50, 100, 403; *Le Coeur Admirable*, 6, 143; 8, 112, 129; *La Dévotion au très Saint Coeur*, 8, 441; *Lettres*, 10, 108.

“Se puede decir que todo el tiempo de su santa Infancia fue empleado para prepararse a ser Madre de Dios y para hacerla digna de la divina Maternidad. Ella se dispuso durante todo este tiempo, sin saberlo, por todos los santos ejercicios que hizo y por todas las virtudes que practicó en grado máximo, a formar y hacer nacer al Hijo de Dios en sus benditas entrañas”.¹⁸⁴

Esta práctica de las virtudes, que la hizo digna de formar a Jesús¹⁸⁵, nacía desde dentro de su Corazón, precisamente porque era imagen viviente de las virtudes de su amabilísimo Hijo¹⁸⁶, imagen perfectísima del Corazón de Jesús, su “retrato perfecto”.¹⁸⁷ Realmente, fue transformada a imagen de su Hijo (cf. 2 Co 3, 18)¹⁸⁸, anticipándose a nosotros igualmente llamados a esa transformación.¹⁸⁹

Ya entendemos por qué razón Juan Eudes contempla en singular el Corazón de Jesús y de María, como si los dos formaran un solo Corazón, adornado de las mismas virtudes, hasta decir que después de la comunión sacramental, “este Corazón, está real y verdaderamente en nuestro pecho”.¹⁹⁰

Encontramos en María, desde la perspectiva eudista, dos actitudes fundamentales en el proceso místico de formar a Jesús: la contemplación “mirar solo a Jesús en sus estados, misterios, virtudes y acciones” y el anonadamiento místico.¹⁹¹ La contemplación se da siempre desde el anonadamiento, que trataré en otro espacio.

La contemplación de María es para Juan Eudes, entre otras actitudes del orante, un espacio interior lleno de la presencia divina que actúa en las honduras del alma, del corazón anonadado.¹⁹²

¹⁸⁴ *L'Enfance Admirable*, 5, 403.

¹⁸⁵ *Le Coeur Admirable*, 6, 356.

¹⁸⁶ *Le Coeur Admirable*, 7, 100

¹⁸⁷ *Le Coeur Admirable*, 8, 109; *La Dévotion au très Saint Coeur*, 8, 424.

¹⁸⁸ *Le Royaume*, 1, 271; *Le Coeur Admirable*, 7, 228.

¹⁸⁹ *Regulae Congregationis*, 9, 140.

¹⁹⁰ *La Dévotion au très Saint Coeur*, 8, 491.

¹⁹¹ *Le Royaume*, 1, 273, 275.

¹⁹² *Le Coeur Admirable*, 6, 205-219.

La contemplación es un sumergirse en el misterio y dejarlo actuar en nosotros, tal como lo hace María.

Juan Eudes se vale de Efesios 3, 18 para hablarnos del Corazón de María como un mar inmenso en profundidad, altura, longitud y anchura. Términos que se prestan para calificar la contemplación de María como actitud, pero, sobre todo, como una manera de ser, de estar, de vivir la intimidad divina.

“¿Cuál es su profundidad, su altura, su longitud, su anchura? Yo diría que su profundidad es su ciencia y su sabiduría; su altura es su fortaleza y su poder; su longitud es la caridad universal con buenos y malos, amigos y enemigos; su anchura es su gratitud por los beneficios recibidos de la bondad de Dios y su perseverancia en su amor, pues estas dos cualidades tomadas juntamente, me refiero, al recuerdo y a la gratitud por los favores que la criatura ha recibido de quien la amó desde toda eternidad, y la perseverancia que ha de sostener para amarlo eternamente, implican una anchura sin límites”.¹⁹³

María, colmada, poseída, animada, iluminada y conducida por su Hijo, Sabiduría increada, formado en sus entrañas y en su Corazón, como nadie, ha penetrado tan profundamente en los inefables misterios de Dios, en sus perfecciones incomprensibles, en sus obras maravillosas y en los secretos más íntimos de su Corazón.¹⁹⁴

La profundidad tiene que ver también con su anonadamiento, su humildad incomparable, consciente de que nada era, nada tenía, nada podía. Parafraseando el Salmo 63, 7 (*Ingresa el hombre al corazón alto*, o según el hebreo, *al corazón profundo y Dios es glorificado*), dice: “Cuando el corazón del hombre descende con verdadera humildad en el profundo abismo de su nada, entonces Dios es glorificado y magnificado en él”.¹⁹⁵

¹⁹³ *Le Coeur Admirable*, 6, 208.

¹⁹⁴ *Le Coeur Admirable*, 6, 208s.

¹⁹⁵ *Le Coeur Admirable*, 6, 210s.

Luego, Juan Eudes parafrasea el Salmo 92, 4 (*Admirable en la agitación del mar*), para identificar la más sublime contemplación de María: “Pensemos en su *altura*, tan admirable por su elevación como es por abajamiento: *Admirable en la agitación del mar* (Sal 92, 4 Vgt.). ¿De qué altura se trata? Es su contemplación más sublime. ¿Y de qué contemplación? Los teólogos místicos nos enseñan que la hay de varias clases. Quiero hablar principalmente de la más pura, excelente y agradable a Dios, que consiste en contemplar y mirar siempre fijamente, en todo lugar, en todo tiempo y en todas las cosas, su adorabilísima Voluntad para seguirla en todo y por doquier.

En esta contemplación el Corazón de la santa Virgen estaba continuamente ocupada. Era su dedicación, preocupación, su aplicación perpetua, porque no tenía otras inclinaciones ni otras intenciones en sus pensamientos, palabras, acciones, sufrimientos y generalmente en todo, que agradar a su divina Majestad y cumplir su voluntad con “un gran corazón y un gran afecto” (2 Mc 1, 3). Aquí podemos emplear estas palabras del Espíritu Santo: *Se acerca el hombre al corazón alto y Dios es exaltado* (Sal 63, 7. Vgt). Esta palabra *corazón alto* significa un corazón profundo en su humildad, como hemos visto, y un corazón elevado por la contemplación y el amor de la divina voluntad. De modo que con mucha razón se puede explicar así: Cuando el hombre llega a tener un corazón profundo y elevado, o sea, un corazón que se abaja hasta el más profundo abismo de su nada, y un corazón elevado y atado inseparablemente a la santísima voluntad de su Dios, entonces entrará en un estado de tributar mucho honor y gloria a su divina Majestad, ya que estos son los mejores medios para complacerla y glorificarla”.¹⁹⁶

Con san Bernardino de Siena¹⁹⁷, nos habla de la más elevada y perfecta contemplación, aquella que más ilumina y une a Dios,

¹⁹⁶ *Le Coeur Admirable*, 6, 213s.

¹⁹⁷ (120). *Serm. 18 de Exalt. B. Virg. in gloria*, c. 13.

aún mientras se duerme: “*Duermo pero mi Corazón está en vela*” (Ct 5, 2).¹⁹⁸

Sintetiza así, para darnos a entender el estado místico de María: “Estas son la profundidad, la altura, la longitud y la anchura del mar inmenso del Corazón admirable de la Reina del cielo; que consisten en su humildad profunda, en su altísima contemplación, en su caridad que se extiende a todos los hombres y en su grandísimo amor a Dios.”¹⁹⁹

En ese estado de contemplación María es ofrenda por puro amor, donación total al Espíritu Santo para formar a Jesús en su Corazón y en sus entrañas.

En ese maravilloso contexto, cuando llega el Ángel, María está en contemplación, es lo que hemos imaginado desde la misma iconografía. El papel de Gabriel, podemos visualizarlo desde la imagen del paraninfo, el amigo del novio quien, entre los griegos, iba a casa de la novia para llevarla y presentarla al novio. Aquí que es hermoso el papel del Ángel que presenta a María al Esposo divino, al Espíritu Santo. Juan Eudes, después de una larga contemplación de lo que es y hace el Espíritu Santo en María²⁰⁰, afirma: “Es la gloria del Espíritu Santo haber tenido tan digna Esposa”, gloria porque “ha producido en Ella” dones, frutos y bendiciones innumerables.²⁰¹

Pienso que esta experiencia del Espíritu Santo, –Juan Eudes la describe a lo largo de unas 14 páginas²⁰²–, es lo máximo que se puede decir de María formadora de Jesús.

Desde el misterio de la Encarnación, la experiencia mística de María, tendría que ser superior a toda otra experiencia, y me he

¹⁹⁸ *Le Coeur Admirable*, 6, 213-215; 7, 202.

¹⁹⁹ *Le Coeur Admirable*, 6, 217.

²⁰⁰ *Le Coeur Admirable*, 7, 100-105.

²⁰¹ *Le Coeur Admirable*, 7, 104; 8, 155-165.

²⁰² *Le Coeur Admirable*, 7, 100-105; 8, 155-165,

detenido en ella, porque no deja de ser, al mismo tiempo, modelo y paradigma para nosotros.

Hoy en día muchas de las afirmaciones sobre la Santísima Virgen, que encontramos en san Juan Eudes y en otros mariólogos, se califican de “gratuitas”. En realidad, si no bajamos de las nubes deductivas en que vivimos, y no penetramos en lo más profundo del alma de los personajes bíblicos, como Moisés, Pablo y otros, seguimos con nuestros esquemas de cómo tiene que actuar Dios y cómo tiene que ser experimentado, olvidando la acción libre y poderosa del Espíritu Santo sobre las personas, como María, abandonadas al divino Amor.

Las expresiones bíblicas que le calan a María desde su relación íntima con Dios: sierva, esclava, humilde, pobre, discípula, peregrina, orante (cfr. *Lumen Gentium*) van mucho más allá de los esquemas místicos impuestos, basados con frecuencia en antropologías y teologías deductivas.

La comunión de la Madre Admirable con Dios, con la santísima Trinidad, escapa a todos nuestros imaginarios místicos y así puede ser nuestro paradigma.

No hay nada superior a la unión de María con su Hijo Dios y quien más que Ella, sin tener necesidad de tomar un manual de mística, nos inspira y nos acompaña en el camino místico de continuar y vivir los misterios de Jesús, de unión y de comunión con Dios, a que estamos llamados todos.

Los ejemplos que trae san Juan Eudes de los “estados místicos de María” en *La Infancia Admirable* y en *El Corazón Admirable*, desde su Inmaculada Concepción, son un esfuerzo, como lo fue en la Tradición y en los Padres, de explicar lo máximo de la comunión de María con Dios.

Pero el mismo Juan Eudes va más allá de todo eso, penetra en su Corazón donde encontrará la realización plena y total del misterio salvador del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Y ese Corazón, es tan cercano a nosotros que la invocamos y la tenemos cerca, como

se tiene un mistagogo, que nos va introduciendo con su ejemplo en el misterio siempre nuevo e innominable del Amor.

Y ahora, pensemos en nosotros mismos y en el papel de María.

9. **María formadora de Jesús en nosotros.**

Cuando hablamos de María paradigma de la formación de Jesús en nosotros, podemos pensar en el modelo que tenemos en Ella y sobre todo en la acción que ese modelo tiene dentro de nosotros. Ese es el enfoque eudista.

Juan Eudes parte de la contemplación del Corazón de María, como obra maravillosa de la Santísima Trinidad, con miras a la formación de Jesús. Y al mismo tiempo que María, por obra del Espíritu Santo es hecha como imagen viviente del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, es también nuestro paradigma en el sentido de que cuanto pasó en María, puede pasar en nosotros, como don gratuito de Dios. María es un modelo tan perfecto que puede actuar dentro de nosotros sus mismos misterios, o mejor, la amorosa Trinidad, va realizando en nosotros lo que María experimentó como Madre de Jesús. Esta sería una síntesis de las 17 *Méditations* sobre el Corazón de María ²⁰³(126) para pensar en la acción de María para que Jesús sea formado en nosotros.

María será modelo para todos los que queremos formar a Jesús, porque ha tenido la experiencia en plenitud al cooperar con el Espíritu Santo, experiencia “inimaginable” y desde sus más tiernos años.²⁰⁴ Es desde esta realidad que podemos hablar de María como paradigma místico de la formación de Jesús.

Como hemos visto, Juan Eudes lleva este carácter de modelo hasta sus últimas consecuencias: María ha recibido el poder de formar a Jesús en nosotros: “El sagrado Corazón de María cooperó en

²⁰³ *Le Coeur Admirable*, 8, 119-165.

²⁰⁴ *Le Royaume*, 1, 272; *Le Coeur Admirable*, 7, 430, *L'Enfance Admirable*, 5, 403, 416.

la obra de la salvación, empleando con un amor increíble el poder que había recibido de formar, de hacer nacer y de hacer vivir a su Hijo Jesús en los corazones de los fieles: formación, nacimiento y vida que es el fruto principal de su pasión y de su muerte, la realización de sus proyectos y la consumación de su obra”.²⁰⁵

Por ese poder recibido puede tomar amorosamente “plena y entera posesión” de nuestro corazón²⁰⁶ y con toda razón podemos invocar su intercesión para formar a Jesús en nosotros.²⁰⁷ Y pedirle que Jesús haga en nosotros lo mismo que hizo en Ella: pintar e imprimir en nosotros todos sus estados, todos sus misterios, su vida, sus costumbres y virtudes”.²⁰⁸

Para concluir este punto, los Sacerdotes, llamados a formar a Jesús en sí mismo y en los demás, tienen una alianza especial con la santísima Madre de Dios: Dios Padre le ha participado su divina paternidad para formar en su seno al mismo Hijo que Él ha hecho nacer en el suyo, así mismo Él comunica a los Sacerdotes esta misma paternidad, y les da poder de formar a este mismo Jesús en la santa Eucaristía y en el corazón de los fieles.²⁰⁹ Esto nos introduce en el último punto que desde un principio se ha enunciado: ¿Qué significa místicamente, allá en la hondura del alma y del corazón, que Jesús se está formando en nosotros? Si María formadora de Jesús es paradigma, ¿será posible tener su experiencia muy dentro de nosotros?

10. La experiencia de formar a Jesús en nosotros en compañía de María formadora de Jesús.

La experiencia será posible si contamos con el absoluto de que todo es gracia y don de Espíritu Santo y de parte nuestra trabajamos

²⁰⁵ *Le Coeur Admirable*, 6, 154.

²⁰⁶ *La Dévotion au très Saint Coeur*, 8, 460.

²⁰⁷ *Le Royaume*, 1, 275.

²⁰⁸ *L'Enfance Admirable*, 5, 156.

²⁰⁹ *Le Mémorial*, 3.216; cf. 4.153; *Le Coeur Admirable*, 6, 74, 154, 356, 389; 8. 215,331).

para tener las actitudes y los sentimientos de María formadora de Jesús. Y aquí está lo típico eudista: dejar actuar el Espíritu y poner de parte nuestra el abandono, la disponibilidad.

Al mismo tiempo que con Juan Eudes hemos hecho una síntesis de los sentimientos y actitudes de María como paradigma de la formación de Jesús, también, nos podemos introducir en el proceso místico.

Tratemos de contemplarnos en el mismo proceso de María, a partir de esta propuesta mariológica de Juan Eudes: Lo que el Padre hace en María lo hace en nosotros. Su proyecto es formar a Jesús en nosotros como lo ha formado en el seno de la Virgen.²¹⁰

Y el modelo o ejemplar que tiene el Padre es el mismo de su Hijo en la Encarnación, “*El Corazón del Padre*, dice Ricardo de san Lorenzo, *produjo una buena Palabra, que, saliendo del seno del Padre, ha sido recibida en el seno de la Virgen Madre*”.²¹¹

Partimos del Bautismo que juntamente con la Eucaristía es sacramento de la formación de Jesús en nosotros: por el Bautismo somos “por gracia, participación y semejanza, lo que es Jesús: Hijo de Dios, Dios y otro Jesucristo” (–¡Increíble!–)²¹²

No es fácil hilvanar todas las ideas de Juan Eudes dispersas en todas sus obras; intento hacerlo teniendo presente las actitudes de María formadora de Jesús y las que podemos tener para vivir su experiencia mística de formar a Jesús.

Recordemos la propuesta: ¿Podríamos penetrar el en misterio de María, en el estado místico de formar a Jesús en su Corazón y en sus entrañas, para pensar luego en la posibilidad, con la gracia del Espíritu Santo, de tener esa experiencia mística?

La expresión original de Juan Eudes que abre al mundo maravilloso de la mística mariana es: La vida de Jesús en María y la vida

²¹⁰ *Le Royaume*, 1, 272. 273.

²¹¹ *Le Coeur Admirable*, 7. 130-131.

²¹² *Le Royaume*, 1.509.

de María en Jesús. El enunciado está en *Le Royaume* y se desarrollará en los escritos marianos.²¹³ Partimos del hecho de que María, desde el abismo de su pobreza (Lucas 1, 38.48; 2, 24) poseída por el Espíritu Santo, es total capacidad de recibir y de dar a Jesús.²¹⁴

María “guardando y contemplando en su corazón” (Lc 2, 19.51)²¹⁵, se abisma, se anonada en el misterio y como canta su Corazón en el Magnificat, es exaltada. María tiene la experiencia de su nada, de sus limitaciones, desde su misma virginidad, que excluía la maternidad, pero sabe que Dios es poderoso y hace imposibles. Esa es la mística del anonadamiento abierto al poder de Dios.²¹⁶

Jesús se formó en María, pero Ella en su camino de fe con el día a día de lo que vive, entienda o no entienda, está siempre formando en su Corazón al Hijo divino que ha formado en sus entrañas y dirá siempre “Hagan lo que Él les diga” (Jn 2. 5).²¹⁷

Ese Jesús que seguirá formando en su Corazón la tendrá siempre en un continuo anonadamiento y en combate interior desde el cuestionamiento que le hace Jesús en las bodas de Caná hasta el Calvario, cuando con su Hijo tendrá su día y su hora, largamente esperados (Jn 2, 4; 19, 25-27).²¹⁸

La experiencia de María del Espíritu Santo es única, desde su abandono absoluto a su acción. Todo lo que pasa en María no puede entenderse sin el Espíritu Santo, todo en ella “viene del Espíritu Santo” (Mateo 1.20).

En esta formación de Jesús no podemos imaginarnos a María como un simple sujeto pasivo de la obra del Espíritu Santo. María actúa

²¹³ *Le Royaume*, 1, 337ss; ya se han citado casi todos; cf. sobre todo los tomos 5, 6, 7, 8 de *Les Oeuvres Complètes*.

²¹⁴ *Le Royaume*, 1, 337ss; *Le Coeur Admirable*, 7, 83-105.

²¹⁵ *Le Coeur Admirable*, 6, 38, 154; 7, 233, 285; *La Dévotion au très Saint Coeur*, 8, 428.

²¹⁶ *Le Coeur Admirable*, 8, 7-105.

²¹⁷ *Le Coeur Admirable*, 6, 331; 8, 104.

²¹⁸ *L'Enfance Admirable*, 5, 167; *Le Coeur Admirable*, 6, 331; 7, 487s; *Le Royaume*, 1, 536s; *Contrat*, 215; *Le Coeur Admirable*, 6, 348; 8, 231s.

como persona consciente que vive la vocación y misión que ha recibido. Nadie por gracia de Dios, como criatura, ha tenido una capacidad de recibir y de experimentar al Espíritu como María desde la anunciación con su respuesta a la divina Voluntad.²¹⁹

La posibilidad de que nosotros tengamos la experiencia mística de María, la encontramos en el hecho mismo de que María, en la Anunciación y en la Encarnación del Señor, no es una persona aislada, sino que es nuestra misma humanidad, Usted y yo, es decir, María es el lugar privilegiado de nuestra humanidad sobre la que actúa toda la poderosa y adorable Trinidad.

Y si queremos ser más concretos, María es el corazón de la misma Iglesia.²²⁰

María e Iglesia son inseparables desde la reflexión bíblica que hemos tenido en la Iglesia, tan bien condensada por el Vaticano II en la *Lumen Gentium*.

Si María, como dice san Ambrosio, “*es tipo de la Iglesia*” (Dos veces la constitución *Lumen Gentium* llama a María “*tipo de la Iglesia*”: en el n. 53 y luego, citando a San Ambrosio, en el n. 63), tiene que darse una manera de ser cristiano desde María, desde su experiencia mística de la Encarnación con todo lo que implica con la consumación misma del misterio salvífico.

Tal vez nos hace falta, como lo hace san Juan Eudes, marcar el acento en María, como arquetipo de lo que es dejar actuar en nosotros a la Santísima Trinidad.²²¹

Recordemos algo ya dicho. Hay una experiencia especial, que es también paradigma para nosotros, así como María formó a Jesús por obra del Espíritu Santo en sus entrañas, así también fue transformada a imagen de su Hijo resucitado, con su Asunción al cielo, desde el texto de 1 Co 15, 42-44; 2 Co 3, 18.

²¹⁹ *Le Coeur Admirable*, 7, 100-105; 8, 155-165; *La Dévotion au très Saint Coeur*, 8, 434s.

²²⁰ *Le Coeur Admirable*, 7, 135s; 624s.

²²¹ *Le Coeur Admirable*, 7, 83ss; 126ss; 555ss; 597ss.

Juan Eudes gusta de la expresión grabar, imprimir en el corazón la imagen, como un efecto de la formación de Jesús. Y María precisamente nos da el ejemplo de dejar imprimir la “imagen” de Jesús en nuestro corazón.

La imagen la toma Juan Eudes de la Biblia como hemos visto con sus comentarios al Cantar de los Cantares. Pero, igualmente, aparece en los mismos Padres de la Iglesia que cita el mismo Juan Eudes, por ejemplo, Orígenes.²²² Seguramente conocía esa imagen de María como una tablilla donde el Espíritu Santo escribe e imprime todo lo que quiere.

Otra imagen tomada de san Ambrosio también citado varias veces²²³, es la de ser como María “nuevos tabernáculos y arcas de la alianza”, poseídos por el Espíritu y la Palabra de Dios, para poder formar a Jesús en nosotros (–concebir y engendrar).

En el misterio de la Encarnación María fue ungida por el Espíritu Santo, a imitación de ella, que es paradigma de todo, también nosotros necesitamos ser ungidos por el Espíritu Santo para formar a Jesús. Es la formación que se da en y desde el corazón.

Los Padres desde san Agustín han insistido en que Jesús fue formado primero en el Corazón, y lo repite san Juan Eudes: eso hace más espiritual y mística, más preciosa la formación de Jesús en nosotros. María es madre por el Corazón²²⁴: la formación es toda una generación espiritual que se realiza en el corazón.

11. Las actitudes de quienes, como María, quieren tener la experiencia de formar a Jesús en sus corazones.

San Juan Eudes para no complicar la vida y el proceso cristiano de formar a Jesús: 1º centra todo en Jesús que se forma o es formado;

²²² *Le Coeur Admirable*, 6, 246, 313, 323; 7, 48, 371.

²²³ *Le Coeur Admirable*, 6, 94, 141, 7, 235.

²²⁴ *L'Enfance Admirable*, 5, 400s; *Le Coeur Admirable*, 6, 228, 356; 7, 85, 89, 245, 624s; *La Dévotion au très Saint Coeur*, 8, 423, 436.

2° contempla a María formadora de Jesús haciendo el camino con nosotros; 3° y nos indica las actitudes para llevar adelante el proceso con Jesús y María.

Se trata de un proceso de toda la vida, como aparece en *Le Royaume* para poder hacer vivir y reinar a Jesús, con las dos actitudes fundamentales de las *Regulae Congregationis Jesu et Mariae*: la renuncia y la adhesión.

Quisiera presentar estas actitudes como momentos místicos que se van presentando en el día a día, en la medida en que vivimos los estados y misterios de Jesús y Él se va formando en nosotros.

Podemos partir de lo elemental: esta formación de Jesús es don, gracia, que nos viene de arriba, “del Padre de las luces” (St 1, 17). La formación de Jesús es lo perfecto, lo óptimo y por nosotros mismos, nada podemos.²²⁵ Y es bueno insistir: “La obra de la formación de Jesús en nosotros está muy por encima de nuestras fuerzas y por eso, como un medio principal, debemos contar con el poder de la gracia divina y las oraciones de la santísima Virgen y de los Santos”.²²⁶

Oremos como si todo dependiera de Dios y trabajemos como si todo dependiera de nosotros. En la formación de Jesús entra ese abandono a quien tiene todo el poder, pero igualmente el poner de parte nuestra, por ejemplo: “la mortificación, la oración y toda la cooperación que podamos aportar para formar en nosotros una imagen viviente de la santa vida y de las divinas virtudes de nuestro Salvador”.²²⁷

Veamos todo lo que depende de la Santísima Trinidad y la parte nuestra para que Jesús sea formado en nosotros y en los demás; el término más apropiado, para Juan Eudes, es el “abandono” para dejar actuar a la divina Voluntad. Un ejemplo entre centenares: “Permanece en paz y confianza y abandonando cuanto eres, en el

²²⁵ *Le Royaume*, 1. 227s).

²²⁶ *Le Royaume*, 1. 272.

²²⁷ *Le Coeur Admirable*, 7.282.

tiempo y en la eternidad, a la adorabilísima Voluntad de Dios, que ha establecido su reino en tu corazón y en él reinará por la dichosa eternidad”.²²⁸ Compuso para la hora de nuestra muerte, anticipada como ofrenda de amor, una preciosa elevación de abandono.²²⁹

11.1. Nuestro abandono al proyecto del Padre

En comunión con su Hijo y el Espíritu Santo, “la más grande obra del Padre es su Hijo”.²³⁰

Lo primero será entregarnos al Padre Dios “que tiene el proyecto de formar a Jesús en nosotros como lo formó en el seno de la Virgen.”²³¹

Disponemos todo nuestro ser, para recibir en nuestro corazón la Palabra del Padre, a imitación de María, que la recibió para formarla en su corazón y en sus entrañas.²³²

El Padre hará en nosotros lo que hizo en María para formar a Jesús: colmarnos de sus maravillosas claridades.²³³

La respuesta de Padre a nuestra entrega amorosa será: “*Pomme como un sello en tu corazón*” (Ct 8, 6); así lo hizo María, y también, como en ella, Él imprimirá, en nuestro corazón, “con su propia mano una imagen acabada de la santidad, sabiduría, fuerza, bondad, misericordia, benignidad, amor, caridad y demás perfecciones del Corazón adorable”.²³⁴ En realidad, solo el Padre puede hacerlo, cuando nos abandonamos a su infinita Misericordia para que destruya todo obstáculo.²³⁵

²²⁸ *Lettres*, 10, 521.

²²⁹ *Le Royaume*, 1, 521-525.

²³⁰ *Le Royaume*, 1, 271s.

²³¹ *Le Royaume*, 1, 272. 273.

²³² *Le Coeur Admirable*, 7. 130-131.

²³³ *Le Coeur Admirable*, 6, 137.

²³⁴ *Le Coeur Admirable*, 8, 127, *La Dévotion au très Saint Coeur*, 8, 498.

²³⁵ *Le Coeur Admirable*, 7, 100.

Él nos conduce con su misma Ciencia, Sabiduría y Verdad, para que nos formemos y eduquemos, para que aprendamos la ciencia y la sabiduría de los Santos y estudiemos las máximas de su admirable Sabiduría, las lecciones de su luminosa Verdad y cuanto tengamos que hacer para formar y educar nuestro corazón, según el modelo del amabilísimo Corazón de Jesús y de María, el ejemplar y la regla de todos los corazones que deseen amar y agradecer al Padre.²³⁶

El Espíritu Santo y Jesús tendrán el mismo proyecto del Padre y al entregarnos a ellos, la formación de Jesús será “el misterio de los misterios y la obra de las obras”.²³⁷

11.2. Nuestro abandono al proyecto del Espíritu Santo.

En comunión con el Padre y su Hijo, “la obra más noble del Espíritu Santo” es la formación de Jesús en nuestro corazón²³⁸ y a Él nos abandonamos para que su proyecto se cumpla amorosamente en nosotros.

Desde la misma formación de Jesús en María, ya está actuando en nosotros el Espíritu Santo. “El proyecto del Espíritu Santo de formar al Hijo de Dios en las sagradas entrañas de la Virgen es por amor a nosotros y para ser nuestra luz y santificación, el espíritu de nuestro espíritu y el corazón de nuestro corazón.”²³⁹

El Espíritu Santo nos hace cristianos, al formar a Jesús en María como a nuestro Redentor, Reparador y Cabeza, que se entregó por nosotros en la cruz (cf. Hb 9, 14). Después de la Ascensión el Espíritu Santo ha venido para formar y establecer el Cuerpo de Jesucristo que es la Iglesia y para aplicarle los frutos de su vida, de su sangre, de su pasión y de su muerte. Además, el Espíritu Santo vino en nuestro Bautismo para formar a Jesucristo en nosotros y para incorporarnos, hacernos nacer y vivir en Él, para aplicarnos

²³⁶ *Le Coeur Admirable*, 6.424.

²³⁷ *Le Royaume*, 1, 271.

²³⁸ *Le Royaume*, 1, 272.

²³⁹ *Entretiens*, 2. 135.

los efectos de su sangre y de su muerte, y para animarnos, en todo lo que vamos a pensar, decir, hacer y sufrir cristianamente y por Dios.²⁴⁰

No podemos vivir como cristianos sin el Espíritu Santo, que hemos recibido en el Bautismo, para hacernos nacer y vivir de Jesús, para incorporarnos y unirnos con Él (cf. 1 Co 12, 3; 2 Co 3, 5; Jn 3, 5).²⁴¹

A imitación de María, haremos lo máximo cooperando con el Espíritu Santo en la divina y maravillosa formación de Jesús en nosotros.²⁴²

“El Espíritu Santo tiene el proyecto infinito de imprimir en nuestro corazón una viva imagen de todos los frutos que ha producido en el Corazón de su divina Esposa”.²⁴³

Nuestro abandono al poder del Espíritu Santo, en el seno de la Iglesia y desde nuestro Bautismo, es eficaz, porque Él sigue a través de toda nuestra vida “animando, inspirando, empujando y conduciendo”.²⁴⁴

Para formar a Jesús es necesario, como en María nuestro paradigma, que el Espíritu Santo venga sobre nosotros (Lc 1, 35) y tengamos esa unción espiritual y mística (cf. 1 Jn 2, 20) que hace posible que la Encarnación se realice en nuestro corazón, “se continúe y se extienda en nosotros”.²⁴⁵

Con el ritmo rector del Señor y el personal de cada uno, se podrá tener la posible experiencia mística de la formación de Jesús en nosotros. El Espíritu Santo actúa libremente en nosotros y la experiencia íntima de María, formadora de Jesús, puede ser un paradigma posible de lo que podemos experimentar en nosotros al

²⁴⁰ *Entretiens*, 2, 177.

²⁴¹ *Entretiens*, 2, 177, 181.

²⁴² *Le Royaume*, 1, 172.

²⁴³ *Le Coeur Admirable*, 8, 160.

²⁴⁴ *Entretiens*, 2, 176; *Le Coeur Admirable*, 7, 430.

²⁴⁵ *Le Royaume*, 1, 310; *Contrat*, 2, 220; *Le Mémorial*, 3, 216.

formar a Jesús, siendo como Ella poseídos por el Espíritu, oyentes y discípulos practicantes de la Palabra. Tan claro y explícito es el paradigma que Jesús nos tendrá como a “mi madre” (Mateo 12, 50).

11.3. Nuestro abandono al proyecto de Jesús.

Jesús quiere realizar en nosotros el mismo proyecto del Padre y del Espíritu Santo.²⁴⁶ En el seno inefable de la santísima Trinidad, al entrar en el mundo ha pedido un cuerpo (cf. Hb 10, 5ss) que se formará en las entrañas de la Madre Admirable.

En ese proyecto está, igualmente, formarse en nosotros, si se lo permitimos, si nos entregamos para que realice esa formación de su “cuerpo místico”.

En el proceso como lo propone Juan Eudes, desde lo que ha pasado y hemos visto en María, encontramos que: la voluntad de Jesús es formarse en nuestro corazón; Jesús quiere imprimir en nosotros su imagen; el “modelo” de la formación de Jesús es Él mismo con su santísima Madre; el anonadamiento místico y la contemplación como “espacios” apropiados de la formación de Jesús; todo culmina en el “establecimiento” de Jesús en nosotros; y podemos concluir con nuestro proyecto de formar en los demás el mismo Jesús que se está formando en nosotros.

11.3.1. La voluntad de Jesús es formarse en nuestro corazón.

El proceso eudista de la formación de Jesús en nosotros prácticamente se inicia con la primera página de *Le Royaume*: “Jesús es el todo en todas las cosas” para culminar en la última página con “Que viva y reine el gran Todo que es Jesús”.²⁴⁷ Jesús “formándose o formado en mí” se convierte en “Mi todo” y en ese proceso se va el alma, toda la vida, porque “es el asunto más grande y la principal ocupación”. Juan Eudes convierte en filigrana conductora de

²⁴⁶ *Le Royaume*, 1, 271s.

²⁴⁷ *Le Royaume*, 89, 566.

todo el proceso tres textos: *Que Cristo sea formado en nosotros* (Ga 4, 19), *Llevemos y glorifiquemos a Dios en nuestros cuerpos* (1 Co 6.20), y *Santifiquemos a Jesucristo en nuestros corazones* (1 Pe 3.15), “es decir, acostumbrarnos a mirar, amar y glorificar a Jesús en todas las cosas, y a hacer todas nuestras acciones en su santidad”.²⁴⁸

Igual que María, lo propio nuestro es formar a Jesús en el corazón, dedicando todo nuestro tiempo a la práctica de las virtudes en grado máximo.²⁴⁹ “María se hizo digna de formar al Hijo de Dios y de llevarlo en su vientre, porque primero lo formó y llevó en su Corazón, por la excelencia de la humildad, la pureza y el amor de ese mismo Corazón”.²⁵⁰

El proceso puede plantearse desde dos expresiones: una activa y otra aparentemente pasiva: “formar a Jesús en nosotros” o que “Jesús sea formado en nosotros”. Ambas expresiones las encontramos en san Juan Eudes cuando nos habla de formar a Jesús como nuestra principal ocupación, o dejar como María, cooperando con el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, que se realice en nosotros “la divina y maravillosa formación de Jesús”. En realidad, a esto último apunta la expresión de Pablo: “donec formetur Christus in vobis” (Ga 4.19). “Mientras que... o hasta que... Cristo sea formado”: es Jesús el que se forma. En ambas expresiones está la acción divina e igualmente la parte nuestra de abandono y de colaboración con la gracia. En el mismo sentido estas dos expresiones manifiestan nuestra misión evangelizadora: “formar a Jesús” y dejar que “sea formado en las personas”, buscando “que todos mis cuidados, pensamientos, palabras, trabajos y obras sean empleadas y consagradas a este fin”.²⁵¹

²⁴⁸ *Le Royaume*, 1, 91-92.

²⁴⁹ *L'Enfance Admirable*, 5, 75, 403, 416.

²⁵⁰ *Le Coeur Admirable*, 6, 356.

²⁵¹ *Le Royaume*, 1.82.

La formación de Jesús en nosotros y en las personas tiene objetivos muy precisos que nos deben “*inflamar ardiente y apasionadamente*”²⁵²:

– Para que se cumpla el proyecto y el deseo grandísimo que el Padre eterno tiene de ver a su Hijo viviendo y reinando en nosotros.

– Para que Jesús, que se anonadó por la gloria del Padre y el amor a nosotros, y ha sido exaltado por el Padre, sea establecido y reine sobre todo. El Padre ve a su Hijo amabilísimo en todas las cosas y no quiere tener otro objeto de su mirada, de su complacencia y de su amor; quiere que Él sea “*todo en todas las cosas*” (1 Co 15.26), y así solamente verlo y amarlo en todas las cosas.²⁵³

– Para que Jesús, formado y establecido en nosotros mismos, ame y glorifique dignamente a su Padre eterno y a Sí Mismo. Solo por Jesús el Padre Dios puede ser amado y glorificado en todo (cf. 1 Pe 4, 11), e igualmente, Jesús, por Sí mismo.²⁵⁴

¿Cómo vivir esos objetivos que nos “*inflaman ardiente y apasionadamente*”?

– Pensando en Jesús y mirándolo en todo, lo formaremos y estableceremos en nosotros. Jesús, con todos sus estados, misterios, virtudes y acciones, ha de ser el único objetivo de nuestra devoción y nuestras acciones. Jesús es “el todo” en todas las cosas: el ser, la vida, la belleza, el poder, la sabiduría, la virtud, la santidad.²⁵⁵

– Viviendo, de espíritu y de corazón, en el frecuente ejercicio de su divino amor, que consiste en elevar constantemente nuestro corazón a Él por amor, hacer todas nuestras acciones por su puro amor, y consagrarle todos los afectos de nuestro corazón.²⁵⁶

– Buscando un total aniquilamiento de nosotros mismos y de todas las cosas en nosotros. Es necesario hacer morir y aniquilar

²⁵² *Le Royaume*, 1, 273.

²⁵³ *Le Royaume*, 1, 272s.

²⁵⁴ *Le Royaume*, 1, 273.

²⁵⁵ *Le Royaume*, 1, 273.

²⁵⁶ *Le Royaume*, 1, 274; “el ejercicio del amor divino”, 383-413.

todas las criaturas en nuestro espíritu y corazón y no mirarlas ni quererlas más en sí mismas, sino en Jesús y a Jesús en ellas. Aniquilado todo en torno nuestro, sólo a Él tenemos que contentar, mirar y amar. Pero también, dentro de nosotros “hay que aniquilar nuestro propio sentido, nuestra propia voluntad, nuestro amor propio, nuestro orgullo y vanidad, todas nuestras inclinaciones y hábitos perversos, todos los deseos e instintos de la naturaleza depravada; y todo lo que pertenece a nosotros mismos, y sea contrario a Jesucristo y se oponga a su gloria y a su amor su amor, debe ser destruido y consumido, para que Él viva y reine en nosotros perfectamente. Es la renuncia total para adherirnos, para formar y establecer a Jesús en nosotros”.²⁵⁷

– Recurriendo al poder de la gracia divina, y a las oraciones de la santísima Virgen y de los Santos, porque la obra sobrepasa incomparablemente nuestras fuerzas. “Démonos al poder del Padre eterno, y al amor y celo ardentísimo que tiene por su Hijo, suplicándole que Él nos aniquile totalmente, para hacer vivir y reinar a su Hijo en nosotros.”²⁵⁸

– No está por demás insistir en la unión íntima y particular con Jesús, para responder así al proyecto y deseo que tiene de imprimir en nosotros una imagen del misterio de su Encarnación, es decir, “de encarnarse en mí, de unirme a Él y de unirse a mí corporal y espiritualmente por la gracia y por los sacramentos”, y todo culmina, en llenarme de Él mismo, formarse y establecerse en mí, para vivir y reinar perfectamente.²⁵⁹

– El proceso, simplificado, en María tiene tres actitudes, como hemos visto: contemplación, impresión y grabación en nosotros de las actitudes de Jesús.

– En total y humilde abandono al Espíritu Santo, es posible vivir el misterio de María formadora de Jesús como una realidad que va tomando cuerpo y espíritu en el día a día:

²⁵⁷ *Le Royaume*, 1, 274s.

²⁵⁸ *Le Royaume*, 1, 275.

²⁵⁹ *Le Royaume*, 1.422.

- dejando que Jesús viva su vida en nosotros²⁶⁰;
- siendo, poseídos por el Espíritu Santo, total capacidad de recibir y de dar a Jesús, desde el abismo de la propia pobreza (Lc 1, 38.48; 2, 24)²⁶¹;
- guardando y contemplando en nuestro corazón (cf. Lc 2, 19.51), desde el anonadamiento místico, los dos abismos: el abismo de nuestras miserias y el abismo de las divinas misericordias²⁶²;
- cumpliendo en todo momento la voluntad de Jesús (Jn 2. 5), así sean muchas o pocas nuestras oscuridades en el camino de la fe;
- dejando, muy conscientemente, que todo lo que pase en nosotros “venga del Espíritu Santo” (Mateo 1.20);
- dándonos cuenta, contemplando a María, de que se da una manera de ser cristiano desde María, desde su experiencia mística de la Encarnación con todo lo que implica con la consumación misma del misterio salvífico en nosotros si dejamos actuar a la Santísima Trinidad (*Lumen Gentium*, 53, 63);
- consintiendo en que todo el proyecto pascual del Señor resucitado, paso a paso, como lo indica Juan Eudes (–y eso da para toda la vida–), se encarne en nosotros: adhesión total al Señor; revestirse de Él y llevar su imagen; permanecer y dar fruto en Él; vivir con, de, en, por y para Él; vivir su vida de resucitado de entre los muertos; vivir con, de, y por su Espíritu; actuar en todo dejando que el Resucitado actúe en nosotros.²⁶³ Así será posible “llevar la imagen del hombre celestial” (1 Co 15, 49)²⁶⁴ y “ser transformados en la misma imagen del Señor (2 Co 3, 18).²⁶⁵

²⁶⁰ *Le Royaume*, 1, 337ss.

²⁶¹ *Le Royaume*, 1, 337ss).

²⁶² *Le Royaume*, 1, 399s, 527-530; *Manuel*, 3, 429; 491s; *Le Bon Confesseur*, 4, 268; *Le Coeur Admirable*, 6, 40; 7, 16-18, 7s, 226, 459s, 495s; 8, 92, 247; *Lettres*, 10, 504s.

²⁶³ *Regulae Congregationis*, 9, 84-95.

²⁶⁴ *L'Enfance Admirable*, 5, 155s; *Le Coeur Admirable*, 7, 100, 232.

²⁶⁵ *Le Royaume*, 1, 271; *Le Coeur Admirable*, 7, 228).

11.3.2. *Jesús quiere imprimir en nosotros su imagen.*

Desde su primer escrito, Juan Eudes, encuentra que lo más práctico en la formación de Jesús, es dejar que “Él mismo imprima en nuestro corazón una participación y una imagen viva de las cualidades y virtudes eminentísimas con que está adornado el divino Corazón de Jesús y de María”.²⁶⁶

Por eso, dejemos que Jesús imprima en nosotros su divina semejanza, por la sola gloria de la Santísima Trinidad”.²⁶⁷

Más aún, como María, nuestro paradigma, dejemos que “la santísima Trinidad imprima en nosotros su imagen y semejanza”, con el mismo Jesús que se está formando en nosotros.²⁶⁸

Sea nuestro corazón, como el de María, totalmente entregado a Jesús, “como un espejo bien pulido y bien claro” para que Él tenga gusto en pintarse e imprimirse en él, y ser imagen perfecta de su humildad, pureza, sumisión a la divina Voluntad, caridad, amor, santidad y de todas las demás virtudes y perfecciones”.²⁶⁹

Cuando Jesús se forma, como en María, “pinta e imprime perfectamente en nosotros todos sus estados, todos sus misterios, su vida, sus costumbres y virtudes”.²⁷⁰

En este sentido, el efecto de la formación de Jesús en nosotros es la imagen grabada, impresa en el corazón, como explica Juan Eudes místicamente al comentar Cantares 8, 6.²⁷¹ Es una manera muy propia de hablar de los Padres que cita Juan Eudes (Orígenes, san Ambrosio, etc.) para invitarnos a imitar a la santísima Virgen,

²⁶⁶ *Exercice de Piété*, 2, 365.

²⁶⁷ *Le Coeur Admirable*, 7, 100.

²⁶⁸ *Le Coeur Admirable*, 7, 102.

²⁶⁹ *Le Coeur Admirable*, 6, 143.

²⁷⁰ *L'Enfance Admirable*, 5, 156.

²⁷¹ *L'Enfance Admirable*, 5, 99s; *Le Coeur Admirable*, 6, 35s, 77; 7, 228, 230, 332, 455; 8, 127; *La Dévotion au très Saint Coeur*, 8, 427; *Constitutions*, 9, 140 (integra Ct 8, 6 con 2 Co 3, 18); cf. *Offices*, 11, 252, 276, 312, 313).

como nuevos tabernáculos y arcas de la alianza, como una tablilla en la que el Espíritu Santo escribe e imprime todo lo que quiere.²⁷²

En ese grabar e imprimir, para formar a Jesús, nos mueve siempre el amor:

“Grábame como un sello sobre tu corazón, como un sello sobre tu brazo (Ct 8, 6).²⁷³

La actitud amorosa de conservar en el corazón (cf. Lc 2, 19,51) y sellar el corazón (cf. Ct 8, 6), como lo hace María, ayuda a formar en nosotros la imagen perfecta de Jesús²⁷⁴, es decir, “la imagen viviente del hombre celeste (1 Co 15, 49), que se llama Jesús”.²⁷⁵

En la formación de Jesús, desde la síntesis cristológica de Juan Eudes, el Corazón de Jesús es el objeto de nuestra contemplación, ofrenda e imitación:

“Como hemos llevado la imagen del hombre terreno, llevemos ahora la imagen del hombre celeste” (1 Co 15, 49). Para esto, hagamos una seria y diligente revisión de nuestro interior y exterior, para identificar las cosas que pueden ser un obstáculo para destruirlas. Tomar la firme resolución de grabar en nuestro corazón los sentimientos, las inclinaciones y las virtudes que reinan en el Corazón adorable de Jesús, especialmente su humildad, su obediencia, su amor y su caridad; y grabar sobre nuestro brazo (cf. Ct 8, 6), es decir en nuestro exterior, su modestia, su mortificación, su dulzura y su afabilidad. Pidámosle la gracia para esto y supliquemos a la Madre del amor que inflame de tal manera nuestro corazón del amor de su Hijo que estemos listos para sufrir antes mil muertes y mil infiernos, antes que ofenderlo en lo que sea; y así, de ahora en adelante, sea nuestra vida una lámpara de fuego y de llamas, una lámpara ardiente y luciente: ardiente delante de Dios,

²⁷² *Manuel*, 3, 380; *Le Coeur Admirable*, 6, 94, 141, 246, 313, 323; 7, 48, 235, 371.

²⁷³ *L'Enfance Admirable*, 5, 99s.

²⁷⁴ *La Dévotion au très Saint Coeur*, 8, 430.

²⁷⁵ *Le Coeur Admirable*, 7, 100.

luciente delante de los hombres; ardiente interiormente, luciente exteriormente; ardiente en la oración, luciente en la acción; ardiente por el ejemplo de una vida santa, luciente por nuestras palabras y santas instrucciones”.²⁷⁶

Cuando Juan Eudes habla de imagen viviente²⁷⁷ se refiere al ser mismo de Jesús con sus cualidades, sus estados y misterios.

En la dimensión pascual de la formación de Jesús en nosotros, tema tan elaborado bíblicamente por Juan Eudes, como hemos visto²⁷⁸, “tratemos de imprimir en nosotros por imitación una perfecta imagen de los santos Mártires, y, lo que es más, de la vida del Rey y de la Reina de los Mártires, Jesús y María, para que nos hagan dignos de ser semejantes a ellos en su muerte”²⁷⁹; y pidamos a María traspasada por una espada de dolor durante la pasión de su Hijo, que imprima en el corazón las llagas de su Jesús crucificado. *Santa Madre, haz esto por favor, las llagas del Crucificado, fija fuertemente en mi corazón. Sancta Mater, istud agas, Crucifixi fige plagas cordi meo valide*”).²⁸⁰

Y si queremos hablar de cumplir el evangelio, dejemos que Jesús grave en nosotros la misma ley que ha tomado del Corazón adorable de su Padre.²⁸¹

Y, para todo este proceso, hay un momento privilegiado: la comunión como sacramento de la formación de Jesús en nosotros, “a Jesús, real y verdaderamente presente en nuestro pecho le suplicamos que imprima en nuestro corazón y el de nuestros hermanos una participación y una imagen perfecta de la santidad, dulzura, humildad, pureza, devoción, paciencia, sabiduría, obediencia, fidelidad,

²⁷⁶ *Le Coeur Admirable*, 7, 232s.

²⁷⁷ *Le Coeur Admirable*, 7, 100.

²⁷⁸ *Règles et Constitutions de la Congrégation de Jésus et Marie*. 9, 84-95,

²⁷⁹ *Le Royaume*, 1, 297.

²⁸⁰ *Le Coeur Admirable*, 7, 394.

²⁸¹ *La Dévotion au très Saint Coeur*, 8, 457.

vigilancia, misericordia, amor, caridad y demás virtudes que reinan en este Corazón de Jesús y María”.²⁸²

En las últimas páginas de *Le Royaume*, Juan Eudes nos deja grabada en el alma, la obsesión por la imagen de Jesús. “El amoroso proyecto de Jesús, en el Bautismo, es de formar en mí un vivo retrato de Sí mismo, de su nacimiento y de su vida y permitirme ser por la gracia lo que Él es por naturaleza, es decir, hijo de Dios, Dios y otro Jesucristo por participación y semejanza”.²⁸³

“Para que seamos una imagen perfecta de Jesús, como Él es una imagen perfectísima de su Padre, nos vacía de nosotros mismos y de todas las cosas, nos aniquila totalmente para llenarnos de Él mismo y formarse y establecerse en nosotros, nos hace partícipes del amor filial que tiene a su Padre, nos hace vivir de su vida santa y digna de Dios, nos hace Dios por participación, nos reviste de Él mismo y de sus cualidades, perfecciones, virtudes y disposiciones, y nos transforma en Él para ser otro como Él en la tierra y así en nosotros solo se vea a Él: su vida, su humildad, su dulzura, su caridad, su amor, su espíritu y demás virtudes y cualidades”.²⁸⁴

Los textos citados nos dan a entender, que no se trata de cualquier imagen: hay un modelo, un ejemplar y una regla.

11.3.3. El “modelo” de la formación de Jesús es Él mismo con su santísima Madre.

Nuestro modelo, ejemplar y regla en la formación de Jesús es el amabilísimo Corazón de Jesús y de María.²⁸⁵

En el proceso de grabar la imagen y semejanza del Corazón misericordioso de Jesús y de María, Juan Eudes da un perfil completo de las actitudes del cristiano en quien se está formando Jesús, actitudes adquiridas y ejercidas “por gracia”: sacar del corazón toda

²⁸² *La Dévotion au très Saint Coeur*, 8, 491.

²⁸³ *Le Royaume*, 1.509.

²⁸⁴ *Le Royaume*, 1.510.

²⁸⁵ *Le Coeur Admirable*, 6, 424.

clase de amargura, de acritud y de aversión para con sus hermanos; conservar cuidadosamente la caridad, la dulzura y el buen genio; abstenerse de juzgar y de condenar temerariamente a nadie; cuidar de no contristar o incomodar a nadie; preferir los intereses y satisfacciones del otro a los propios intereses y satisfacciones; evitar la controversia como enemiga de la paz y de la mansedumbre; esforzarse por agradar a su prójimo en bien de su edificación (cf. (Rm 15, 2); pensar, juzgar y hablar bien de todos, haciéndose aseguibles, benignos, afables, dadivosos y bienhechores para todos, según su capacidad; asistir a todos pronta y alegremente en sus necesidades corporales y espirituales, especialmente, a los pobres, a las viudas, a los huérfanos, a los afligidos y a los extranjeros, como nos recomienda la Palabra de Dios; hacer profesión de amar a los que nos odian, de bendecir a los que nos maldicen, y de hacer el bien a todos los que nos hacen mal para vencer la malicia con la bondad; tratar de hacer todo el bien que nos sea posible a cada uno; hacer todo esto por amor a nuestro bondadosísimo Salvador, de quien se dijo que “*pasó haciendo el bien*” (Hch 10, 38), manifestando su bondad para con todos.²⁸⁶

Seamos ofrendas de amor, en humildad, obediencia y caridad, para que la alegría, la perfección y la gloria de nuestros corazones consista en actuar de tal manera que seamos imágenes vivas del santísimo Corazón de Jesús y de María. Nos contemplamos en ese Corazón, como en un espejo, para ver nuestras manchas, limpiarlas e imprimir su imagen.²⁸⁷

Un modelo muy particular en la formación de Jesús, desde la contemplación misma de la Encarnación, es María, carne de nuestra carne y sangre de nuestra sangre.

Para Juan Eudes en Gálatas 4, 19 se trata de una generación espiritual “para que su generación temporal tenga más relación y conformidad con su generación eterna y su bienaventurada Madre tenga más semejanza con su divino Padre y el Corazón de

²⁸⁶ *Le Coeur Admirable*, 6, 434.

²⁸⁷ *Le Coeur Admirable*, 8, 129.

la Madre sea una imagen viviente y un santo eco del Corazón del Padre”. Esto hace posible nuestra imitación de María.²⁸⁸

María es nuestro modelo por su entrega al Padre y al Hijo y por su colaboración con el Espíritu Santo para formar a Jesús.²⁸⁹

Contemplar a María como paradigma, es aceptarla como el modelo que nos ofrece el mismo Jesús, para ver y practicar las actitudes propias de quienes están en el proceso de formarlo.²⁹⁰ La imitación de las actitudes de María, además de ser la perfecta devoción, dice san Agustín ²⁹¹, nos va a centrar en el mismo Jesús que estamos formando, “porque el Corazón de María es imagen perfectísima y el retrato perfecto del divinísimo Corazón de Jesús”, en quien está “toda la felicidad, la perfección y la gloria de nuestros corazones”.²⁹²

Estas son las actitudes de María que vamos a imprimir en nosotros: su santidad, dulzura y mansedumbre, humildad, pureza de espíritu y de cuerpo, devoción, sabiduría y prudencia, paciencia, obediencia, vigilancia, fidelidad, amor, caridad (verdadera, sincera, franca y cordial), inocencia, simplicidad, modestia, y de todas sus otras virtudes. La respuesta de María será entregarnos y consagrarnos a Jesús para ser como Él.²⁹³ Al mismo tiempo nos entregamos a María que ha recibido el poder de formar a Jesús y de hacerlo nacer y vivir en nuestros corazones.²⁹⁴ Formación, nacimiento y vida en nosotros que es realización y consumación del misterio pascual.²⁹⁵

²⁸⁸ *Le Coeur Admirable*, 7, 130-131.

²⁸⁹ *Le Royaume*, 1.272; *Le Coeur Admirable*, 7.430.

²⁹⁰ *Règles et Constitutions de la Congrégation de Jésus et Marie*. 9, 109-140.

²⁹¹ *Civit.* Lib. 8, cap. 17.

²⁹² *Le Coeur Admirable*, 8, 109, *La Dévotion au très Saint Coeur*, 8, 424.

²⁹³ *Le Coeur Admirable*, 8, 112, *La Dévotion au très Saint Coeur*, 8, 424. 460. *Lettres*, 10, 108; *L'Enfance Admirable*, 5, 50, 99s.

²⁹⁴ *Le Coeur Admirable*, 6, 148.

²⁹⁵ *Le Coeur Admirable*, 6, 154.

11.3.4. *El anonadamiento místico y la contemplación como “espacios” apropiados de la formación de Jesús.*

El anonadamiento eudista, lo mismo que la contemplación, es el estado místico propio de quien está formando a Jesús, a imitación del mismo Señor que se anonadó (cf. Fl 2, 7) y de su santísima Madre.

La Encarnación implica todo un abajamiento, un anonadamiento, una humillación, una *kenosis*, un despojo (cf. Fil 2, 6-8), eso mismo se dio en María y tendrá que darse en nosotros para formar a Jesús. Por eso Juan Eudes nos propuso la oración especial de anonadamiento místico. En ella encontramos todo un itinerario:

– En este anonadamiento entramos en el estado mismo de Jesús anonadado y adoramos su amor tan grande y poderoso al Padre y a nosotros que lo llevó a ese estado.

– Nos abandonamos al poder de ese amor divino para ser aniquilados totalmente.

– Suplicamos al poderosísimo y bondadosísimo Jesús, que con su poder y bondad infinita nos aniquile para establecerse en nosotros.

– Vivimos el proceso de la renuncia total a nosotros mismos, al amor propio, a la propia voluntad, al propio espíritu, al orgullo y a todas las pasiones, sentimientos e inclinaciones, con el fin de establecer y hacer reinar en ellos a Jesús con su santo amor, su sagrada voluntad, su divino Espíritu, su profundísima humildad, y todas sus virtudes, sentimientos e inclinaciones.

– Más aun, pedimos a Jesús, que, en lo íntimo de nosotros, todo sea aniquilado, en el sentido de que el Señor ocupe el lugar nuestro y el de todas las criaturas.

– Ya con Jesús formándose y estableciéndose en nosotros, solo a Él vemos, estimamos, deseamos, buscamos y amamos; solo hablamos de Él y lo hacemos todo por Él.

– Así, Jesús es todo en todo, lo hace todo en todos, ama y glorifica a su Padre y a Sí mismo en nosotros y con un amor y una gloria dignos del Padre y de su Hijo.²⁹⁶

Si prescindimos del anonadamiento no es posible la formación de Jesús. A imitación de María íntimamente unida a Jesús, hay que llevar la espiritualidad (–mística–) de la Encarnación a sus máximas consecuencias. Es un dato único y original de san Juan Eudes. Es la Encarnación vivida desde dentro con todas las implicaciones que tiene en la vida del cristiano y en sus relaciones con la Santísima Trinidad, con las personas, con el mundo, con las realidades cósmicas.

La actitud de contemplación para formar a Jesús en nosotros es importante entenderla como lo hace Juan Eudes, para no enredarnos, en conceptos, que él mismo conoce y deja de lado.²⁹⁷

La contemplación más pura, excelente y agradable a Dios, consiste en estar centrados y sumergidos en el misterio con toda humildad, mirando siempre fijamente, en todo tiempo y lugar, en todo lo que sucede, la adorabilísima Voluntad para seguirla en todo y por doquier, con un corazón profundo y elevado, “grande y con mucho gusto” (2 Mc 1, 3). Corazón profundo, porque vive en el abismo de su nada y corazón elevado, porque está atado inseparablemente a la santísima voluntad de su Dios. Así la contemplación sería un estado de iluminación y de unión con Dios, aun mientras dormimos: “*Duermo pero mi corazón está en vela*”.²⁹⁸

Siguiendo el ejemplo de María, la actitud de la contemplación nos pone en situación de siervos, esclavos, humildes, pobres, discípulos, peregrinos, orantes (cfr. *Lumen Gentium* 63-65).

En ese estado de contemplación, Jesús se va formando en nosotros, va “estableciendo en nosotros la santidad de su vida y de sus costumbres” como una respuesta al empeño continuo de la misma formación de Jesús, de llevar y glorificar a Dios en nuestros cuer-

²⁹⁶ *Le Royaume*, 1.275s.

²⁹⁷ *Le Coeur Admirable*, 6, 205ss.

²⁹⁸ *Le Coeur Admirable*, 6, 213-215; cf. 7, 202).

pos y de santificar a Jesús en nuestros corazones (cf. Ga 4, 19; 1 Co 6, 20; 1 Pe 3, 15).²⁹⁹

11.3.5. *Todo culmina con el “establecimiento” de Jesús en nosotros.*

Como hemos visto, Juan Eudes es muy explícito en este “establecimiento” de Jesús como culminación de su formación en nosotros y en lo que podría significar: asentarse, construir, edificar, fijar, fundar, instalar, colocar, posarse, crear, implantar, disponer, habitar, hacerse, tomar nacimiento, instaurarse, e igualmente, la imagen impresa y grabada.

Estas serían las actitudes durante el proceso: penetrar en el interior de Jesús, pues el único lugar digno de Él es Él mismo; amarlo con el único amor digno de Él, el que se tiene a Sí mismo; anonadarnos en todo lo que somos y dejar que Él mismo nos anonade, se establezca en nosotros e implante su divino amor; al comulgar dejemos que Jesús sea recibido en Sí mismo con el mismo amor que se tiene³⁰⁰. Y a su vez, se trata de una actitud humilde en la que suplicamos al Señor nos establezca en sus sentimientos y actitudes.³⁰¹

Para Juan Eudes una actitud importantísima para que Jesús se establezca en nosotros es la humildad, que implica siempre la renuncia y la adhesión.

El reconocimiento de nuestra nada nace del convencimiento sincero de nuestra cautividad, de nuestro pecado, de nuestra inutilidad, incapacidad e indignidad para servir a Dios, de nuestra insuficiencia para cualquier bien y de la urgente necesidad que tenemos de Jesucristo y de su gracia.

Es una nada que clama a gritos a nuestro Liberador invocando su poder y su misericordia.

²⁹⁹ *Le Royaume*, 1, 91.

³⁰⁰ *Le Royaume*, 1, 140.

³⁰¹ *Le Royaume*, 1, 211.

Desde esa nada tenemos la experiencia dolorosa de nuestra cautividad e impotencia para cualquier virtud, menos todavía, para establecer a Jesús en nosotros.

Es una nada que ha llegado al límite de la miseria indigente, absolutamente necesitada de la gracia, “del Espíritu, de la fuerza nueva y del poder de Jesucristo”, para renunciar al pecado que lo ha hipotecado todo y a nosotros mismos, y tener el poder y la libertad de dejar espacio a Jesús, para que se establezca y nos tome como propiedad suya, pues nos ha adquirido con su Sangre y con su muerte.

Por su inmensa misericordia, solo quedará espacio para que Él sea formado y se establezca en nosotros, no buscando nuestro interés y satisfacción sino su contento y su gloria.³⁰²

¿Será posible? Quizá para algunos esto sea fácil o pura retórica, pero para otros, se nos puede ir el alma y toda la vida en el intento, y, ¡qué bien!, pues, para Juan Eudes, es la tarea de todo bautizado, abandonado conscientemente al poder misericordioso del Señor y a la intercesión de su santísima Madre.³⁰³

11.4. Nuestro proyecto es formar en los demás el mismo Jesús que se está formando en nosotros.

Esto tan maravilloso que hace el Espíritu Santo en nosotros, ¿cómo no desearlo para los demás y trabajar en ello con toda el alma? Juan Eudes, a nosotros evangelizadores, nos identifica con “formadores de Jesús”. Esa es nuestra misión al mismo tiempo que vivimos en lo íntimo el misterio de Jesús.

Así como a María, “Dios Padre la ha hecho partícipe de su divina paternidad y le ha dado el poder de formar a Jesús; así también ha comunicado a los Sacerdotes esta misma paternidad y les ha dado poder de formar a Jesús en la Eucaristía y en los corazones de

³⁰² *Le Royaume*, 1, 227-233.

³⁰³ *Le Royaume*, 1, 275.

los fieles”. Semejantes a María, los Sacerdotes asociados por el Espíritu Santo, en el bautismo y la Eucaristía, extienden y continúan el misterio de la Encarnación, formando a Jesús.³⁰⁴

Es claro, entonces, que estamos llamados a formar, a resucitar, en las personas al mismo Jesús que ha sido formado en nosotros, a imitación de María.³⁰⁵

“El Padre divino os asocia en su admirable paternidad. Por esta divina virtud, da nacimiento desde toda la eternidad, en su seno adorable, a su Verbo eterno y de ella fue revestida la bienaventurada Virgen para formarlo en su seno virginal: *El poder del altísimo te cubrirá con su sombra* (Lc 1, 35); digo que esta misma virtud se os ha comunicado cuando se os ingresó en el sacerdocio para otorgaros el poder de producir en la santa Eucaristía al Hijo único de Dios y al Hijo único de la Virgen, como también para formarlo y para hacerlo nacer en la almas cristianas: *Que Cristo sea formado en vosotros.* (Ga 4, 19).³⁰⁶

Al mismo tiempo que formamos a Jesús en nosotros, nos comprometemos a formarlo en los demás y seremos tratados como padres y madre de Jesús (Cf. Mt 12, 50): “Empleémonos por nuestro ejemplo, por nuestras oraciones y por nuestras instrucciones a formar y hacer nacer al Hijo de Dios en los corazones de nuestros prójimos; y Él nos tratará y amará en la tierra y en el cielo como sus padres y sus madres”³⁰⁷

Podemos concluir con esta oración programática: “Oh gran Jesús, solemnemente proclamo ante el cielo y la tierra que solo quiero vivir para trabajar continuamente en formarte, santificarte, hacerte vivir y reinar en mi alma y en todas las almas que me enviarás para esto; te suplico con todo mi corazón, actuar de tal manera,

³⁰⁴ *Le Mémorial*, 3,216. cf. *Le Bon Confesseur*, 4.153; *Le Coeur Admirable*, 6, 74, 154, 356, 389; 8. 215,331.

³⁰⁵ *Lettres*, 10, 511.

³⁰⁶ *Le Bon Confesseur*. 4. 152.

³⁰⁷ *L'Enfance Admirable*, 5.407.

que todos mis cuidados, pensamientos, palabras, trabajos y obras sean empleadas y consagradas a este fin”³⁰⁸

Gracias y bendiciones por esta lectura y bendito sea su corazón porque Jesús se está formando en él. Amén con Jesús y María.

Higinio A. Lopera E. cjm.

Medellín, mayo de 2017.

³⁰⁸ *Le Royaume*, 1.82.

III. ACERCAMIENTO DE TEOLOGÍA ESPIRITUAL Y PASTORAL”

Tenemos una parte muy especial en cada misterio del Hijo de Dios, tanto más que este mismo Hijo de Dios, en cada misterio que obró, tuvo un pensamiento, un proyecto y un amor particular para cada uno de nosotros. Tuvo el proyecto de comunicarnos algunas gracias y de hacernos algunos favores especiales, tanto en la tierra como en el cielo, por cada misterio que ha obrado (OC I,329).

LA FORMACIÓN DE JESÚS EN NOSOTROS, A LA LUZ DE LA TEOLOGÍA ESPIRITUAL CONTEMPORÁNEA

P. Gilles OUELLET, cjm

El “dinamismo espiritual” del Gran Siglo

El gran historiador de la espiritualidad Louis Cognet evita hablar de “escuela francesa”. En sus *Orígenes de la espiritualidad francesa del s. XVII* (1949) insiste en la importancia de Bérulle, cuya espiritualidad “está en el origen de una corriente, la más considerable quizás, de las ideas religiosas del s. XVII”. Explica más adelante: Bérulle es “el padre de la corriente cristológica que destaca el aspecto más original de la espiritualidad francesa en su período clásico”. Si la dimensión cristológica está presente en otras espiritualidades de la época, podemos notar unas ideas nuevas: el misterio de la Encarnación como fundamento de la piedad cristiana, centrada en la persona del Verbo encarnado, y un vocabulario típico (estado, adhesión, elevación, interioridad, etc.) que se transmite poco a poco a todo el mundo, perdiendo así su fuerza. Cognet habla de “espiritualidad beruliana” o de “berulismo”. (...) Sensible a todos los matices, no ve una “escuela francesa”, sino una espiritualidad francesa de la época clásica que está en parte influenciada por las ideas de Bérulle.

Bastante más tarde, en 1965, en *El desarrollo de la espiritualidad moderna: 1500-1650*, su capítulo sobre la “escuela espiritual

francesa”, se limita a estudiar el contexto espiritual de la segunda mitad del x. XVI. Luego viene un capítulo acerca de “la corriente beruliana”, la que distingue de “los guardianes del berulismo: el Carmelo, Bourgoing et Gibieuf”, “la evolución del berulismo: Condren et Seguenot” y “las adaptaciones del berulismo: san Vicente de Paúl, el padre Olier, san Juan Eudes”³⁰⁹.

Cuando se desea aportar una luz “teológica”, iluminar una “dinámica espiritual” salida de la cultura de un siglo que tiene poco parecido con la nuestra y que invita a los bautizados y a los ministros a “formar a Jesús en nosotros” para convertirse en santos, ¿qué podríamos esperar descubrir?

Sin negar esta herencia que podemos recordar con alegría, estamos también llamados a medir la distancia de los tres siglos que nos separan de hoy, e identifiquemos siempre la simiente que puede todavía traer frutos.

Un acercamiento a nuestro fundador

En el año 1648, Juan Eudes ya había terminado un pequeño opúsculo *Regla del Señor Jesús y Regla de la Santísima Virgen María, Madre de Dios*, llamadas más tarde *Las Reglas Latinas*. Fue solamente 10 años más tarde cuando él les agregó las *Constituciones de la Congregación de Jesús y María*. Imitando el estilo de las antiguas reglas monásticas, propone unos hitos evangélicos para *animar, en su congregación, la vida cristiana y sacerdotal comunitaria*. Lo que llama la atención en los dos títulos de estas Reglas: *La Regla del Señor Jesús, que expone los fundamentos de esta Congregación, y los deberes de sus miembros en su calidad de cristianos y de clérigos*, y *La Regla de la Santísima Virgen María, Madre de Dios, donde los hijos de esta congregación son iniciados en las virtudes cristianas y sacerdotales*.

³⁰⁹ Y. Krumenacker, *L'école française de spiritualité, Des mystiques, des fondateurs, des courants et leurs interprètes*, Cerf, 1998

Los eudistas encuentran en ellas, expuestas en grandes líneas, las obligaciones resultantes de su bautismo, de su sacerdocio, y de las exigencias de la vida común a la que están sometidos para cumplir mejor sus tareas. Se dijo con razón que estas Reglas, con pequeñas modificaciones, son aptas para todas las comunidades eclesíásticas y aun para todos los presbíteros, ya que contienen la flor de las enseñanzas evangélicas relacionadas con la vida cristiana y sacerdotal.

El tercer capítulo de estas Reglas se titula: *Obligaciones de los miembros de esta congregación en su calidad de cristianos, que en el santo bautismo han prometido seguir a Cristo*. Siguen en este capítulo las secciones siguientes: El cristiano debe adherirse a Cristo como un miembro a su Cabeza; El cristiano debe revestirse de Cristo y ser portador de su imagen; El cristiano debe permanecer en Cristo, y dar fruto en él; El cristiano debe vivir con Cristo, para Cristo, en Cristo, de Cristo y de la vida de Cristo; El cristiano debe vivir de la vida de Cristo resucitado; El cristiano debe vivir y actuar en el Espíritu de Cristo y hacerlo todo en su Espíritu; El cristiano debe vestirse del estilo y las virtudes de Cristo que vive en el cielo. Solamente en el capítulo IV nuestro fundador habla de las obligaciones de sus hijos en sus funciones como sacerdotes y clérigos, obligaciones de los superiores, de los misioneros, de los predicadores, de los confesores.

Entonces en nombre de los compromisos del bautismo y del servicio eclesial, Juan Eudes, en el siglo XVII, interpela a las personas de su época para despertar su respuesta al llamado vocacional. ¿En un contexto eclesial diferente ¿cómo resuena hoy esta interpelación?

Los desafíos de la cultura contemporánea

En ocasión de la asamblea general reunida en México³¹⁰, la ponencia del superior general y la de cada provincial evocaba algunos obstáculos observados en los comportamientos de personas de

³¹⁰ Del 2 al 15 de enero de 2017

distintas generaciones y de distintas culturas. Algunos de estos rasgos marcan los cambios registrados con respecto a la cultura religiosa del siglo XVII y pueden hacer más difícil la realización de “formar a Jesús en nosotros”; podríamos reunirlos bajo el título de “facetitas de la fragilidad humana”. Han sido evocados los problemas relacionados con la afectividad, el celibato sacerdotal, el uso de los bienes materiales, el espíritu de obediencia, la disponibilidad para la misión. En su exhortación apostólica *Amoris Laetitia*³¹¹, el papa Francisco dirigiéndose a las familias hace las mismas constataciones: “...Hace falta considerar el reciente peligro que representa un individualismo exacerbado que desnaturaliza los lazos familiares y que termina por considerar a cada miembro de la familia como una isla, haciendo prevalecer en algunos casos, la idea de un sujeto que se construye según sus propios deseos elevados al rango de lo absoluto”. “Las tensiones debidas a una cultura individualista exacerbada, cultura de la posesión y del gozo, engendra en el seno de las familias dinámicas de sufrimiento y de agresividad”³¹².

Jean Vanier, fundador del Arca en Francia, lugar de acogida de personas discapacitadas, invita a cada voluntario, que acepta vivir en la comunidad con los más disminuidos, a intentar convertirse en “pastores del ser”. Pastor del ser del “ayudante” para una mejor calidad de presencia; pastor del ser del “ayudado” para un apoyo más eficaz.

Partiendo de estas referencias, podemos dejarnos interpelar por la calidad de las relaciones humanas en nuestras comunidades de vida: desde la comunidad designada para la acogida inicial, hasta la última residencia prevista para nuestros hermanos mayores que requiere la misma presencia atenta y agradecida en esta etapa de su vida.

El papel de los superiores locales y provinciales, que incluye en sus responsabilidades contactos asiduos con sus hermanos, debe

³¹¹ Édition Mediaspaul, Canadá, n° 33, p. 24-25

³¹² Se podría escribir lo mismo para describir ciertos fenómenos presentes en el interior de nuestras comunidades

llevar también este color de “pastores del ser” en relación con las fragilidades humanas.

Sin duda “formar a Jesús –y me permito precisar “en nosotros” y “en los otros”–, es el reto permanente de cada cristiano y de cada eudista tal como fue formulado en *Vida y Reino*.

El papa Francisco nos indica algunos acentos prioritarios para invitarnos a entrar en el proceso de conversión: “La Iglesia deberá iniciar a sus miembros –sacerdotes, personas consagradas y laicos– a este “arte del acompañamiento” para que todos aprendan a *quitar sus sandalias ante la tierra sagrada del otro* (cf. Ex 3, 5). Debemos dar a nuestro camino el ritmo saludable de la proximidad, con una mirada respetuosa y llena de compasión pero que, al mismo tiempo, libere y anime a madurar en la vida cristiana”³¹³.

¿Cuáles son las expectativas en las distintas culturas de hoy: Europa, América del Norte, América Latina, África, Asia?, ¿Qué pistas nos pueden ofrecer hoy las búsquedas antropológicas?

Algunos aportes de teólogos francófonos.

Primera actitud: la apertura.

Permítanme compartir una parábola moderna que me hizo avanzar estos últimos años. De memoria, recogía los escritos de un monje de la abadía de Saint André de Brujas: la parábola de los niños que juegan al escondite. Ustedes conocen el juego: un grupo de niños va a esconderse y otro grupo se pone a buscarlos.

Los niños mayores juegan muy seriamente, respetan el reglamento, ya que se trata de esconderse, encuentran maneras muy ingeniosas para desaparecer, para que se emplee más tiempo en la búsqueda, y algunas veces los que buscan terminan declarándose vencidos.

³¹³ La alegría del Evangelio, n° 169

Los más pequeños tienen una manera completamente distinta de jugar. Van a encontrar sitios donde no son tan invisibles; y si la búsqueda toma tiempo, probablemente van a asomarse de su escondite para ver si todavía los están buscando, porque no juegan al escondite para permanecer escondidos, como los grandes, sino que juegan al escondite para dejarse encontrar.

Podemos entonces plantearnos una seria pregunta de *teología espiritual*: aun siendo *buenos conocedores de la tradición eudista*, y pensamos tener todo claro para “formar a Jesús en nosotros”, en nuestras vidas personales, todos tenemos espacios secretos en los que somos todavía niños y jugamos al escondite. En nuestra vida espiritual ¿cómo jugamos al escondite con Dios? ¿Para permanecer escondidos o para dejarnos encontrar?

¿Quizás en este tiempo de la Iglesia hace falta ponernos, con todavía mayor intensidad, en la búsqueda de la oveja perdida, de la dracma perdida y del hijo perdido en el interior de nosotros mismos?

El Dios de los místicos³¹⁴

El padre Charles-André Bernard, jesuita, meditó y enseñó toda su vida la *teología espiritual* en el Instituto de Espiritualidad de la universidad Gregoriana de Roma³¹⁵. El murió en el año 2000.

³¹⁴ No me parece que en el ámbito eudista se haya hecho mención de estas publicaciones importantes. Más de 2412 páginas de análisis de recorrido de místicos católicos. ¿Acaso es posible que la generación actual sea siempre portadora de los temores que han sido manifestados contra la mística a finales del siglo XVII? A mi entender, solamente el padre Paul Milcent se atrevió, en un breve artículo, afrontar esta pregunta: Vida mística de san Juan Eudes, ¿qué sabemos de esto?, en Cahiers Eudistes, n° 19, p.7ss.

³¹⁵ *Le projet spsirituel*, Presses de la universidad Gregoriana, Roma, 328p (1978); *Théologie symbolique*, Tequi, Paris, 400 p (1978); *Théologie affective*, col. “Cogitatio fidei 127”. Cerf, Paris 462 p. (1984); *Traité de théologie spirituelle*, Cerf, Paris, 492 p. (1986); *Le Dieu des mystiques: Les voies de l'intériorité*, Cerf. Paris, 787 p. (1994); *Le Dieu des mystiques: La conformation au Christ*, Cerf, Paris, 734 p. (1998); *Le Dieu des mystiques 3: Mystique et*

En sus últimos años de enseñanza, se abocó a un tema poco tocado por la mayoría de los teólogos: la *experiencia mística* de los mártires, de los santos, de los espirituales católicos. Para hablar de *mística*, no se puede arrancar de una teoría general imposible de expresar, ni de una definición previa de la mística cristiana que presente un valor normativo. El P. Bernard se dedicó entonces a dar la primacía al análisis “experiencial” lo que le permitía presentar el carácter dinámico de las distintas vías místicas católicas. En el segundo tomo de “*El Dios de los místicos*”, da un sitio importante (pp.319-383) a autores citados por san Juan Eudes en sus escritos (Ludolfo de Saxe, Ignacio de Loyola, Henri Suso, el Maestro Eckhart) en un capítulo que tiene como título *El Cristo evangélico, un camino místico*. El capítulo siguiente, *El Corazón de Cristo*, recoge las experiencias de santa Gertrudis de Helfa, san Juan Eudes y santa Margarita María Alacoque. Allí también hay un estudio sustancial (pp.385-553). Y finalmente un nuevo grupo de maestros de la Escuela beruliana (Bérulle, Condren, Olier) bajo el título *Teología mística* (pp.555-623).

El autor subraya la imprevisibilidad de la vida y la singularidad del caminar místico cristiano, iniciativa de un Dios personal alcanzado y conocido sobre todo por medio del amor.

En época de Juan Eudes, Pascal añadía: “Es el corazón que siente a Dios y no la razón. Esto es la fe: Dios sensible al corazón, no a la razón”. A este conocimiento *experiencial* de Dios se refiere el padre Bernard quien meditó y enseñó los grandes autores cristianos de espiritualidad. Se trata, primero, de encontrar los puntos fuertes de la experiencia de Dios de la cual nos hablan los místicos, desde san Pablo y Orígenes hasta san Buenaventura o san Juan de la Cruz y muchos otros. El lector está invitado primero a volver su mirada hacia este conocimiento del corazón, afectivo, pero

action, Cerf. Paris, 468 p. (2000). Sus editores cuentan que citó las palabras del teólogo católico Karl Rahner, cuando predecía que el cristiano del porvenir será “místico” o no podrá ser cristiano ya que la espiritualidad futura no se apoyará en convicciones o circunstancias religiosas difusas, sino sobre la experiencia de Dios y la decisión personal.

estructurado, y muchas veces más homogéneo de lo que suponemos a menudo. Lejos de ser una experiencia no articulada, la mística constituye también una doctrina para la fe viva.

Esta larga investigación fenomenológica continúa con la descripción de los principales tipos de vida mística cristiana. El autor presenta las grandes personalidades que han centrado su búsqueda de unión con Dios en la conformación a Cristo. Así se enriquece de manera singular el sentido de la mística cristiana a través de figuras célebres: los mártires, san Bernardo, san Francisco y tantos otros autores medievales, hasta la Escuela francesa y Teresa de Jesús. Tal presentación –no historia de la mística sino descripción sistemática de grandes tipos que coexisten y se complementan– nunca había sido emprendida.

El padre Bernard irá todavía más lejos en un tercer tomo que renueva particularmente con la referencia a Ignacio de Loyola y a otras grandes figuras como el apóstol Pablo, Gregorio Magno, la dominica Catalina de Siena o la carmelita Teresa de Ávila, María de la Encarnación (ursulina canadiense), que ofrecen a la mística una dimensión moderna que extraña. La búsqueda espiritual más ferviente puede ir de mano con una comprometida vida apostólica, en seguimiento al Verbo encarnado.

Finalmente, en una obra póstuma titulada *La Teología mística*, el autor finaliza su búsqueda de varios años. Los tres primeros volúmenes son estudios fenomenológicos, tal como lo hemos indicado; la *Teología mística* se presenta en cambio como un tratado comparable a su tratado de *Teología espiritual* publicado en 1986.

El primer núcleo místico cristiano

En su primer tomo, el padre Bernard intenta ilustrar, a partir de la experiencia personal de san Pablo, algunos elementos fundamentales del núcleo místico cristiano.

La carta de Pablo a los Efesios (1, 5)³¹⁶ proclama que el Padre determinó “que seríamos para él hijos adoptivos por Jesucristo”; y en su carta a los Romanos (16, 25) Pablo agrega que este proyecto divino no fue revelado desde el principio, sino que “había permanecido oculto durante siglos eternos”.

Cuando Dios desposa la humanidad en Jesús, el Hijo introduce en la esfera divina toda la realidad humana y con ella el cosmos que ella resume. Así que, *cuando el movimiento de la Encarnación sea cumplido la realidad humana y cósmica será transfigurada en Cristo.*

Un gran movimiento tiene entonces su origen en Dios, y el Espíritu lo conoce ya que es interior a Dios: “El Espíritu todo lo sondea, hasta las profundidades de Dios. En efecto ¿qué hombre conoce el íntimo del hombre, sino el espíritu del hombre que está en él? Del mismo modo, nadie conoce lo íntimo de Dios sino el Espíritu de Dios” (1 Co 2, 10-11).

Ubicándose del lado del origen divino, la actitud de Pablo es fundamentalmente contemplativa y receptiva. Antes de todo desarrollo histórico, Pablo se complace en concebir en Dios un amor benévolo que se va a manifestar. El Padre entonces *nos destinó a reproducir la imagen de su Hijo* (Ro 8, 29), o también, en la fórmula de Efesios, “*que fuéramos para Él hijos adoptivos en Jesucristo*” (Ef 1, 5).

La figura de Cristo aparece inseparable de la revelación del misterio escondido en el corazón del Padre: “Él nos bendijo con toda clase de bendiciones espirituales del cielo en Cristo” (Ef 1, 3). A lo largo de sus cartas, Pablo enumera estas bendiciones: la elección, la predestinación a la adopción en Cristo, la redención, la revelación, la recapitulación. Todo se realiza en Cristo.

³¹⁶ Sabemos que la autenticidad de esta carta hoy está muy discutida. Habría surgido de una escuela de discípulos de Pablo. Éstos, en la última tercera parte del siglo primero, continuaron su obra y aplicaron sus intuiciones profundas a problemas nuevos.

Si hay un aspecto de la vida del cristiano del cual Pablo puede dar un testimonio personal es el don del Espíritu dado en el Bautismo. En el contexto de la Iglesia primitiva la manifestación del Espíritu constituía la señal sustancial de la novedad cristiana. El primer lugar en que se manifiesta el poder del Espíritu es el del conocimiento interior. Para Pablo, el Espíritu habita en nuestros corazones para transformarlos. De alguna manera, Él es el Dios sin rostro. Se mueve en el interior y suscita un conocimiento.

Formar a Jesús en nosotros es ser capaz de dejarse transformar, a la manera de la experiencia personal de Pablo.

La Encarnación como dinamismo espiritual

Tanto en la primera tradición beruliana como en el análisis fenomenológico contemporáneo del padre Bernard descubrimos una gran riqueza para nuestro crecimiento espiritual en la contemplación del gran misterio del proyecto de Dios para nosotros.

Debemos insistir en la importancia de la Encarnación en el pensamiento de Bérulle³¹⁷. Él piensa “*que el hombre, que es la imagen de Dios que lo hizo, es también la imagen del Hombre-Dios por el cual fue rebecho*”³¹⁸. Para él, la Encarnación aparece también como una redención, dando de nuevo así a la historia humana un papel fundamental en el tema de la salvación. Inspirado por los Padres griegos, Bérulle se adelanta todavía más en su manera de comprender la Encarnación: le incluye este proyecto primero de la divinización del hombre. Esto lo lleva a acercarse a la tesis escotista de una Encarnación incluida en el plan divino, independiente del pecado.

“Me parece que Dios que ve las cosas futuras en las presentes, veía en esta obra de la Creación la de la Encarnación, y se complacía

³¹⁷ Ver R. Cadoux “Le sacrement de la Encarnation. L'exemplarisme en les *Grandeurs de Jésus* del cardenal de Bérulle”, memoria de maestría dactilografiada, Universidad católica de Lyon, 1993, citado en Krumenacker, op. cit. p. 165.

³¹⁸ *Grandeurs de Jésus*, XI, OC p. 425

en pensar en el segundo Adán cuando formaba al primero (...). Así que hay una gran relación entre la obra de la creación del hombre y la de la Encarnación del Verbo, como entre dos excelentes obras, una suprema en el orden de la naturaleza, la otra suprema en el orden de la gracia”³¹⁹.

Todos los maestros espirituales han considerado el misterio de la Encarnación, no solamente como una realidad de gracia otorgada a Cristo para los hombres, ni únicamente como una especie de reparación jurídica del pecado del primer hombre, sino más bien como un fermento, una suerte de palanca, que conduciría a la humanidad hacia un estado mucho más allá del que Adán pudo conocer en el paraíso terrenal.

Sería equivocado que representemos la espiritualidad cristiana como únicamente orientada hacia un pasado que buscaríamos volver a encontrar. Sería equivocado igualmente verla orientada hacia un porvenir que no tuviera ninguna relación con los retos del hoy de la humanidad.

Cristo mismo nos dijo que éramos, no solamente criaturas y amigos de Dios, sino también y muy realmente, aunque sea por adopción, sus hijos.

Nadie presentó jamás el tema de la imitación de Cristo como una imitación material pura y simple. Esto sería absurdo. ¿Entonces, cómo podemos entrar en este misterio de Cristo? Ésta es la pregunta, y encontramos dos maneras de responderla.

A. La contemplación del “misterio” de Dios

Al encarnarse, y por el privilegio de la unión hipostática, el Verbo nos abrió un cierto tipo de adopción, que debe ser realizada en la vida cristiana. Veamos la antropología de Bérulle.

Él ve al hombre como indigente de Dios; el hombre se presenta como un ser inacabado. Sometido a la servidumbre del pecado,

³¹⁹ *Grandeurs de Jésus*, XI, OC, t.VII, p.256

se presenta también como un ser herido. Nos encontramos ante un retrato lleno de contrastes. Las expresiones contradictorias están allí: grandezas y perfecciones, gran milagro, imagen de Dios, mezcla de lo más perfecto y admirable que se encuentra en la naturaleza, obra maestra, centro del mundo, Dios visible en la tierra, excelencia, capacidad, plenitud. Pero también en contraste: la nada, impotencia, estéril, basura, fango, indigencia, dependencia, servidumbre, pequeñez, miseria, bajeza, imperfección. Finalmente ¿con qué nos quedamos de esta mirada de Bérulle sobre el hombre? ¿Qué debemos recalcar? ¿Exaltación heredada de los entusiastas humanistas y renacentistas o más bien la desvalorización radical que anuncia las oscuridades del jansenismo y del rigorismo galicano? Además, la antropología beruliana se articula con un cierto número de binomios: nada y capacidad, dependencia y relación, adherencia y aniquilamiento, servidumbre y liberación. Bérulle constata: “El hombre está compuesto de piezas muy diferentes. Es un milagro de un lado y la nada de otro. Es espiritual por una parte y corporal por otra. Es un ángel y es un animal; es la nada y es un milagro; es el centro, es un mundo, es un Dios. Es una nada rodeada de Dios, indigente de Dios, capaz de Dios y lleno de Dios si lo quiere”³²⁰

Bérulle, con un trazo vigoroso, dibuja el horizonte del hombre y su destino, al mismo tiempo que subraya sus límites. El hombre es un milagro, no por esto deja de ser un ser frágil. “Lleno de Dios, si quiere”. En estas pocas palabras se encuentra esbozada la respuesta al dilema precedente: Lleno de Dios: el hombre está destinado a encontrar a Dios.

Después del milagro del hombre, el del Hombre-Dios. La antropología de Bérulle se renueva y expande en una cristología triunfante. Sus ideas acerca del hombre toman todo su sentido a la luz del misterio de la Encarnación. Para Bérulle, la Encarnación se

³²⁰ Obras de piedad 168, OC Cerf, t. IV, p.10. Comentando este bello texto, Henri de Lubac evocó “esta suerte de cojera, esta misteriosa claudicación, que no es solamente la del pecado, sino más radicalmente la de una criatura hecha de nada, que extrañamente toca a Dios”. Ver *Le Mystère du surnaturel*, Paris, Aubier, 1965, p. 149

presenta como *un misterio absolutamente singular*, que revela en el corazón del mundo la novedad radical de Dios en su historia con los hombres. *La Encarnación fundamenta el orden de la unión hipostática*:

“Pero, en el orden de la unión hipostática, que es el orden supremo de todos los órdenes, la luz de la fe nos enseña que hay un solo sujeto. (...) Jesús, entonces, *entra solo en este orden inefable y ningún hombre ni ángel debe serle asociado* (...) En Él, Dios quiso detener el curso de sus obras, como su obra maestra”. Bérulle exalta la soberanía del Hombre-Dios: “Él es, sólo El, un mundo y un gran mundo. Sólo Él es el más grande que estos tres mundos juntos de naturaleza, de gracia, de gloria”.

B. La vida interior de Cristo, modelo del cristiano

Hay un segundo método muy utilizado, aun por autores que utilizan el primero, y en particular por Bérulle. Consiste en escudriñar, ya no los datos teológico-filosóficos del misterio de la Encarnación, sino su realización histórica concreta. Considera a Cristo como una realidad histórica en su totalidad, y estudia su comportamiento en su vida terrestre. Trata de analizar sus diferentes actitudes interiores, dando a cada uno de los estados de la vida que llevó Cristo en la tierra un valor significativo. Esto lleva a casi todos los autores que han adoptado este método, incluido nuestro fundador, a desarrollar largamente esta vida, exterior e interior, de Cristo. Se encuentran ya en la literatura patrística meditaciones sobre la vida interior de Cristo; hay bastante en los Padres Griegos, y son abundantes en San Agustín, sobre todo en sus *Tratados sobre san Juan*, y en cantidad de sus sermones.

En la Edad Media, la profunda devoción a la Humanidad de Cristo se desarrolla todavía más. Un ejemplo es el famoso Ludolfo de Saxe, llamado Ludolfo el Cartujo, que a mi juicio, es injustamente olvidado. Nos dejó un tratado de la *Vida de Cristo*, traducido al francés en el siglo XVII, muy leído en su época. Inspiró a casi todos nuestros autores. Está compuesto de una serie de admirables

meditaciones de gran valor³²¹. Hay una cantidad de temas de Bérulle, que se creían originales, pero que proceden directamente de Ludolfo el Cartujo³²². Existe allí una fuente muy poco conocida y que merece ser estudiada de cerca. Bérulle mismo trató de retomar la vía trazada por Ludolfo. En la última parte de su vida, es decir después de 1623, empieza él también una Vida de Jesús, que prometía ser una obra extremadamente importante. Sólo se publicó el primer tomo de unas 300 páginas. En este volumen no llega ni siquiera al nacimiento de Cristo y sólo desarrolla su vida en el seno de María. No por esto este volumen deja de ser admirable y es indispensable haberlo leído para conocer el último estado del pensamiento de Bérulle. En este importante documento se encuentran páginas maravillosas, donde dice muy claramente cómo la vida interior de Cristo, tomada en cada una de las circunstancias concretas de su existencia, se convierte en modelo y tipo de las actitudes cristianas. En este momento, las consideraciones de orden teológico disminuyen ante el análisis del comportamiento psicológico de Cristo.

A partir de los redescubrimientos de Bremond, se ha dedicado mucho tiempo al análisis de nuestros maestros espirituales, sus relaciones, el contexto intelectual de la época, algunos análisis psicológicos, pero pocos investigadores se han detenido realmente en el cómo de la “formación de Jesús en nosotros”, en el desarrollo de los *caminos de interioridad* que nos ofrecen los autores contemporáneos.

Necesidad actual de una antropología espiritual

En la revista suiza de teología llamada *La Carne y el Soplo*³²³, una mujer médico, especializada en reeducación de niños minusválidos, nos relata una experiencia que le impactó con un niño trisómico. En una sala del hospital donde ella trataba de ayudar

³²¹ Ver C. André Bernard, *Le Dieu des Mystiques*, t. 2, p. 327

³²² Cognet, *Les problèmes de la vie spirituelle*, Cerf, 1967, p. 58

³²³ Michele Trellu, “*La spiritualité de l’enfant trisomique*”, en *La Chair et le Souffle*, Vol.4, no. 1, 2009, p. 26

a un niño trisómico en crisis, asegura que “cuando yo lo estaba inmovilizando de forma muy vigorosa, uno de sus compañeros, muy minusválido también, me reprochó: “Pon cuidado, tú, hay alguien allá dentro”.

Esta recomendación luminosa resonó como un eco de la frase de san Pablo: “Llevamos un tesoro en vasos de barro” (2 Co 4, 7). Cada persona lleva en sí un testimonio único, refleja uno de los rostros de Dios.

Lograr nuestra “Encarnación”

El primer versículo, del primer capítulo, del primer libro de la Biblia, identifica dos realidades que nos parecen totalmente opuestas y sin embargo todavía hoy indisociables: el soplo divino y el caos terrestre.

“En un comienzo creó Dios los cielos y la tierra. La tierra era *tobu-bobu*, oscuridad por encima del abismo, y el soplo de Dios planeaba por encima de las aguas, y Dios dijo: Que haya luz”³²⁴

Con una cierta urgencia Dios empieza por poner orden en el *tobu-bobu* original, el de nuestro nacimiento individual y el del mundo en el cual llegamos.

Lytta Basset nos señala que si se trata de UN comienzo, es porque puede haber otros. Seguramente no se trata de un comienzo absoluto que habría tenido lugar de una vez para siempre en un momento de la historia. A cada hora, en cada día, en cada una de nuestras existencias individuales y de nuestras realidades colectivas, Dios es el que comienza y por el cual comienza algo nuevo. ¿Cómo? No de otra manera que partiendo de los caos terrestres, que conocemos tan bien, que nos rodean: la confusión que reina en nuestras familias biológicas, en nuestras estructuras socio-políticas, en las actitudes perturbadas de los individuos, de nuestros grupos

³²⁴ Traducción de Lytta Basset, *Oser la bienveillance*, Albin Michel, 2014, p. 215

comunitarios, en nuestros pueblos. Partamos de estos *tobu-bobu* interiores y relacionales que generan mentira, violencia, disgregación de nuestras identidades.

Para el pueblo de Israel, Dios es aquel que sacó del *tobu-bobu* un mundo habitable. La primera experiencia fundamental de este pueblo fue una experiencia de liberación; y el pueblo no tuvo ninguna dificultad en relacionar el Liberador con el Creador.

Me gusta citar dos autores esclarecedores que utilizó Lytta Basset en su investigación.

“Según el biblista Paul Beauchamp, el *tobu* se aplica casi siempre a la tierra. Es un estado de la tierra donde la vida es imposible, sin camino, desértica, sumida en la oscuridad. (...) Es la ausencia de lo que orienta y coloca en relación en el espacio: caminos, luz, constelaciones”³²⁵.

Por otro lado, la filósofa judía Catherine Chalier pone en evidencia la relación entre las tinieblas y el *tobu-bobu*. Estaríamos equivocados, dice ella, si reducimos este “estado” a un vacío, a la nada; su propuesta es más bien pensar en “una materia bruta, confusa, agitada por movimientos violentos y ciegos”, las tinieblas “se imponen necesariamente allí donde ninguna distinción se vislumbra o se impone, no se ve, no se expresa...”³²⁶ Y Lytta Basset agrega: ¿Cómo no pensar en algunas de nuestras situaciones interpersonales o colectivas en las que reina la más espesa confusión?

De Génesis 1 podemos entender que el Creador da *el impulso de salir del caos*. Parece tratarse, en este texto, de la experiencia humana y universal de un *tobu-bobu*, en el cual nada puede realmente comenzar sin la iniciativa del OTRO. Cuanto más los redactores de la Biblia han meditado en su experiencia con Aquel que los sacó de Egipto, más han visto en Él aquel que desde siempre, saca a los humanos de *sus caos individuales y colectivos “creando”*, es

³²⁵ Lytta Basset, ídem, p. 218

³²⁶ Catherine Chalier, *La nuit, le jour. Au diapason de la création*, Paris, Seuil, 2009, p.30

decir separando, nombrando, diferenciando los seres y las cosas de manera que su mundo se haga habitable.

Salir de uno mismo, un combate espiritual y cotidiano

Ya que es constante la amenaza de volver a caer en la indistinción, el caos y el mutismo, Jesús mandaba a sus contemporáneos “Velar y orar para no caer en, dentro de la tentación/seducción” (Mt 26, 41).

Porque estamos convencidos de ser creados a la imagen de Dios, nos sentimos investidos por su poder creador y capaces como él, de hacer “las separaciones sucesivas” del mundo de lo confuso, de lo indiferenciado. Y si, en el relato, estas separaciones se desarrollan en varios días, es seguramente para indicarnos que *se trata de un proceso que toma tiempo*³²⁷.

Es necesaria cierta humildad para aceptar arrancar de allí donde estamos, así hayamos caído muy bajo. Por más perdidos, confundidos, ciegos que estemos, se nos propone cada día ofrecer la palabra o el acto libre que nos saca momentáneamente de nuestro encierro. En esto nos hacemos “a su imagen”.

El teólogo francés, Bernard Sesboué, jesuita, afirma en uno de sus recientes libros: “Al principio de la era cristiana, Clemente de Alejandría percibía nuestra creación “a la imagen y semejanza de Dios” no como una realidad histórica, sino como una *profecía*, una prefiguración de otra cosa.

Cuando vemos que Dios, desde la noche de los tiempos, domina las fuerzas de división y confusión, entendemos mejor su necesidad de nuestro sí para que cada día se realice todavía esta victoria, incluso en lo más profundo de nuestra interioridad³²⁸”.

³²⁷ No estamos lejos del criterio que fundamenta la necesidad de “formación permanente”

³²⁸ Bernard Sesboué, *L'homme, merveille de Dieu*, Salvator, Paris 2015, p. 285

Ser “*capax Dei*” según la expresión de los Padres de la Iglesia, es ser capaz de convertirse en el ser humano entrevisto en la profecía, *el humano capaz de relación con otro humano y con el Otro-origen*. Vinimos al mundo, pero *todavía no hemos nacido*, es decir, no hemos nacido al mundo de los demás, al mundo de la diferencia.

La Encarnación es la más desconcertante palabra: Dios que está “en un cuerpo y en una carne”, *carne mía, la mía, la de todo otro ser humano que “se convierte en revelación”*.

Se puede decir que en cada nacimiento humano, Dios se encarna en nuestro mundo; cada vez que nacemos a este mundo de la relación, nos volvemos a encontrar como en la última mañana del Génesis. El hombre no es solamente “dado”, es también un “por venir”.

Me acuerdo de esta historia judía: un padre de familia que decía a sus hijos, cuando yo haya muerto, no se me preguntará por qué yo no he sido Abraham; se me preguntará ¿por qué no has sido Gilles?

La realidad básica de nuestras existencias personales nos lleva a descubrir que la iniciativa del diálogo no proviene de nosotros. Lo que nos puede atraer de la persona de Jesús es que no exige ni reconocimiento de falta ni lista de pecado; le basta ofrecer, una y otra vez, la acogida incondicional del Padre. Manera luminosa de saludar nuestra libertad para escoger: libertad para escuchar, para hablar, para responder... o para callar, para cerrarnos a la voz del Otro.

Ser capaz de Dios es entonces ser o volver a ser poco a poco capaz de alianza, de compañerismo. Es interesante detenernos en estas expresiones del Génesis: creado a “Imagen de Dios”, según su Semejanza.

Los Padres de la Iglesia, tan atentos al empleo de las palabras en la Escritura, concluían: el hombre fue creado primero a la imagen *para luego convertirse en la semejanza* (como lo dice 1 Jn 3, 2: le seremos semejantes). Estas dos palabras no se oponen, se utilizan en la secuencia de un comienzo y de un cumplimiento. El padre Sesboué escribe: “después de haberse dado al hombre para sí

mismo, Dios se da a él”³²⁹. *El hombre está entonces hecho para Dios para llegar a ser lo que es.*

La imagen de la semejanza a la cual el hombre fue hecho es la del Salvador: “No puede ser sino nuestro Salvador: él es el primogénito de toda la creación”; “debemos por lo tanto tener siempre ante nuestros ojos esta imagen de Dios, para poder ser remodelados a su semejanza”³³⁰. Bernard Sesboué agrega: “la perspectiva es dinámica: el hombre debe pasar *de la imagen a la semejanza*, esto es lo que representa su salvación. La imagen es el sello de este llamado”³³¹.

La revelación de Dios sobre Dios y la revelación de Dios sobre el hombre van totalmente a la par y esta revelación se realiza en el acto de la Encarnación, es decir, en la inaudita iniciativa de Dios de venir a compartir la condición del hombre (...).

La kenosis de Cristo para venir a nosotros es al contrario una elevación de nuestra dignidad y *la revelación de nuestra vocación a vivir como amigos de Dios*. Todo el comportamiento de Cristo se hizo un actuar del hombre, pero de un hombre perfecto que realiza totalmente el proyecto creador de su Padre. Él establece entre su Padre y nosotros una solidaridad y una comunión nueva. *Nos mostró cómo el amor de Dios por nosotros podía expresarse también con la ternura de un hombre*. Esta revelación del hombre a sí mismo, que es también su salvación, sólo podía hacerse por un acto de reconciliación entre Dios y el hombre pecador.

Jesús nos salva primero, porque en su manera de existir y de comportarse, él es un hombre cuyas mayores reacciones espontáneas son verdaderas. Por ello es *por entero testigo de su vida y puede desear hablar y actuar como él*, porque Jesús le revela en su persona lo mejor del hombre. Lo que cada uno siente en sí como una posibilidad lejana e inaccesible, *Jesús se lo revela en él como ya cumplido*.

³²⁹ B. Sesboué, *idem*, p. 79

³³⁰ Orígenes, Homilías sobre la Génesis, I, 13,35 – Sources chrétiennes 7 bis, p. 57-59

³³¹ B. Sesboué, *idem*, p. 84

Él anuncia el Reino de Dios. Los Padres en la fe estimaban que el Reino estaba cerca porque simplemente Jesús estaba allí.

La salvación del hombre se hace presente por medio de la palabra de este hombre que habló como ningún otro lo hizo, que actúa como salvador de los enfermos en sus cuerpos como en sus personas espirituales invitadas a la fe, que se acerca a los pecadores y come con ellos. *Cada uno de sus gestos es el origen de lo que la Iglesia instituirá en sus futuros sacramentos.* Jesús salva y sana todas las miserias de la humanidad compartiendo nuestra manera de vivir.

Una primera constatación que surge de los testimonios evangélicos: durante su ministerio, Jesús dialoga con todo el mundo. Entre él y el mundo de su tiempo, no hay ninguna pantalla protectora. Él deja que todos los pueblos se acerquen a él: los que se abren a la fe, como los que lo agreden, lo critican o aun quieren su muerte. Él es el hombre de su tiempo, hace referencia a las prescripciones religiosas como a las costumbres de la vida cotidiana, las del campo donde fue criado.

A Jesús no le basta hablar, él actúa. Tiene un cuerpo que se deja tocar y que no tiene miedo de tocar para sanar. Cuando se observa su vida vemos *un gesto y escuchamos una palabra.* Es la estructura de todos los sacramentos que conocemos: Jesús es así el primer sacramento de Dios para nuestra salvación. “Todo lo que hizo Jesús, escribe san Jerónimo, es para nosotros un sacramento (...) El Salvador, ya sea que camine, que se siente, que coma, que duerna, son nuestros sacramentos”.

Y, en el momento solemne al final de su vida, Jesús hace también el gesto del lavado de los pies; él, el Maestro y Señor, da ejemplo de lo que deben hacer siempre los unos por los otros: “Lo que yo he hecho a ustedes, háganlo también ustedes”. Esta orden de repetir este gesto nos obliga a preguntarnos: ¿por qué el lavado de los pies no se convirtió, como la Cena, en un sacramento de la Iglesia? Jesús hizo el gesto, habló e indicó el deber de repetirlo. La respuesta a esta pregunta está en la naturaleza misma del gesto. La Eucaristía es un símbolo verdadero del sacrificio de Cristo: Aquí no estamos

en el símbolo, sino en el hecho mismo. Jesús no pide celebrar sino realizar todos los días, como lo hizo él, el servicio fraternal. ¿Aceptaremos recorrer el camino para pasar de la imagen a la semejanza?, ¿Reconocemos este llamado a realizar, en nuestras personas, el sacramento visible de Jesús Encarnado?

Permítanme, como conclusión, compartir esta reflexión de Maurice Zundel, sacerdote suizo invitado al Vaticano por Pablo VI para predicar el retiro del personal; ella resume muy bien mi pensamiento³³²:

“¿De qué sirve que Jesucristo haya nacido en Belén si Él no nace en lo profundo de nosotros mismos? Él no vino a Belén para que a través de la historia se perpetúe una imagen de este acontecimiento; Él vino a Belén para establecer su morada en lo más íntimo de nosotros mismos, a fin de que cada uno de nosotros se convierta en el santuario del Dios vivo. (...) El verdadero lugar del nacimiento de Jesús es nuestro corazón, y la única manera de encontrar a Dios es recogernos hasta que lleguemos, en el silencio más profundo, hasta lo más íntimo de nosotros mismos”.

³³² M. Zundel, *Quel Dieu et quel homme?* Ed. St-Agustin (Suiza), 1972. Para mí es el espiritual contemporáneo que expresa mejor varios de los grandes temas de la tradición beruliana.

RESONANCIA A LA EXPOSICIÓN DE P. GILLES OUELLET

P. Carlos ALVAREZ, cjm

1. Mientras leía su meditación pensaba en dos frases que marcaron el pensamiento y la vida de san Juan Eudes:

– De Bérulle, su maestro, la primera: “El hombre es una nada con capacidad de Dios”

– de Jesús a santa Catalina de Siena, en una de sus revelaciones, la segunda: “Hazte capacidad y yo me haré en ti torrente”.

Insistimos mucho en “la nada” que somos y poco en la capacidad de Dios que tenemos. Recordemos a Pablo en 2 Co 4: “Llevamos este tesoro en vasos de barro... y es Dios quien nos hace capaces”.

¿Dejamos al Espíritu de Jesús que trabaje en nosotros la formación de Jesús como lo hizo en María? Es un proceso de generación y engendramiento largo y difícil; pero ¿lo dejamos actuar? ¿O nos oponemos a él?

2. Dice Gilles: “El misterio de la Encarnación es absolutamente singular: revela al corazón del mundo la radical novedad de Dios en su historia con los hombres”.

Jesús es el Hombre nuevo (el nuevo Adán, dirá Pablo) que crea hombres y mujeres nuevos. es la idea, sobretodo, del Evangelio de

Marcos, pero es la realidad maravillosa que podemos vivir nosotros cada día.

Dios se humaniza en Jesús y el hombre se diviniza en Jesús. Jesús es, así, el centro, el corazón, el momento fundamental de la nueva creación. por eso es “servidor y ofrenda”. Servidor de Dios y servidor de los hombres. Ofrenda viva y sacrificio agradable al Padre, acto de amor pleno.

¿Somos conscientes de estar participando en la obra de la nueva creación en nosotros y en el mundo? ¿Es Jesús nuestro todo, el centro, el corazón y el tesoro de nuestra vida? ¿Somos ofrenda viva para la gloria del Padre?

Alvaro hablaba de la centralidad de la gloria del Padre en la obra de Jesús y en el actuar de san Juan Eudes. Pero, si leemos bien las obras del santo, yo agrego una idea más, que se repite siempre en él: “Hacerlo todo por amor y para la gloria de Dios”. ¿Son esos los dos criterios de nuestro actuar? ¿O buscamos la gloria humana y nuestra vida se vuelve una lucha de poder? ¿Se manejan nuestras comunidades en esta lucha de poder?

3. El Papa Francisco, en *Evangelii Gaudium* 71, tiene una reflexión sobre el misterio de la Encarnación que me parece fundamental y oportuna: Desde que la Palabra de Dios decidió tomar nuestra naturaleza humana y se encarnó en María, todo se llenó de Dios. Po lo mismo, en el mundo actual, con todos sus problemas, más que intentar crear signos que hagan presente a Dios, lo que tenemos que hacer es descubrir los signos de su presencia entre nosotros. Y esos signos son la solidaridad, el amor, el servicio, la generosidad y tantos otros valores que se viven entre los hombres.

¿Nos dejamos llevar del desánimo y el pesimismo, o somos capaces de descubrir hoy los signos concretos de la presencia siempre nueva del Señor, que vive entre nosotros?

4. Me parece importante, por último, recuperar la lectura y el estudio de las llamadas “Reglas latinas”, que fueron escritas para nosotros antes de las Constituciones. En ellas se manifiesta san Juan

Eudes como un “Maestro espiritual”, al estilo de Benito, Agustín, Ignacio o Francisco de Asís.

Las Reglas del Señor Jesús y las Reglas de la Virgen María son un tesoro que no aprovechamos siempre los eudistas. Ellas nos ofrecen un camino o itinerario para “formar a Jesús en nosotros”:

a) Primero mediante el doble movimiento de renuncia y adhesión.

La renuncia es una experiencia netamente bíblica. En el Nuevo Testamento está expresada en varios verbos: decirle adiós a la injusticia y al pecado (apostasía) –renunciar –enfrentar –desprenderse de –crucificar –negarse a sí mismo

b) La renuncia lleva a la adhesión y ésta al seguimiento de Jesús.

El capítulo III de las Reglas del Señor Jesús nos ofrece un camino liberador y transformante que puede expresarse así:

– Adherirse a Jesús y apegarse a él (kollao) hasta soldarse con él formando una unidad íntima y total,

– Revestirse de Cristo y llevar su imagen hasta volverse “ikono vivo de su presencia” en medio del mundo,

– Permanecer en Cristo y dar fruto en él, como los sarmientos en la vida.

– Vivir con Cristo, para Cristo, en Cristo, de Cristo y de la vida de Cristo

– Llevar una vida pascual

– Vivir y obrar en el Espíritu de Cristo y hacer todas las cosas en su nombre y en el Espíritu de Cristo, como lo expone Pablo en Gálatas 5

– Vivir ya desde aquí una vida celestial (Colosenses 3).

¿No podríamos seguir este camino en nuestra vida espiritual y aprovecharlo igualmente en el servicio de acompañamiento a los hermanos en nuestro trabajo pastoral?

¿No es éste un camino de discipulado como el que nos pide hoy la Iglesia? ¿No descubrimos en él una enseñanza de actualidad que hace de la espiritualidad eudista un regalo para el cristiano de hoy?,

FORMAR A JESÚS EN NOSOTROS - PERSPECTIVAS PASTORALES

P. Carlos TRIANA, cjm

“Señor Jesús, adoro el designio y el deseo que tienes de vivir y reinar en mi vida, en la vida y en el ser de los cristianos. Para cumplir este deseo que es el tuyo, quiero en adelante vivir para procurar continuamente formarte, santificarte, hacerte vivir y reinar en mi persona y en los demás”

San Juan Eudes³³³

Introducción

“El objetivo de la Iglesia en todas sus funciones es formar a Jesús en todos los cristianos”³³⁴

Se me ha pedido orientar una reflexión sobre la “Formación de Jesús en nosotros” desde la perspectiva pastoral y misionera. Es para mí un privilegio hacerlo, aunque no sé si responda a las expectativas.

La reflexión nos lleva, en primer lugar, a recordar que el misionero san Juan Eudes conecta vida cristiana y formación de Jesús. Ya que la vida cristiana es vivir la vida de Jesús se requiere la

³³³ OC I, 81

³³⁴ OC I, 272

formación del Señor en nosotros; la formación de Jesús es para vivir su vida.

Iremos luego a redescubrir cómo en la mina espiritual de Pedro de Bérulle, hunde sus raíces esta concepción de vida cristiana como comunión con Cristo, que enseña san Juan Eudes, y que requiere la formación de Jesús en nosotros. Aquí señalaremos, como dato fundamental, que los miembros de la escuela francesa hicieron de esta espiritualidad la gran fuente de su compromiso apostólico.

Terminaremos recordando lo que san Juan Eudes señala con tanta insistencia: que la misión de la Iglesia en todas sus funciones es formar a Jesús, y por tanto esta debe ser la misión más importante de los bautizados, de los sacerdotes y de los eudistas.

Aparecerán a lo largo de la reflexión, pero de manera especial al final, algunas pistas para el apostolado eudista de formar a Jesús en las personas y en las comunidades. Comencemos orando: *“Señor, quiero ojos para contemplarte, oídos para escucharte y obedecer a tu santa palabra. Quiero lengua para bendecirte y hablar de ti; corazón para amarte; memoria para acordarme de ti; inteligencia para conocerte y admirarte; manos para servirte, pies para buscarte y seguirte, voluntad para hacer lo que me mandes”*³³⁵.

I. Ser cristiano es vivir la vida de Cristo

San Juan Eudes lo tiene claro. El sacramento del bautismo nos hace miembros del cuerpo místico de Cristo. Los bautizados somos los miembros y Nuestro Señor Jesucristo es la Cabeza. Y, en una lógica rigurosa, los miembros no pueden vivir una vida diferente a la de su Cabeza. Por tanto ser cristiano es vivir la vida de Cristo. Ser cristiano es continuar y completar la vida de Jesús. Mejor aún, ser cristiano es dejar que Cristo viva y reine en nosotros para que continúe y complete su vida en nosotros.

³³⁵ OE, 578

“En el bautismo, según san Agustín, santo Tomás y el catecismo del Concilio de Trento, hacemos voto y profesión solemne de renunciar a Satanás y a sus obras y de adherir a Jesucristo como los miembros a su cabeza, de entregarnos y consagramos enteramente a él y de permanecer en él. Lo cual equivale a adherir a su devoción, disposiciones e intenciones, a sus leyes y normas, a su espíritu y comportamiento, a su vida, cualidades y virtudes, a cuanto hizo y padeció. Este voto bautismal y esta profesión de adherir a Jesucristo y de permanecer en él es, al decir de san Agustín, el mayor de todos nuestros votos. En una palabra, el cristianismo es hacer profesión de la vida de Jesucristo como dice san Gregorio de Nisa. Y san Bernardo nos asegura que nuestro Señor no considera como profesos de su religión a quienes no viven de su vida. Con ese fin hacemos en el bautismo profesión de Jesucristo, de su vida, su devoción, disposiciones e intenciones...

Hacemos profesión, finalmente, de vivir en la tierra y en el cielo únicamente para ser de Jesús, para amarlo y honrarlo en todos los estados y misterios de su vida y en todo lo que él es en sí mismo y fuera de él” (OE, 199-200)

San Juan Eudes descubrió pues que la vida cristiana consiste en vivir la vida de Cristo nuestra cabeza, *vivir a Cristo, con Cristo, en Cristo, para Cristo, de Cristo*³³⁶. O como dice literalmente: el cristiano continúa y completa la vida de Jesús. Pues la vida que Jesús ya vivió en su cuerpo físico falta continuarla y completarla en su cuerpo místico, porque *“los misterios de Jesús no están todavía en su entera perfección ni plenitud. Claro que ellos se realizan completa y perfectamente en la persona de Jesús, pero aún no en nosotros que somos sus miembros, ni en la Iglesia que es su cuerpo místico”*³³⁷. En la persona de Cristo su obra salvadora está completa, pero en su Cuerpo místico que es la Iglesia, vale decir en nosotros, esa obra no ha llegado todavía a su perfección y seguirá haciéndose hasta el final de los tiempos.

³³⁶ OC IX, 87

³³⁷ OC I, 310

Y para justificar esto nos explica:

*“Jesucristo tiene dos clases de cuerpo y de vida. El primero es su cuerpo personal tomado de la santa Virgen y su primera vida es la de este cuerpo. Su segundo cuerpo es su Cuerpo místico, la Iglesia, y su segunda vida es la que lleva en ese Cuerpo que formamos todos los cristianos. La vida pasible y temporal de Jesús en su cuerpo personal terminó con su muerte; pero él desea continuarla en su Cuerpo místico hasta el fin de los siglos”*³³⁸

Lo que san Juan Eudes desea es que los cristianos nos identifiquemos con Cristo, lleguemos a ser Jesús caminando por este mundo. En resumen, la vida cristiana es comulgar con Cristo, ser uno con él, a tal punto que su Corazón sea nuestro corazón y su Espíritu nuestro espíritu. Pero se trata en san Juan Eudes de comulgar con Cristo en lo más profundo de su vida: amor hacia su Padre y hacia la humanidad.

Así entendidas las cosas, el cristianismo no es un conjunto de observancias que cumplir, ni un código moral que acatar, sino una vida que nos identifica con Cristo, para que él siga viviendo su vida en nosotros: *“Como yo estoy en mi Padre, viviendo la vida de mi Padre que él me comunica, ustedes están también viviendo de mi vida y yo estoy en ustedes comunicándoles esta misma vida, y así yo vivo en ustedes y ustedes viven conmigo y en mí”*³³⁹

El cristianismo es vivir la vida de Jesús:

*“De manera que cuando un cristiano ora, continua y completa la oración que Jesús hacía sobre la tierra; cuando trabaja, continúa y completa la vida de trabajo de Jesús; y así las demás acciones realizadas cristianamente. Ustedes lo ven, la vida cristiana, es una continuación y un completar la vida de Jesús. Debemos ser otros Jesús sobre la tierra para continuar su vida y sus obras”*³⁴⁰

Es el mismo Señor Jesucristo quien

³³⁸ OC. I, 164-165

³³⁹ OC 1, 162

³⁴⁰ OC I, 165

*“Quiere que todo lo que hay en él esté viviendo y reinando en ustedes: su Espíritu en su espíritu, su Corazón en su corazón, los poderes de su alma en las facultades del alma de ustedes, para que se cumplan en ustedes estas palabras: “glorifiquen y lleven a Dios en sus cuerpos” (1 Co 6,20), y que la vida de Jesús aparezca visiblemente en ustedes (2 Co 4, 10)”*³⁴¹

Es pues voluntad del Señor vivir y reinan en nosotros. Y por eso san Juan Eudes ora de esta manera:

*“Adoro el designio y el deseo que tienes de vivir y reinan en mi vida, en la vida y en el ser de los cristianos. Para cumplir este deseo que es el tuyo, quiero en adelante vivir para procurar continuamente formarte, santificarte, hacerte vivir y reinan en mi persona y en los demás”*³⁴²

II. Los cristianos llamados a vivir centrados en Cristo

A San Juan Eudes lo conmovieron profundamente, entre otros, estos textos de la Palabra de Dios que se repetían en la espiritualidad beruliana:

“Cristo debe ser todo en todas las cosas”.

“Cristo es la cabeza del cuerpo de la Iglesia”

“ya no soy yo quien vive es Cristo quien vive en mí”,

“para mí la vida es Cristo”

“sufro dolores de parto hasta que Cristo sea formado en ustedes”

Todos esos textos paulinos le hicieron entender que la vida cristiana consiste en centrarse en la persona de Nuestro Señor Jesucristo. Pero centrarse en Cristo de una manera especial, pues cada escuela de espiritualidad lo hace a su manera, insistiendo en algún aspecto u otro del Señor Jesús y en una forma propia de unirse a él,

³⁴¹ OC I, 114

³⁴² OC I, 81

de seguirlo y vivir sus misterios. Influenciado por la Escuela Francesa de Espiritualidad, San Juan Eudes, entendió

Que la vida cristiana consiste no tanto en imitar a Jesús. Considerar al Señor Jesús principalmente como *modelo* de nuestra vida que estamos llamados a reproducir lo mejor posible. Actuar *como Cristo*, tratar de ser y obrar como Jesús, orar *como* Jesús, ser humilde como Jesús, obediente *como* Jesús. San Juan Eudes nos presenta muchas veces a Jesús como el prototipo que hay que imitar, pero para él ese imitar es mucho más que un mero copiar un modelo exterior. Este es llamado cristocentrismo de imitación.

Que la vida cristiana no es dejar que un agente externo o el poder de la gracia del Señor nos mueva a hacerlo todo por Cristo o actuar en todo por Cristo; es cuando le pedimos al Señor que obre y produzca en nosotros el orar, el ser humildes y obedientes *por el* poder de su gracia y los méritos de su obra salvadora. Este es el llamado cristocentrismo activo

Que la vida cristiana consiste sobre todo en vivir la misma vida de Cristo, nuestra cabeza: *“Así como los miembros son animados del espíritu de su cabeza y viven de su vida, debemos estar animados del Espíritu de Jesús, vivir de su vida, marchar en sus caminos, estar revestidos de sus sentimientos, hacer nuestras acciones con las disposiciones e intenciones con que él hacía las suyas, en una palabra continuar y completar su vida”*³⁴³

Se trata de dejar que el Espíritu Santo forme a Jesús en nosotros para que viva y actúe en nosotros. Es el llamado *cristocentrismo místico*. Cristo no solamente es el modelo, el fin y el motor invisible de nuestra vida espiritual, sino que él y nosotros formamos una sola persona mística. Y entonces se trata de que Jesús actúe en nosotros: *“ya no soy yo quien vive es Cristo quien vive en mí”* (Ga 2, 20). Es cuando pedimos al Señor que él viva *en* nosotros sus misterios, que prolongue en nosotros su vida, que ore en nosotros, que haga todo en nosotros. No me propongo imitar su forma de

³⁴³ OC I, 161

pastor, ni pido que me dé su gracia para ser un buen pastor, sino que le ruego que él sea el buen pastor de las ovejas en mí. San Juan Eudes vivió este cristocentrismo místico y lo expresó cuando hizo todo lo suyo unido a Cristo y sus misterios, por ejemplo cuando dice en repetidas ocasiones:

“Te ofrezco tal acción en unión de las divinas intenciones con que tú las hiciste, mientras estuviste en la tierra”

“Oh Jesús, me entrego a ti para ejecutar esta acción, o para sobrellevar esta aflicción en unión de la perfecta devoción con que realizaste todas tus acciones y soportaste todas tus aflicciones”

Estas diferentes formas de cristocentrismo, en san Juan Eudes, no se excluyen sino que se complementan. Pues en sus obras nos pide imitar a nuestro modelo y prototipo que es Cristo, actuar movidos por él, pero sobre todo dejar que él obre en nosotros: “Jesús ama a tu Padre por mí”.

III. Para vivir la vida de Cristo se requiere formar a Jesús

Entonces, si la vida cristiana es vivir la vida de Cristo, nuestra Cabeza, la lógica se impone, hay que formar a Jesús en nosotros, hay que dejar que viva y reine en nosotros, imprimir en nosotros sus disposiciones íntimas, sus sentimientos, para que su vida sea nuestra vida. Para que Jesús siga vivo en la vida del cristiano, actuando en él y a través de él **debemos formar a Jesús en nosotros.**

“el misterio por excelencia y la tarea suprema es la formación de Jesús que nos señala las siguientes palabras de san Pablo: Hijitos míos por quienes sufro de nuevos dolores de parto hasta que Cristo tome forma en ustedes (Ga 4, 19)” ... Es la obra mayor y más santa de la Iglesia que no tiene ocupación más eximia que producirlo, en cierta manera, por la palabra sacerdotal, en la Eucaristía y formarlo en los corazones de sus hijos. Porque su único propósito, en todas sus funciones, es formar a Jesús en los cristianos.

Por tanto nuestro deseo, preocupación y tarea principal debe ser formar a Jesús en nosotros, haciendo que en nosotros viva y reine,

*con su espíritu, su devoción, sus virtudes, sus sentimientos, inclinaciones y disposiciones. A ese fin deben tender todos nuestros ejercicios de piedad. Es la tarea que Dios nos pone entre manos para que en ella trabajemos sin descanso*³⁴⁴

Para san Juan Eudes: ***“Ce doit être notre désir, notre soin et notre occupation principale que de former Jésus en nous”***³⁴⁵; para él, la gran obra de la evangelización, la gran obra cristiana es trabajar para que Jesús sea formado en los cristianos, en la Iglesia, en el mundo, de modo que podamos vivir su vida, reproducirla, continuarla y completarla

Esta formación es todo un proceso, es una obra inacabada, siempre en crecimiento, y la meta consiste en llegar a que Jesús viva y reine en nuestros corazones, para poder vivir como auténticos cristianos. Según san Juan Eudes, sólo cuando Jesús viva y reine en alto grado en nuestros corazones, podremos vivir su vida, pues será El mismo quien vendrá a vivir su vida en nosotros, El mismo nos guiará y conducirá, el se volverá el Corazón de nuestro corazón, nos habitará con su Espíritu Santo, que será el Espíritu de nuestro espíritu y nos guiará en todo. Y podremos decir con San Pablo, “ya no soy yo quien vive es Cristo quien vive en mí” (Ga 2, 20)

Una vez formado Jesús en nosotros, seremos cristianos según el Corazón de Dios: personas que continúan y completan la vida que Jesús llevó en la tierra...; seremos pastores según el Corazón de Dios: personas que continuamos y completamos la vida de Jesús buen pastor; seremos predicadores según el Corazón de Dios: personas que continúan el ministerio profético de Jesús; seremos servidores según el corazón de Dios: personas que continuamos y completamos a Cristo siervo...; seremos superiores según el Corazón de Dios: personas que continuamos y completamos la vida de Jesús director y maestro de los discípulos... No olvidemos que el Corazón de Dios es Jesús. Por tanto ser alguien según el Corazón de Dios es ser Jesús obrando en nosotros.

³⁴⁴ OE, 202

³⁴⁵ OC I, 272

IV. Claves para formar a Jesús en nosotros

San Juan Eudes nos da unas claves para lograr esta formación de Jesús en nosotros:

Llenar nuestra mente y espíritu de Jesús, para eso descubrir a Jesús en el mundo y contemplarlo en todo: *“El es todo en todo, la belleza de todo lo bello, el poder de los poderosos, la sabiduría de los sabios, la virtud de los santos”*.

Llenar nuestro corazón de Jesús: *“Elevaremos hacia él a menudo nuestro corazón y realizaremos todas nuestras acciones únicamente por su amor”*. Formar a Jesús en nosotros es, en términos netamente eudistas, **llegar a tener con Jesús un solo y mismo Corazón**. Es formar el Corazón de Cristo en nuestra vida para que sea el Corazón de nuestro corazón.

Renunciar a todo lo que nos aparte de él: *“Si queremos que Jesús viva y reine perfectamente en nosotros tenemos que hacer morir y desaparecer de nuestro corazón todas las criaturas para no mirarlas ni amarlas por sí mismas sino en Jesús y a éste en ellas”*. Debemos renunciar a todo lo que no sea Jesús.... Vacíarnos de lo que aparta de Jesús o **hacerle una lucha frontal a todo lo que se opone al Señor Jesús, a todo lo que quiere apartarnos de él, en fin hacerle una lucha frontal al Mal**

Solicitar el auxilio divino y darnos al Espíritu: *“Como esta obra sublime de la formación de Jesús en nosotros supera infinitamente nuestras fuerzas el medio principal es acudir al poder de la gracia divina... Entreguémonos al poder del Padre eterno y roguémosle a él y al Espíritu Santo que nos aniquilen enteramente para que Jesús viva y reine en nosotros”*³⁴⁶

³⁴⁶ OC I, 273-275

V. La formación de Jesús en la escuela francesa

En una época en que la vida cristiana en general era tan superficial, donde los cristianos no sabían lo que significaba su bautismo³⁴⁷, ¿de dónde extrajo san Juan Eudes esa espiritualidad tan profunda de la comunión con Cristo? Por supuesto que Dios fue gestando para la Iglesia, en este maestro de vida cristiana, de muchas maneras, a lo largo de su vida, este camino espiritual. Y tengo que decirlo y demostrarlo, que la más notoria influencia suya para llegar a estas convicciones fue la espiritualidad de Pedro de Bérulle, o la escuela francesa de espiritualidad, “escuela de vida interior, de alta espiritualidad...” (H. Brémond), fundada especialmente sobre el dogma de la Encarnación; “corriente cristológica, caracterizada por el espíritu de religión, el cristocentrismo místico, la soberanía de la Madre de Dios y la exaltación del sacerdocio” (Cochois)

Si queremos pues entender el camino espiritual que Dios nos ofrece a través de san Juan Eudes, debemos tratar de entender de dónde viene su doctrina sobre la vida cristiana como comunión con Cristo, la necesidad de formar a Jesús en nosotros para vivir su vida.

No quiero detenerme en los ejes bíblicos que movieron a san Juan Eudes a entender la vida cristiana como vivir la vida de Cristo, nuestra Cabeza. Los conocemos bien, están especialmente en San Juan y en San Pablo, y los encontramos detallados en las Reglas del Señor Jesús.

³⁴⁷ “*Es de llorar con lágrimas de sangre que un gran número de seres humanos que por su bautismo fueron admitidos entre los hijos de Dios, miembros de Jesucristo y templos del Espíritu Santo y por lo mismo están obligados a llevar una vida acorde con estas cualidades, vivan como irracionales, como paganos y hasta como demonios y no como verdaderos cristianos. Muchas son las causas de este inmenso mal. Pero una de las principales es que la mayoría de tales cristianos se halla en tal abismo de tinieblas y en tan asombrosa ignorancia de cuanto atañe a su profesión, que hasta desconocen lo que significa haber sido bautizados y el ser cristianos*” (OE, 365)

Quiero más bien subrayar que esta doctrina tomó cuerpo en Pedro de Bérulle. El es una fuente fresca donde bebe san Juan Eudes. El habla no tanto de formar a Jesús, cuanto de adherir a los estados y misterios de Jesús, de entrar en las disposiciones y sentimientos del Verbo encarnado cuando realizó sus acciones para continuarlas en nosotros. Uno de los miembros de esta escuela, M. Oliér en un examen particular dirigido a sus discípulos, sobre las virtudes cristianas y sacerdotales, les dice:

“Después de haber leído de rodillas un pasaje del Evangelio, y de haber adorado a Jesús, e invocado el socorro de su Espíritu Santo, nos preguntaremos lo siguiente:

*“1.–Ai-je marché tout le jour en la présence de Jésus Christ, portant partout son intérieur devant les yeux **pour l’adorer et le former en moi?***

“2.–Ai-je été fidèle à me recueillir au commencement de chaque action?

“3.–Ai-je vécu selon la foi, regardant toutes choses dans les sentiments et l’estime qu’en a faits Jésus-Christ?

*“4.–**Ai-je fait paraître Jésus-Christ dans ma conduite?** Ai-je fait paraître sa douceur, son humilité, sa patience, sa charité, son obéissance, son support du prochain? Ai-je, entre autres vertus, pratiqué celle des clercs qui est la modestie?*

“5.–Ai-je vécu dans l’esprit d’hostie?

“6.–Ai-je failli contre l’amour de la Croix?...”³⁴⁸

Bien sabemos que hay como dos Bérulle en cuanto a este tema. El enseñó primero lo que conocemos con el nombre de teocentrismo, mirada directa y pura puesta en Dios, y más tarde fue abriéndose al cristocentrismo: Dios mirado a través de Cristo.

Uno de sus biógrafos nos cuenta que desde sus años de estudiante experimentó un sentimiento profundo de la soberanía de

³⁴⁸ Oliér, Oeuvres, 1245

Dios y de la dependencia de las criaturas, la grandeza de Dios y la nada de la creatura. Aunque al hombre lo considera una “nada capaz de Dios”³⁴⁹

En el *Tratado de la abnegación*, reflexionaba que es

*“Es preciso que el alma ponga todo en manos de Dios, a fin de que en todo no sea ella sino él quien dispone de ella... para todo lo que le plazca, que sea Dios quien obre todo en ella, de manera nueva, de tal suerte que ya ella no opere ni en sí misma ni por sí misma... sino que sea Dios quien la mueva en todo”*³⁵⁰; *“Debemos despojarnos enteramente de todo uso y disposición de nosotros mismos; es preciso que Dios solo disponga y haga uso de nosotros, nos lleve, nos conduzca y nos establezca en todo según su voluntad, y que, en cuanto dependa de nosotros, no nos dejemos guiar por nuestra naturaleza, sino que lo sometamos todo a Dios”* (Col. 1292)

“Que sea Dios quien nos guíe y nos conduzca, y no nosotros mismos: que sea él quien reine en nosotros, quien disponga de nosotros, quien opere en nosotros, y que no seamos nosotros quienes dispongamos de nosotros mismos, y que el alma no se tome la libertad de mandarse a sí misma o de disponer de sí misma, ni de actuar en sí misma o por sí misma”... *“siguiendo el camino de abnegación de que he hablado más arriba... me entregaré al ejercicio de la meditación, pero de tal suerte que sean Dios, la Santísima Virgen o los Ángeles o los Santos los que apliquen mi espíritu a los pensamientos y a los afectos, y que allí no haya nada de mí”* (Col 1257).

³⁴⁹ En una carta de octubre de 1627 dice a los oratorianos: *“somos una nada que tiende a la nada, que busca la nada, que se ocupa de nada, que se contenta con nada, que se llena de nada, que se arruina y destruya por nada... pero debemos ser una nada en manos de Dios, una nada destinada a Dios, una nada referida a Dios, una nada escogida por Dios, consagrada a Dios, llena de Dios, en fin, una nada poseída por Dios y poseedora de Dios, y todo ello por virtud de la gracia”*

³⁵⁰ Bérulle, *Oeuvres*, éd. Migne, Col 1296

Todos los agentes de nuestra santificación, Dios, la Santísima Virgen, los Ángeles, los Santos, son enumerados, y lo raro es que no menciona a Nuestro Señor Jesucristo. Estamos en la etapa teocéntrica de Pedro de Bérulle.

Los años de 1602 y 1603 los ocupa en preparar el establecimiento de las Carmelitas en París. Él mismo, a comienzos de 1604, viaja a España. Durante su permanencia en el país de santa Teresa mantiene correspondencia con Mme Acarie. En las siete cartas conservadas de este período (marzo-agosto de 1604), habla a menudo de Dios y del Espíritu Santo, más a menudo aún de la Virgen María, pero nunca de Nuestro Señor Jesucristo

Para caracterizar el teocentrismo en la espiritualidad del primer Bérulle, señalemos una importante carta del 8 de marzo de 1605, en la que la hermana Ana de Jesús, carmelita, aproximadamente cuatro meses después de su llegada a París, comunica a sus hermanas de España las impresiones que ha tenido de su convivencia con las primeras dieciocho postulantes francesas, provenientes de la “Congregación de santa Genoveva”, grupo religioso formado en noviembre de 1602 por Mme Acarie, con miras a servir de semillero para el futuro monasterio de las Carmelitas, y cuyo director era Bérulle:

*“Ellas mismas se admiran, escribe, de los progresos que han hecho, desde que tomaron hábito, por la manera diferente como el Espíritu las ha renovado sobre la oración. Procuro que **consideren e imiten a nuestro Señor Jesucristo, porque aquí se acuerdan poco de él.** Para ellas, todo se reduce a una simple visión de Dios: no sé como puede hacerse eso. Desde cuando el glorioso san Dionisio, autor de la Teología Mística, vivía aquí, todos se aplican a esta simple visión, por suspensión más bien que por imitación. Extraña manera de proceder: no la comprendo, como tampoco su manera de hablar, porque no es posible leerla. Pero Dios nos concede la gracia de que nos entendamos perfectamente y vivamos en perfecta paz, pese a que no conocemos su idioma ni ellas el nuestro”.*

Podemos decir que hasta el año de 1604 no se registra en Bérulle la menor traza de cristocentrismo. ¿Cómo llegó a él? A través de la meditación de san Juan y san Pablo, especialmente en la meditación que encontró en santo Tomás sobre el cuerpo místico de Cristo.

Es que en el siglo XIII, el dogma del Cristo místico aparecía muy vivo en los grandes teólogos, especialmente en santo Tomás de Aquino. Este por ejemplo escribe: “*En Cristo, no solo estuvo la gracia como lo está en cada hombre en particular, sino como lo está en la cabeza de toda la Iglesia. A ésta están todos unidos como los miembros a la cabeza y constituyen con ella, místicamente, una persona. Es así como los méritos de Cristo alcanzan a todos en cuanto son miembros de la Iglesia*”³⁵¹. “*Cabeza y miembros son una especie de persona mística y, por lo tanto, la satisfacción de Cristo pertenece a todos los fieles*”³⁵². “*Cristo y sus miembros son una persona mística*”³⁵³. “*Cristo y la Iglesia son una persona mística, cuya cabeza es Cristo, y el cuerpo son todos los justos*”³⁵⁴ “*Es conveniente que se realice en el miembro incorporado, lo que se realiza en la cabeza*”³⁵⁵.

Recordemos también esta declaración formal de Bérulle: “*En las cuestiones de la Encarnación y de la gracia, y en todo lo demás, seguimos lo más posible la escuela de santo Tomás*” (Col. 1501)

Es incontestable que la doctrina de santo Tomás ha jugado un papel, y un papel considerable, en la elaboración del cristocentrismo beruliano. Pero, según los estudiosos, los dos principales canales a través de los cuales pudo llegar a cuajar el cristocentrismo en Bérulle son, por una parte, los escritos de santa Gertrudis y de santa Matilde y *La Gran Vida de Jesús* de Ludolfo el Cartujo.

La espiritualidad de las monjas de Helfta está dominada totalmente por la idea de la unión con la santa Humanidad del Salvador. A este propósito escribió M. Olier en una de sus cartas:

³⁵¹ III^a, q. 19, a. 4

³⁵² III^a, q. 48, a. 2, ad I

³⁵³ De Verit., q. 29, a. 7, ad II

³⁵⁴ In ep. Ad Col., I, 24, lect. 6

³⁵⁵ III^a, q. 69, a. 3

*“Dios quiso valerse de santa Gertrudis para expresarle su deseo de que se uniera al interior de su Hijo, lo que en esa época era aún muy poco conocido. Por eso le hizo manifestaciones sensibles para hacerlas más inteligibles a todos. Estoy seguro de que fue instruída a fondo, a la luz de la fe, sobre la vida interior de Jesucristo, con la cual hay que comulgar en todo.”*³⁵⁶

Y Santa Matilde nos presenta a Jesús hablando en una de sus revelaciones místicas, de esta manera:

*“Es preciso que el corazón humano esté unido a mí en cada una de sus acciones, por ejemplo: cuando va a comer o a entregarse al sueño, que se diga: Señor, en unión del amor que hizo posible que me proporcionaras esta comodidad, y con el cual hiciste uso de estas mismas cosas en la tierra, yo también quiero hacer uso de ellas para tu alabanza y para satisfacer las necesidades de mi cuerpo. O bien, cuando tiene que hacer algo, que diga: Señor, en unión del amor que te llevó a trabajar con tus manos, y a obrar en mí sin descanso, y me ordena ahora esta tarea, quiero realizarla para tu gloria y para bien de todos. Y puesto que has dicho: Sin mí nada pueden hacer, te suplico unir mi trabajo a la perfección del tuyo, y llevarlo a cabo en unión contigo, a la manera de una gota que, al caer en un gran río, hace todo lo que el río mismo hace. Finalmente, es preciso que la unión se haga en pleno acuerdo de voluntades: todo lo que yo quiero, que el hombre también lo quiera, en la prosperidad como en la adversidad. Así como una aleación preciosa no se separa más, después de que el fuego la funde, así también quien se hace uno conmigo por el amor: llega, desde esta vida, a la cumbre de la virtud y de la perfección”*³⁵⁷

En las monjas de Helfta, Bérulle encontró el cristocentrismo activo: hacer todo en unión con Cristo. Pero este cristocentrismo activo no es toda la espiritualidad beruliana. El llegó más lejos, como hemos dicho, llegó a lo que llamamos el *cristocentrismo místico*

³⁵⁶ *Lettres spirituelles de M. Olier*, Lettre CLVI. éd. Paris, 1862, t. II, 83-85

³⁵⁷ Santa Matilde, *Liber specialis gratiæ*, Pars III, c. 27. éd. Paris, 1877, pp. 230-231

En la *Gran Vida de Jesús* de Ludolfo el Cartujo, Bérulle encontró un pasaje donde Ludolfo expone “las seis maneras de considerar el misterio de la Pasión del Señor”..

“Hay seis maneras de considerar la Pasión del Señor, según que se le contemple para imitarlo, para compadecerlo, para admirarlo, para alegrarse por él, para identificarse con Cristo, o para descansar en él”. “Quinto, consideremos la Pasión de Cristo, de suerte que se llegue a la perfecta transformación e identificación con Jesús. A este fin, es preciso que el hombre –no contento con hacer de Cristo crucificado el objeto de su imitación, de su compasión, de su admiración y de su alegría– se haga en cierta manera uno con él, de tal forma que continuamente lo tenga a la vista, a toda hora y en todo lugar. Pero si quiere que la identificación sea completa, tendrá que pasar totalmente al objeto contemplado, sin preocuparse ya mas de otra cosa, olvidándose a sí mismo y todo lo creado, hasta el punto de solo ver ya y sentir en sí mismo a Cristo crucificado, abofeteado, cubierto de oprobios y entregado al sufrimiento por nosotros”³⁵⁸

Todo lo anterior influyó sin duda en Bérulle para ir centrando su vida cristiana en el Señor Jesucristo, llamado por él, el Verbo Encarnado, y para expresar finalmente que nuestra vida debe ser vivir la vida misma de Cristo. En la siguiente cita vamos a admirarnos al ver los textos de san Juan Eudes tan parecidos a los de su maestro:

“El primero de todos los misterios es la Encarnación; debemos tenerle una especial devoción... En la vida itinerante del Hijo de Dios, encontramos dos vidas: la interior y la exterior. La exterior, son todas las acciones del Hijo de Dios, sus sufrimientos, su pobreza, etc. Honramos dichas acciones, mediante nuestras prácticas exteriores. La interior es la vida que Jesús llevó en la tierra para gloria de Dios su Padre. Subrayemos este punto, ya que debemos llevar una vida retirada e interior: vivir la vida de Jesús y hacer de ella el objeto permanente de nuestra contemplación. Tengamos en nosotros los mismos pensamientos y sentimientos que él tuvo mientras estuvo en

³⁵⁸ *Vita Jesu Christi*, Pars. II, c. 58, n. 11 éd. Paris, 1978, t. V, pp. 10-11

*la tierra... Jesús nos pide una sola cosa: que su espíritu viva en nosotros; es decir, que sea el espíritu de Jesús y no el nuestro el que habite plenamente en nuestros corazones. **Ello supone vivir la misma vida nueva que el Hijo de Dios vivió y practicar las mismas virtudes que practicó, mientras anduvo en la tierra***” (Col. 1309-1311).

Los biógrafos de Bérulle están de acuerdo que entre los años 1604 y 1609, se formó el Apóstol del Verbo encarnado, de quien san Juan Eudes aprenderá que la vida cristiana es comunión con Cristo, que estamos llamados, en cuanto bautizados, miembros de Cristo Cabeza, con quienes formamos una persona mística, a vivir su vida, y para ello adherirnos a los estados del Verbo Encarnado.

“Jesús es el complemento de nuestro ser, el cual solo subsiste en él, así como el cuerpo no subsiste sino en alma, y el miembro en el cuerpo, y los sarmientos en la vid, y la parte en el todo. Nosotros hacemos parte de Jesús, él es nuestro todo, y todo nuestro bien consiste en permanecer en él, como el sarmiento permanece en la vid y de ella saca su fruto... Como Jesús es nuestro complemento, tenemos que unirnos a él, como a Aquél que está en el fondo de nuestro ser por medio de su divinidad y el que une nuestro ser a Dios por medio de su humanidad. El es la vida de nuestra vida, la plenitud de nuestra capacidad...; en esta búsqueda de Jesús, en esta adhesión a Jesús, en esta profunda dependencia de Jesús está nuestra vida, nuestro reposo, nuestra fuerza y nuestro poder para obrar, y por eso no debemos actuar sino unidos a él, dirigidos por él y movidos por su espíritu”. “Debemos esforzarnos para que Jesucristo viva en nosotros y haga uso de todo lo que hay en nosotros”³⁵⁹

En esta escuela pues aprendió san Juan Eudes que la vida cristiana consiste en adherir a los estados y misterios del verbo encarnado, en unirnos a las disposiciones e intenciones con que el verbo encarnado vivió su vida, para actuar igual, porque dice Bérulle: “todos los misterios y estados de Jesús producen efectos en las almas”

³⁵⁹ Opúsculo de piedad 144, 1.2.3.7

En esta escuela aprendió san Juan Eudes el cristocentrismo místico. Veamos dos textos uno de Bérulle y otro de san Juan Eudes y notemos su parecido:

*“Jesús es el verdadero centro del mundo y el mundo debe estar en continuo movimiento hacia él. Jesús es el sol de nuestras almas, del cual ellas reciben todas las gracias, las luces y las influencias. Y la tierra de nuestros corazones debe estar en movimiento continuo hacia él”*³⁶⁰

*“Oh Jesús, único objeto de mi corazón, ¿cuándo te amaré perfectamente?” “Oh mi divino Sol, ilumina las tinieblas de mi espíritu, quema las frialdades de mi corazón”. “Oh mi Dios y mi todo; sepárame de todo lo que no eres tú, para unirme enteramente a ti”. “Oh Jesús, tú eres todo para mí: haz que yo sea todo para ti y siempre”. “Oh el Unico que busco, este Unico que me es necesario, mi Jesús que estás en todas las cosas y fuera de quien todo es nada”*³⁶¹

En esta escuela aprendieron los oratorianos a vivir la vida de Cristo. Por ejemplo, Condren, otro grande de la escuela francesa, comienza así una de sus cartas a un misionero (1637): *“Suplico a Jesucristo Nuestro Señor que viva en usted, la perfección de sus caminos, la plenitud de su virtud y la santidad de su Espíritu...”* En otra carta ofrece la base bíblica que debe movernos a continuar y completar la vida de Jesús, en este caso referido a entrar en el misterio de la muerte y pasión del Señor para dorarlo y vivirlo en nosotros: *“... San Pablo dice en la carta a los efesios que Jesucristo se complementa en su Iglesia y que nosotros concurrimos a la perfección de Jesucristo y a la edad de su plenitud, y que la plenitud de Dios se completa en nosotros y en la carta a los colosenses dice que él completa en su cuerpo la pasión del Hijo de Dios”*

Olier en una carta de 1651 a Mme de Saujon le dice: *“...Jesús continúa su vida interior en nosotros cuando estamos unidos a él. Lo*

³⁶⁰ Bérulle, *Oeuvres*, éd. Migne, col. 161

³⁶¹ OC I, 117-118

que comenzó en sí, lo continúa en su Iglesia...”. Y en la introducción a la vida y a las virtudes cristianas de 1657, explica:

“el cristianismo consiste en tres puntos: Contemplar a Jesús, unirse a Jesús y obrar en Jesús, lo primero consiste en adorarlo, lo segundo amarlo, lo tercero dejar que él haga su voluntad en nosotros: es querer que su divina voluntad se cumpla en nosotros, que somos sus miembros, los cuales debemos estar unidos a nuestra Cabeza, y que no debemos hacer nada sin Jesús que es nuestra vida y nuestro todo. El llena nuestra alma de su Espíritu, de su virtud y de su fuerza, y obra en nosotros y por nosotros lo que desea. El es en los pastores, Pastor; en los sacerdotes, Sacerdote; en los religiosos, Religioso; en los penitentes, Penitente...”

“Nuestro Señor les ha dado a los hombres su mismo Espíritu, que es el de Dios viviente en él, para establecer en ellos los mismos sentimientos de su alma... El se derrama en nosotros, se insinúa en nosotros, el abraza nuestra alma y la llena de las disposiciones interiores de su espíritu, de modo que su alma y la nuestra formen una, que él anima con un mismo espíritu de respeto, de amor, de alabanza y de sacrificio interior y exterior de todo para la gloria de Dios”

En fin, podemos decir que Bérulle, le chef de l'école française de spiritualité, como lo llama Déville, ha legado a la Iglesia esta espiritualidad que nos lleva a vivir la vida de Cristo. Bérulle enseñó a sus discípulos a entrar en el interior de Jesús y en comunión con él, para vivir su vida. Por eso podemos decir que para la Escuela francesa la vida cristiana no consiste en hacer prácticas exteriores, sino en vivir la vida de Jesús en nosotros; la vida cristiana no es cumplir observancias de regulaciones eclesiales, ni siquiera llevar una vida de conformidad con el modelo Jesús, sino vivir la misma vida de Jesús, la vida cristiana es adhesión, comunión con la vida de Jesús, con sus estados, misterios, sentimientos, disposiciones. San Juan Eudes lo va a decir con toda claridad:

“la vida cristiana es continuar y completar la vida de Jesucristo. Todas nuestras acciones deben ser una continuación de las acciones

*de Jesús; debemos ser como otros Jesús sobre la tierra, para continuar su vida y sus obras, y para hacer y sufrir todo lo que hagamos y suframos, santa y divinamente, en el espíritu de Jesús, es decir, con las disposiciones e intenciones santas y divina con que Jesús se comportó en sus acciones y sufrimientos*³⁶²

Y para vivir la vida cristiana así entendida, ya lo dijimos, necesitamos formar a Jesús en nosotros y en todos los bautizados. Por tanto **“Ce doit être notre désir, notre soin et notre occupation principale que de former Jésus en nous”**³⁶³

VI. Formar a Jesús, compromiso apostólico

Ya meditamos cómo “la formación de Jesús” a que nos insta san Juan Eudes, hunde sus raíces en la espiritualidad beluriana. Vimos cómo los grandes representantes de la escuela francesa entienden la vida cristiana como vida de unión con Cristo, adhesión a sus estados y misterios, para vivir su misma vida, como los miembros viven la misma vida de su Cabeza.

Ahora señalemos que todos estos espirituales tenían un gran espíritu apostólico, eran auténticos místicos, herederos de la espiritualidad beruliana y apóstoles de la caridad. Podemos decir que su espiritualidad se convirtió en fuente de apostolado, y con ello contribuyeron decisivamente a la reforma de la Iglesia católica.

Entre las acciones apostólicas que emprendieron para renovar la Iglesia de esta época en Francia, están

1. La lucha contra los protestantes, que son también miembros del cuerpo místico de Cristo. Los protestantes eran una realidad muy importante, un problema fundamental en Francia, con quienes se habían librado las guerras de religión. En esta lucha se buscaba convertir a los protestantes por varios medios: por medio de las misiones donde se exponía claramente la fe católica, y se esperaba

³⁶² OC I, 166

³⁶³ OC I, 272

que escucharan los sermones y fueran tocados por la predicación; por medio de la formación ofrecida a los bautizados para salir de la ignorancia religiosa en que se encontraban, y por medio de los sermones de controversia y del diálogo humilde y paciente.

2. El cuidado de los pobres, otros miembros importantes del cuerpo místico de Cristo. Ellos son sacramento del Salvador, dirá san Juan Eudes, imágenes de Cristo. Para ellos se fundan los “hospitales” y se predica la necesidad de hacerles caridad. Servirles a los pobres era también evangelizarlos, pues ayudarlos a solucionar sus problemas materiales implicaba también enseñarlos a vivir cristianamente. Es el tiempo en que nacen las hijas de la caridad con san Vicente de Paúl y San Juan Eudes, para promover las iniciativas de caridad hacia los pobres. San Juan Eudes se preocupa por las mujeres en estado de perdición e insta a los sacerdotes a “*tomar la causa de los pobres en sus manos, buscar sus intereses y defenderlos contra quienes los oprimen*”³⁶⁴, y a la reina le dice que uno de sus deberes es la de aliviar las penas de los pobres (Sermón del 8 de febrero de 1661). Todos los agentes de la reforma católica, provenientes de la escuela francesa, han tenido una gran preocupación por los pobres y han lanzado un servicio apostólico a favor de ellos. Esta práctica de la caridad se basa en la espiritualidad beruliana que lleva a actuar como Cristo, y a ver en el pobre la imagen de Cristo

3. La enseñanza de la fe a los bautizados, a través del catecismo. San Juan Eudes escribió el Catecismo de la Misión, procuró que en todas las misiones se dieran instrucciones sobre la fe por medio del catecismo, la predicación, las conferencias y las controversias. Recordó a los pastores que catequizar es una sus tareas principales, pues por medio del catecismo se da la instrucción de forma sencilla sobre lo que hay que hacer y evitar para dar gloria a Dios y salvarnos, dice san Juan Eudes. Vicente de Paúl, Olier, san Juan Eudes se interesaron mucho en la instrucción cristiana para los bautizados y especialmente para los pobres... en general se trata de centrar a los bautizados en Cristo y llevarlos a vivir su vida.

³⁶⁴ OC III, 25

4. La puesta en marcha de las misiones cuyo objetivo esencial era la conversión y la salvación de las personas. El centro de las misiones era el ministerio de la Palabra (predicación, catecismo, conferencias, controversias...). Se buscaba tocar la emotividad de la gente con la predicación de la Palabra, el ejemplo de vida de los misioneros, el testimonio de poseídos o convertidos, los signos con que se expresaba la conversión, la fundación de cofradías que continuarían la misión, la gran confesión al final de la misma. Con todos estos elementos, se trataba de que el tiempo de la misión fuera un tiempo memorable por su impacto y por sus frutos de conversión.

Con todo lo anterior se buscaba que los bautizados fueran “otros Jesús” caminando sobre la tierra y por tanto viviendo su vida. Pero si alguien tenía que ser otro Jesús sobre la tierra viviendo su vida era el sacerdote. Por eso el gran compromiso apostólico de la escuela francesa fue la formación del clero.

5. La formación del clero. Se trataba de dar al principio una formación práctica a los ya sacerdotes, y sobre todo una formación espiritual, para vivir su ministerio como buenos pastores según el Corazón de Dios. Poco después se dedicaron también a formar jóvenes para el sacerdocio. Se fundaron pues los seminarios, se daban conferencias especiales para sacerdotes en las misiones y se publicaron cantidad de obras para los sacerdotes.

6. La evangelización con la sugestiva imagen del Corazón. San Juan Eudes, en la misma línea beruliana de la vida cristiana como interioridad, como identificación con Cristo para vivir su vida, empleó la sugestiva imagen del Corazón de Jesús y María que son uno, el lenguaje del Corazón, la liturgia del Corazón, digamos la espiritualidad y la pedagogía del Corazón, para llegar a sus contemporáneos, para impactar en sus misiones y escritos, y desde la óptica del Corazón presentar la síntesis del Evangelio y de la vida cristiana.

En conclusión: conversión de protestantes, caridad hacia los pobres, instrucción a los cristianos, misiones en los pueblos y ciudades, reforma del clero, lenguaje adaptado al pueblo, es el compromiso apostólico de la escuela de vida interior, llamada escuela

francesa de espiritualidad, de la que hace parte san Juan Eudes. Con esa espiritualidad de la identificación con Cristo para vivir su vida y con tal servicio pastoral contribuyeron decididamente a la reforma católica del siglo XVII en Francia. Se puede ver que esta escuela no es solo una corriente espiritual, centrada en el Verbo encarnado, sino que es sus representantes son hombres de acción, ellos unen vida mística y vida apostólica.

Olier anota en sus memorias de 1642:

*“Hay que señalar que en este tiempo Dios quiere renovar su Iglesia y hacerle una gran misericordia. Esto aparece claro con signos visibles en todo el mundo. Uno ve los pobres catequizados, las órdenes reformadas, el clero retomando su nuevo esplendor... los laicos viviendo en el mundo sus compromisos religiosos. Esto muestra un designio particular de Dios sobre su Iglesia en este tiempo”*³⁶⁵

¿No será también ése hoy el mismo designio de Dios sobre nosotros?

Yo creo que el gran trabajo pastoral de la Iglesia hoy puede enriquecerse profundamente con el aporte eudista de la formación de Jesús en el corazón de las personas y de las comunidades.

Los eudistas tendríamos que convencernos que formar a Jesús en nosotros y luego en los demás, para continuar y completar su vida, es nuestra tarea principal. Esa fue la gran tarea que San Juan Eudes desarrolló en sus misiones y en sus escritos. Esa, nos dice él, debe ser la gran misión del sacerdote y de la Iglesia, es decir, de los bautizados.

*“La formation de Jésus c’est l’ouvrage le plus saint et le plus grand de la sainte Église... n’ayant point d’autre but en toutes ses fonctions que de former Jésus dans les âmes de tous les chrétiens”*³⁶⁶

³⁶⁵ Memorias, 2, 198.

³⁶⁶ OC I, 272

VII. El agente imprescindible de la formación de Jesús

En la escuela de Bérulle, san Juan Eudes aprendió que esta formación de Jesús en nosotros es la obra esencial del Espíritu Santo. “Si el Señor no construye la ciudad en vano se cansan los albañiles” (Sal 126). El fue quien lo formó en María, El lo forma en la Iglesia, El lo forma en la Eucaristía, El lo forma en quienes escuchan su Palabra, El lo sigue formando en quienes se abren a la gracia de Dios, El lo puede formar hoy en cada uno de nosotros.

Pues si la vida cristiana es vivir la vida de Jesús, el que nos hace vivir la vida de Jesús es el Espíritu Santo. Ese es el sentir de la Escuela Francesa, la cual nos pide “darnos al Espíritu”, “entregarnos al Espíritu”. Bérulle dice que el Espíritu es el que nos une a Jesús, y pide: “quiero que el Espíritu de Jesús sea el Espíritu de mi espíritu y la vida de mi vida” (Col 181), Olier exhorta: “Tenemos que entregarnos enteramente al Espíritu Santo y dejarlo actuar en nosotros”³⁶⁷. Y San Juan Eudes, heredero de esta espiritualidad dirá: “*Siendo uno con el Hijo como los miembros son uno con la cabeza, se sigue que debemos estar animados del mismo espíritu de nuestra cabeza, de manera que el Espíritu Santo nos ha sido dado para ser el espíritu de nuestro espíritu, el corazón de nuestro corazón y el alma de nuestra alma*”³⁶⁸

Y con mayor fuerza lo enseña San Juan Eudes:

*“Como los miembros están animados del espíritu de su cabeza y viven su vida, nosotros debemos estar animados del Espíritu de Jesús, vivir su vida, marchar en sus caminos, estar revestido de sus sentimientos e inclinaciones, hacer nuestras acciones con las disposiciones e intenciones con las cuales él hizo las suyas”*³⁶⁹. Y por tanto “*la práctica de las prácticas, el secreto de los secretos, la devoción de las devociones es no apegarnos a ninguna devoción,*

³⁶⁷ Mémoires VII, 241. Conservadas en los archivos de la Compañía de san Sulpicio.

³⁶⁸ OC II, 172

³⁶⁹ OC I, 161-162

*sino darnos en toda obra al Espíritu Santo de Jesús para que actúe en nosotros según le plazca y nos conduzca por los caminos que quiera*³⁷⁰

En fin, el Espíritu Santo es el gran formador de Jesús:

“El Espíritu Santo ha sido enviado para formar y hacer vivir a Jesús en nosotros, para incorporarnos y unirnos a él, para hacernos nacer y vivir en él. El Espíritu Santo ha actuado para hacernos cristianos. Porque ha sido él quien formó a nuestro Redentor, nuestro Salvador y nuestra Cabeza en las entrañas de la santa Virgen. Él lo animó y condujo en sus pensamientos, palabras, acciones y sufrimientos, y en el sacrificio que hizo de sí mismo en la cruz para hacernos cristianos, conforme a la palabra de Dios: Por medio del Espíritu eterno se ofreció a Dios (Hb 9 , 14).

Y después de que Cristo subió al cielo, el Espíritu Santo fue enviado a este mundo para formar y establecer el cuerpo de Jesucristo que es la Iglesia y aplicarle los frutos de la vida, de la sangre, pasión y muerte de Jesús. Sin la venida del Espíritu en vano hubiera sufrido y muerto Jesucristo.

*Además, el Espíritu Santo viene en nuestro bautismo para formar a Jesucristo en nosotros, para incorporarnos, hacernos nacer y vivir en él, para aplicarnos los efectos de su sangre y de su muerte y para animarnos, inspirarnos, empujarnos y conducirnos en todo lo que debemos pensar, hacer y sufrir como cristianos, para gloria de Dios. De suerte que no podemos pronunciar como conviene el santo nombre de Jesús, ni tener un buen pensamiento, sino bajo la inspiración del Espíritu Santo (cf. 1 Co 12, 3)*³⁷¹

Podríamos decir que también para el Espíritu Santo la tarea principal es formar a Jesús en María, en la Iglesia, en la Eucaristía, en cada bautizado...

³⁷⁰ OC I, 452

³⁷¹ OC II, 172-173. 176-177

VIII. María, modelo de la formación de Jesús

Aprendió también san Juan Eudes en la escuela de Bérulle que María es la primera y la más perfecta realización del cristocentrismo. Ella es una nada capaz de Dios. Ella es modelo para la Iglesia, y medio para llegar a la unión con Jesús, que es el fin de toda la espiritualidad de la Escuela Francesa.

Si la vida cristiana consiste en comulgar con Cristo nadie lo ha logrado tan maravillosamente como la Santísima Virgen María. María vive en Jesús y Jesús vive en ella. Ella no obra por sí misma, “es Jesús quien lo hace todo en ella”, dirá san Juan Eudes:

“¡Jesús, Hijo único de Dios e hijo único de María! Te contemplo y adoro viviendo en tu santa madre. Tú vives y reinas en ella como que lo eres todo y lo realizas todo en ella. Porque si, según la palabra apostólica, eres como plenitud de aquel que lo llena todo en todo y obra todas las cosas en todo (Ef 1, 23; lCo 12, 6), con mayor razón en tu santa madre.

TÚ, eres, oh Jesús, su vida, su alma, su corazón, su espíritu, su tesoro. Tú estás en ella, santificándola en la tierra y glorificándola en el cielo. Estás en ella realizando obras más grandes y recibiendo por ella mayor gloria que por todas las demás creaturas del cielo y de la tierra. Estás en ella para revestirla de tus cualidades y perfecciones, de tus inclinaciones y disposiciones, e imprimir en ella una imagen perfectísima de ti mismo, de tus estados, misterios y virtudes; la haces tan semejante a ti que mirando a Jesús se ve a María y mirando a María se ve a Jesús”³⁷²

En las siguientes oraciones de Condren (la primera) y de Mr. Olier (la segunda) resume la Escuela Francesa cómo María es modelo de vida en Cristo, y en ella encontramos el mismo sentir de nuestro Padre Eudes:

³⁷² OC I, 432-434

“O Jesús que vives en María,
ven a vivir en nosotros, tus
siervos,
con tu Espíritu de santidad,
con la plenitud de tu poder,
con la perfección de tus
caminos,
con la verdad de tus virtudes,
en la comunión de tus divinos
misterios;
domina en nosotros sobre todo
poder enemigo,
con la fuerza de tu Santo
Espíritu,
y para gloria del Padre. Amén”.

“Oh Jesús que vives en María,
con la belleza de tus virtudes
y la eminencia de tus poderes,
en el esplendor de tus riquezas
eternas y divinas,
danos parte en esa santidad
que corresponde solo a Dios,
comunícenos el celo que ella
tiene por la Iglesia,
revístenos completamente de ti,
para no ser nada en nosotros,
para vivir únicamente de tu
Espíritu como ella,
para la gloria de tu Padre”

El ideal es que Jesús viva en nosotros como vive en María. En san Juan Eudes, este cristocentrismo mariano se corona original y magníficamente con su descubrimiento del Corazón de María: el verdadero Corazón de María es Jesús. Jesús vive y reina en ella de manera tan real y total que su Corazón es uno con el de su Hijo. Vivir cristianamente, a imagen de María, es pues acoger a Cristo en lo más íntimo de nuestro ser y darnos a El para que El viva en nosotros. Así pues, en el Corazón de María, San Juan Eudes reconoce la realización más perfecta del programa de vida cristiano.

De forma que podemos decir que a María, la tarea más grande que le ha señalado Dios, ha sido la formación de Jesús en ella, y la tarea de formarlo y darlo al mundo.

“Como el Padre Dios, al “cubrirla con su poder” (Lc 1, 35) le dio el poder de hacer nacer a su Hijo; así también le dio el poder al mismo tiempo de formarlo y de hacerlo nacer en los corazones de los

*hijos de Adán y de hacerlos por este medio miembros de Jesucristo e hijos de Dios*³⁷³

Y por tanto Ella es modelo de la Iglesia. Como ella, por obra del Espíritu, la Iglesia debe formar a Jesús en sí misma y darlo y formarlo en los demás.

Por todo ello, podemos bien entender que san Juan Eudes señale que la tarea de la formación de Jesús es

- la suprema tarea de los bautizados,
- la misión principal de los sacerdotes,
- la gran misión de los institutos por él fundados

IX. Formar a Jesús: suprema misión de los bautizados

En el prefacio de Vida y Reino escribe nuestro padre:

“Jesús, Dios y hombre, es, al decir de su apóstol, Todo en todas las cosas (Col 3, 11). Pero debe serlo especialmente en los cristianos como lo es la cabeza en los miembros y el espíritu en el cuerpo. Por eso nuestra preocupación principal debe ser formarlo y establecerlo dentro de nosotros, hacer que allí viva y reine, para que sea nuestra vida, nuestra santificación, nuestra fuerza y tesoro, nuestra gloria y nuestro todo. Se trata, en una palabra, de que Jesús viva en nosotros, que en nosotros sea santificado y glorificado, que en nosotros establezca el reino de su espíritu, de su amor y de sus demás virtudes”

Para san Juan Eudes todos los cristianos tenemos una tarea suprema: formar a Jesús en nosotros para que él viva en nosotros. Como cristianos estamos llamados a hacer realidad esto que nos enseñan san Juan Eudes: **“Ce doit être notre désir, notre soin et notre occupation principale que de former Jésus en nous”**³⁷⁴

El lo dice insistentemente así:

³⁷³ OC VI, 148. 154

³⁷⁴ OC I, 272

“Nuestro deseo, preocupación y tarea principal debe ser formar a Jesús en nosotros, haciendo que en nosotros viva y reine, con su espíritu, su devoción, sus virtudes, sus sentimientos, inclinaciones y disposiciones. A ese fin deben tender todos nuestros ejercicios de piedad. Es la tarea que Dios nos pone entre manos para que en ella trabajemos sin descanso”³⁷⁵

Al formar a Jesús en nosotros no diremos con san Pablo solamente que “En El vivimos nos movemos y existimos...”, sino que El es quien vive en nosotros, en nosotros se mueve, existe, continúa y completa su vida, y que “para mí la vida es Cristo”.

X. La misión principal del sacerdote: formar a Jesús

El mismo Espíritu que formó a Jesús en María, se da al Sacerdote para formar a Jesús en la Iglesia y en el mundo³⁷⁶. El sacerdote, en el pensamiento eudista, es quien ayuda de manera especial al Espíritu Santo a formar a Jesús en los demás. Mejor dicho, Cristo a través de su Espíritu, se forma en las personas y en la Eucaristía por medio del sacerdote. ¡Qué vocación tan sublime!, dirá san Juan Eudes.

*“Así como su Padre le dio un nombre y un poder por encima de todo nombre y poder (Fil 2, 9), también a ustedes les ha dado un nombre y un poder que superan los del siglo presente y del futuro...¿A cuál de los querubines y serafines ha dado el poder de formarlo a él en los corazones de los hombres y en la santa Eucaristía?”*³⁷⁷

“Los miro y venero como asociados al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo de la manera más excelsa. El Padre eterno los asocia con él en la generación inefable de su Hijo y en su divina paternidad...”

³⁷⁵ OE, 202

³⁷⁶ (Cfr. OC 4, 152)

³⁷⁷ OC III, 11

les da el poder de formarlo y de darle nacimiento en los cristianos.

*El Hijo de Dios los hace compartir su oficio de Salvador del mundo y les da poder de ofrecer con él a su Padre el mismo sacrificio que él le ofreció en la cruz y que le ofrece cada día en nuestros altares, que es **la acción más grande y santa que puede realizarse.** El Espíritu Santo los hace compartir con él lo grande y admirable que ha obrado y obra todos los días... **aniquilar en nosotros al hombre viejo y formar y hacer nacer a Jesucristo.** ¿Pues bien, no es, acaso, esa su ocupación? ¿No fueron, acaso, enviados para formar a su Hijo Jesús en los corazones? ¿Acaso las funciones eclesiásticas tienen fin distinto al de formar y hacer nacer a un Dios en las almas?”³⁷⁸*

El sacerdote debe formar a Jesús en él, y dejar que Jesús viva y reine en él, actúe en él, de manera que el sacerdote es Cristo que vive y camina en la tierra... El sacerdote es un enviado por Dios para formar a Cristo en el corazón del hombre y todas las funciones eclesiásticas no tienen otra finalidad que la formación y el nacimiento de un Dios en las almas”³⁷⁹

Para los sacerdotes **“Ce doit être notre désir, notre soin et notre occupation principale que de former Jésus”³⁸⁰**

XI. Formar a Jesús: gran misión del Eudista

El P. Higinio Lopera dice con fuerza y convicción: “La formación de Jesús es el método original que san Juan Eudes propuso para sí mismo y para todos los cristianos, y especialmente para los miembros de la Congregación de Jesús y María, llamados a ser misioneros de la divina Misericordia y evangelizadores-formadores.

³⁷⁸ OC III, 15 – 16

³⁷⁹ (OC III, 16)

³⁸⁰ OC I, 272

Juan Eudes busca con este método la calidad de la vida cristiana y sacerdotal yendo, más allá de la necesaria imitación de Jesucristo, a la unión e intimidad, de tal manera, que vamos a tener los mismos sentimientos y actitudes de un Señor que se ha formado en nosotros y vive y reina dentro de nosotros mismos. Ya el modelo a imitar no está fuera, está muy dentro de nosotros, “grabado, impreso en nosotros”.

Fue tan eficaz este método, propuesto desde 1635, que lo practicará durante toda su vida y continuamente lo estará recomendando. Es por lo tanto un tema central de nuestra espiritualidad... Es un excelente proyecto de vida que se puede sugerir a todo el mundo. Es un tema que cuestiona nuestra vida personal, comunitaria y evangelizadora: si estamos formando a Jesús en nosotros mismos y en nuestras comunidades y si es una prioridad en nuestra actividad evangelizadora”.

En efecto, la formar a Jesús en los eudistas debes ser la gran tarea de los formadores eudistas. San Juan Eudes escribió al primer maestro de novicios, M. Mannoury, en abril-mayo 1651, para darle la clave de la formación:

*“Cuide de formarlos en el Espíritu de Nuestro Señor que es espíritu de desasimiento y de renuncia a todo y a sí mismo; espíritu de sumisión y abandono a la divina voluntad manifestada por el Evangelio y por las reglas de la Congregación... espíritu de puro amor a Dios... espíritu de devoción singular a Jesús y María... espíritu de amor a la cruz de Jesús o sea al desprecio, la pobreza y el sufrimiento... espíritu de odio y horror a todo pecado... espíritu de caridad fraterna y cordial al prójimo, a los de la Congregación, a los pobres... espíritu de amor, respeto y estima por la Iglesia...”*³⁸¹

Y en las Constituciones señala: “Los seminaristas trabajarán de todo corazón en grabar en su interior y en su exterior una imagen perfecta de la vida, de las costumbres y de las virtudes del Soberano Sacerdote nuestro Señor Jesucristo, y especialmente de su divina

³⁸¹ OC X, 394-395

modestia que es una de las principales virtudes que deben brillar en un eclesiástico”³⁸²

También escribe a las Religiosas de Nuestra Señora de la Caridad en 1656:

*“Mis queridas hijas, ustedes tienen de alguna manera la misma vocación de la Madre de Dios. Así como Dios la escogió para formar a su Hijo en ella y por ella, en el corazón de los fieles, así las ha llamado para hacer vivir a su Hijo en ustedes, y para resucitarlo por medio de ustedes en las pecadoras. Oh! mes très chères Soeurs, que votre vocation est sainte!”*³⁸³

Como eudistas debemos entonces hacer nuestra la Palabra de nuestro Padre: “Ce doit être notre désir, notre soin et notre occupation principale que de former Jésus en nous”³⁸⁴

Nuestras Constituciones actuales nos recuerdan que estamos llamados a vivir la vida de Jesús y por tanto formarlo en nosotros y en los demás:

3. Los Eudistas quieren continuar y completar en sí mismos la vida de Jesús

5. Los Eudistas no quieren tener otro espíritu que el espíritu de Jesús, sumo Sacerdote, adorador del Padre, salvador de los hombres, cabeza de la Iglesia que es su cuerpo y del cual son miembros.

9. los Eudistas buscan hacer vivir y reinar a Jesús cada día más y se entregan al servicio de Cristo y de su Iglesia “corde magno et animo volenti

12. Unidos a Cristo como miembros a su Cabeza, los Eudistas se reúnen en comunidad fraterna, a la manera de los Apóstoles, y ponen su alegría en “hacerlo vivir y reinar” en el corazón del mundo.

³⁸² OC IX, 359

³⁸³ OC X, 511-512

³⁸⁴ OC I, 272

52. Resueltos, pues, a seguir las huellas de Jesús, los Eudistas se proponen: renunciar al pecado y a todo cuanto puede contrariar al Espíritu de Jesús, darse a El para compartir sus sentimientos y dejarse animar por su Espíritu.

60. Llamados al seguimiento de Cristo que quiere continuar en cada uno de ellos su vida y su misión, los Eudistas no cesan de darle gracias por enviarlos juntos, como hermanos, a su viña y a su mies.

XII. Evangelizar hoy: formar a Jesús en las personas y comunidades

Pero preguntémosnos:

- La formación de Jesús en el corazón de los hombres y del mundo ¿puede despertar interés en los contemporáneos?
- La vida cristiana como continuación y complementación de la vida de Jesús ¿puede aportarle algo a la pastoral de la Iglesia de hoy?
- ¿Cómo puede esta temática eudista alimentar el espíritu apostólico de la Iglesia?
- ¿Cómo hacer para que este camino espiritual y pastoral se convierta en patrimonio de toda la Iglesia?

La formación de Cristo en nosotros tiene un fin pastoral o evangelizador, es para formar a Cristo en los demás. **San Pío X en la Constitución Apostólica Haerent Animo** del 4 de agosto de 1908, escribió refiriéndose a los sacerdotes, con mucha visión: “*Es preciso formar a Cristo en todos los que por su ministerio están destinados a formar a Cristo en los demás*” (No. 4)

Las siguientes son algunas pistas para hacer de nuestro apostolado eudistas un verdadero arte de la formación de Cristo en las personas y comunidades

El arte de la vida interior

La formación de Jesús en nosotros para vivir su misma vida, nos hace entender que la vida cristiana es ante todo vida interior y no cumplimiento exterior de observancias religiosas o de prácticas devocionales. No, la vida cristiana es dejarse impregnar por el Espíritu Santo, de la vida de Cristo, comulgar con los sentimientos del Señor Jesús, continuar y completar su vida. La vida cristiana nos lleva a la intimidad con Cristo. Y esa unión afecta todo nuestro ser, involucra todo nuestro ser, la existencia entera, la vida total, y no una parte de la persona o un poco de nuestro tiempo.

El problema del cristianismo hoy, en México, por ejemplo, es no concebir la vida cristiana y sacerdotal como un compromiso que afecta a toda la persona, todo el tiempo, como si ser cristiano y sacerdote comportara ciertas responsabilidades, en ciertos momentos, y solamente desde el exterior, desde el cumplimiento de prescripciones religiosas.

Esta espiritualidad de la formación de Jesús en nosotros nos lleva a entender que la vida interior es el primer deber del cristiano, que el cristiano no es alguien que hace una función, sino que vive una vida, la de Cristo. Y por eso nuestra ocupación principal es formar a Jesús dentro de nosotros, y hacerlo vivir y reinar allí. Todo esto tiene que decirle mucho a un cristianismo en Latinoamérica centrado en devociones y prácticas de religiosidad popular. Este arte de vida interior implica

1. Redescubrir la Iglesia como Cuerpo Místico

La Iglesia más que una institución es un misterio, es el cuerpo místico de Cristo, llamado a vivir la misma vida de su Cabeza. Todos: laicos, sacerdotes, religiosos somos ante todo Iglesia, bautizados, miembros del cuerpo místico, llamados a ser santos, viviendo la misma vida de Cristo.

Después de su ascensión, Jesús ya no está visiblemente presente entre nosotros. Pero su vida se continúa en su Iglesia. El

año litúrgico es la forma pedagógica como la Iglesia continúa los estados y misterios de Jesús, y se adhiere a su propia vida.

Para san Juan Eudes fue contundente comprender que por el bautismo somos miembros de Cristo y por tanto nos está vetado vivir otra vida distinta a la de nuestra Cabeza. Pero por el bautismo somos miembros los unos de los otros, y por eso la regla de las reglas en el trato con los hermanos es la caridad.

Desde el misterio del Cuerpo místico, entiende que el cristianismo está fundado sobre el amor. Amor a Dios y caridad al prójimo. Eso es lo más profundo de la vida de nuestra Cabeza: puro amor a Dios y a la humanidad, y eso lo expresó maravillosamente con el lenguaje del Corazón: “entre nosotros con Jesús y María, un solo Corazón”, un mismo amor.

2. *Hacer que realmente Cristo sea Cabeza y Fundamento de todo*

San Juan Eudes, fue movido por el Espíritu Santo, a una tarea específica, clave, central de la nueva evangelización de su época: LA FORMACIÓN DE JESUS en el corazón de las personas y de las comunidades. Trabajó como buen obrero del evangelio para que Jesús tomara forma en el corazón de las personas y habitara en ellas, trabajó para que Jesús viviera y reinara en el corazón de hombres y mujeres, y en las comunidades cristianas...Para formar a Cristo en el corazón de las personas, San Juan Eudes presentó a Cristo como Fundamento, como Cabeza y como Corazón del creyente:

Cristo, Fundamento de la vida cristiana. Juan Eudes enseña que el fundamento principal de la vida cristiana es Nuestro Señor Jesucristo, “*que uno no puede poner otro fundamento que el que ya está puesto, es decir, Jesucristo (1 Co 3, 11). Esto quiere decir que Jesucristo es el primero y principal fundamento, la piedra angular, y por tanto nadie más debe ocupar su lugar*”³⁸⁵, pero él no se refiere a un Cristo lejano, abstracto, mítico, sino al Cristo, por decirlo así, real, evangélico e histórico, ese que pasó por este mundo haciendo

³⁸⁵ OC VI, 203

el bien y liberando a los hombres del Mal, (cfr. Hch 10, 38), y que místicamente se forma en nuestro Corazón, para continuar su obra salvadora a través de nosotros.

Cristo, Cabeza de los cristianos. Repitió una y mil veces lo que el Espíritu dice por medio de san Pablo y san Juan: que Cristo es la cabeza, que la Iglesia su cuerpo místico y nosotros sus miembros. Que él es la vid y nosotros los sarmientos, él el tronco y nosotros las ramas. Que por el cuerpo y los miembros debe circular la misma sangre, la misma vida que circula en la cabeza. Que por las ramas debe circular la misma savia, la misma vida, que circula en el tronco. Que por tanto no nos está permitido tener una vida diferente a la de nuestra Cabeza, Cristo. Cristo debe ser nuestra vida.

Cristo, Corazón del creyente. Enseñó repetidamente, con convicción que viene del Espíritu, que Cristo nos dio su Corazón. Que el Corazón de Cristo nos pertenece. Que la promesa del Corazón nuevo se cumple en Cristo. Que ya no debemos dejarnos llevar por nuestro pequeño, torpe, egoísta y pecador corazón, sino que todo lo debemos hacer con el Corazón de Cristo, que es nuestro nuevo Corazón. Por eso estamos llamados a tener los mismos sentimientos de Cristo Jesús (Fil 2, 5)

Cuando el creyente tenga a Cristo como sus pies (fundamento), como roca sobre la que se para o construye su vida,

Cuando el creyente tenga a Cristo como su Cabeza, como la luz que lo guía y dirige, como la vida de su vida,

Cuando el creyente tenga a Cristo como su Corazón, es decir, cuando esté lleno del amor y misericordia del Señor en lo más profundo de su ser...

... entonces se habrá “logrado” la formación de Cristo en esa persona. Y podrá vivir centrado en Cristo, girando alrededor de Cristo como los astros giran alrededor del sol. Podrá vivir de Cristo, por El y en El, con Cristo y para El, y podrá decir como San Pablo: “Para mí la vida es Cristo”

Ahora bien, la formación de Cristo nunca se termina, se logra y se continúa, es un proceso que abarca toda la vida. Por eso la evangelización es una tarea continua de formación de Cristo en el corazón del mundo.

Por lo tanto, llamados estamos, como enseña San Juan Eudes, a tener a Cristo como centro de todo, como principio y fin, como piedra angular de la Iglesia, como fundamento de todo. El no es un maestro que solo me enseña, ni un médico que me sana, ni un rey al que hay que servir, ni solamente un amigo... él es todo eso, pero sobre todo es principio vital, debe ser principio vital para que sea él el que ore en mí, ame en mí, sirva en mí...

3. *Comprender la Evangelización como la tarea de formar a Jesús en las personas y en las comunidades*

Los miembros de la Escuela francesa, entre ellos san Juan Eudes, como ya dijimos arriba, con una espiritualidad mística, de profunda oración y contemplación, identificados con el Verbo encarnado, buscando unirse más y más a él, queriendo vivir su misma vida, comulgando con sus estados y misterios, y por tanto dados al Espíritu de Jesús.... fueron hombres profundamente apostólicos, misioneros, entregados a la causa de Jesús, con verdadero celo por la salvación de las personas. Articularon muy bien espiritualidad mística y trabajo apostólico, vida interior y misión. Ellos pusieron en marcha una renovada evangelización centrada en “vivir la vida de Cristo”, y para ello en hacer que los bautizados comulgaran con Cristo, formaran a Cristo en sus vidas.

La Iglesia de Francia del siglo XVII fue renovada gracias a “la invasión mística y misionera”. ¿No será esto lo que requiere nuestro mundo actual, una “invasión” mística y misionera?

Evangelizar es pues impregnar al mundo de Cristo, de su doctrina, de su Palabra, de su presencia. Impregnare... es preñar... En la mujer embarazada se está formando alguien que determina su vida... debemos embarazar al mundo de Jesús, ayudarle al Espíritu Santo a hacer que se geste Jesús en las culturas, que su palabra

como semilla fecunde la tierra, que su vida influya en la vida de las comunidades...

La evangelización como formación de Jesús debe llevar a las comunidades y nuevas generaciones a “sentir a Jesús”, a experimentar algo suyo, de modo que esta experiencia de Cristo en la vida se convierte en fuente de vida, de sentido y de belleza para sus vidas.

4. Responder al desafío de humanizar al hombre

Todo lo que estamos meditando sobre la formación de Jesús en nosotros, para que Cristo viva su vida, la continúe y complete en nosotros, de manera que seamos otros tantos Jesús caminando sobre la tierra³⁸⁶, nos hace pensar en la fórmula patristica, que ha inspirado la mística cristiana tanto en Oriente como en Occidente, “Dios se ha hecho hombre para que el hombre se haga Dios”.

Pero realmente ¿eso es lo que buscamos hoy, la divinización del hombre? ¿ese el gran desafío que tenemos en la Iglesia del siglo XXI? ¿La divinización del hombre? ¿Nuestro gran problema en el mundo actual no será mejor la humanización del hombre? ¿la humanización de la economía, de la tecnología, de la política...? ¿Aportará algo a la humanización del hombre “la formación de Jesús” en él? Yo pienso que sí, pues nada humaniza tanto al hombre como Cristo en su vida, El es el hombre nuevo, el hombre total, el hombre verdadero, el camino real de la Iglesia.

El Concilio Vaticano II nos ha dicho que Cristo da al hombre la significación total de lo que es: “El misterio del hombre no se aclara verdaderamente sino en el misterio del Verbo encarnado, Nuevo Adán, Cristo. El es el hombre perfecto que ha restaurado la humanidad, a semejanza de Dios. Por su Encarnación, el Hijo de Dios se encuentra unido de alguna manera a todo hombre. El ha trabajado con manos de hombre, ha pensado con inteligencia de

³⁸⁶ *la vida cristiana consiste en continuar y completar la vida de Jesús. Debemos ser otros tantos Jesús sobre la tierra que continuemos santa y divinamente en su espíritu sus acciones y padecimientos” (OE 137-139)*

hombre, ha obrado con voluntad humana; ha amado con corazón de hombre”³⁸⁷

5. Aportar a un mundo hambriento de sentido

Los cristianos por mucho tiempo gritaban: “Cristo sí, Iglesia también”.

Hace unos años los hombres de occidente cambiaron el grito: “Iglesia no, Cristo sí”

Hacia los años 70, el grito cambió: “Cristo no, Dios Sí”

Luego el grito giró: “Dios no, Religión Sí”

Después se escuchó gritar: “Religión no, espiritualidad Sí”

K. Rahner³⁸⁸ profetizó que “el tercer milenio será religioso o no será, será místico o no será”, porque el nuevo grito es éste: “Dios sí, Religión no”. Y esto se nota en el fenómeno del “regreso de dios”, en el sentido de la sed espiritual que manifiestan los hombres de hoy, en la cantidad de sectas y movimientos religiosos, esotéricos y ocultistas, en la abundante literatura espiritual, metafísica, “religiosa”, en la proliferación de encuentros de tipo espiritual, místicos...”

Estamos en tiempos de Nueva Evangelización, donde el desafío es hacer, con la ayuda del Espíritu Santo, una tal Evangelización que los hombres le encuentren sentido a su vida. El hombre de hoy y de siempre está en búsqueda de sentido. Pero lo está buscando donde no está: en cisternas agrietadas, como dice el profeta. Se impone entonces que la Iglesia, y los eudistas en ella, ofrezcamos a los hombres una fuente pura para encontrarle el sentido a la vida. Y este sentido lo da Cristo, sólo él.

³⁸⁷ *Gaudium et Spes* 22

³⁸⁸ “Cabría decir que el cristiano del futuro o será un ‘místico’, es decir, una persona que ha ‘experimentado’ algo o no será cristiano. Porque la espiritualidad del futuro no se apoyará ya en una convicción unánime, evidente y pública, ni en un ambiente religioso generalizado, previos a la experiencia y a la decisión personales”. Rahner, K. espiritualidad antigua y actual, en *Escritos de Teología*, t 7, Taurus, Madrid 1969, p 25

Por eso estamos llamados a formar a Cristo en el corazón de las personas, con un lenguaje adecuado, con unos medios y métodos nuevos, con gran ardor, con fuego para que los hombres vuelvan a decir Cristo sí, Iglesia también. Y así volver a las convicciones de san Juan Eudes sobre el Cuerpo Místico: Cristo es la Cabeza, nosotros los miembros, y por tanto debemos vivir la vida de nuestra Cabeza, que se resume en AMOR, amor a Dios y amor a los hombres: en ello estriba el sentido de la vida.

6. *Centrarnos en la predicación de la Palabra*

La siguiente es una intuición muy personal.

Percibo que san Juan Eudes coloca tres realidades al mismo nivel:

1. Dice que la tarea más importante es la formación de Jesús en nosotros: *“Ce doit être notre désir, notre soin et notre occupation principale que de former Jésus en nous”*³⁸⁹

2. Dice que la tarea más importante es trabajar en la salvación de las personas: *“La más divina de las obras divinas es cooperar con Dios en la salvación de las almas”*. *“La gran obra de la conversión de las almas, dice el gran san Dionisio, es la cosa más divina de todas las cosas divinas”*³⁹⁰ *“cooperar con Dios en la salvación de las almas es una cosa divina, la más divina de todas las cosas divinas”*³⁹¹

Dice que la tarea más importante de la Iglesia es predicar la Palabra: *“Predicar es su más grande obligación: praecipuum onus, dice el Espíritu Santo en el Concilio de Trento”*³⁹²

Yo veo en san Juan Eudes este orden: Para él lo más importante es la salvación de las personas. La salvación es la finalidad del trabajo apostólico de la formación de Jesús. El medio más poderoso para lograr la formación de Jesús en las personas es predicar la Palabra:

³⁸⁹ OC I, 272

³⁹⁰ OC V, 51

³⁹¹ OC IV, 194

³⁹² Ses 5, c 2 de Reformatione

“La Predicación es una obra grande y maravillosa, importante y necesaria, porque “la fe vienen por la escucha de la predicación” (Rom 10, 17), la fe que nos hace creer en Dios es confirmada en nosotros por la predicación. San Agustín dice que asistir a la predicación a recibir la Palabra es comparable a comulgar”³⁹³

Eso fue san Juan Eudes, un “león en el púlpito...”, un gran predicador, catequista y maestro de la Palabra. Sus múltiples misiones no eran otra cosa que llevar la Palabra a las comunidades. Esa Palabra que dicen nuestras Constituciones: *“tiene poder para impregnar todas las culturas y transformar las estructuras sociales. Por consiguiente los Eudistas proclaman la fuerza del Evangelio en lo más profundo de las alegrías y las esperanzas, de los sufrimientos y angustias de los pueblos entre los cuales viven”³⁹⁴*, *“Proclaman con valentía la palabra de salvación a quienes no la han escuchado todavía; se preocupan por aquellos que, después de haberla escuchado, se han apartado de ella; se esfuerzan por hacer evangelizadoras las comunidades de las que son responsables”³⁹⁵*

Centrarnos en la formación de Jesús a través del anuncio de la Palabra es vivir la misión eudista en consonancia con toda la Iglesia quien nos dice en *Presbyterorum Ordinis* 4: “Los presbíteros tienen como obligación principal el anunciar a todos el Evangelio de Cristo, cumpliendo el mandato del Señor: vayan por todo el mundo y prediquen el Evangelio a toda criatura” (Mc 16, 15). Porque con la Palabra de salvación se suscita la fe en el corazón de los no creyentes y se robustece en el de los creyentes, según la sentencia del Apóstol: **“la fe viene por la predicación, y la predicación por la Palabra de Cristo”** (Ro 10, 17).

*“Los presbíteros, recordando que **“la fe viene de la predicación, y la predicación de la palabra de Cristo”** (Rom 10, 17), **empeñarán todas sus energías en corresponder a esta misión, que tiene primacía***

³⁹³ OC IV, 89-90

³⁹⁴ Const 27

³⁹⁵ Const 28

en su ministerio. *De hecho, ellos son no solamente los testigos, sino los heraldos y mensajeros de la fe*³⁹⁶

Esta primacía de la predicación de la Palabra es enunciada por Juan Pablo II, de la siguiente manera: *“el sacerdote es, ante todo, ministro de la Palabra de Dios; es el ungido y enviado para anunciar a todos el Evangelio del Reino*³⁹⁷

El documento “El presbítero, maestro de la Palabra, ministro de los sacramentos, guía de la comunidad” es tajante al recordarnos que nuestra primera tarea está en función de la Palabra: *“Como la vida de Cristo también la del presbítero ha de ser una **vida consagrada**, en Su nombre, **a anunciar con autoridad la amorosa voluntad del Padre (cfr. Jn 17, 4...)“Desde un punto de vista pastoral el primer lugar en orden a la acción,** (dentro de las tareas del sacerdote) **le corresponde, lógicamente, a la función de predicación”** (Cap I, 2); “Los presbíteros, como cooperadores de los Obispos, **tienen como primer cometido predicar el Evangelio de Dios a todos”** (Cap II, 1)*

La predicación, por medio de la cual se produce la fe, se convierte entonces, en el trabajo pastoral más importante de la Iglesia, en el alma de la Evangelización. Por medio de ella, el Espíritu suscita y fortalece la fe y forma a Jesús en las personas y comunidades. El anuncio de la Palabra por los diversos medios, se vuelve clave en el procedimiento evangelizador: *“¿Cómo creerán en aquel a quien no han oído? ¿Cómo oirán sin que se les anuncie?... **la fe viene de la predicación, y la predicación de la Palabra de Cristo**”* (Rm 10, 14-17).

En las misiones san Juan Eudes encontraba el mejor espacio para proclamar la Palabra a través de los sermones, controversias, catequesis, conferencias. En las misiones san Juan Eudes encontraba el ambiente apropiado para trabajar en la formación de Jesús en las personas. Y el gran objetivo de las misiones era la conversión de las personas y la salvación de las mismas.

³⁹⁶ DVM 62

³⁹⁷ PDV 26

Así vistas las cosas, entendemos mejor porqué pone san Juan Eudes al mismo nivel Predicación de la Palabra, Formación de Cristo y Salvación de las personas. Y comprendemos mejor por qué para él lo más importante eran las misiones

Mi queridísimo hermano, no tengo palabras para ponderar las bendiciones prodigiosas que Dios derrama sobre esta misión... ¡Qué beneficio tan grande son las misiones! ¡Qué necesarias son! ¡Qué mal tan grande impedir las! ... ¿Qué están haciendo en París tantos doctores, tantos bachilleres, mientras perecen las almas por millares porque nadie les tiende la mano para retirarlas de la perdición y preservarlas del fuego eterno? Ciertamente, si me escuchara a mí mismo, me iría a París a gritar en la Sorbona y demás instituciones docentes: Corran a apagar el fuego, el fuego, el fuego del infierno que consume todo el universo. Vengan, señores doctores, señores bachilleres, señores abades, vengan todos ustedes, señores eclesiásticos y ayuden a extinguirlo”

Al señor Juan Jacobo Blouet de Camilly, sobre la misión de Vasteville que durará 45 días. Paris, 23 de Julio de 1659

Y así vistas las cosas, entendemos con mayor claridad lo que enseñaba lleno de convicción:

*“La formation de Jésus c’est l’ouvrage le plus saint et le plus grand de la sainte Église, laquelle n’a point d’emploi plus relevé que lorsqu’elle le produit en une certaine et admirable manière, par la bouche de ses prêtres, dans la divine Eucharistie, et qu’elle le forme dans les coeurs de ses enfants, n’ayant point d’autre but en toutes ses fonctions que de former Jésus dans les âmes de tous les chrétiens”*³⁹⁸

Oración

Emplea, oh Jesús, tu poder y tu bondad infinita para vivir en mí y destruir mi amor propio, mi voluntad propia y mi espíritu, mi

³⁹⁸ OC I, 272

*orgullo y todas mis pasiones, sentimientos, inclinaciones, para que reinen en mí tu santo amor, tu voluntad, tu espíritu, tu profunda humildad y todas tus virtudes, sentimientos e inclinaciones. Elimina también en mí todas las criaturas y destrúyeme en el espíritu y en el corazón de todas ellas y ponte tu mismo en su lugar y en el mío, para que una vez instalado tú en todas las cosas, no se vea, ni aprecie, ni desee, ni busque, ni ame nada fuera de ti, no hable sino de ti, no actúe sino por ti. De esa manera lo serás todo y lo harás todo en todos, y serás tu quien ames y glorifiques a tu Padre en nosotros y para nosotros, con un amor y una gloria dignos de él y de ti” Amén*³⁹⁹

“Es la hora de la misión”

³⁹⁹ OE, 204-205

RESONANCIA A LA PONENCIA DEL P. CARLOS TRIANA

P. Franck Marrel AGBOWAI, cjm

Prolegómenos esenciales

El tema general de la 66a asamblea general de la CJM dio lugar a un cúmulo notable de investigaciones y comunicaciones dadas por expertos, y había buen número de ellos entre nosotros. Todos fueron en sus diferentes exposiciones, densos, pertinentes e iluminadores. Es el momento de darles felicitaciones.

“Formar a Jesús en nosotros” es el misterio de los misterios, la obra de las obras. Solo el Espíritu Santo lo puede realizar en cada criatura, en cada ser humano. (Homilía inicial del Padre Camilo Bernal).

“Formar a Jesús en nosotros” es mandato que Pablo asumió en totalidad (Ga 4, 12-20). El celo y el brío que lo caracterizan fueron solo el canal integral que, en el dominio que le es propio, la Iglesia se ufana de recuperar a través de su magisterio en la doble perspectiva de la revolución y la ternura, y de la cultura del encuentro (Padres Guillermo Acero y Mario Bacci).

“Formar a Jesús en nosotros”, vocabulario privilegiado de san Juan Eudes y expresión de nuestro patrimonio familiar,– que se realiza mediante cuatro fundamentos: la fe, la renuncia, el desprendimiento y la oración. Este es en verdad el santuario de la espiritualidad

del cristiano. Es espiritualidad cristocéntrica que lo lleva sucesivamente de la naturaleza a la gracia y a la gloria. Los sentimientos, las disposiciones interiores y las intenciones son su escena de realización. (Padres Michel Amouriaux y Alvaro Duarte).

“Formar a Jesús en nosotros” nos envía en una perspectiva teológico-espiritual. Jamás agotaremos el tesoro de descubrimientos del misterio de la encarnación que revela al corazón del mundo la radical novedad de Dios en su historia con los hombres. El descubrimiento de esta novedad está expresada por san Juan Eudes en las “Reglas latinas”. Estas últimas nos llevan armoniosamente en el doble movimiento de la renuncia y la adhesión, lo que significa el seguimiento integral de Cristo. (Padres Gilles Ouellet y Carlos G. Alvarez).

Este recorrido bíblico teológico-espiritual, cuya afortunada armonización estuvo asegurada por el Padre Fidel Oñoro, era necesario para instruirnos, prepararnos e introducirnos a la dimensión pastoral de la acción. Llega por tanto la hora de la misión.

En el fuego de la acción pastoral

Una vista histórica de la formación de Jesús lleva al Padre Carlos Triana a reafirmar que para san Juan Eudes la formación de Jesús rima con la vida cristiana. Se forma a Jesús en nosotros para vivir de su vida, mejor, para dejar que su vida se transparente en la nuestra. Este fue el gigantesco trabajado hecho por los maestros de la escuela francesa de espiritualidad, cuyo rápido recorrido hecho aquí, se conecta magníficamente a las precedentes exposiciones (*bis repetita placet*). Si Jesús es formado en nosotros, si su vida se transparenta en la nuestra, si su vida llega a ser nuestra vida, entonces se realiza la misión de la Iglesia. De manera absoluta y suprema, Juan Eudes propone como objetivo, alimentado con la oración: la misión más importante de los bautizados, de los sacerdotes y de los eudistas, misión de la Iglesia y de todas sus funciones es FORMAR A JESÚS.

¿En concreto de qué se trata?

- Vivir no como Cristo sino vivir a Cristo, revestirlo, encarnarlo. Para alcanzar este objetivo es necesario formarlo en sí mismo a través de sus estados y misterios. Proponemos unas claves: adquirir el espíritu de Jesús y contemplarlo en todo; tener con él un solo corazón; renunciar a nosotros mismos; renunciar a todo y solo mirarlo a él; solo amarlo a él; pertenecer solo a él. Pedir la ayuda de Dios y entregarse por entero al espíritu de Jesús, arquitecto por excelencia de esta obra.
- Acudir al modelo perfecto de la formación de Jesús que es la Virgen María.
- Redescubrir y vivir las exigencias elementales y esenciales del bautismo.
- Como sacerdotes encarnar realmente a través de la Eucaristía lo que somos: *alter Christus, otro Cristo*.
- Como eudistas conquistar el gran trofeo de la formación de Jesús en nosotros: “Nuestro único deseo, nuestro único cuidado y ocupación es formar a Jesús en nosotros” (OC 1, 272).

Algunos interrogantes para nuestra pastoral actual

1. ¿La calidad de nuestra vida y de nuestras relaciones dan la suficiente luz para iluminar e inducir a una formación de Jesús?
2. ¿Las predicaciones, realizaciones, búsquedas y trabajos espirituales de todos los órdenes se integran y convergen hacia lo único necesario: formar a Jesús?
3. ¿Cuál es el rasgo especial eudista, la semilla exquisita de los herederos de san Juan Eudes, que la Iglesia necesita sembrar hoy en su campo para ver a Jesús formado en todos los bautizados?
4. ¿Cuál acción pastoral, sencilla y práctica, debemos proponer para “vulgarizar” nuestro tesoro: formar a Jesús?

CONTRAPUNTO

CARTA DE SAN JUAN EUDES A SUS HERMANOS DE HOY

P. Alvaro TORRES cjm

Presentación por el P. José Mario BACCI T.

Comparto con Ustedes un nuevo texto que ha preparado el P. Álvaro Torres, cjm. Según sus mismas palabras, en estos días se ha dedicado a escribir *algo sobre un imaginario: Juan Eudes cuenta a los eudistas de hoy cómo surgió y con qué talante nació la comunidad*".

Contar en lenguaje sencillo los aspectos fundamentales de una realidad exige un buen nivel de apropiación del sentido de la misma. Y una tal habilidad se percibe a lo largo de estas 10 páginas que escribió el P. Álvaro. La gran densidad de cada frase permite que no se escape ningún dato esencial acerca del surgimiento de nuestra comunidad y del talante que el Señor imprimió en ella. El relato fluye en modo natural y las implicaciones en lo personal y en lo comunitario pueden tener, para nosotros, lectores, fuerza de conversión; pueden suscitar sentido de gratitud a Dios; y hacernos experimentar gozo interior por pertenecer a esta "escuela de santidad".

Para acercarse al texto, sugiero dos claves de lectura. Ustedes podrán encontrar muchas más. Yo les propongo éstas:

a. **La ficción como estrategia narrativa.** El recurso al imaginario permite imprimirle a la narración de una historia, lejana en el tiempo, valor plenamente actual. Así que la lectura de este texto

nos permite sentir la novedad permanente de esta obra de Dios que ya casi se acerca a sus 374 años. Reconocemos que nuestra comunidad no es “pieza de museo”, sino “escuela de santidad”, viva y actual, cuyos miembros queremos ser “evangelizadores con Espíritu” (EG 259), es decir, “evangelizadores que anuncien la Buena Noticia no sólo con palabras sino sobre todo con una vida que se ha transfigurado en la presencia de Dios”.

b. **El uso del plural como recurso literario.** El sujeto plural de los verbos es evidente en el texto. Espontáneamente vemos allí una estrategia paulina. En casi todas las introducciones de sus Cartas, el remitente es colectivo. Tal vez la única excepción sea la carta a los Rom. Aún así, en Rom 16, el Apóstol incluye una extensa lista de nombres de colaboradores y amigos en la misión evangelizadora. Pablo sabe que la obra de Dios no se realiza a través de personas ególatras o centradas en sí mismas, sino en sujetos que se dejan formar a su imagen; personas que reciben una nueva identidad en Cristo; y que viven la misión como consecuencia de este nuevo ser en Él (Ga 3, 26-28); personas que, además, saben valorar el valor comunitario de la vocación al seguimiento de Cristo.

A todos les deseo una provechosa lectura.

* * *

De Juan Eudes a sus hermanos de hoy

Cuando con mis hermanos dimos comienzo a nuestra familia sacerdotal nos propusimos *Servire Christo et ejus Ecclesiae Corde magno et animo volenti*, Servir a Cristo y a su Iglesia con corazón grande y con decisión intrépida.

No partíamos de cero. Éramos hombres adultos capaces de compromisos serios. Llevábamos con gozo la señal divina de nuestro bautismo por el que Jesús, el Señor, había tomado posesión de nuestro corazón para llevarnos a la santidad y para enviarnos a nuestros hermanos del mundo como testigos de su evangelio. Éramos sacerdotes. Teníamos conciencia de representar a Jesús Sacerdote en el

mundo en que vivíamos con todas las exigencias que esa misión implicaba. Queríamos contagiar a nuestros hermanos sacerdotes del amor apasionado al sacerdocio que nos habitaba.

No queríamos fundar una Orden religiosa. Pensábamos que eso nos alejaría de nuestros hermanos, sacerdotes y laicos. Las clausuras y estructuras propias de las órdenes nos impedirían vivir en contacto directo con ellos. Queríamos vivir sencillamente como hermanos, cercanos y abiertos a los sacerdotes diocesanos.

No pensamos ligarnos con los votos religiosos. Nos bastaba vivir lo que los primeros buscadores de Cristo Señor llamaron el voto de Jesucristo, de evangelio, del bautismo. Mayor compromiso que ese no nos podíamos dar. Nos ligamos entre nosotros con una promesa de fidelidad. Nos apoyamos en la sólida fidelidad divina.

Nuestra obediencia iba mucho más allá de las simples mediaciones humanas. Nuestro lema inicial era el servicio y la entrega total al plan salvador de Dios. Todo lo queríamos explicar y asumir desde allí; nos pusimos al servicio de la divina Voluntad que se identifica con ese plan.

Nuestra pobreza era un sencillo compartir fraterno. Empezamos como los pobres en una casa alquilada. La quisimos ampliar para dar acogida en ella a sacerdotes que quisieran compartir nuestro vivir de sacerdotes, para renovarse espiritual y pastoralmente. Nuestras entradas económicas no podían ser factor de división y diferencias odiosas. Nos comprometimos a poner en caja común cuanto recibiéramos por nuestros servicios ministeriales, compartirlo fraternalmente sin egoísmos, y atender agradecidos nuestras necesidades. No lo hacíamos por obligación de voto sino por amor a nuestros hermanos.

Quisimos asumir un compromiso casto y pobre en seguimiento del Cristo del evangelio. Toda nuestra capacidad de amar estaba al servicio de nuestros hermanos, dentro y fuera de nuestra comunidad, con entrega clara y generosa. El amor fraterno que nos ligaba alimentaba nuestros afectos. Nuestros servicios apostólicos a nuestros hermanos y hermanas consagraban nuestra necesidad de amar.

Unidos como hermanos, con el apoyo de sacerdotes diocesanos conocidos, asociados a nuestra misión, continuamos lo que veníamos haciendo ya. Recorriamos, con los ojos abiertos y los oídos atentos, pueblos y ciudades, campos y veredas de nuestra bella Normandía. Fuimos testigos de su pobreza, su ignorancia y su falta de claridad y compromiso en el campo de su fe. Pensamos que era necesario no desatender ninguno de esos campos y nos entregamos a una evangelización integral. No quisimos ser carga económica para los pobres en nuestras misiones. La generosidad de protectores y amigos financiaba los necesarios gastos de ellas. Nuestro trabajo era predicar, catequizar, confesar. Esto último era el propósito fundamental. Llevar a la conversión. También visitábamos los enfermos y los prisioneros. Luchamos una vez para ver liberados a campesinos injustamente aprisionados. Nos preocupamos incluso por reparar hospitales deteriorados. Visitábamos las familias para enseñarles a orar, La misión llegaba a todos los ámbitos de la vida de los fieles. Celebrábamos festivamente la clausura de la misión como el gozo de la gracia recibida.

Nuestra palabra en nombre de Dios se oyó en el palacio del rey y en la más humilde parroquia como mi amado y pequeño Ri.

Bien pronto nos dimos cuenta de que era necesario atender espiritual y pastoralmente a los sacerdotes. Encender en ellos el fuego del evangelio que salva. Empezamos por reunirlos durante las misiones en ejercicios especiales para ellos. Esta obra de formación nos llevó a poner en sus manos textos escritos sobre el ministerio de la palabra, sobre la práctica de la confesión y sobre la grandeza y los deberes del sacerdocio. Nos preocupaba la formación de los ya ordenados, su vida sacerdotal y su tarea apostólica. También buscamos atender, orientar y preparar para la ordenación a los que buscaban el ministerio sacerdotal. Poco a poco fueron apareciendo los seminarios. Inicialmente nos dimos el trabajo de construirlos con el aporte de los fieles y amigos y ofrecerlos a los obispos. En ocasiones ellos mismos nos llamaron para confiarnos sus seminarios. Todos trabajábamos en los ejercicios de las misiones y en los ejercicios de los seminarios. Éramos inseparablemente evangelizadores

y formadores para todo el pueblo de Dios, para sacerdotes, religiosos, religiosa y fieles en general.

Quisimos despertar en todos los fieles, hombres y mujeres, su vocación a la santidad y al apostolado. El papa Clemente X nos facultó para que en cada casa de nuestra familia sacerdotal hubiera un grupo de laicos, hombres y mujeres, conscientes de su compromiso con la santidad y con el apostolado. Ellos compartían nuestra espiritualidad y nuestra misión evangelizadora y formadora.

Nos inquietamos por la calidad de nuestra evangelización. Buscamos en la palabra de Dios, en especial san Pablo y san Juan, el meollo de nuestra enseñanza y nuestra propuesta: *Vivamos la vida de Cristo en nosotros*. Quisimos hacer viable ese compromiso en el diario vivir. Lo expresamos como *La vida y el reino de Dios en el cristiano*. Hicimos que fuera alimento de la oración diaria y enseñanza para hacer presentes en todo el quehacer de nuestra vida las intenciones y disposiciones de Jesús en todo su obrar. Lo redujimos a textos sencillos de enseñanza y oración. Y nos propusimos vivirlo nosotros los primeros. Buscamos expresiones nuevas: nuestro bautismo como un acto vinculante con Dios que llamamos *Contrato*, y la imagen del Corazón como el amor del Padre, del Hijo, del Espíritu, de María, fuerza vital y santificadora.

Fuimos conscientes de la riqueza y viabilidad de nuestra propuesta pero también de nuestra condición humana, inclinada al pecado y a la infidelidad. Diariamente, al despuntar el día, lo repetíamos en comunidad con una oración propia que llamamos la profesión de humildad: *Nada somos, nada tenemos, nada podemos...* Sentimos la necesaria presencia de la Cruz de Cristo en nuestra vida personal y en nuestro proyecto. Tuvimos que luchar con quienes se oponían a nosotros y los hicimos nuestros bienhechores por los cuales nos comprometimos a orar.

Puesto especial tuvo María en nuestra vida de hermanos. Era la Madre que nos da Jesús. Quisimos que estuviera siempre presente con él. Decíamos nunca la madre sin el Hijo ni el Hijo sin la madre. Su corazón nos pertenecía.

Fuimos conscientes de que nuestro llamamiento a esta familia sacerdotal y cuanto hicimos en ella fue obra de la divina misericordia. Quisimos constituirnos en *misioneros de la divina misericordia*. Cuanto hicimos reveló siempre el rostro de la misericordia de Dios encarnada en Jesucristo. En todo quisimos “llevar en nuestro corazón las angustias de los atribulados”.

Nuestra pequeña y amada familia sacerdotal vive en el tiempo y continúa su empeño evangelizador y formador en muchos lugares del mundo. Los que ya vivimos la Pascua del Señor seguimos siendo los hermanos en la gloria. Les aseguramos nuestro afecto fraterno y nuestra intercesión constante. Pensamos que mientras haya sacerdotes, y los habrá siempre en la Iglesia, hay puesto para nosotros en ella. No olviden lo fundamental y mantengan siempre como norma primera la vida de hermanos en la divina caridad. Y no nos olviden. Amén.

